



SILENCIOS INCONFESABLES

HJORTH & ROSENFELDT

SERIE BERGMAN 4

SERIE

Índice

[Portada](#)
[Sinopsis](#)
[No sabe qué día es](#)
[Ahora eran dos](#)
[Anna Eriksson esperaba...](#)
[Ya puede entrar, señor...](#)
[Como de costumbre...](#)
[Vanja no se había planteado...](#)
[Erik Flodin aparcó a la puerta...](#)
[Sebastian bajó el libro...](#)
[A Erik lo informaron de...](#)
[Nunca le había costado mirarla](#)
[Se dirigían al oeste...](#)
[Ya casi era de noche...](#)
[Sebastian abrió la ventana...](#)
[Billy estaba sentado...](#)
[Por fuera, temblaba](#)
[El sueño](#)
[A lo mejor no era la sala...](#)
[La policía obesa...](#)
[¿Lo habéis dejado marchar?](#)
[Sebastian estaba en el umbral...](#)
[A Ursula empezaba a...](#)
[Fabian había sacado...](#)
[Billy aparcó el todoterreno...](#)
[Lo había conseguido](#)
[Nicole Carlsten...](#)
[Sebastian estaba sentado...](#)
[«Está mayor»...](#)
[Hacía frío](#)
[Sebastian salió del baño...](#)
[Él no quería ser...](#)
[Billy dejó a un lado...](#)
[No fue el sueño...](#)

No tenía ni idea de qué hora era
Se levantó minutos antes...
Casi ciento sesenta personas...
Despertó de pronto
El hospital de Torsby era...
Torkel se acercó al atril...
La cabeza le daba vueltas...
Había desaparecido muy deprisa...
Sebastian envió a Dennis...
¿Con quién hablabas?...
El bosque estaba oscuro...
Sebastian nunca había conducido...
Torkel había incrementado...
Erik Flodin estaba en la cocina...
Sebastian estaba sentado...
Torkel abrió su portátil...
Ocupaba el resto de la página...
¡Guau, esto es enorme!
Ove Hanson era un hombre inmenso
Había llegado el momento...
La salita de la comisaría...
No llamó a My hasta que...
Durante el resto del día...
Torkel tocó el timbre...
Maria estaba bañando...
Erik lo llamó justo cuando...
Billy y Jennifer salieron...
No reconoció la habitación enseguida
Sebastian se levantó...
A Vanja le fastidiaba...
Torkel estaba junto a...
Le había llevado un tiempo...
Después de un almuerzo ligero...
El despacho del presidente...
Billy y Jennifer estaban sentados...
Google y un par de llamadas...
Vanja había informado...

Billy paseaba nervioso...
Seguramente, la policía...
La pista de tiro era más pequeña...
Sebastian había conseguido...
Se abrió el portal...
Vanja llegó a Strandvägen...
Se volvió y dejó la botella...
Stefan Andrén estaba sentado...
¿Cuánto tiempo llevaba...
Torkel estaba en el centro...
Por una vez había tenido suerte
Fue Maria quien quiso...
Vanja estaba sentada...
Nicole estaba sentada...
Sebastian estaba un poco...
Pia esperaba en la calle
Eran dos otra vez
Vanja y Sebastian bajaron...
Se pegó aún más a su madre
Fue Sebastian quien vio...
Sebastian asintió...
Mami
Maria miró fijamente a su hija
Fue una sensación extraña...
Yo no sabía que quería matarlos
Estaba haciendo un mes...
Billy y My se habían retirado...
AGRADECIMIENTOS
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Más libros en www.Libros4.com

SINOPSIS

Una familia es hallada asesinada en su propia casa. La Brigada Criminal de Torkel Hölgrund se hace cargo del caso, una investigación que se complica aún más al descubrir el cadáver del que era el principal sospechoso del crimen.

Pero hay alguien que ha sobrevivido: Nicole, la sobrina de diez años de la pareja, cuyas pisadas llevan al gran bosque que se extiende tras la casa familiar. Sebastian Bergman deberá encontrarla antes de que sea demasiado tarde.

No sabe qué día es.

Pero no hay clase. Aún va en pijama, y son más de las nueve.

Están todos en casa. Oye a Bob Esponja en el salón.

Mamá le pone un bol de yogur en la mesa y le pregunta si se ha lavado las manos cuando ha ido al baño. ¿Quiere un sándwich también? Él niega con la cabeza. Con el yogur es suficiente. De plátano y vainilla. Lo habría tomado con Frosties, pero se los ha comido Fred y sólo quedan Oat Krispies. Aunque eso significa que podrá ver una película en cuanto termine de desayunar, como compensación. Elige ver *Transformers: el lado oscuro de la luna*.

Otra vez.

Suena el timbre.

«¿Quién demonios será a estas horas de la mañana?», se pregunta mamá camino de la puerta.

Él no está pendiente de mamá cuando ella agarra el pomo y abre.

Después oye una fuerte explosión y como si alguien se desplomara en el pasillo.

Se sobresalta y, sin querer, salpica de yogur toda la mesa. Papá grita angustiado desde el dormitorio. Aún no se había levantado, pero de pronto se lo oye cruzar deprisa el descansillo.

Entonces aparece alguien en la puerta de la cocina.

Con un arma.

Ahora eran dos.

Ella era dos personas distintas.
Una por fuera y otra por dentro.

Por fuera, aún se movía.

A regañadientes, pero decidida. Lo que le habían enseñado en el colegio, que uno no debía moverse cuando se perdía, contradecía su impulso de huir.

¿Se había perdido?

La verdad era que no sabía dónde estaba, pero sí adónde iba. Se aseguró de que aún oía los coches que pasaban por la carretera. Podía volver a ella. Caminar por ella. Escondarse si venía alguien. Seguir andando hasta alguna señal, comprobar que iba en la dirección correcta y adentrarse de nuevo en el bosque. De modo que no se había perdido. No había razón para que no se moviera. Luego sintió frío, un frío húmedo y cortante que la convenció de que era mejor continuar. Tenía menos frío cuando estaba en movimiento. Y menos hambre. Por eso siguió andando.

Por dentro, estaba completamente inmóvil.

Había corrido un rato. Tanto por dentro como por fuera. Sin rumbo. Ya no recordaba de qué huía, ni conocía el lugar al que había llegado. No era un sitio, ni una estancia, sino más bien... una sensación, quizá.

No lo sabía. Pero ella seguía allí, y aquello estaba vacío y ella estaba inmóvil.

Ella estaba vacía y aquello estaba inmóvil.

Silencio.

Eso parecía lo más importante. Mientras guardara silencio, estaría a salvo. En aquel sitio que no era un sitio, iluminado sin luz. Donde ningún color le recordaba los colores que sus despiertos ojos seguían viendo en el mundo exterior. Abierta, pero cerrada a todo. Salvo a esa sensación de seguridad. Que desaparecería junto con el silencio. Tenía ese presentimiento. Las palabras la delatarían. Las palabras derrumbarían los muros que ella no veía, volverían a hacerlo todo real otra vez. Dejarían entrar las cosas terribles

que aguardaban allí fuera.

Las explosiones, los gritos, ese líquido rojo y caliente, el miedo.

Sus palabras y las de todos los demás.

Por dentro, estaba quieta y en silencio.

Por fuera, debía seguir avanzando.

Ir adonde nadie pudiera encontrarla. Adonde nadie quisiera hablar con ella. El exterior debía proteger al interior.

Sabía adónde ir.

Había un lugar del que les habían hablado, del que les habían advertido. Un lugar en el que, cuando entrabas, ya nunca te encontraban. Nunca jamás. Eso les habían dicho. Nadie la encontraría.

Por fuera, se estrechó aún más la fina y poco apropiada cazadora alrededor del cuerpo y apretó el paso.

Por dentro, se hizo un ovillo, se encogió cada vez más, con la esperanza de desaparecer del todo.

Anna Eriksson esperaba sentada en el coche a la entrada del edificio de apartamentos de color amarillo pálido.

Vanja llegaba tarde, algo muy inusual. Supuso que era otra de las formas en que su hija había decidido manifestar su desencanto durante los últimos meses.

Lo peor era que ya no llamaba.

Anna lo aceptaba. Lo entendía y, en el fondo, pensaba que lo merecía. Además, tampoco habían tenido nunca una de esas relaciones entre madre e hija de largas conversaciones telefónicas.

Valdemar, en cambio... A él le dolía muchísimo el distanciamiento de Vanja, y a causa de ello se había transformado en una sombra de sí mismo, más que del cáncer, de hecho. No paraba de hablar de su hija y de la verdad que jamás debían haberle ocultado. Tendrían que haber actuado de otro modo. Había engañado a la muerte para descubrir después una vida llena de pesar y remordimiento. También para Anna la situación era difícil, por supuesto, pero ella lo llevaba mejor. Siempre había sido más fuerte que su marido.

Hacía ya más de un mes que a Valdemar le habían dado el alta, pero no conseguía sacarlo del apartamento. Su organismo parecía haber aceptado sin problemas el nuevo riñón, pero Valdemar no aceptaba su nuevo mundo. Un mundo sin Vanja. Lo rechazaba todo.

A Anna. A los pocos compañeros que seguían en contacto con él, pese a lo que había hecho. Al número de amigos aún menor que llamaba cada vez menos.

Ni siquiera parecía importarle ya la investigación policial en curso. Las acusaciones de evasión de impuestos y fraude fiscal eran graves, pero palidecían al lado de lo que le había hecho pasar a Vanja.

Ella se había abalanzado furiosa sobre él. Había sido horrible. Los gritos, las peleas, las lágrimas. Ninguno de los dos la había visto nunca así.

Tan enfadada.

Tan dolida.

La cantinela era siempre la misma: ¿cómo podían haberle hecho eso? ¿Qué clase de padres harían algo así? ¿Qué clase de personas eran?

Anna lo entendía. Se habría sentido exactamente igual en su lugar. Las

preguntas de su hija eran lógicas y comprensibles. Eran las respuestas lo que a Anna no le gustaba.

En efecto, ella era la clase de madre que haría algo así.

En varias ocasiones, durante las peores trifulcas, había estado a punto de decir: «¿Quieres saber quién es tu padre? ¿De verdad quieres saberlo?». Pero se había mordido la lengua, no había querido contárselo, se había convencido de que era irrelevante.

No porque quisiera proteger a Sebastian Bergman; sabía bien lo que él buscaba. Se proponía colarse en su vida, reclamar un derecho que no le correspondía, como el cobrador de morosos empeñado en cobrar algo que nadie le debe en realidad.

Sebastian nunca había ejercido de padre de Vanja. Valdemar había desempeñado ese papel lo mejor que había sabido todos los días. Independientemente de lo que dijeran los informes clínicos que Vanja había ido aireando con tanta rabia. Lo único bueno era que Sebastian no podía aprovecharse de la situación. Como Anna, era presa de la mentira. Si le contaba a Vanja que sabía la verdad desde hacía tiempo pero que no le había dicho nada, quedaría patente que la había decepcionado, igual que Anna y Valdemar.

Lo odiaría a él también.

Lo apartaría de su vida.

Él lo sabía. Había llamado a Anna varias veces en las últimas semanas, casi suplicándole que lo ayudase a encontrar un modo de contarle la verdad a su hija. Anna se negaba. No iba a permitir que se la arrebatara a Valdemar. Jamás. Ésa era una de las pocas cosas que tenía claras; todo lo demás era un lío tremendo.

Pero ese día iba a empezar a recuperar el control de la situación. Ese día iba a dar el primer paso para arreglar las cosas. Tenía un plan.

Se abrió el portal y Vanja salió por fin, con las manos hundidas en los bolsillos, los hombros caídos. Estaba ojerosa y se la veía agotada, exhausta; parecía que hubiese envejecido un par de años en los últimos meses. Mientras cruzaba la calle, se echó hacia atrás el pelo lacio y sucio. Anna ordenó sus ideas, inspiró hondo y bajó del coche.

—Hola, cariño, ¡cuánto me alegro de que hayas podido venir! —la saludó procurando sonar lo más optimista posible.

—¿Qué quieres? —fue la respuesta de su hija—. Estoy muy ocupada.

Llevaban tres semanas sin hablar, y el tono de su hija le pareció algo

menos seco, aunque quizá eran imaginaciones tuyas.

—Quiero enseñarte una cosa —le dijo tímidamente.

—¿Qué?

—Ven, te lo explico por el camino.

Vanja la miró con recelo. Anna sabía que cuanto más rato estuvieran allí más probable era que su hija accediera a irse con ella. Lo había aprendido con todas aquellas discusiones: de nada servía atacarla, ni acorralarla para que hiciera algo. Si quería que Vanja subiese al coche, tendría que decidirlo ella, sin enfrentamientos.

—Merece la pena, ya verás —insistió Anna.

Tras meditarlo un instante, la joven asintió y subió al coche sin mediar palabra.

Anna hizo lo mismo y salieron de allí. Cuando llegaron a la gasolinera que había junto al Freeport, rompió el silencio y cometió el primer error.

—Valdemar te manda muchos besos. Te echa mucho de menos.

—Yo también echo de menos a mi padre. Al de verdad —replicó Vanja.

—Me tiene muy preocupada.

—La culpa es vuestra —espetó su hija—. No soy yo la que ha estado mintiendo toda la vida.

Anna sabía que estaban a punto de discutir otra vez. No habría costado nada. El enfado de Vanja era comprensible, pero su madre necesitaba que entendiera el daño que estaba haciendo a los que la querían de verdad, a los que siempre la habían apoyado, a los que siempre habían estado pendientes de ella. Habían mentido para protegerla, no para fastidiarla. Presentía que su hija esperaba una excusa para estallar, así que procuró suavizar las cosas.

—Lo sé, lo sé. Lo siento, no quiero discutir, en serio. Hoy, no...

Vanja pareció aceptar el alto al fuego temporal y prosiguieron el viaje en silencio, por Valhallavägen, rumbo al oeste, hacia Norrtull.

—¿Adónde vamos? —preguntó una vez pasado Stallmästargården.

—Ya te he dicho que quiero enseñarte una cosa.

—¿El qué? —Anna no contestó enseguida y Vanja se volvió a mirarla—. Me has dicho que me lo contarías por el camino, así que empieza.

Su madre inspiró hondo sin apartar la vista de la carretera y del tráfico.

—Te llevo a ver a tu padre.

—Ya puede entrar, señor. Casi hemos terminado.

Erik Flodin alzó la vista hacia la casa grande de dos plantas pintada de blanco en cuyo porche se encontraba Fabian Hellström, el técnico forense que había viajado con él desde Karlstad.

Le hizo un gesto con la mano para que supiera que lo había oído y se volvió de nuevo a contemplar el campo abierto que se extendía delante de él.

Era un lugar hermoso. El césped fresco llegaba hasta el muro de piedra y, al otro lado, había un prado que esperaba el estallido de la primavera. Las coníferas de hoja perenne competían con el delicado verdor de los árboles de hoja caduca, que ya lucían sus primeros brotes. Un águila planeó en las alturas sobre el campo abierto, rompiendo el silencio con su lastimero graznido.

Se preguntó si debía llamar a Pia antes de entrar. De todos modos, se enteraría de lo ocurrido, y se sentiría desolada. Aquello iba a afectar a todo el municipio.

El suyo.

Pero, si la llamaba, empezaría a hacerle preguntas. Querría saber más. Querría saberlo todo, cuando, en realidad, él sólo sabía lo que le habían contado sus compañeros al llegar. Así que ¿para qué llamarla? Para nada.

Pia tendría que esperar, decidió. Echó un último vistazo al recinto de arena para juegos infantiles. Restos del aguacero del fin de semana en un camión de plástico amarillo. Una pala, un Transformer cubierto de arena y dos dinosaurios.

Suspiró y se encaminó hacia la casa y las víctimas.

Fredrika Fransson, que esperaba junto al coche patrulla, se unió a él. Había sido la primera en llegar al escenario, y lo había informado de inmediato. Ya habían trabajado juntos, cuando a él lo habían ascendido a inspector con responsabilidades especiales en Karlstad. Una buena agente, concienzuda y comprometida. Era casi veinte centímetros más baja que él, que medía uno ochenta y cinco, pero pesaba al menos diez kilos más de los setenta y ocho de Erik. Era más fácil saltar por encima de ella que rodearla, solía decir uno de sus compañeros más perversos. Ella jamás se había pronunciado sobre su peso, ni sobre ninguna otra cosa, la verdad. No era muy habladora.

Le pareció oler la cordita cuando llegó al porche y vio a la primera víctima. No era posible, claro. Y lo sabía. Tras un examen rápido de las víctimas, el patólogo forense le había dado una estimación del momento de la muerte: hacía unas veinticuatro horas. Aunque la puerta de la casa hubiera estado abierta —y, al parecer, no lo estaba cuando la vecina de nueve años se había acercado a buscar a alguien con quien jugar—, había pasado demasiado tiempo para que ningún olor residual permaneciera en el aire.

Antes de entrar en la casa, Erik se cubrió los zapatos con protectores y se enfundó unos guantes blancos de látex. Apartó los amentos de sauce adornados de coloridos huevos de Pascua dispuestos en un jarrón grande al lado del zapatero y se arrodilló junto al cadáver de una mujer, tendida boca arriba en el tosco suelo de piedra. La primera de las cuatro víctimas.

Cuatro muertos.

Dos niños.

Una familia.

Aún no los habían identificado oficialmente, pero se sabía que Karin y Emil Carlsten eran los dueños de esa casa, donde vivían con sus dos hijos, Georg y Fred, por lo que a Erik le habría sorprendido mucho que la mujer no fuese Karin Carlsten. A veces, cuando hablaba con compañeros de Estocolmo y de Gotemburgo, o incluso de Karlstad, les extrañaba que no conociese a todos los habitantes de Torsby. Él era de allí, ¿verdad? ¿No era un poblacho perdido en medio del bosque? Erik se limitaba a suspirar, hastiado. Vivían casi doce mil personas en el municipio, cuatro mil sólo en el centro. ¿Conocía alguien de Estocolmo a cuatro mil personas? No.

Él no había conocido a los Carlsten, pero le sonaba haber oído ese apellido... ¿en relación con un asunto policial reciente?

—¿Conoces a los Carlsten? —le preguntó a Fredrika, que aún estaba en la terraza, calzándose con cierta dificultad los protectores.

—No.

—Creo recordar que estuvieron en comisaría el invierno pasado.

—Es posible.

—¿Podrías comprobarlo, por favor?

Fredrika asintió, se quitó el único protector de plástico azul que había logrado calzarse y volvió al coche. Erik se centró en la mujer de treinta y cinco años y pelo castaño que yacía en el suelo.

Tenía un orificio en el pecho de casi diez centímetros de diámetro. Demasiado grande para ser de pistola o de rifle, más bien parecía de una

escopeta de doble cañón. La cantidad de sangre del suelo indicaba que la herida de salida era importante. Supuso que el autor de los hechos había disparado a quemarropa, con el cañón pegado al cuerpo de la mujer. El residuo de cordita se había quedado atrapado entre la piel y el esternón, y la fuerte presión había hecho trizas la piel y había carbonizado el suéter de punto blanco alrededor del orificio de entrada. La muerte debía de haber sido instantánea.

Miró de nuevo hacia la puerta; la víctima estaba a menos de un metro de ella, como si, al abrirla, le hubieran pegado el arma al pecho y disparado antes de que pudiera reaccionar. El impacto la había lanzado de espaldas.

El agresor debía de haber pasado por encima de ella para entrar en la casa.

Se levantó e hizo lo mismo.

La primera habitación después del vestíbulo era una cocina grande que, de haber estado la casa en venta, un agente inmobiliario seguramente habría etiquetado como «rústica». Chimenea de ladrillo visto en un rincón. Suelos de pino de calidad a juego con el techo. Una pala de hornear pan y un utensilio de cocina que Erik no identificaba colgaban de la pared sobre un sofá de madera tradicional. Una antigua estufa negra de leña en medio de un montón de electrodomésticos modernos de color blanco.

Los restos del desayuno todavía estaban encima de la mesa grande de pino. Un cuenco de algo que parecía yogur con cereales, Oat Krispies. Una silla volcada. Un niño, de ocho o nueve años, tirado en el suelo. Todavía en pijama.

Era Pascua. No había colegio. Por desgracia, se dijo Erik.

Al mirar al niño de cerca, confirmó su teoría sobre la escopeta. La criatura tenía uno de los brazos prácticamente arrancado de cuajo por el hombro. Perforaciones menores en la garganta y en una mejilla. ¿A qué distancia estaría si el asesino había disparado desde la puerta? ¿Dos metros? ¿Tres? Lo suficiente para que los proyectiles mortales estallaran en el interior. Quizá el niño no hubiera muerto en el acto, pero no había tardado más de un minuto en desangrarse.

¿Luego qué?

Alguien había cruzado corriendo la estancia después de que dispararan al niño. Otro más pequeño. Había huellas de pies en la sangre que rodeaba la silla. Erik miró hacia la habitación que había a continuación de la cocina: un pequeño salón con televisor y reproductor de DVD. ¿El otro niño estaba

viendo la tele cuando oyó los disparos? Tal vez se levantó al oír el primer disparo. Se quedó en el umbral de la cocina y vio caer a su hermano. Luego echó a correr. ¿Hacia dónde? El rastro conducía a la escalera.

¿Por qué no lo mató en la cocina también? ¿Estaba el asesino cargando el arma? Miró al suelo; no vio casquillos. Debía acordarse de preguntar a Fabian si los había recogido él.

—Jan Ceder. —Erik casi dio un respingo cuando Fredrika apareció de pronto a su espalda—. Los Carlsten lo denunciaron en noviembre — prosiguió, sin apartar la vista del niño muerto tirado en el suelo.

—¿Por qué?

—Por violación de la normativa de caza.

—¿Qué clase de violación? —insistió Erik con paciencia.

—Presentaron un vídeo de Ceder con un lobo muerto en su finca.

—Y lo condenaron —afirmó en lugar de preguntar.

—Lo multaron —confirmó Fredrika.

Él asintió para sus adentros. Un cazador. Una escopeta. No demostraba nada, claro, había montones de personas por ahí con armas y permisos de caza, pero era un comienzo.

—Los amenazó el martes pasado.

Erik perdió el hilo de sus pensamientos. ¿Había entendido bien a Fredrika? A veces le costaba seguirla porque ella sólo proporcionaba la información imprescindible, a menudo ni siquiera eso.

—¿Ceder? —preguntó él para asegurarse—. ¿Jan Ceder amenazó a los Carlsten el martes pasado?

Ella dijo que sí con la cabeza, mirando a Erik por primera vez desde que había llegado a la cocina.

—En la entrada de la piscina. Delante de varios testigos.

Erik procesó enseguida la información. ¿Sería así de fácil? ¿Habría alguien tan estúpido? La respuesta a ambas preguntas era afirmativa. Que aquél fuese un crimen violento y brutal no implicaba que tuviese que ser complejo y cuidadosamente planeado. Más bien al contrario, de hecho.

—Quiero hablar con él —le dijo—. Que vaya alguien a detenerlo.

Fredrika se fue y Erik meditó su decisión mientras seguía las pequeñas pisadas de sangre hacia la escalera.

Una amenaza.

Un cazador.

Una escopeta.

Confiaba en que ésa fuera la solución. Llevaba poco más de dos meses al mando de la Unidad de Delitos Violentos de la policía de Värmland y no le apetecía que le endosaran una investigación complicada. Tampoco a Pia. Ella exigiría una resolución rápida para que el municipio entero pudiera olvidarse del asunto. Seguir adelante.

Las pisadas eran cada vez menos visibles y desaparecían a unos metros de la escalera. Comenzó a subir. Al llegar arriba, encontró un descansillo largo y estrecho con tres puertas, dos abiertas. Echó un vistazo a la de la izquierda: al ver unas literas y los juguetes esparcidos en el suelo supo que era el cuarto de los niños. Enfiló el descansillo hasta el final y se detuvo. Desplomado contra la que supuso que era la puerta del baño estaba Emil. Parecía mayor que Karin, o quizá fuesen las canas. Muerto, claro. Disparo de escopeta, sin duda. En pleno pecho. Se imaginó al hombre saliendo del dormitorio y topándose con el asesino al borde de la escalera.

Miró alrededor. No parecía que Emil Carlsten llevara ninguna arma encima. Debió de oír lo que ocurría abajo, pero salió de su cuarto desarmado. Probablemente no pensaba con claridad. Erik no era capaz de imaginar siquiera cómo reaccionaría él si eso ocurriera en su casa. Si hubieran sido Pia y su hija las de abajo.

Entró en el dormitorio pasando por encima de las piernas del muerto. Una cama de matrimonio dominaba la estancia de al menos dos por dos. La colcha y los cojines estaban en su sitio. Dos mesillas de noche, un tocador con espejo. Una de las paredes estaba completamente ocupada por armarios; las puertas del cuerpo central estaban abiertas de par en par.

El de Karin.

Vestidos, blusas y faldas en las perchas.

Dos piernecitas desnudas sobresalían entre los zapatos. Erik se acercó.

El otro niño estaba sentado al fondo, con una manta en las rodillas. Como si intentara esconderse. ¿Por eso Emil no había llegado más lejos? ¿Su hijo había subido corriendo la escalera y había tratado de esconderlo, de salvarlo?

Si era así, no lo había conseguido.

El asesino lo había encontrado. Debía de haber estado justo donde estaba él en ese momento, a poco más de un metro del niño. Con el cañón del arma aún más cerca. El disparo prácticamente le había arrancado la cabeza a la criatura.

Erik tuvo que apartar la vista. Había visto muchas cosas que los seres

humanos eran capaces de hacerse unos a otros, pero aquello...

Los niños. Los pijamas. Esas piernecitas desnudas...

Se sentó en la cama e inspiró hondo varias veces, conteniendo las lágrimas. Encaramado en aquella cama grande, con las lágrimas abrasándole los ojos, juró que atraparía a quien lo hubiera hecho. No recordaba habérselo propuesto tan firmemente nunca, pero esa vez era distinto. Iba a cazar al autor de los hechos.

Costara lo que costase.

Como de costumbre, Sebastian había ido andando al trabajo, en Kungsholmen.

Era su nueva rutina. Tardaba más, y cuanto más tiempo estuviese fuera de casa, mejor. Se estaba planteando muy en serio buscar otro sitio donde vivir, pese a que, en realidad, pasaba muy poco tiempo allí. Cuando estaba en su apartamento, paseaba nervioso de un lado a otro hasta que se cansaba, luego intentaba leer los libros que decía haber leído ya. Pero estaba tan intranquilo que empezaba uno nuevo antes de haber terminado el anterior. Un capítulo de éste, otro de aquél y, aun así, su pensamiento vagaba como un tronco de madera a la deriva.

Hasta las mujeres lo aburrían. Todavía coqueteaba, y los preliminares lo relajaban, pero se extrañaba de las pocas veces que había llegado al final últimamente. Y eso era muy raro en él.

Pero es que el recuerdo de Ursula tirada en el suelo...

No se le iba de la cabeza.

Ese charco cada vez mayor, de la sangre que le manaba del ojo derecho como de un globo reventado; el pelo encarnado y pegajoso. Aún le parecía que el vestíbulo conservaba el olor dulzón de la sangre, a pesar de la cantidad de lejía que había usado para limpiarla.

Así que iba al despacho todos los días. Necesitaba trabajar. Una investigación, preferiblemente compleja y estimulante, algo que le exigiese concentración absoluta.

Sin embargo, los casos así brillaban por su ausencia. Ninguna de las comisarías del distrito había solicitado ayuda de la Unidad Nacional de Homicidios, conocida como Riksmord, con lo que, como siempre, el equipo estaba tomándose un descanso por las horas extra acumuladas. Billy, que solía estar allí aunque no hubiera caso, se pasaba de vez en cuando a mirar el correo, pero eso era todo.

Veía a Torkel todavía menos, aunque casi lo prefería así. Torkel quería a Ursula, y ella estaba en el apartamento de Sebastian cuando la bala le atravesó un ojo. Su cuerpo inerte estaba tendido en su vestíbulo. Le daba la impresión de que Torkel lo culpaba de lo ocurrido, aunque se hubieran propuesto no hablar del asunto las pocas veces que habían coincidido.

¿Quería él a Ursula? Posiblemente la había querido en algún momento.

Pero, cuando oyó el disparo y la vio allí tirada, su primer pensamiento fue terrible. No lo enturbió el pánico. Fue meridianamente claro, y cualquier cosa menos sentimental.

«Qué puto engorro.»

Una mujer a la que conocía desde hacía años. Una mujer con la que había empezado a congeniar, con la que se había sincerado más que con cualquier otra persona, yacía moribunda en el suelo, y su primera reacción era «qué puto engorro».

Conocía bien la sensación.

Se la provocaba casi todo: los conflictos, las mujeres inoportunas, las tareas aburridas en el trabajo, los eventos sociales... En esos contextos, era lógico, puede que incluso conveniente.

Pero en éste...

En el vestíbulo de su casa, después de un tiroteo.

Hasta él lo encontraba aterrador.

Lo único bueno era que Vanja pasaba a verlo de vez en cuando. Ella era el verdadero motivo por el que aún iba a trabajar. Su relación había mejorado últimamente; la conmoción de descubrir que Valdemar no era su padre biológico había dado un vuelco a la vida de la joven. Y había logrado que dejase de sospechar que Sebastian era el culpable de que perdiera la plaza en el curso de entrenamiento del FBI, como si ya no tuviese energía para dar crédito a ese miedo en concreto.

Era comprensible: muy pocos seres humanos podrían lidiar con lo que ella llevaba encima en esos momentos. Una guerra con varios frentes. Era preferible por lo menos sellar un frágil armisticio con alguien.

Además, Sebastian había negado insistentemente su implicación en el asunto. Había apelado dos veces al comité de selección, explicándoles lo errónea que había sido su decisión. Huelga decir que se había asegurado con astucia de que Vanja se enterase de su meritorio esfuerzo en ambas ocasiones. El comité se había mantenido firme: Vanja Lithner podía presentar su solicitud de ingreso la próxima vez que quedase una vacante en Quantico. No obstante, la intervención de Sebastian generó beneficios por otro lado.

Pocos días después de su último intento, se tropezó con Vanja en el pasillo. La había encontrado más amable que de costumbre. Parecía cansada, menos dispuesta a iniciar una discusión, menos propensa a atacar a la primera de cambio. Hasta lo había saludado. Le había contado que se había enterado de su empeño por ayudarla, y luego había seguido hablando de su padre, que

ya no era su padre.

Se trataba de un acercamiento. No era como antes, pero sí un comienzo, y a partir de entonces había empezado a pensar menos en Ursula.

Volvía a estar centrado.

Vanja no se había planteado siquiera volver a subirse al coche con Anna. Debía mantener las distancias con esa mujer que era su madre, pero que, desde luego, no se había comportado como tal. En absoluto.

Fuera del taxi, la primavera estaba muy avanzada, aunque todavía era abril. Hacía algo más de una semana que los días eran cálidos, una especie de anticipo del verano. Pero Vanja se sentía helada por dentro. Abandonada. Su padre ya no era su padre. En cuanto a su madre, ni siquiera sabía qué había entre ellas.

¿Quién más le quedaba?

Billy, no. Ya no. Habían sido como hermanos, pero se habían distanciado. Lo absorbía por completo su relación con My, su prometida; llevaban juntos un año, pero Vanja sólo la conocía de pasada. Y ahora, por lo visto, se iban a casar; ni siquiera sabía si la invitarían a la boda.

A Torkel, su jefe y mentor, tampoco lo veía mucho últimamente. Casi no iba a la oficina después de lo que le había sucedido a Ursula. Se preguntaba si estaría pensando en dejarlo; a veces, cuando lo veía, le daba esa impresión.

¿Con quién más se llevaba bien?

La lista era corta.

Cortísima.

Con Jonathan, su exnovio, al que veía de cuando en cuando con la esperanza de que volvieran, o al menos de que volvieran a acostarse.

Quizá con algún compañero de la academia; los veía a veces, pero todos estaban ocupados formando una familia.

Y luego estaba Sebastian Bergman.

Si, cuando se habían conocido en un caso de Västerås, alguien le hubiera dicho que iban a pasar juntos tanto tiempo, se habría muerto de risa. La idea le habría parecido un disparate. Él la desquiciaba, la agotaba. Pero últimamente lo echaba de menos. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo había terminado un criminólogo promiscuo y narcisista en su cortísima lista?

No estaba en ella a falta de otros, aunque le habría resultado más fácil excluirlo si se hubiera llevado fenomenal con cualquier otra persona.

Había otra razón.

Le gustaba hablar con él. Era imposible, grosero y condescendiente con

los demás, pero cariñoso, amable y receptivo con ella. Perseguía a las mujeres como si fueran trofeos, sin consideración alguna por sus sentimientos, pero le importaban los de ella. No entendía por qué, pero era así. No sabía ocultarlo.

Pero ¿podía fiarse de él? Siempre andaba por medio cuando pasaba algo malo.

Demasiado cerca de las pruebas por las que habían detenido a Valdemar.

Demasiado cerca de Håkan Persson Riddarstolpe y del informe que había puesto fin a su esperanza de formarse en el FBI.

Sin embargo, lo mirara por donde lo mirase, no se le ocurría ni una razón lógica por la que Sebastian pudiera querer destrozarle la vida. Él insistía en que era todo coincidencia, y a lo mejor era cierto. El caso es que Vanja sabía bien, por su trabajo, que las coincidencias eran algo poco corriente. Demasiadas coincidencias se convertían en pruebas circunstanciales. Lo posible se volvía probable.

Las coincidencias que rodeaban a Sebastian estaban casi en ese punto. En el límite, aunque tal vez aún no lo hubieran sobrepasado.

Lo necesitaba. En esos momentos estaba muy sola.

Erik Flodin aparcó a la puerta del bloque bajo de pisos, feo y sosísimo, la verdad, del número 22 de Bergebyvägen, que había sido su lugar de trabajo hasta febrero. Bajó del coche y se dirigió a la puerta principal. Los tres periodistas que lo habían estado esperando en los bancos de madera de la entrada de la comisaría se levantaron en cuanto lo vieron acercarse. Los reconoció a todos: dos del *Värmlands Folkblad* y uno de la sección local del *Nya Wermlands-Tidningen*.

Querían saber qué podía contarles de los asesinatos.

—Nada en absoluto —respondió mientras abría la puerta.

Saludó con la cabeza a Kristina y a Dennis, de recepción. Se estaba sacando la tarjeta de seguridad del bolsillo cuando le sonó el móvil. Pasó la tarjeta por el lector e introdujo el código de cuatro cifras. Una vez hubo pasado la puerta interior, aceptó la llamada de Pia.

—¿Es cierto? —le preguntó ella sin más. A Erik le pareció percibir un reproche: ¿por qué tenía que haberse enterado por otros en lugar de por él?—. ¿Una familia? ¿Han matado a tiros a una familia entera?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Quiénes son?

—A las afueras de Storbråten. Se apellidan Carlsten.

—¿Sabes quién lo ha hecho?

—Tenemos un... Yo no lo llamaría sospechoso, pero tenemos el nombre de un tipo que había amenazado a la familia.

—¿Quién?

Erik no lo dudó siquiera. Solía compartir con su mujer casi todos los detalles de las investigaciones en curso y, hasta la fecha, nunca se había filtrado nada.

—Jan Ceder.

—No lo conozco.

—Está fichado. Voy a hablar con él ahora.

Pia suspiró hondo, y Erik la imaginó junto a la ventana de su despacho en el concejo municipal, contemplando los serbales de delante del Coop de Tingshusgatan.

—Saldrá en todos los periódicos —afirmó ella con otro suspiro de preocupación.

—No necesariamente. De momento, sólo han venido periodistas del *VF* y del *Nya Wermlands*.

Lo dijo porque pensó que era lo que quería oír, no porque fuera cierto.

Claro que saldría en todos los periódicos. A los tres periodistas que esperaban a la puerta de la comisaría pronto se les unirían sus compañeros de Karlstad, y sus competidores de Estocolmo. Y la televisión, seguramente. Puede que incluso de Noruega.

—¿Te acuerdas de Åmsele? —le preguntó Pia con sequedad, dejando patente que había descubierto su intento de tranquilizarla.

Erik no pudo evitar suspirar también. Pues claro que se acordaba de Åmsele. El triple asesinato de una familia en un cementerio y en los alrededores de éste. Asesinados por una bici robada. Por entonces, Erik estaba en su primer año de la academia de policía; todo el mundo siguió en los medios la persecución nacional de Juha Valjakkala y su novia Marita.

—Eso fue hace más de veinte años —le dijo Pia—, pero es lo único en lo que piensa la gente cuando se menciona Åmsele. Queremos que la gente se mude aquí, no que huyan despavoridos.

Erik se detuvo delante de la máquina de café y pulsó el botón del capuchino. Lo invadió una súbita sensación de hastío. Estaba perdiendo la paciencia con Pia. Ella no había estado allí. Dentro de la casa. No había visto a ese niño que iba a empezar el colegio en otoño, sentado al fondo del armario. A su hermano, aún en pijama, asesinado mientras desayunaba.

No los había visto.

No había visto la sangre.

El sinsentido.

—Comprendo que no es lo mejor —dijo procurando disimular su irritación—. Pero han muerto cuatro personas. Dos niños. A lo mejor el hecho de que la gente quiera o no quiera vivir por aquí no debería ser nuestra prioridad ahora mismo, ¿no te parece?

Silencio. La máquina de café había hecho su trabajo; cogió el vaso y sorbió la bebida, que lamentablemente estaba tibia. El café de Karlstad era mejor.

—Tienes razón —concedió Pia al fin—. Perdona, te habré parecido obsesiva.

—Me has parecido comprometida con tu trabajo —repuso Erik. Como siempre, en cuanto ella cedió y se disculpó, desapareció todo rastro de irritación y lo reemplazó un fuerte remordimiento—. Como de costumbre —

añadió.

—¿Vas a llamar a alguien? —preguntó ella con su habitual tono eficiente.

—¿A qué te refieres?

—Refuerzos. De fuera.

—No, no creo. Por lo menos de momento.

Al fondo del pasillo, Fredrika asomó la cabeza desde la puerta de su despacho. Por cómo lo miro, supo que pensaba que iba siendo hora de que terminara de hablar. Erik le hizo caso.

—Oye, tengo que colgar. Luego hablamos de esto. Te quiero.

Colgó, se guardó el teléfono en el bolsillo, tiró el café, que estaba prácticamente entero, y se dirigió deprisa al despacho de Fredrika para que lo informara de las novedades.

Sebastian bajó el libro de largo título académico —*Psicología del crimen: la conducta criminal como desorden clínico*— cuando oyó que alguien se acercaba a las puertas de cristal. Vanja. La vio pálida y demacrada. La joven sacó la tarjeta de seguridad y abrió de un empujón la puerta, que le pareció más pesada que de costumbre. Algo había pasado. Se levantó y cruzó la oficina, diáfana y aséptica. Sebastian ensayó una sonrisa de bienvenida, pero ella no lo vio a la primera.

—Hola, ¿qué ha pasado? —preguntó él apretando un poco el paso, preocupado.

Por un momento, pensó que no le iba a contestar. Se quedó allí parada, en silencio, mirándolo fijamente. Sus preciosos ojos azules parecían más fuertes que el resto de su persona. Parecía que toda su fortaleza se concentrara en ellos, porque, cuando al fin habló, sus palabras sonaron débiles y quebradizas, como si se hubieran roto por el camino.

—Mamá... me ha dicho quién es mi padre.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sebastian. No estaba preparado para eso.

El momento imposible.

La cabeza le iba a mil.

No podía ser que Anna le hubiese contado la verdad. No hacía mucho se había negado a ayudarlo; ¿se lo habría dicho ahora?

—¿Y quién es? —consiguió preguntar Sebastian sorprendido de sonar, pese a todo, sereno y lleno de curiosidad natural.

—¿Sabes lo que me ha enseñado? —continuó Vanja algo más decidida, como si no hubiera oído siquiera la pregunta.

—Ni idea.

Remitió el ataque de pánico; se había librado de momento. Vanja no estaría hablándole así si Anna le hubiera revelado la verdad. La conocía lo bastante bien para estar seguro de eso; a diferencia de él, ella no era una mentirosa.

—Una tumba. Me ha enseñado una tumba.

—¿Una tumba?

—Sí. Está muerto. Murió en 1981, por lo visto. Se llamaba Hans Åke Andersson.

—¿Hans Åke Andersson?

Sebastian trataba de adaptarse a aquella nueva situación. Bravo por Anna: había logrado darle un padre a Vanja y demostrar que estaba muerto, todo a la vez. Creativa. Era evidente que la joven no pensaba lo mismo.

—Por lo visto, no fue más que un tío al que conoció y que se desentendió de ella cuando se quedó embarazada —prosiguió, meneando la cabeza—. Cuando apareció Valdemar, decidieron no contarme la verdad.

—¿Nunca?

—Nunca. Dice que no quería hacerme ningún daño, sobre todo porque ese tal Hans Åke Andersson murió ocho meses después de que yo naciera, y no tenía familia. —De pronto, la notó furiosa. Había recobrado su fortaleza; ya no eran sólo sus ojos los que rebosaban energía. Entonces la reconoció—. Debe de pensar que soy imbécil. Después de varios meses, ahora me viene con el nombre de un tío que casualmente está muerto. ¿En serio piensa que me voy a tragar esa bola?

Sebastian entendió que la pregunta era retórica y decidió guardar silencio. Claro que tampoco Vanja esperaba una respuesta; las palabras le habían brotado de la boca como un torrente de rabia contenida esperando el momento de desatarse.

—Si lo que dice es cierto, ¿no podía haberme enseñado la puta tumba hace tiempo? ¿Por qué esperar meses?

—No lo sé —le contestó Sebastian con sinceridad.

—Yo sí. Porque es una puta mentira. Intenta... cerrar la puerta. Conseguir que haga las paces con ellos.

Sebastian no dijo nada, meditó su estrategia. ¿Debía apoyar a Anna? ¿Ayudarla a que Vanja se creyera la mentira y pasara página o alimentar el escepticismo de la joven? ¿Abrir otra brecha en su relación con Anna y Valdemar? ¿Qué le saldría más a cuenta a la larga? La situación era difícil, pero debía tomar una decisión. Vanja negó con la cabeza e inspiró hondo para serenarse.

—Lo único que puede hacer que me plantee perdonarlos es que sean sinceros. Que dejen de mentirme. ¿Lo comprendes?

Sebastian decidió apoyar a Vanja. Le pareció lo correcto; ganaría tiempo y, lo más importante, los uniría a ellos dos.

—Por supuesto. Esto tiene que ser muy duro para ti —añadió compasivo.

—No tengo fuerzas para seguir peleándome contigo —dijo ella en voz

baja, y lo miró con los ojos empañados—. No puedo pelearme con el mundo entero. No puedo.

—No tienes que pelearme conmigo —dijo él con todo el cariño de que fue capaz.

Vanja asintió, luego le suplicó:

—Pues dime la verdad: ¿tuviste algo que ver con el informe de Riddarstolpe? ¿Fuiste responsable de que no aceptaran mi solicitud de ingreso en el programa de entrenamiento del FBI?

Sebastian tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su sorpresa. ¿Cómo habían vuelto a hablar de eso?

—Ya te he dicho que no tuve nada que ver —respondió él procurando mantener la compostura.

—Repítemelo —le pidió ella mirándolo a los ojos—. Y sé sincero. Me costaría menos de digerir si estuvieras implicado que alguien a quien aprecio siga mintiéndome.

Sebastian puso la cara más sincera que pudo y procuró que pareciera tan auténtica como la pena de Vanja. Con tanto en juego, no le costó hacerlo.

—No —mintió, y descubrió, para satisfacción suya, que la voz se le quebraba un poco por la tensión del momento—. Te lo prometo, no tuve nada que ver con el informe de Riddarstolpe.

La vio exhalar, relajar los hombros, aliviada, y se sintió orgulloso. Cuando le interesaba, se le daba de miedo mentir. La habría convencido de que la Tierra era plana.

—¿Cómo has podido pensar siquiera que...? —continuó con voz pesadosa, pero ella levantó una mano para pedirle silencio.

—No digas más. Elijo creerte.

Sebastian salió de inmediato de su crisálida de suficiencia. ¿Qué le había dicho? ¿Que «elegía» creerlo?

—¿Qué significa eso? —preguntó él con genuina curiosidad.

—Pues eso: que elijo creerte porque es lo que necesito ahora mismo.

Miró a su hija, que de nuevo parecía estar a punto de echarse a llorar. Verdaderamente necesitaba a alguien después de todo lo sucedido y él era la persona afortunada. Que eligiera creerlo no implicaba que confiara en él, pero supuso que hasta ahí podía llegar. Ahora le tocaba a él demostrarle que había tomado la decisión correcta.

—No te decepcionaré —le aseguró.

—Bien.

Esbozó una sonrisa, se acercó y lo abrazó. Lo abrazó más fuerte y más tiempo de lo que él se habría atrevido a esperar jamás.

A Erik lo informaron de que Jan Ceder estaba en una de las salas de interrogatorios, al fondo del pasillo. Aunque tampoco se hacían muchos interrogatorios en ellas; solían emplearse para evaluaciones de personal, llamadas telefónicas privadas, pequeñas reuniones y alguna que otra siestecita.

Según Fredrika, a Ceder no le había extrañado nada que fueran a buscarlo. Ni se había resistido; los había acompañado de buen grado. No le habían dicho por qué querían hablar con él, pese a que lo había preguntado varias veces. Sólo le habían dicho que querían aclarar un par de cosas, sin entrar en detalles. La agente había recabado toda la información de que disponían sobre el detenido; una copia lo esperaba en su escritorio. Además, se había puesto en contacto con Malin Åkerblad, la fiscal a cargo de la investigación preliminar, y había conseguido una orden de registro de la finca de Ceder. Ya iba un equipo hacia allí.

Erik estaba impresionado y pidió unos minutos para examinar el material. ¿Había alguna posibilidad de conseguir un café que estuviese ligeramente por encima de la temperatura ambiente? Por lo visto, no. Pasarían a reparar la máquina la semana siguiente.

Así que se sentó sin el café y abrió la fina carpeta.

Jan Ceder, nacido en 1961. Cinco años mayor que Erik. Aún ocupaba la vivienda relativamente pequeña que fuera propiedad de sus padres, a escasos kilómetros de los Carlsten. Vivía de un subsidio de enfermedad desde 2001. Casado y divorciado dos veces; sus dos exmujeres eran tailandesas. En la actualidad estaba soltero, después de que una rusa —a la que llamaba «la que mandé a buscar»— lo dejara antes de Navidades tras una bronca que terminó en una denuncia de ella a la policía por violencia doméstica. La denuncia se había retirado posteriormente.

Erik pasó a la ficha policial de Ceder. Varias detenciones por conducción temeraria, conducción en estado de embriaguez, dos veces por embriaguez y escándalo público, extravío del carnet de conducir, destilación ilegal de alcohol en su domicilio, contrabando, violación de la normativa de caza y otra denuncia por violencia doméstica de una de sus mujeres, también retirada con posterioridad.

Cerró la carpeta. Alcoholismo y falta de autocontrol. Había llegado el

momento de hablar con Jan Ceder.

Estaba repantigado a la mesa; vestía camiseta blanca y unos vaqueros viejos. Con las mejillas hundidas y sin afeitarse, el pelo rojo que pedía a gritos un lavado y un corte, y los capilares perfectamente visibles bajo la piel seca de su nariz algo huesuda, Ceder parecía bastante mayor de lo que era, se dijo Erik. Sus ojos irritados siguieron al agente uniformado cuando abandonó la sala. Erik y Fredrika se sentaron, y ella inició la grabación, señalando la fecha y declarando que aquél era un interrogatorio a Jan Ceder y que el inspector Erik Flodin también estaba presente. Erik se aclaró la garganta y sus ojos se toparon con la mirada de hastío del detenido.

—Queremos hablarle de los Carlsten.

Jan suspiró hondo y con aparente sentimiento.

—¿Qué dicen que les he hecho ahora?

—¿Qué les ha hecho?

—Nada, pero ha entrado aquí un tío que me ha... —Sostuvo en alto una mano temblorosa—. Me ha tomado las huellas, y me ha pedido la cazadora, la camisa y los zapatos. ¿De qué demonios va todo esto?

Erik optó por no contestar a sus preguntas. Aún no.

—Amenazó a Emil y Fred Carlsten en la entrada de la piscina de Torsby anteayer después de la clase de natación de Fred —prosiguió sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Yo no los amenacé.

Erik se volvió hacia Fredrika, que abrió la carpeta que tenía delante, buscó el documento correspondiente y lo leyó en voz alta:

—Les dijo que... «tuvieran cuidado de no interponerse en la trayectoria de la próxima puta bala».

—A mí me suena a amenaza —terció Erik.

Jan Ceder se encogió de hombros.

—Me había tomado unas copas.

—Sigue siendo una amenaza.

—Estaba borracho.

—¿Sabe lo que pienso cuando la gente como usted se escuda en el alcohol para defender su conducta inaceptable?

Silencio. Sin lugar a dudas, Ceder esperaba que Erik continuase sin que él interviniera, pero, a los diez segundos, se dio cuenta de que eso no iba a

ocurrir.

—No, no sé lo que piensa.

—Pienso: «¿Me toma por idiota?». —Erik se inclinó hacia delante. No mucho, pero lo suficiente para que Ceder retrocediera un poco—. El alcohol no te da ideas nuevas, sólo te ayuda a soltar lo que ya llevas en la cabeza, las cosas que tienes la sensatez de callarte cuando estás sobrio. Los amenazó de muerte.

Jan carraspeó, de pronto algo menos a gusto. Se pasó una mano por la incipiente barba cana.

—Puedo disculparme, si eso es lo que quieren. Si es que asusté al niño o algo parecido.

Antes de que Erik tuviera tiempo de responder, empezó a vibrar el móvil de Fredrika en la mesa. Le lanzó una mirada asesina, pero ella lo ignoró, echó un vistazo a la pantalla y, para gran sorpresa de Erik, respondió a la llamada. Los dos hombres esperaron a que terminase la conversación; sólo oyeron algún que otro «ajá» y un par de preguntas monosílabas.

—¿Podrían traerme un café? —preguntó Ceder después de carraspear otra vez.

—Está tibio —dijo Erik mientras su compañera terminaba de hablar.

Estaba a punto de hacerle un comentario mordaz y continuar con el interrogatorio cuando ella se inclinó y le susurró algo al oído.

No dijo mucho, pero, cuando Erik se volvió de nuevo hacia Ceder, lo hizo con renovada energía.

—Tiene licencia para dos rifles y una escopeta —informó abriendo la carpeta—. Una... Benelli SuperNova del calibre doce. ¿Correcto?

Ceder asintió.

—¿Sería tan amable de responder verbalmente? Por la grabación —le aclaró Fredrika.

—Sí —declaró Ceder innecesariamente alto y claro—, soy el propietario de una Benelli SuperNova del calibre doce.

—Acaba de llamar el equipo que está registrando su domicilio. —Erik hizo una pausa y volvió a inclinarse. Un poco más que antes. De forma algo más agresiva—. No la encuentran. ¿Podría decirnos dónde está?

—Me la mangaron.

Sin titubeos. Erik no tenía claro si era una respuesta sincera o sólo bien ensayada, pero había cuatro cadáveres, cuatro personas ejecutadas con una escopeta, y Jan Ceder no sabía dónde estaba la suya.

Qué casualidad.

No tenía intención de dejarlo correr.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hará unos meses. Antes de Navidades.

—No veo la denuncia del robo —comentó Erik señalando la carpeta.

—No lo denuncié.

—¿Por qué no?

Jan Ceder esbozó una sonrisa por primera vez. Tampoco le vendría mal pasarse por un dentista después de ir a cortarse el pelo, pensó Erik.

—¿Para qué molestarme? ¡No han resuelto ni un solo caso de robo domiciliario en los últimos diez años!

Era cierto, la tasa de resolución de ese tipo de casos era vergonzosamente baja, se dijo Erik, pero la mayoría de los ciudadanos respetuosos con la ley seguían denunciándolos, sobre todo si había armas de por medio. Pero Ceder no. Claro que él no era precisamente respetuoso con la ley.

—Un arma así debe de costar unas diez mil coronas —apuntó Erik recostándose en el asiento, y en el mismo tono de voz que si estuviesen charlando amigablemente.

—Algo así.

Ceder se encogió de hombros, subrayando el hecho de que no sabía en realidad lo que costaba una Benelli SuperNova del calibre doce en esos momentos.

—Eso es mucho dinero. ¿No quería reclamárselo al seguro? Para eso habría necesitado el número de la denuncia policial.

—No tengo seguro.

—¿De ninguna clase? —Fredrika no pudo evitar preguntarle.

Ceder se volvió hacia ella.

—No va contra la ley, ¿verdad?

—No. Es una estupidez, pero no es ilegal.

Ceder se encogió de hombros una vez más, luego se rascó la nariz y cruzó los brazos. Su lenguaje corporal indicaba que no había más que decir sobre el asunto por lo que a él respectaba. Erik coincidía con él: no iban a llegar más lejos con lo del arma. Era hora de retomar lo de los Carlsten.

—¿Dónde estuvo usted ayer? —preguntó también en un tono relajado y cordial.

Erik Flodin le dio un puñetazo a la inútil máquina de café. El estrés se había apoderado de él. El interrogatorio había llegado a su fin cuando Ceder había exigido un abogado. Él no tenía, claro, y ahora esperaban a que uno de oficio llegase a Torsby. Fredrika se había acercado al domicilio de Ceder; acababa de llamarlo para decirle que no habían encontrado nada que vinculase al detenido con los asesinatos. Sin embargo, un miembro del equipo había descubierto una piel de lobo en un cobertizo. Al animal lo habían matado hacía relativamente poco porque la piel estaba extendida y cubierta de sal para acelerar el proceso de secado. La agente le había dicho con sequedad que podían acusar a Ceder de violar la normativa de caza si no se les ocurría otra cosa.

No estaban avanzando nada, y no había café. Tenían la amenaza de Ceder en la entrada de la piscina, pero nada más. Si no lograban encontrar una conexión, tendrían que empezar desde el principio. Ésa era la primera investigación importante de Erik desde su ascenso; no podía fastidiarla, pero pasaba el tiempo. Pronto el asesino tendría una ventaja de treinta y seis horas; todo el mundo sabía que las primeras veinticuatro eran críticas, y ya habían pasado hacía rato.

Iban a necesitar ayuda.

La necesitaba él.

No había muchas personas a las que pudiera recurrir. Descartó de inmediato a Hans Olander, su jefe de Karlstad. Olander le había dejado bien claro que apoyaba al otro candidato, Per Karlsson. Cuando a Erik le habían adjudicado el puesto, las primeras palabras de su jefe habían sido: «Oh, vaya, a ver qué tal se te da». Definitivamente, no era la persona a la que pedir ayuda sólo dos meses después. Además, Olander ya le había insinuado en una conversación telefónica que le encantaría encargarse del caso, porque su complejidad requería lo que él denominaba «veteranía». Erik seguía al mando sólo gracias a la confianza que Anna Bredholm, la comisaria, tenía en sus aptitudes, al menos de momento. Pero tampoco quería llamarla a ella; Anna era una de las mejores amigas de Pia, y parecería que iba ascendiendo profesionalmente a expensas de los contactos de su mujer. Ya corrían rumores maliciosos al respecto y, desde luego, no quería proporcionarles más munición. No, necesitaba a alguien completamente ajeno al ámbito policial de Värmland.

«No debes avergonzarte de no poder con todo tú solo», solía decirle su madre. Era cierto, por supuesto, pero ¿qué imagen iba a dar si pedía ayuda

exterior al segundo día de su primer caso importante? No hacía falta ser una lumbrera para imaginar lo que diría Olander, pero ¿y los demás? ¿Minaría eso su autoridad y le dificultaría las cosas en el futuro? ¿Le haría parecer débil?

Le daba igual, se dijo. Si no resolvía el caso del asesinato de los Carlsten, lo tacharían de incompetente, y eso era peor.

Recordó al pequeño, muerto de un balazo en el armario.

Era hora de llamar a los mejores.

Nunca le había costado mirarla.

Al contrario: le encantaba contemplar su boca, su nariz, sus mejillas y, por último, sus ojos. A veces la observaba secretamente en la oficina. Observarla cuando ella no era consciente de su escrutinio tenía un no sé qué. Claro que ella solía darse cuenta, y entonces él miraba enseguida a otro lado, procuraba parecer indiferente, pero, cuando volvía a mirar, ella estaba sonriendo.

Sin embargo, justo antes del incidente, la sonrisa había desaparecido, y la había reemplazado un gesto de preocupación.

Así fue como su relación había tomado un rumbo equivocado. No sabía bien cómo había ocurrido.

Micke y ella se estaban divorciando, y Torkel había albergado la esperanza de dejar de ser sólo su amante para convertirse en su compañero para toda la vida, pero las cosas no estaban saliendo así. En absoluto. Se veían cada vez menos, y ella había empezado a evitarlo. La echaba de menos.

Le costaba aceptar que ella sólo lo quisiera como amante, pero ahora se enfrentaba a un desafío aún mayor que la decepción del rechazo.

Ya no podía mirarla a la cara.

Estaba tumbada en el sofá del salón, bajo la manta de lana roja moteada. Por más que lo intentaba, no veía otra cosa que la gasa blanca que le cubría el ojo derecho y que se había apoderado del rostro que adoraba. Sabía que debía mirarla a los ojos, pero, por alguna razón, no podía. La bala le había atravesado el globo ocular derecho y le había destrozado el nervio óptico, aunque, según los médicos, por el ángulo del disparo, le había salido por la sien sin causar demasiados daños. Pero había perdido el ojo.

Se levantó; debía alejarse de la visión de esa gasa un rato. Se dirigió a la cocina.

—¿Te apetece otro café?

—No, gracias —contestó Ursula—. Hazte sólo uno para ti.

Torkel miró la taza que llevaba en la mano y se sintió estúpido; apenas había bebido. ¿Sería obvio que huía? Ya no podía retroceder, así que entró en la cocina.

—Me voy a rellenar el mío —dijo más para sí mismo que para ella.

La voz de Ursula lo siguió.

—¿Cómo está Vanja?

Torkel se detuvo delante de la cafetera negra que había al lado de los fogones.

Lo cierto era que no tenía ni idea. Últimamente no había pensado en nadie más que en Ursula. Apenas había pisado la oficina, y confiaba en que nadie requiriera al equipo por un tiempo. Quería centrarse en ella.

—Bien, creo —respondió al fin.

—¿Seguro? —No parecía muy convencida—. Vino a verme anteayer y la noté bastante desanimada.

Torkel la escuchó mientras añadía unas gotas de café a su taza.

—No la he visto mucho —reconoció—. Tiene algún problema en casa, o eso he oído. Pero, sinceramente, no lo sé.

«He estado pensando en ti», le habría gustado decirle. Volvió al salón y se sentó.

—Eso es porque has estado pasando mucho tiempo conmigo —señaló Ursula sonriéndole por primera vez en una eternidad—. Y quiero agradecértelo.

Ursula alargó el brazo despacio y le cogió la mano. La suya estaba más caliente de lo habitual, pero tan suave como siempre. Había echado de menos sus caricias.

Hacía falta tan poco... Era absurdo. Procuró centrarse en el ojo que le quedaba. En el iris gris azulado. Parecía cansada, pero seguía siendo ella. Aún estaba ahí. Por un segundo logró olvidarse de la gasa.

—Has venido a verme al hospital todos los días, y vienes aquí muy a menudo. Te lo agradezco de verdad, pero... —Titubeó—. Se me hace un poco raro.

—¿Te cuesta?

—¿Puedo serte sincera? —Le soltó la mano despacio y volvió la cara. Con eso le dijo todo lo que necesitaba saber, pero siguió hablando de todas formas—. Estamos ante una disyuntiva. Tú quieres más de mí, y eso complica las cosas. Me aprecias, y yo te decepciono.

—Tú no me decepcionas.

—Eso no es cierto, ¿a que no?

Torkel negó con la cabeza. Ella tenía razón, de nada servía fingir. Se le ocurrían muchas preguntas, pero una las eclipsaba todas.

¿Qué hacía ella en el apartamento de Sebastian?

No podía ser coincidencia, de eso estaba seguro.

Había revisado concienzudamente todos los interrogatorios realizados a Ellinor Bergkvist y a Sebastian durante la investigación, ciento cuarenta y nueve páginas repletas de texto. Ellinor insistía una y otra vez en que Sebastian y ella habían tenido una relación íntima y prolongada. Se habían enamorado a primera vista, y Sebastian le había rogado que se fuera a vivir con él. Página tras página, Ellinor explicaba que los dos habían disfrutado de lo que podría describirse como un romance de los años cincuenta. Ella cocinaba y tenía el apartamento bonito, compraba flores todos los viernes, mientras que él trabajaba y se encargaba de las finanzas, iba a casa a cenar y era un compañero sexual muy dispuesto. Eso había durado meses, hasta el día en que él la había echado de su casa y había cambiado las cerraduras, lo que había hecho que ella le disparara por la mirilla de la puerta de entrada. Su objetivo era demostrarle a Sebastian que no podía tratarla así. Se proponía herirlo o matarlo. Repetía una y otra vez que no sabía que había alguien más en el apartamento.

El Sebastian Bergman que aparecía en aquellas ciento cuarenta y nueve páginas sorprendía a Torkel. El hombre al que en su día había considerado un amigo le resultaba completamente irreconocible. Ese hombre al que aún creía conocer bien. Para empezar, cuando había leído sólo las declaraciones de Ellinor, había tenido claro que ella mentía. Era evidente que le faltaba un tornillo. El resultado de la evaluación psicológica completa aún no había llegado, pero Torkel estaba convencido de que a Ellinor la encerrarían en un psiquiátrico de máxima seguridad en cuanto se celebrase el juicio, al cabo de un mes aproximadamente.

Pero las declaraciones de Sebastian confirmaban buena parte de lo que ella había dicho, aunque la razón por la que ella había terminado en su apartamento fuera distinta. Se había mudado cuando parecía que estaba en peligro, por el asesino en serie Edward Hinde, y ya se había quedado allí, pero, por lo demás, su historia coincidía más o menos con la de Ellinor. Sebastian, que, por norma general, no quería ver a una misma mujer más de una vez, había mantenido una relación de convivencia con aquélla.

Le había afectado mucho lo ocurrido y había manifestado su remordimiento en los interrogatorios, pero no había ido a verla al hospital. Al menos que él supiera. Quizá le daba demasiada vergüenza y no tenía valor para visitarla. O le daba lo mismo. No tenía ni idea. La lectura de sus declaraciones no había hecho más que subrayar lo que Torkel ya sabía: que no entendía a Sebastian Bergman en absoluto.

Tenía que preguntárselo.

—¿Ha venido a verte Sebastian?

—Una vez.

Estaba claro que Ursula quería cambiar de tema, pero él siguió. No podía dejarlo correr sin más.

—¿Y eso por qué? No entiendo a ese hombre.

—Yo sí —replicó ella algo triste—. Se le da muy bien evitar las cosas desagradables.

—Eso no es precisamente una virtud.

—Creo que es más bien un mecanismo de defensa. Mi único consuelo es que probablemente él es quien peor lo pasa.

Ursula volvió a cogerle la mano. Torkel se ruborizó. Al menos ella lo veía de verdad. Había vivido de esperanzas mucho tiempo en lo que respectaba a Ursula; no podía seguir viviendo así mucho más.

Que lo viera era mejor que nada.

Pero había estado en el apartamento de Sebastian. No con él.

Procuró no pensar en eso, concentrarse en el calor de su mano. El tacto de su piel tendría que haberlo calmado, tranquilizado, pero no. Sin estar siquiera allí, Sebastian se interponía entre los dos.

El sonido de su móvil interrumpió sus pensamientos.

Se dirigían al oeste por la E-20 en el todoterreno.

Como de costumbre, Billy iba al volante y, también como de costumbre, conducía demasiado rápido. Torkel solía pedirle que aminorara la marcha, pero esa vez no lo hizo. En cambio, contempló por la ventanilla las interminables hileras de pinos que punteaban la carretera a ambos lados. En cuanto se salía de la zona residencial, Suecia parecía sólo eso: bosque, bosque y más bosque.

Sebastian y Vanja iban detrás. Uno al lado del otro. A Torkel se le hacía raro; Vanja se había mostrado muy distante con Sebastian la última vez que los había visto juntos. Algo había ocurrido.

En medio, donde solía sentarse Ursula, estaba su equipaje.

De pronto, oyó a Sebastian reír; Vanja debía de haber dicho algo gracioso. El equipaje iba en el asiento de Ursula, pero Sebastian reía como si no hubiera pasado nada. Torkel se sintió aún más molesto cuando volvió a contemplar los condenados árboles sin fin.

Al cabo de unas horas, tomaron la carretera que los conduciría hasta Torsby, en el norte de Värmland. Billy nunca había estado allí y sospechaba que tampoco sus compañeros. En el sitio web de la localidad anunciaban con orgullo que Torsby era el lugar en el que Sven-Göran Eriksson y Markus Berg habían regateado por primera vez con un balón de fútbol, y que ostentaba el único túnel de esquí de fondo de Suecia. Billy sabía lo de Eriksson, sobre todo por los reportajes sobre su vida amorosa de las revistas del corazón, pero no tenía ni idea de quién era Markus Berg y no hacía esquí de fondo desde los trece años.

—Era broma. Bromeaba, cariño.

Billy recordaba muy bien las palabras. Habían resuelto el caso de la fosa común en las montañas de Jämtland. Él había disparado a Charles Cederkvist. Una mañana le había dado a My una llave de su apartamento. Al abrazarlo, ella le había susurrado que lo siguiente era casarse. En mayo. Luego le había visto la cara, mitad sorpresa, mitad terror, y había vuelto a abrazarlo.

—Era broma. Bromeaba, cariño.

Eso era exactamente lo que le había dicho.

Palabra por palabra.

Sin embargo, cuando dos meses después le había presentado una lista de ciento cincuenta posibles invitados para ver si la ayudaba a reducirla, comprendió que la boda en mayo ya no era broma sino una realidad inamovible.

My.

La quería, de eso estaba seguro. Pero todo estaba sucediendo demasiado rápido.

A mediados de verano haría un año que se habían conocido. Y llevarían casados algo más de un mes.

Sus intentos de evitar una boda precipitada habían sido en vano, y resultaban patéticos al lado de la vehemente convicción de ella de que eso era lo que debían hacer. Negarse a consolidar su futuro juntos parecía miserable y ruin, como si no la quisiera.

La quería mucho.

Le encantaba todo, desde su intensidad hasta la forma en la que lo miraba cuando estaban en la cama. Le encantaba que pusiera tanto entusiasmo en todo lo que hacía. Le encantaba que lo ayudase a crecer como persona. Cuando estaba con ella, se sentía el único hombre del mundo, y para alguien que siempre había tenido la sensación de ser un intruso, un observador, era una sensación maravillosa.

Así que accedió, avergonzado de su recelo.

Lo cierto era que jamás se había imaginado casado, probablemente por el divorcio de sus padres. Él tenía nueve años, y muchas veces, cuando sus padres se empeñaban en enfrentarlo el uno al otro, le había parecido que era más maduro que ellos. Pero su principal objeción era la velocidad con que ocurría todo. No le satisfacía. A él le gustaba analizar, reflexionar y planificar, mientras que My todo lo hacía precipitadamente: ir a ver un sitio nuevo, probarse ropa nueva, presentarle invitaciones nuevas sobre las que él debía opinar... Al final, se había rendido sin más, consciente de que ese gran día era más de ella que suyo. De nuevo se había quedado un poco al margen, evaluando la situación más que participando plenamente en ella. Así eran las cosas. Se decía que por él estaba bien. Confiaba en que los asesinatos de Torsby no fuesen muy complicados para poder volver a ayudarla con los preparativos, pero la cosa no pintaba bien. Una familia entera asesinada. Pruebas circunstanciales de poco peso y un solo sospechoso, por lo que había visto. Normalmente, se sentía hambriento y centrado cuando iba camino de

un nuevo caso, pero esa vez estaba destrozado, como si anduviera siempre en el sitio equivocado, fuera adonde fuese.

Intentó dejar a un lado sus pensamientos, centrarse en la monótona carretera que tenía delante. Había muy poco tráfico y el indicador de velocidad pasaba de los ciento cuarenta kilómetros por hora. Billy aminoró la marcha; solía ser Torkel quien le señalaba esas transgresiones, pero prácticamente no había dicho una palabra en todo el viaje; iba mirando por la ventanilla. Había envejecido últimamente. Quizá no fuera de extrañar: la desgracia de Ursula también lo había conmocionado a él. Ella era tan líder del equipo como el jefe, y el jefe no sería el único que la echara de menos; todos lo harían, sobre todo Billy. Tendría que supervisar todos los datos forenses él mismo y no sabía si estaba del todo preparado para asumir una responsabilidad de ese calibre. De algún modo, también el equipo había perdido un ojo.

En cambio, a los dos de atrás no parecía preocuparlos mucho. Qué raro, se dijo Billy mientras los miraba por el retrovisor. La última vez que había visto a Vanja, ella estaba furiosa con Sebastian, convencida de que él intentaba arruinarle la vida. De pronto, parecían dos chiquillos en el asiento de atrás, camino del campamento de verano.

Últimamente, Billy estaba cada vez más seguro de que el esfuerzo constante de Sebastian por entablar una amistad íntima con Vanja respondía a algún plan secreto. Todo había empezado cuando Sebastian le había pedido a Billy que encontrara la dirección de una tal Anna Eriksson, la primera vez que se habían visto en Västerås. Anna Eriksson le había escrito una carta a la madre de Sebastian en diciembre de 1979, y él necesitaba localizarla. Billy no le había prestado mucha atención entonces, pero, después de un tiempo, había caído en la cuenta de que la madre de Vanja se llamaba Anna Eriksson. Luego, su nombre había vuelto a aparecer, en una lista de posibles víctimas de asesinato, mujeres que se habían acostado con Sebastian. Así que había tenido un lío con la madre de Vanja, y ésta había nacido en julio de 1980, unos siete meses después de que se escribiera esa carta.

Pero lo que finalmente había convencido a Billy de que Sebastian era el verdadero padre de Vanja había sido que Valdemar no lo era.

Demasiada coincidencia.

Cuanto más lo pensaba, más le parecía que tenía que ser así. Sebastian buscaba a Vanja siempre que tenía ocasión, pero nunca por sexo. Billy lo había visto con otras mujeres; sus intenciones eran siempre muy claras. Hasta

había coqueteado con Ursula, pero nunca con Vanja. Jamás. Y, sin embargo, siempre quería tenerla cerca.

De repente, se dio cuenta de que quería saber la verdad. No podía andar por ahí con esa fuerte sospecha sin hacer algo al respecto.

Vio que la aguja se había plantado de nuevo en los ciento cuarenta kilómetros. Esa vez ni se molestó en desacelerar; cuanto antes llegaran a Torsby y se pusieran en marcha, mejor.

Cuando se disponían a aparcar detrás del número 22 de Bergebyvägen según instrucciones, vieron un grupo de unas doce personas a la entrada del edificio. Cámaras y micrófonos: periodistas, se dijo Torkel con tristeza. Reconoció algunos de los rostros: Axel Weber, del *Expressen*, por ejemplo. Se miraron un instante mientras el todoterreno negro cruzaba la verja abierta. Axel se hizo a un lado y se llevó la mano al bolsillo. Diez segundos después sonó el móvil de Torkel.

—¿Sí?

—¿Estás en Torsby? —le preguntó sin preámbulos.

—Puede.

—¿Qué me puedes contar del asesinato de los Carlsten?

—Nada.

Torkel abrió la puerta y bajó del coche. Agradeció poder estirar las piernas después de un viaje tan largo, pese a que habían ido muy cómodos los cuatro. Vio a un hombre de cincuenta y tantos años salir por una puerta trasera y acercarse deprisa a ellos.

—Aún no me han presentado al inspector jefe, así que tendrás que esperar.

—¿Me llamarás cuando hayas hablado con él?

—Lo dudo mucho —le dijo Torkel.

Colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo en el preciso instante en que el hombre llegaba hasta donde estaban.

—Erik Flodin. Gracias por venir.

Saludó a los demás con la cabeza y le tendió la mano a Torkel.

—Torkel Höglund.

Se estrecharon la mano, luego el resto del equipo se presentó y lo siguieron al interior del edificio que, a simple vista, a Torkel le había parecido un taller mecánico abandonado.

Erik los condujo hasta la estrecha sala de personal y se disculpó por la ausencia de café. Acto seguido, puso de manifiesto lo mucho que lo complacía que Riksmord estuviera dispuesto a ayudarlos y resumió rápidamente lo que sabían de momento sobre la familia y los cuatro asesinatos. Billy, Vanja y Torkel tomaron nota de todo, concentrándose en el asunto y haciendo algunas preguntas. Sebastian desconectó. Durante esa fase, cuando la policía local les pasaba un caso, solía sentarse al fondo a beber café y escuchar a medias. Pero, como en aquel cuchitril dejado de la mano de Dios no disponían ni de una bebida caliente en condiciones, decidió no molestarse en escuchar siquiera, y se quedó allí sentado, absorto en sus pensamientos.

—Bien, ¿cómo quieren que lo hagamos?

La voz de Erik lo devolvió a la realidad. Ya les habían cedido el caso y, a partir de ese momento, Torkel estaba al mando.

—Entonces, tienen un sospechoso... ¿ese tal Ceder? —preguntó Vanja para aclarar la situación.

—Bueno... —Erik titubeó—. Ha amenazado a la familia en el pasado, pero parece que tiene una coartada.

Torkel se puso en pie.

—Vanja y Sebastian, encargaos de Ceder. Billy y yo nos acercaremos al escenario del crimen.

—Le pediré a Fredrika que los acompañe —dijo Erik, y abandonó la sala.

Sebastian miró a Torkel, que recogía la documentación de la mesa.

Torkel y Billy.

Sebastian y Vanja.

Le parecía perfecto, pero ¿pretendía Torkel trazar una línea entre ellos? No habían hablado mucho el uno con el otro durante el largo viaje a Torsby; como mucho habrían intercambiado una decena de frases. Sebastian intentó recordar si solían charlar camino de un caso y llegó a la conclusión de que no, no lo hacían. La última vez había sido muy similar, pensó, cuando habían viajado de Östersund a aquella estación de montaña, ahora no recordaba el nombre. Además, la decisión de Torkel se ajustaba bien a las áreas de experiencia de cada uno. Sebastian apenas era de utilidad en el escenario del crimen, mientras que Vanja y él eran expertos en interrogatorios.

Aun así, seguía teniendo la sensación de que, esa misma noche, tendrían que hablar de lo que había ocurrido realmente.

Hablar de Ursula.

Pero no en ese momento.

Estaban sentados en una sala demasiado pequeña para considerarla una oficina diáfana, pero en ella había cinco escritorios: cuatro junto a las ventanas, enfrentados de dos en dos, y uno solo a la izquierda de la puerta. Sebastian eligió el último y se sentó a contemplar, distraído, las fotografías de la esposa y los hijos de alguien, y los dibujos infantiles, mientras escuchaba la grabación del interrogatorio realizado a Jan Ceder.

Ya habían hablado de amenazas y de una escopeta robada, ahora hablaban de seguros. Nada de interés por el momento. Cogió un lápiz y añadió una polla grande a uno de los dibujos que tenía delante. Sonrió para sus adentros. Pueril, pero satisfactorio.

«¿Dónde estaba ayer?», le preguntaba Erik en un tono de voz agradable. Sebastian vio que el rostro de Vanja se iluminaba. Soltó el lápiz y se recostó en la silla. Se preguntó si a alguien le importaría que pusiera los pies en la mesa, decidió que le daba igual y, en cuanto los subió, Erik le lanzó una mirada de desdén, que él ignoró.

—¿Ayer?

—Ayer.

—*Estaba en Filipstad* —respondió Ceder enseguida.

—¿Cuándo llegó allí?

—*El martes por la noche.*

—¿Y cuándo volvió?

—*He vuelto hoy. Esta mañana. Sólo llevaba en casa una hora cuando ella ha venido a detenerme.*

—Se refiere a Fredrika —aclaró Erik.

Vanja asintió y anotó algo en su libreta. Si eso era cierto, Jan Ceder no había estado ni siquiera cerca de Torsby cuando se habían cometido los asesinatos.

—¿Cómo llegó hasta allí y cómo volvió? —le preguntaba Erik en la cinta.

—*Cogí el 303 a Hagfors, luego el 302 a Filipstad.*

—En ese momento nos dio esto —apuntó Erik ofreciéndoles una bolsa de plástico que contenía un papel.

Vanja la cogió: un billete arrugado del transporte de Värmland.

Un billete de ida y vuelta.

La ida hacía dos días y el regreso ese mismo día.

—*¿Qué hizo allí?* —proseguía el interrogatorio.

—*Estuve con unos amigos.*

—*¿Todo el tiempo?*

—*Sí, bebimos bastante y... sí, todo el tiempo.*

—*Voy a necesitar los nombres y teléfonos de esos amigos.*

Se oyó un roce cuando Fredrika le pasó un bloc y un bolígrafo a Ceder deslizándolo por la mesa.

—*Pero ¿de qué va todo esto?* —preguntó el detenido.

Hubo un breve silencio, como si los dos agentes estuvieran pensando cómo proceder, cuánto revelar, pero, al final, por lo visto llegaron a la conclusión de que, tarde o temprano, a Ceder le iban a tener que contar por qué lo estaban interrogando.

—*Los Carlsten están muertos* —dijo Erik—. *Asesinados con una escopeta. ¿Qué tiene que decir al respecto?*

Erik paró la grabación.

—No quiso decir nada al respecto, al menos sin estar presente un abogado.

Sacó la cinta y volvió a guardarla en su caja, luego se giró hacia Vanja.

—Fredrika ha llamado a los amigos cuyos nombres nos ha facilitado y han confirmado su coartada.

—*¿Y por qué sigue aquí?* —quiso saber Sebastian. Erik lo miró, aún con cierto desdén. Sebastian quitó los pies de la mesa, se levantó y empezó a pasearse por el escaso espacio disponible—. Ha dicho que Ceder es un alcohólico con escaso autocontrol —prosiguió—. *¿Correcto?*

Se detuvo delante de Erik.

—Sí.

—*¿Y aun así cree que lo ha planificado todo al detalle, que se ha buscado una coartada falsa y ha comprado un billete de autobús de ida y vuelta a Filipstad para respaldar su historia?* —Erik no respondió, de modo que Sebastian continuó—: Si fuera tan meticuloso, no habría amenazado a la familia a plena luz del día la víspera del día en que pensaba ir a su casa a matarlos a tiros.

—Yo sólo digo que, de momento, parece que tiene coartada —sentenció Erik sin poder disimular su irritación—. Pero todavía podríamos encontrar restos de cordita o de sangre en sus manos o en su ropa. Si aparece la escopeta, veremos si los cartuchos coinciden con los casquillos encontrados

en la casa. Aún no hemos hablado con los vecinos; puede que alguien lo viera por allí cerca. Entonces iríamos por buen camino.

Sebastian negó con la cabeza. No pudo reprimir una sonrisa.

—O podríamos retroceder en el tiempo, plantarnos a la puerta de la casa y ver quién los dispara. ¡Eso sería más realista!

—¡Basta ya, Sebastian!

Vanja se levantó de pronto, y Sebastian se volvió hacia ella. Había algo oscuro en su mirada, algo que él reconocía muy bien. Estaba furiosa. Lo dejó mudo unos segundos, luego se dirigió hacia Erik.

—Disculpe..., a veces se comporta como un imbécil.

—No es la primera vez que me pasa —comentó Erik en un tono más suave, con los ojos clavados en Sebastian—. Que la gente se piense que no valemos para nada porque no somos de Estocolmo.

—No tiene nada que ver con que vivan en un vertedero —le explicó Sebastian amablemente—. La incompetencia tampoco resulta más excitante en la gran ciudad.

Vanja suspiró para sus adentros. No le sorprendía, la verdad. Sabía que a Sebastian le daba igual lo que pensarán de él, pero solía ser Ursula la que criticaba a los policías locales en cuanto tenía ocasión. El cometido de Sebastian era ponerse impertinente en el trato con los testigos y los familiares. Como si se repartieran entre los dos la tarea de ponerles pegas. Pero ahora que Ursula no estaba, parecía que Sebastian se hubiera propuesto conseguir él solo que todo el mundo los odiara.

Dedicó a Erik una sonrisa forzada.

—Nos gustaría hablar con Ceder ahora, si le parece bien.

Sin mediar palabra, Erik pasó airado por delante de Sebastian y salió al pasillo.

Una mujer de unos cuarenta años se levantó y les tendió la mano cuando entraron en la sala de interrogatorios.

—Flavia Albrektsson. Soy la abogada de Ceder.

Vanja se presentó y les estrechó la mano, luego se sentó enfrente de ellos.

—Flavia..., un nombre inusual —dijo Sebastian estrechándole la mano más tiempo del necesario, a juicio de Vanja.

—Sí.

—Y hermoso —prosiguió él soltándole por fin la mano—. ¿De dónde es?

Vanja puso los ojos en blanco. Si se hubieran topado con un abogado llamado Flavius, a Sebastian le habría importado una mierda de dónde fuera el nombre.

—Podemos hablar de eso luego —señaló Vanja en un tono neutro mientras miraba fijamente a Sebastian.

—Eso espero —repuso Sebastian sonriendo a Flavia.

Esa vez, ella le respondió del mismo modo y ambos se sentaron. Él la estudió: melenita de pelo oscuro que enmarcaba un rostro redondo y franco. Ojos y labios discretamente maquillados. Collar de perlas sobre el cuello del suéter de punto fino gris que llevaba debajo de la chaqueta del traje. Pechos pequeños. Anillo de casada. Normalmente, eso significaba más trabajo; mayor resistencia al principio y un éxito menos seguro. Si se iba a follar a alguien de Torsby, quizá era preferible empezar por algo más fácil.

Vanja miró de reojo a Sebastian; estaba claro que no tenía intención de llevar el interrogatorio, así que se volvió hacia la figura repantigada junto a la elegante abogada. El hombre parecía cansado.

—Háblenos de los Carlsten.

—¿Qué quiere que le cuente? —preguntó Ceder encogiéndose de hombros.

—¿Qué pensaba de ellos?

Ceder soltó un bufido y meneó la cabeza, dejando clara su opinión, pero obedeció y también lo expresó en palabras.

—Eran fanáticos del medio ambiente, ecologistas, amantes de los lobos, siempre exigiendo el no sé qué libre de toxinas y el no sé cuántos orgánico. Se comportaban como policías; no se podía ni hacer pis en el bosque sin que protestaran.

—Por eso amenazó a Emil Carlsten en la entrada de la piscina.

—Yo iba borracho.

—¿Podría contarnos qué hizo después? —prosiguió, y abrió la libreta—. Hasta que la policía ha ido a buscarlo a su casa.

—Eso ya lo ha hecho —intervino Flavia.

—A nosotros no nos lo ha contado.

Ceder cruzó los brazos. Inspiró hondo. Empezó a hablar.

Vanja y Sebastian escucharon con atención; de cuando en cuando, ella hacía alguna pregunta o pedía una aclaración. Unos quince minutos después,

Ceder enmudeció, al parecer agotado por el esfuerzo. Abrió los brazos en cruz como para indicar que no tenía nada más que decir y agachó la cabeza. Vanja consultó sus notas; todo lo que había dicho parecía coincidir con su declaración anterior.

Dio un respingo cuando Sebastian se levantó de pronto.

—El arma.

—¿Qué pasa con el arma? —quiso saber Flavia.

—Eso es lo único de su historia que no me creo —afirmó Sebastian apoyado en el alféizar de la ventana—. Dice que se la robaron, pero no denunció el robo.

—Ya ha explicado por qué —replicó Flavia.

—Lo sé, pero sigo sin creerlo.

Sebastian dejó de mirar a Ceder para observar a su abogada. Seguramente estaba a punto de echar por tierra sus posibilidades con ella, pero qué se le iba a hacer.

—Dice que eso es lo único que no se cree. —Flavia se recostó en el asiento complacida—. ¿Significa eso que lo considera inocente?

—Sí —respondió Sebastian con rotundidad.

—Entonces ¿por qué está sentado aquí?

—Porque yo no tengo autoridad para soltarlo.

Flavia esbozó una sonrisa; a lo mejor no era demasiado tarde después de todo, se dijo Sebastian.

—La opinión de Sebastian no es necesariamente la de Riksmord —dijo Vanja muy seria—. No es policía.

Aun así, coincidía con él en una cosa: también ella le había puesto un signo de interrogación grande en sus anotaciones al asunto de la escopeta. Había detectado algo falso en el tono de voz de Ceder al hablar de ello; eso se le daba bien. Los matices. Billy a veces le decía que era un detector de mentiras humano.

—Tiene coartada —insistió Flavia.

—Algunas personas se aseguran de tener coartada cuando saben que se las va a considerar sospechosas de algún delito. —Vanja cerró la libreta y miró a la abogada a los ojos—. La escopeta podría seguir siendo el arma homicida, aunque no la empuñara su cliente.

Sebastian se cruzó de brazos y se repantigó en la silla, impresionado.

—Y a lo mejor, sólo a lo mejor, su cliente sabía que la iban a usar.

Un asesinato por encargo. O un favor, más bien. Sebastian asintió para

sus adentros. Hasta un alcohólico con problemas de autocontrol podía organizar eso. Ceder había vivido en la zona toda la vida; se había quedado con la casa de sus padres. Debía de conocer a montones de cazadores y terratenientes que pensaban exactamente lo mismo que él sobre los Carlsten. Seguro que alguno le debía un favor. Matar a tiros a una familia entera era un señor favor, pero, si los Carlsten tenían enemigos, si habían disgustado a mucha gente, no era un escenario imposible.

Alcohol, testosterona, el macho alfa marcando el territorio con su orina. Había visto cosas más raras.

—Así que me parece que, de momento, se queda aquí —concluyó Vanja, luego se puso en pie y se dirigió a la puerta.

Sebastian se quedó donde estaba y la vio abandonar la sala.

Era buena. Era muy buena.

Su hija.

Ya casi era de noche cuando llegaron a la apartada casa de dos plantas situada en las afueras, a unos veinte minutos de la ciudad. La vivienda tenía un tamaño razonable y estaba muy bien conservada. Sólo la cinta azul y blanca del cerco policial que la brisa mecía suavemente revelaba que aquel agradable exterior escondía una tragedia. Fredrika aparcó junto a lo que Torkel supuso que era el Nissan blanco de la familia. Bajó del coche y señaló con la cabeza hacia la casa. Billy aparcó también, bajó deprisa y sacó su bolsa del asiento de atrás. Torkel se quedó donde estaba, mirando la casa.

Ciertamente, parecía idílica, rodeada por un prado y una serie de árboles de hoja caduca que empezaban a echar hojas. Algo más allá, junto a una senda que corría paralela al prado, vio varios cobertizos pintados de rojo y un invernadero grande. Por lo visto, los Carlsten tenían una pequeña parcela ecológica dedicada a la producción local de tubérculos.

Bajó del coche y se acercó al murete de piedra que bordeaba la casa y el jardín. Había dos bicicletas pequeñas, una verde y otra azul, apoyadas en la cara interna de la tapia; parecía que les habían dado buen uso. En un rincón del jardín había un arenero con diversos juguetes de plástico apoyados en el armazón de madera. Por lo visto, la familia vivía bien allí. Mucho espacio y libertad para jugar.

Un hombre vestido con prendas de seguridad salió de la casa y se dirigió hacia ellos; Erik Flodin les había advertido que posiblemente el técnico forense siguiera allí.

—¿Riksmord? —le preguntó el tipo a Fredrika.

—Sí. ¿Podrías ocuparte de ellos? Tengo cosas que hacer.

—Claro.

El hombre se volvió hacia Billy y se dieron la mano.

—Billy Rosén. Éste es el inspector jefe, Torkel Höglund.

El técnico los saludó amablemente con la cabeza.

—Fabian Hellström. Bienvenidos.

Al menos no parecía oponerse a la intervención de Riksmord, y eso era un buen comienzo. Torkel había sido objeto de bienvenidas mucho más frías en el pasado.

Los tres hombres se dirigieron a la casa.

—Ya se han retirado los cadáveres, pero he hecho muchas fotografías.

—Hemos visto algunas en comisaría; has hecho un buen trabajo —dijo Torkel, y realmente lo pensaba. De momento, no parecía que el equipo de Erik hubiese metido la pata.

—Gracias. Es un área bastante grande. El autor de los hechos estuvo tanto abajo como arriba, con lo que aún me queda mucho por hacer.

—¿Estás seguro de que buscamos a una sola persona?

—Bastante seguro. Hemos encontrado huellas de unas botas del cuarenta y cuatro por toda la casa.

—¿Y no podrían ser del padre?

Fabian negó con la cabeza.

—Calzaba el cuarenta y seis o el cuarenta y siete, y no hemos encontrado entre sus cosas botas con una suela igual a la de las huellas.

Ya habían llegado a la puerta e hicieron una pausa para calzarse los protectores y ponerse los guantes. En cuanto entraron, Torkel vio la cantidad de sangre del suelo de piedra que tenían delante.

—Karin Carlsten, la madre, estaba tendida aquí —explicó Fabian—. Suponemos que fue quien le abrió la puerta al asesino y la primera a la que disparó.

Torkel asintió con la cabeza y retrocedió un paso. Quería tener una visión de conjunto. La puerta, el vestíbulo, la sangre. Se dio cuenta de que echaba mucho de menos a Ursula. No es que Billy no fuera competente, al contrario, es que había trabajado muy estrechamente con ella y había aprendido mucho. Nada le habría gustado más que tenerla en aquel caso, pero Billy no era Ursula. Nadie podía igualarla cuando se trataba de ver esa conexión, ese pequeño detalle que hacía avanzar una investigación.

—La puerta de la casa estaba abierta cuando la niña de los vecinos encontró a Karin, ¿no es así? —preguntó al rato.

—Sí, y no hemos hallado indicios de que se forzaran la puerta de atrás o las ventanas, así que trabajamos con la hipótesis de que el autor de los hechos entró y salió por aquí.

Fabian los condujo adentro. Había una cocina grande al fondo del vestíbulo; se veía una silla volcada delante de una mesa preparada para el desayuno. Sangre por todas partes. En la mesa y en el suelo, incluso salpicaduras en las paredes a varios metros de distancia. No era difícil adivinar dónde había estado la víctima; la sangre había marcado el contorno de un cuerpo pequeño en la alfombra que había junto a la silla.

—Georg Carlsten, ocho años —dijo Fabian con la voz menos firme que

antes.

Señaló las huellas ensangrentadas de unos pies pequeños que salían de la cocina e iban desvaneciéndose en dirección a la escalera.

—Su hermano pequeño estaba aquí también.

—¿Quién coño hace algo así?! —exclamó Billy mientras se acuclillaba para examinar las huellas—. ¿Tenía muchos enemigos la familia?

—De momento, sólo hemos encontrado uno: Jan Ceder. Pero muchas personas los consideraban raros, por su estilo de vida ecológico y sus ideas sobre el medio ambiente —respondió Fabian.

Torkel inspiró hondo; de pronto, se sintió fatal. Fue por el pequeño bol de cereales y toda aquella sangre; hacía que lo sucedido pareciera completamente normal al tiempo que espantoso.

—Siempre que vemos algo así es por conflictos familiares y problemas de custodia —aseguró.

—No hemos encontrado nada de eso —señaló el técnico—. Llevaban casados doce años. Ningún contacto con los servicios sociales. Karin tiene una hermana en Estocolmo; aún no hemos conseguido localizarla. Emil era hijo único y sus padres están muertos. Ésa es la primera huella clara que hemos encontrado —dijo señalando una marca sucia del suelo junto a la alfombra—. Hay dos arriba en las que se puede ver el dibujo entero de la suela.

Billy echó un vistazo de cerca.

—¿Qué pie calza Jan Ceder?

—No tardaremos en saberlo. El equipo de búsqueda está en su casa ahora mismo y les he enviado una fotografía de las huellas.

Torkel tomó una decisión: no le hacía falta ver más.

—De acuerdo. Necesito que os centréis en este lugar, tanto dentro como fuera. Ampliad el área de búsqueda: el autor de los hechos llegó aquí de algún modo y quiero saber cómo.

—Le he prometido a Erik que también intentaría echar un vistazo a la casa de Ceder —quiso protestar Fabian.

—No te va a dar tiempo. Ceder no va a ir a ninguna parte. Esto es más importante. Informa a Billy de todo lo que has encontrado hasta ahora y que no intervenga nadie más. No quiero a un montón de gente pisoteando todo esto.

Fabian no parecía contento, pero asintió con la cabeza. Torkel forzó una sonrisa amable mientras se dirigía a la puerta de entrada.

—¿No quiere ver la planta superior? —Fabian no pudo disimular su sorpresa—. Emil y el otro niño están ahí arriba.

Torkel negó con la cabeza.

—Enséñaselo a Billy. Quiero averiguar un poco más de la familia. —Se volvió hacia su compañero—. Billy, ¿puedo hablar contigo un momento, por favor?

—Desde luego.

Salieron. Torkel bajó la voz y se acercó.

—Parece bueno, pero verifica todos sus hallazgos. Me preocupa un poco que hayan ido directamente a por Ceder. Podrían haber pasado por alto algo que nos lleve en otra dirección.

Billy asintió.

—Sin problema.

Torkel le dio una palmadita en el hombro a modo de agradecimiento. De los dos, Vanja siempre había sido la favorita tácita, pero Billy había mejorado mucho en el último año. Era bastante callado y ni mucho menos tan intuitivo como Vanja, pero siempre estaba ahí cuando lo necesitaba.

—Sé que estás asumiendo muchas responsabilidades en este caso, pero voy a llamar a Ursula para preguntarle si puede echarnos una mano —añadió Torkel.

—Está de baja...

—Sí, pero creo que le vendrá bien volver a la acción.

—Puedo crear un enlace para que tenga acceso a todo el material.

Torkel le sonrió. Como siempre, Billy estaba ahí cuando lo necesitaba.

Torkel pidió a Fabian indicaciones para llegar a la casa de los Torsson y decidió ir a pie. De camino, llamó a Ursula, que pareció gratamente sorprendida cuando le preguntó si podía echarles una mano con la investigación. Le hizo prometer que se aseguraría de que Billy creaba ese enlace lo antes posible.

Resultaba liberador oír a Ursula comentar el caso con él. Volvía a la vida, como si toda esa energía acumulada tuviese por fin un destino. Por brutales que fueran los detalles, se sentía más cómoda hablando de asuntos concretos que de sus sentimientos.

Ella era así.

Se le daban mejor los muertos que los vivos.

Torkel le dijo que la llamaría por la noche para que pudieran intercambiar impresiones del primer día. Así era como solían trabajar, y le satisfizo que a ella le gustase la idea. Hizo una pausa. ¿Era ése el modo de recuperarla? ¿Devolverla a lo que le era familiar, a lo que habían compartido en su día? Quizá fuese ahí donde se había equivocado: había intentado que su relación fuese como cualquier relación entre hombre y mujer. Su intimidad se sostenía en la resolución de casos juntos, no en la convivencia y la vida de pareja como todo el mundo.

Eso era lo que él quería, pero evidentemente ella no.

Debía aceptar la realidad.

La casa de los Torsson se encontraba al norte, detrás del bosquecillo del fondo de la parcela de los Carlsten, y, según Fabian, había un sendero estrecho entre las dos. Ése era el camino que Cornelia Torsson había tomado cuando había descubierto los cadáveres.

Lo encontró enseguida, junto al tendedero abandonado, un sendero muy trillado que se perdía entre los árboles oscuros. Apretó el paso. Agradecía estar al aire libre, inhalando el aroma del bosque y despejando la cabeza del hedor a muerto. Allí, a sólo unos metros de la exuberante vegetación del jardín de los Carlsten, la primavera no estaba ni mucho menos tan avanzada. La tierra aún permanecía húmeda del invierno y por todas partes había montoncitos de nieve, sobre todo a la sombra de los árboles más grandes. Subió una pendiente y se detuvo de nuevo. A unos treinta metros de distancia pudo ver una casa amarilla. El material que le habían facilitado no incluía información sobre los Torsson; sabía que eran una pareja de cuarenta y tantos años con una niña. El padre trabajaba en el departamento financiero del concejo municipal y la madre en sanidad. Su hija jugaba a menudo con los niños de los Carlsten. Habían estado fuera, visitando a unos familiares en Pascua, y habían vuelto a casa el miércoles por la noche. A la mañana siguiente, Cornelia había ido a ver a sus amigos y se había encontrado con los cadáveres. Era una pena que no estuvieran en casa; no había mucha distancia entre las parcelas y probablemente hubieran oído los disparos y podrían haberles informado de la hora exacta de los asesinatos. Además, le habrían ahorrado a su hija la traumática experiencia de encontrarse a Karin muerta en el vestíbulo. Claro que también podría haber sido peor si hubieran ido corriendo a ver lo que ocurría, o si Cornelia hubiera estado ya allí con sus vecinitos.

Concluyó que, en conjunto, era una suerte que los Torsson hubieran

decidido celebrar la Pascua en otro lugar. El asesino había actuado con tal frialdad que no habría tenido inconveniente en matar a más personas. A muchas más.

Felix Torsson abrió la puerta; Torkel le mostró su identificación y Torsson lo condujo al salón, donde Hannah y su hija estaban sentadas. Cornelia estaba abrazada a su madre con tanta fuerza que parecía que jamás fuera a soltarla.

—¿Cuántos añitos tienes? —le preguntó Torkel en tono amistoso después de presentarse—. Nueve, ¿verdad, cielo?

Cornelia no negó ni confirmó su edad; se limitó a enterrar la cabeza en el pecho de su madre.

Torkel se sentó frente a la familia y se disculpó por las molestias. Los padres asintieron con la cabeza y lo miraron con un grado de ansiedad difícil de malinterpretar: querían que los ayudara a comprender lo sucedido. Las cortinas estaban corridas y ni las velas de la mesa de centro ni las lamparitas encendidas lograban disipar la oscuridad y las sombras.

El silencio y las zonas de penumbra le recordaron a algunas de las pinturas que había visto en el Rijksmuseum de Ámsterdam cuando había estado allí con sus hijas. Habían ido unos días durante las vacaciones de otoño del año anterior, más que nada para compensar todas las veces que él no había podido verlas. El museo acababa de reabrir después de un período prolongado de renovación, y Vilma había conseguido arrastrar a su escéptica hermana mayor y a su algo menos escéptico padre. A Torkel lo había sorprendido gratamente Rembrandt, sobre todo por su obsesión con los rostros en penumbra: los de personas que sin duda ocultaban algo en su interior y a las que apenas se veía en la oscuridad circundante pero cuya humanidad permeaba de todos modos. Como los Torsson... Felix rompió el silencio.

—¿Se sabe algo ya? —preguntó impaciente—. ¿Saben quién lo hizo?

Torkel procuró responder con la máxima neutralidad posible; habló con calma, ciñéndose a la verdad.

—De momento, aún estamos intentando hacernos con una visión de conjunto, a la espera de que se complete el examen forense, aunque ya hemos obtenido algunas pruebas.

—¿Contra Jan Ceder? —inquirió Felix de inmediato.

Torkel sabía que los rumores se propagaban antes en las poblaciones

pequeñas que en las grandes ciudades, pero era fundamental que acabara con cualquier especulación lo antes posible y no dijese nada que pudiera echar más leña al fuego.

—No puedo hacer comentarios sobre nadie en particular. Estamos barajando varias hipótesis.

—No lo conocemos —prosiguió Felix; era obvio que no se iba a rendir tan fácilmente—, pero no es la clase de persona con la que apetece relacionarse, por decirlo de algún modo. Nos hemos enterado de que lo han detenido.

Torkel decidió cambiar de tema y se volvió hacia Hannah.

—¿Cómo está Cornelia?

Al oír su nombre, la niña se refugió de nuevo en el regazo de su madre. Hannah le acarició suavemente el largo pelo rubio.

—No demasiado mal. Nos han dado el nombre de una persona del Servicio de Apoyo Psicológico Infantil de Karlstad, pero, de momento, intentamos ir poco a poco.

Le dedicó una sonrisa de ánimo a Hannah.

—Muy bien. Hay que darles su tiempo a estas cosas. —Se dirigió de nuevo a la niña, pese a que ésta seguía negándose a mirarlo—. Cornelia, me gustaría hablar con tu madre o tu padre a solas un momentito, ¿te parece bien?

La niña no se movió, pero Felix se puso en pie.

—Ven, Cornelia, vamos a tu cuarto. —La levantó con ternura y la niña enseguida se abrazó fuerte a su cuello—. Hannah estaba en casa cuando ocurrió y ella conocía a la familia mejor que yo —admitió por encima del hombro de su hija—. Bajaré si me necesitan.

—Estupendo —respondió Torkel, y esperó a que hubieran subido la escalera para hablar con Hannah—. Soy consciente de que todas estas preguntas son difíciles, pero necesito más información —dijo—. Por ejemplo, ¿les ha dicho algo Cornelia desde que habló con la policía?

Hannah negó rotundamente con la cabeza.

—¿Como qué?

—Lo que sea. Algo que se haya estado preguntando, alguien a quien viera en casa de los Carlsten, algo que le contaran los niños y que haya recordado de pronto...

—No, no ha estado muy habladora. —A Hannah se le empañaron los ojos—. Me odio por no haber ido con ella. Solía hacerlo, pero el verano

pasado empezamos a dejarla ir sola. Quería sentirse mayor. —Torkel guardó silencio; no podía hacer mucho más. Eso tenía que solucionarlo ella sola. Estaba a punto de retomar el asunto de los Carlsten cuando Hannah prosiguió —: ¿Cree que estamos a salvo aquí? —preguntó con una expresión angustiada.

Había conseguido ocultar el miedo mientras tenía en brazos a su hija, pero ya no era necesario ser valiente.

La pregunta era difícil de contestar. Por experiencia, Torkel sabía que, en ese caso, el objetivo concreto del asesino eran los Carlsten; era improbable que volviera y atacase a sus vecinos. Pero lógicamente no podía garantizarles nada.

—No creo que estén en peligro, pero tampoco puedo asegurarles nada. Si eso los tranquiliza, váyanse unos días. Pero indíqueme dónde podría localizarlos.

Sacó una tarjeta de visita y se la entregó a Hannah. Ella pareció aliviada, y Torkel supo que seguiría su consejo. Aun así, no podía permitir que se fueran enseguida.

—¿Conocían bien a los Carlsten?

—Seguramente, yo era la vecina que mejor los conocía, más que nada porque Cornelia adoraba a esos niños. Eran buena gente, aunque algo peculiares.

—¿En qué sentido?

—Eran muy agradables, de verdad que sí, pero les buscaban las cosquillas a algunas personas. Llamaban la atención, para que me entienda. Eran de Estocolmo y daba la sensación de que les gustaba demasiado sermonearnos sobre el medio ambiente y esas cosas. —Hannah pareció agradecer la ocasión de hablar de otra cosa porque volvió el color a su pálido semblante—. Todo ese asunto de grabar a Jan Ceder con el lobo, por ejemplo. Los de por aquí no hacemos esas cosas. Aunque la persona nos caiga mal. Eso enfurecía a la gente.

—¿Lo dice por alguien que no sea Ceder?

Hannah meditó un instante.

—A ver, no insinúo que... que él los asesinara, pero Emil presentó una denuncia a la policía por el embarcadero del lago. La casa de Ove Hanson. A veces eran un poco polémicos, sobre todo Emil, pero nosotros nunca tuvimos problemas con ellos. Jamás.

Torkel sacó la libreta y anotó:

Hanson
Embarcadero
¿Emil?

—Muy bien. ¿Algo más?

—No que yo recuerde. Ahora parecerá que insinúo que eran malas personas.

—En absoluto. Sólo me ha contado lo que sabe, y eso es lo que necesito. De pronto, la vio triste otra vez.

—Es muy complicado. En realidad, estábamos de acuerdo con ellos. Yo también adoro la naturaleza, sólo que a veces eran un poco ingenuos... Hay que adaptarse, ¿no? —Torkel asintió. Ella miró al infinito un momento, luego siguió. Era evidente que se sentía culpable por haber pensado mal siquiera de aquella familia a la que habían asesinado—. Eran muy buena gente. Muy trabajadores. Su parcela estaba en ruinas cuando se mudaron; remodelaron la casa, mejoraron el jardín y todo eso. Y ahora... ahora están muertos...

El inspector no supo qué decir, pero le quedó clara una cosa: debía averiguar más cosas sobre los Carlsten.

Torkel tomó el largo camino de vuelta al escenario del crimen.

El sendero de gravilla que había entre las parcelas se había creado recientemente y las piedrecitas de color gris claro crujían bajo sus pies. Llamó a Eva Blomstedt, de la oficina de antecedentes penales, y le pidió que hiciera una búsqueda sobre Emil y Karin Carlsten. Eva enseguida encontró dos condenas, de 1994 y 1995; ambas incluían invasión de la propiedad privada y delito de daños, y se habían resuelto con multa y el pago de una indemnización. Estaba claro que Emil era, o había sido, miembro del Frente de Liberación Animal, una organización bastante combativa para la defensa de los derechos de los animales, y había participado en dos asaltos a criaderos de visones de Östergötland. En ambas ocasiones, habían logrado liberar a cientos de visones de sus jaulas. Emil sólo tenía veintiún años en 1995, y no había ningún otro antecedente penal posterior. Pecados de juventud. Torkel agradeció a Eva su ayuda y decidió llamar a Björn Nordström, de Säpo, la Agencia de Seguridad Nacional. Se habían conocido en una fiesta de Navidad hacía unos años y Björn le había contado que acababan de pedirle que supervisara las actividades de los grupos animalistas de Suecia. Con suerte,

podría facilitarle información oficiosa sobre Emil, principalmente algo que le indicara si debía solicitar más detalles por la vía oficial, mucho más lenta.

Björn no contestó, así que Torkel le dejó un breve mensaje.

Había llegado al punto en que la carretera principal a Torsby se cruzaba con los caminos de tierra que serpenteaban por la zona. Torsby estaba a la derecha; la casa de los Carlsten, a la izquierda. Vio a Billy y a Fabian acucillados junto a los escalones de entrada y decidió no molestarlos. Estando Billy en el escenario, tenía la tranquilidad de que dispondría de un informe completo de cualquier cosa que averiguaran. Así que fue a visitar a otros vecinos. Los Bengtsson vivían más adelante, por el camino recto. Según el informe, estaban en casa, pero no habían oído nada. No obstante, el interrogatorio había sido muy breve y no había datos sobre su relación con los Carlsten.

El camino atravesaba varios campos extensos, rodeados por hierba alta y seca; algunos ya los habían segado y, en un pasto cerrado, un grupo de caballos se entretenía deshaciéndose a coces de los restos de nieve. No se veía ninguna casa, pero supuso que los caballos eran de los Bengtsson, así que no podía estar muy lejos.

Björn Nordström le devolvió la llamada justo cuando vio por fin un conjunto de edificios: una casa roja y dos graneros. El sitio parecía mucho más destartalado que las fincas de los Torsson o los Carlsten. Björn se disculpó; estaba en Härjedalen con su familia y no tenía acceso al ordenador. Aun así, nunca había oído hablar de Emil Carlsten, de modo que seguramente no habría estado muy activo, ni habría desempeñado un papel importante en ningún movimiento animalista. Le prometió comprobarlo en cuanto volviera, ¿o era urgente? Torkel lo pensó un momento. La última condena de Carlsten era de 1995 y no había nada en las anotaciones de Erik Flodin sobre defensa de los derechos de los animales... No, probablemente no fuese urgente. Charlaron un rato más; Björn se había enterado de los brutales asesinatos y le deseó mucha suerte con la investigación.

Cuando terminaron de hablar, Torkel ya había llegado al jardín. La casa propiamente dicha parecía vacía y a oscuras, y no vio ningún coche. Al menos ninguno que se pudiera conducir. Había un par de cacharros viejos junto al granero más grande, sin puertas y con los parabrisas destrozados. Estaba todo plagado de ortigas, y cuanto más se acercaba a la casa, más evidente era la ausencia absoluta de mantenimiento. La pintura blanca de los marcos de las ventanas se estaba desconchando y, en varios puntos de la

fachada de madera, había indicios claros de humedad.

Tocó el timbre, pero parecía estropeado; tampoco oyó nada al pegar la oreja a la puerta. Llamó en vano con los nudillos. No había nadie en casa. Garabateó un mensaje en el dorso de su tarjeta de visita y la echó al buzón al pasar.

Ya era de noche, y hacía frío. Debía haberse llevado el coche, se dijo. Era fácil equivocarse al principio de la primavera; todo el mundo olvidaba el frío que hacía en cuanto se ocultaba el sol. Se subió la cremallera de la cazadora y emprendió rumbo a la casa de los Carlsten. Con un poco de suerte, Billy habría terminado y podrían volver.

Sebastian abrió la ventana y se asomó al jardín. Riksmord ocupaba cuatro de las siete habitaciones del hotel amarillo de finales del siglo XIX que, según la locuaz recepcionista, se había construido inicialmente como mansión privada, conocida localmente como «la casa de la palmera», por la palmera de dos plantas de altura que había en el vestíbulo. Se la habían repartido entre varias familias antes de que se convirtiera por un tiempo en campamento militar; pasó a ser hotel a finales de los cuarenta, blablablá. Sebastian no lograba siquiera fingirse interesado.

Mientras el aire limpio de la noche inundaba la estancia, se sentó en la cama, cogió el mando a distancia y encendió el televisor.

Alguien cantaba.

No tenía ni idea de quién era ni de qué gorjeaba, pero la dejó puesta y se tumbó a contemplar la pared que tenía delante, a los pies de la cama. El papel pintado estaba repleto de florecillas azules, pero estaban tan juntas y sus contornos tan difuminados que parecía como si un alienígena de sangre azul hubiese explotado en el centro de la habitación. Cortinas blancas, una mesilla de noche blanca con una lamparita de bronce, un escritorio. Una puerta blanca que conducía al baño. Supuso que «acogedora» y «de aire hogareño» habían sido las palabras clave cuando la habían decorado.

Estaba intranquilo.

Esa sensación tan familiar.

Tan fácil de curar.

Sin embargo, ni siquiera la idea del sexo lo atraía lo suficiente. Tendría que salir, encontrar un restaurante, invitar a unas copas, hablar de trivialidades, puede que incluso ir a bailar. Era casi como trabajar, con el riesgo añadido de que quizá no obtuviese el resultado esperado. Si hubiera sido algo seguro, lo habría hecho, pero, cuando había hablado con Flavia después del interrogatorio, le había preguntado si conocía un buen restaurante por la zona y si querría cenar con él —o tomarse una copa, si no, al terminar la jornada—, y ella le había dejado muy claro que su marido la esperaba en casa.

Había aguantado una breve reunión en la comisaría cuando habían vuelto Torkel y Billy, que disponían de más datos sobre el escenario del crimen y los Carlsten, pero nada, en realidad, con lo que trabajar. Habían

decidido empezar de cero a primera hora del día siguiente, que era cuando debían ver a la fiscal, luego habían vuelto al hotel.

De camino, Sebastian había observado a Torkel con detenimiento. Lo había notado deprimido; quizá el escenario del crimen le hubiera afectado, pero seguramente era por Ursula. Cuando les encargaban un caso fuera, su ausencia era aún más palpable. Además, Torkel les había informado de que se proponía implicarla en la investigación dándole acceso a todos los datos y las imágenes.

No había hablado mucho con nadie, pero a Sebastian no le había dirigido ni una palabra. ¿Era hora de abordar el problema? Una cosa era que no hablase de lo sucedido cuando apenas se veían, pero ahora iban a estar juntos a todas horas. ¿Ganaba él algo sacando el tema a colación?

Daba igual.

No soportaba estar allí tirado mirando la pared. Si no iba a salir a ligar, bien podía ir a hablar con Torkel.

Torkel abrió la puerta un segundo después de que Sebastian llamara, como si hubiera estado pegado a ella. No dijo nada, le dio la espalda. Sebastian entró, cerró la puerta y se detuvo en seco. No podía creer lo que estaba viendo. Las paredes parecían atacarle.

Flores, flores y más flores.

Por todas partes.

Nada de florecillas discretas como las de su habitación, sino grandes ramos de floripondios que le recordaban a la artesanía tradicional de Dalarna. Y también estaban muy juntos, como si a un aspirante a Carl Larsson colocado de ácido se le hubiera ido la mano con el pincel.

—Precioso —dijo señalando con la cabeza las paredes e imaginando que «personal» y quizá «estival» habían sido las palabras clave de esa habitación.

—¿Qué quieres?

Torkel estaba deshaciendo la maleta que tenía encima de la cama.

—¿Tú qué crees que quiero? —Torkel pasó por delante de Sebastian con dos camisas y las colgó en el armario de detrás de la puerta—. Me preguntaba si querías hablar de Ursula —prosiguió Sebastian hablando de espaldas.

—¿Contigo?

Torkel cerró la puerta del armario y se volvió hacia su compañero.

—Le dispararon estando en mi apartamento.

—¿Y qué hacía allí? —le espetó furioso Torkel.

Sonó más celoso de lo que pretendía, pero eso era lo que quería saber.

Eso era lo que lo había estado reconcomiendo.

Devorándole las entrañas.

Quería a Ursula. Ya estaba divorciada. De pronto, se le presentaba la oportunidad de mantener con ella una relación en condiciones. No se le daba bien estar solo, nunca lo había estado. Ansiaba ser parte de una pareja.

Ansiaba estar con Ursula.

Y entonces le habían disparado. Casi se la habían arrebatado. En el apartamento de Sebastian Bergman, por el amor de Dios.

—Sólo estábamos cenando juntos —contestó Sebastian.

Se preguntó cómo le habría justificado ella a Torkel su presencia en el domicilio de Sebastian. Seguramente, no le había contado la verdad. Tampoco había mucho que contar; no se habían acostado. Pero iban a hacerlo, esa noche. Si no hubiese aparecido Ellinor con su demencia y su Glock. Dudaba que Ursula le hubiera contado algo a Torkel. Se le daba bien guardar secretos, igual que a Sebastian. Puede que incluso mejor.

—¿Tenía por costumbre cenar contigo? —preguntó Torkel esforzándose por mantener un tono neutro.

Pero ahí estaban de nuevo, los celos. No lo podía evitar. Siempre que había invitado a Ursula a cenar ella había declinado la invitación.

—No. De cuando en cuando, pero no, no era algo habitual.

Sebastian enmudeció. Estaba empezando a desear haber ido al pub, pero aquello había que hacerlo. Había llegado la hora. El inspector se quedó allí mirándolo, sin duda esperando a que continuara.

—Creo que fue por todo ese asunto del divorcio de Micke —se aventuró a decir Sebastian—. Supongo que necesitaba hablar con alguien.

—Y prefirió hacerlo contigo en lugar de conmigo.

—Era más fácil, imagino. A ver, es una mujer inteligente. Debe de saber lo que sientes por ella y... conmigo nunca iba a haber nada. Estaba... a salvo.

Se encogió de hombros, como para acentuar lo inocente que había sido todo. A Ursula se le daría bien guardar secretos, pero nadie mentía mejor que él, se dijo, orgulloso, al tiempo que le dedicaba su mirada más franca y sincera a Torkel, que no pudo reprimir una sonrisa desdeñosa.

—¿Una cena en tu casa? ¿A salvo? —Se acercó de nuevo a la cama para seguir deshaciendo la maleta—. ¿Has cenado alguna vez con una mujer con la que no te hayas acostado después? ¿O antes? ¿O durante?

Eso era cierto, la verdad. La cena era el prólogo. A veces estimulante, placentero; otras, un mal necesario. Miró a Torkel de reojo. En su día habían sido amigos.

No veía necesario recuperar esa relación, pero prefería que Torkel no fuese tan visiblemente hostil. Cuando Sebastian había vuelto a Riksmord tras una ausencia de muchos años, el inspector le había pedido franqueza y confianza mutua, y Sebastian había accedido a concedérsela.

—Tuvimos una relación, Ursula y yo. —Vio que Torkel se agarrotaba—. Como la que tuvisteis vosotros. Hace años. En los noventa. —Torkel siguió guardando la ropa en silencio. Sebastian lo observó. ¿Habría sido un error mencionar ese detalle? Una vez más, había llegado la hora—. Estaba casada con Micke, pero... —Se aclaró la garganta—. Cortó conmigo cuando se enteró de que me había acostado con su hermana.

Torkel se volvió, con una expresión en la cara de que no podía ser verdad lo que acababa de oír.

—¿Te acostaste con su hermana?

—Barbro, sí.

—¿Por eso no se hablan?

Sebastian asintió.

—Ya conoces a Ursula —dijo acercándose a Torkel—. ¿En serio crees que puedo interesarle de ese modo después de lo que le hice? —El otro no respondió—. Ya sabes cómo reaccionó cuando aparecí en Västerås —continuó Sebastian más seguro de sí mismo. Iba por buen camino—. El simple hecho de que estuviese dispuesta a cenar conmigo ya era más de lo que jamás me habría atrevido a esperar.

Torkel lo miró fijamente, intentando averiguar si mentía. Sebastian era consciente de que su compañero pensaba que lo había traicionado muchísimas veces, pero no le cabía duda de que ésa le parecería la peor de las traiciones; su frágil amistad jamás sobreviviría a algo así.

—Como me estés mintiendo, jamás te lo perdonaré —le dijo confirmando sus sospechas.

Sebastian asintió para demostrarle que lo comprendía perfectamente y decidió dar un paso más. Le puso una mano pesada en el hombro a su amigo.

—Lo siento —se disculpó, y lo sorprendió lo sincero que sonaba—. Todo. Cómo han salido las cosas.

Torkel le miró la mano, luego miró a Sebastian a la cara.

—¿Se lo has dicho a Ursula?

—Sólo la he visto una vez desde que..., bueno, ya sabes.

—Sí, lo sé. Me lo ha contado.

Cuando Sebastian volvió a su habitación, Torkel se sentó en la cama. Aquélla había sido una conversación inesperada. Inesperada, pero bienvenida. Riksmord no había encabezado una investigación activa desde que se habían encontrado los cadáveres en la tumba de la montaña. Entretanto, habían tenido tiempo de pensar. Mucho. Y de que afloraran los sentimientos.

Rabia.

Pérdida.

Celos.

Tras la breve visita de Sebastian, Torkel cayó en la cuenta de que, por muy mal que él lo hubiera pasado, siempre sería mejor que el peso que su compañero llevaba claramente sobre los hombros.

El de la culpa.

Billy estaba sentado delante del ordenador, desnudo salvo por la toalla que llevaba alrededor de la cintura mientras se recuperaba de una carrera de diez kilómetros. Estaba en la ducha cuando había sonado el teléfono: una llamada perdida y un mensaje de My. La llamó sin escuchar primero el mensaje del buzón de voz. Por lo visto, le había subido varias propuestas de arreglos florales a su cuenta de Dropbox y quería su opinión.

Mientras esperaba la conexión a la wifi del hotel, le había hablado un poco del caso y ella le había preguntado por Vanja y Sebastian. Aunque sólo había conocido a Vanja de pasada, estaba muy interesada en la amiga y compañera de su futuro marido; estaba convencida de que Vanja necesitaba terapia por el valor aproximado del PIB de un país pequeño. Billy la puso al tanto de las últimas novedades, pero no le comentó su sospecha sobre el vínculo familiar entre Sebastian y Vanja.

Luego abrió Dropbox. Trece fotografías de distintos arreglos florales que parecían... distintos arreglos florales. ¿En serio esperaba que opinara sobre esas cosas? A veces pensaba que le preguntaba sólo para que no se sintiera excluido, cuando, en el fondo, ella era más que feliz tomando la decisión por su cuenta. Como en esa ocasión. Aun así, hicieron el paripé.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—Completamente —contestó Billy.

—Ya elijo yo, entonces —sugirió My.

—Buena idea —dijo él.

—Eres un cielo —afirmó ella.

Y él estaba de acuerdo.

Cuando terminaron de hablar, Billy hizo todos los preparativos necesarios para que Ursula pudiera tomar parte en la investigación. Se descargó todo el material relevante y creó una página web, que encriptó y protegió con contraseña. Después le envió la contraseña a Ursula acompañada de un mensaje breve donde decía que la echaban todos de menos y que esperaba que se encontrase mejor. Podía haberla llamado, desde luego, pero, para empezar, no tenía tanta confianza con ella y, además, lo cierto era que no sabía qué decirle.

Una vez hubo terminado, echó un vistazo al reloj de la parte inferior de la pantalla. Demasiado temprano para irse a la cama. A primera hora de la

mañana, organizaría la sala que les habían asignado en la comisaría, pero, hasta entonces, no podía hacer mucho más.

Pensó de nuevo en Vanja. Y en Sebastian. Saberlo era una cosa; demostrarlo, otra muy distinta. Tampoco tenía ni idea de qué haría con esa información si su sospecha se confirmaba, pero, en esos momentos, la sensación de intuirlo sin poder asegurarlo le resultaba molesta. Como una picazón que uno no alcanza a rascarse. Quería tener la certeza, por su propio bien.

Buscó en Google «test de paternidad»: 24.300 resultados. Hizo clic en el primero de los enlaces: «Test de paternidad por ADN, precisión del cien por cien, 1.395 coronas» llenó la pantalla. Empezó a leer. Pagabas por anticipado, luego te enviaban el kit de la prueba. Dos bastoncillos de frotis bucal por individuo, que debían pasarse por el interior de la boca durante treinta segundos para recoger células del carrillo. Problema: quizá no accedieran al frotis. Billy cerró esa página e hizo clic en otro enlace; éste ofrecía una precisión del noventa y nueve por ciento de manos del laboratorio de ADN más prestigioso del mundo, pero el procedimiento era el mismo. Estaba a punto de salir de la página cuando vio un enlace en el menú lateral: «Procedimientos alternativos».

Hizo clic en él y la primera línea del texto le levantó el ánimo considerablemente: «Si no puede utilizar los bastoncillos que se incluyen en nuestro kit de la prueba, también puede enviarnos la muestra de ADN sirviéndose de otro procedimiento, como un cepillo de dientes o una torunda de algodón o un pañuelo de celulosa usados».

Billy siguió leyendo con creciente interés.

Por fuera, temblaba.

Se encontraba un poco mejor después de haber comido algo, pero esa noche de abril no hacía calor.

Después de que anoheciera, se había mantenido cerca de la carretera y había visto las luces de una gasolinera. Con la cabeza gacha, había entrado y esperado a que el chico de la caja estuviese ocupado con un cliente. Entonces había cogido dos *wraps* y un yogur líquido de la vitrina refrigerada. Cuando se tenía hambre, había que comer comida de verdad, no chucherías. Se lo había guardado todo en los bolsillos y había salido con disimulo. Nadie le había gritado ni había intentado seguirla mientras se desvanecía en la oscuridad una vez más.

Por dentro, el vacío y el silencio parecían ir creciendo.

O a lo mejor ella se estaba haciendo más pequeña. Pese a que aún no sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí, se sentía a salvo y segura. Ahí dentro no hacía frío. Ni siquiera la oscuridad había logrado penetrar lo que fuese que protegía ese sitio que no era un sitio.

Y seguía habiendo silencio.

Ella estaba en silencio. Por alguna razón, eso le parecía ahora aún más importante. Puede que ese sitio soportara las palabras de otros, pero no las suyas. Se derrumbaría, y no sobreviviría. Nunca volvería a decir nada. Jamás. A nadie. Se hizo esa promesa.

Por dentro.

Por fuera, era difícil cruzar el bosque en la oscuridad. Tropezó y cayó varias veces.

Volvió a levantarse. Siguió avanzando.

Entonces llegó a un camino de tierra. La carretera principal estaba a la izquierda..., ¿y la de la derecha? Debía de conducir a algún lugar. Había pasado la última noche a la intemperie, ojalá no tuviera que volver a hacerlo.

Enfiló la carretera que, en realidad, era poco más que un camino de tierra batida por las ruedas de algún vehículo y, después de unos minutos,

llegó a una verja de hierro entre dos postes. Sin valla a ambos lados. Detrás de un enorme rododendro, pudo ver una casa. Ninguna luz encendida. Ningún coche aparcado a la entrada.

Con sigilo, la rodeó entera dos veces, luego cogió una piedra, la lanzó por la puerta de la terraza y se ocultó en la penumbra a esperar una reacción que no llegó.

Hacía frío dentro de la casa, pero no tanto como fuera.

Se sentó en el suelo y se comió uno de los *wraps*, de rosbif. Se guardaría el otro para la mañana siguiente, junto con la mitad del yogur líquido. Luego entró en la cocina. El frigorífico estaba vacío, pero encontró unas conservas en uno de los armarios. Atún, tomate troceado y cerezas confitadas. Se las guardó en los bolsillos de la cazadora.

No pensaba. Sólo actuaba. Ya no pensaba mucho. Había ratos largos en los que no pensaba en nada.

Bien. No quería pensar.

No quería recordar.

Entró en una de las habitaciones y encontró dos camas. Olía a polvo y a casa de verano. Cogió el edredón y la almohada y se metió con ellos debajo de una de las camas, pegando la espalda a la pared.

Se hizo pequeña.

Tan pequeña como era por dentro.

El sueño.

Ese condenado sueño.

Ya no lo tenía tan a menudo últimamente; a veces incluso conseguía convencerse de que se había librado de él. Que se había ido. Pero siempre volvía.

Como ese día.

Sabine hecha un manojo de nervios en sus hombros. Caminando hacia el mar. Ella quería jugar en el agua fresca. El aire era húmedo, pegajoso. Había una niña pequeña con un delfín hinchable. Las últimas palabras de Sabine:

—Papá, yo quiero uno de éstos.

El mar. Salpicando alrededor. Risas.

Los gritos desde la playa.

El rugido.

La pared de agua.

La manita de Sabine en la suya, el pensamiento de que no debía soltarla nunca, jamás. Toda su fuerza, toda su concentración. Concentración. Su vida entera, allí, en la mano derecha.

Sebastian se destapó y fue al baño. Apretó los ojos para protegerse de la intensa luz del fluorescente mientras orinaba y, despacio, con dolor, estiró los dedos de la mano derecha.

La mano que de pronto se había quedado vacía.

La mano que había dejado escapar a su hija.

Tiró de la cadena y volvió al dormitorio. En el reloj del televisor eran las 4.40. Sabía que no iba a poder dormir, de modo que se vistió y salió. Aún tardaría una hora en amanecer. No había ni un alma a la vista. Cruzó la calle y bajó hacia el agua, siguiendo la orilla hasta llegar a la carretera, la E-16/E-45. Continuó por la orilla.

El sueño.

Ese condenado sueño.

Sabía por qué había vuelto. Aunque había hecho todo lo posible por mantenerse alejado de las fotografías del escenario del crimen y había desconectado durante la reunión informativa, no podía evitar que en ese caso hubiera niños asesinados.

Otra vez.

Como la última vez.

Él no debía tener nada que ver con niños muertos. Ya no era capaz de controlarlo.

Al cabo de unos treinta minutos, dio media vuelta y deshizo el camino, de vuelta al hotel. Una ducha rápida y al comedor. Se sirvió del bufet, luego entró en la salita. Desde luego, a alguien le encantaban los estampados florales en las paredes; esa vez los floripondios eran negros sobre un fondo blanco. Eligió una mesa de dos y se sentó.

Cuando se estaba sirviendo la segunda taza de café, entró Vanja y miró alrededor en busca de una cara familiar. Le dedicó a Sebastian una breve sonrisa, después fue a buscar su desayuno. La notó cansada. Ése parecía su estado habitual últimamente: agotada y triste. La ruptura con la persona que más había significado para ella a lo largo de su existencia le había pasado factura.

Tendría que sentirse satisfecho; había querido que se distanciara de Valdemar desde el día en que había sabido que era su hija, pero se estaba manteniendo al margen, perfectamente consciente de lo que ella le había dicho de que elegía confiar en él, que no podía pelearse con todo el mundo en esos momentos. Eso podía cambiar de un momento a otro, sobre todo si ella se enteraba de todo lo que él había hecho.

—¿Has dormido bien? —le preguntó mientras se sentaba enfrente.

—No he dormido mal. ¿Y tú?

—Como un bebé —mintió.

Hablaron un poco de todo mientras desayunaban. Al salir, se toparon con Billy, que entraba; había estado en la comisaría, preparando «la sala más pequeña del mundo», como él la llamaba. Se ofreció a llevarlos si lo esperaban diez minutos mientras cogía algo de comer, pero ellos rechazaron su ofrecimiento; ya habían decidido ir andando.

¿Los había mirado raro Billy al responderle, o eran sólo imaginaciones de Sebastian? Era el miembro del equipo al que menos conocía. Al parecer, Billy había aceptado la presencia de Sebastian desde el principio —al contrario que Vanja y Ursula—, pero, en el tiempo que llevaba en Riksmord, no habían llegado a intimar.

Billy lo había pasado muy mal. Había matado a dos personas, estando de servicio, por supuesto, pero aun así...

Dos investigaciones de Asuntos Internos. Totalmente resarcido en ambas ocasiones.

Sin embargo, a Sebastian le costaba creer que a Billy le afectase tan poco como aparentaba. No era precisamente uno de esos tipos duros, fuertes y silenciosos. Después del segundo tiroteo, él le había ofrecido sus servicios como terapeuta, pero Billy los había rechazado.

Mientras se dirigían al número 22 de Bergebyvägen, le preguntó a Vanja si no había notado a Billy un poco raro.

—No, lo veo igual que siempre. ¿Por qué lo preguntas?

Sebastian cambió de tema.

Igual que siempre.

Eso era lo que le daba miedo.

Eso era lo raro, teniendo en cuenta que había matado a dos personas.

Ursula estaba en la clínica oftalmológica de St. Erik a las nueve en punto de la mañana para reunirse con el protésico que le había recomendado el especialista y probar posibles ayudas médicas. El término le fastidiaba: a la postre, se trataba de un ejercicio estético, más que de algo que le fuera a suponer una mejora médica. Aun así, el médico insistía en que un ojo artificial era preferible a la alternativa: coserle la cuenca. Según él, una prótesis ocular, que era su nombre técnico, contribuía, además, a acelerar la recuperación psicológica del paciente. Por lo visto, había tenido experiencias positivas con pacientes que, como ella, se oponían rotundamente a la idea. A Ursula le parecía que exageraba su negatividad. Había perdido un ojo y no sentía la necesidad de ocultárselo al mundo; en realidad, ya se había hecho a la idea de tener que tapárselo. Al principio, había tenido unos dolores de cabeza horribles, pero no sabía si por la herida o porque el ojo izquierdo tenía que trabajar el doble. Seguramente, un poco ambas cosas. Ahora sólo tenía dolor de cabeza de vez en cuando, y leía con facilidad, al menos durante hora y media, luego se cansaba. Aun con todo, el especialista insistía, y al final Ursula había accedido por lo menos a ir a ver al técnico, que había resultado ser una mujer joven llamada Zeineb. Pasó quince minutos midiéndole tranquilamente el volumen, la anchura y la profundidad de la cuenca del ojo, luego le recomendó una prótesis acrílica. Le explicó que sería resistente y fácil de mantener. Ursula no tenía opinión al respecto, pero se sorprendió quedándose y charlando en lugar de marcharse. El trato directo de Zeineb la conmovía. El especialista le había dado un diagnóstico, una descripción clínica precisa de las consecuencias de sus heridas. Torkel estaba muy

pendiente de ella, pero jamás se atrevía a mencionar lo que había bajo la gasa blanca. Zeineb le ofreció algo distinto: un planteamiento práctico y liberador de la situación, casi como si fuesen dos amigas que charlan de sus peinados o sus pendientes más que del boquete que le había quedado en la cara.

Cuanto más hablaban, más claro veía que el especialista quizá tuviese razón. Tal vez, taparse la herida con un vendaje y aceptar que la vida seguía no bastaba para que se recuperara del todo. Quizá por eso a los protésicos los consideraban «ayuda médica», porque ayudaban a la gente.

Ursula no estaba convencida de que eso fuera cierto, pero lo que sí sabía era que ya estaba deseando volver a ver a Zeineb dentro de dos semanas para probarse el ojo nuevo.

Al llegar a casa, estaba contentísima y llena de energía. Torkel la había llamado al móvil, que había olvidado llevarse. No había mensajes, pero imaginaba lo que quería.

Lo de siempre.

Aunque ya no le molestaba. En realidad, le agradaba que no hiciese nada para sorprenderla.

Al contrario que Sebastian Bergman.

Había ido a verla una vez al hospital. Una vez. Pese a que le habían disparado en su apartamento, su exnovia. Una vez.

Sabía que procuraba evitar las situaciones difíciles y dolorosas, pero, aun así, estaba sorprendida. Atónita. Claro que, pensándolo bien, también ella se había sorprendido. Había estado a punto de cometer de nuevo el mismo error, el que había cometido hacía tantos años. Había empezado a sentir algo por él.

La vez anterior, todo había acabado cuando él se había acostado con su hermana.

Esta vez ella había estado a punto de morir.

No habría una tercera, por mucho que él se empeñara; de eso se aseguraría. Pero había sido culpa suya. Había sido ella quien le había abierto la puerta y le había dejado pasar. Eso era lo primero que debía admitir: Sebastian tenía algo que ella encontraba increíblemente atractivo. Tenían una relación complicada; como todo en la vida, no era sólo blanco o negro. Le gustaban muchas cosas de él: su intelecto, su forma poco convencional de ver el mundo, su habilidad para escapar de cualquier problema. Pero, sobre todo, el hecho de que ambos eran muy parecidos. Los dos estaban igual de solos. Los dos andaban siempre buscando un amor que destruirían en cuestión de

minutos.

Si él hubiera resultado gravemente herido, seguramente ella habría ido a verlo sólo una vez. Más visitas únicamente habrían aumentado la carga, y llevar cargas era algo que a ninguno de los dos se le daba muy bien.

Ellos siempre seguían adelante.

Se sentó enfrente del ordenador y accedió a los documentos del caso. Había mucho material; buena parte de él debían de haberlo reunido antes de que Riksmord se hiciera cargo del caso, pero se veía la mano de Billy en la organización de los archivos y las carpetas.

Clara, de fácil acceso.

Empezó por los informes preliminares que obtuvo Erik Flodin en el escenario del crimen; eran bastante buenos. Ella habría preferido más fotografías en gran angular de la casa. El fotógrafo se había centrado en los primeros planos, pero, por otro lado, había suficientes para proporcionarle una visión de conjunto decente. Empezó con la primera víctima, Karin Carlsten.

Karin, la madre, con un boquete enorme en el pecho.

Treinta y nueve fotografías sólo de Karin.

Seiscientos noventa y cinco fotografías en total, más los informes escritos.

Iba a ser un día largo.

A lo mejor no era la sala más pequeña del mundo, pero desde luego no era grande. Catorce metros cuadrados. Dieciséis, quizá, calculó Torkel cuando llegó con Malin Åkerblad. Seis personas reunidas alrededor de la mesa ovalada del centro y parecía que sobraban al menos dos. Torkel presentó a Malin a todo el mundo, luego alargó el brazo y se hizo con uno de los cafés de Statoil. Alguien había tenido el sentido común de llevar café de fuera en lugar de confiar en la inservible máquina de la sala de personal. Echó un vistazo a los periódicos esparcidos por la mesa, y los dos tabloides nacionales llevaban el asesinato de los Carlsten en portada.

—Le he dado a Malin una copia de nuestras notas, pero vamos a hacer un breve repaso verbal —dijo Torkel cuando se hubo instalado.

Le hizo una seña con la cabeza a Billy, que dejó su café en la mesa y se levantó. En la pared, a su espalda, se podían ver los resultados de su trabajo de primera hora de la mañana: una cronología, fotografías del escenario, extractos de los interrogatorios a los vecinos y un mapa.

—La vecinita de al lado, Cornelia Torsson, se acercó a la vivienda de los Carlsten, que está aquí. Eran las nueve de la mañana del jueves. Encontró la puerta abierta y a Karin Carlsten, muerta, nada más entrar. Volvió corriendo a su casa y sus padres llamaron a la policía. Entonces descubrieron que habían matado a tiros a la familia entera.

—El informe preliminar indica que los asesinaron en algún momento del miércoles por la mañana —añadió Vanja—. Probablemente con una escopeta.

Malin se limitó a asentir con la cabeza, como si aquello confirmara lo que ella ya sabía.

—La única prueba forense de que disponemos de momento es una huella de una pisada —prosiguió Billy—. Del cuarenta y cuatro.

—¿Y no es del padre? —preguntó Malin.

A Vanja la asombró su voz grave; por teléfono podían haberla confundido con un hombre. Se sorprendió preguntándose si Sebastian la encontraría sexi; lo miró de reojo, pero no vio ninguna reacción. Tenía la cabeza apoyada en la palma de la mano, y parecía que estuviera dando una cabezadita.

—No, él calza el cuarenta y siete —contestó Billy, y volvió a su sitio—. Eso es lo que tenemos por ahora —dijo encogiéndose de hombros, como

disculpándose por la escasez de material.

Malin volvió a asentir y anotó algo en los papeles que tenía delante.

—Tampoco hemos sacado mucho a los vecinos con los que hemos conseguido hablar —señaló Torkel recuperando el mando—. A los Carlsten los apreciaba todo el mundo, pero varias personas han mencionado que su compromiso con el medio ambiente se les hacía a veces un poco... pesado.

—¿En qué sentido?

—Parece ser que se entrometían en cosas que no tenían nada que ver con ellos, que se lo tomaban demasiado en serio. El hecho de que no fueran de la zona no ayudaba, pese a que llevaban ya doce años en Torsby.

—Pero ¿hubo amenazas directas?

—Que sepamos, no —respondió Billy—. Aparte de la amenaza de Jan Ceder, pero con él ya hemos hablado.

—Lo voy a soltar en cuanto termine esta reunión.

Malin lo dijo con la misma llaneza que si les hubiese contado qué había tomado para desayunar esa mañana; por el silencio que siguió, quedó claro que la mayoría de los presentes pensaba que había oído mal. Hasta Sebastian despertó y le lanzó a la fiscal una mirada recelosa. Fue Torkel quien verbalizó la preocupación de todos.

—¿Lo va a soltar?

—Sí.

—Preferiríamos que siguiera detenido un tiempo.

Torkel consiguió, como sólo él sabía hacerlo, que aquello sonase a la vez como humilde petición especial y como orden.

—¿Por qué? —Malin decidió, claramente, ignorar el otro aspecto—. Tiene coartada.

—También tiene una escopeta de la que no puede dar cuenta —repuso Vanja, y fingió no detectar el ceño fruncido de Torkel.

Sabía perfectamente que él siempre hablaba por el equipo cuando trataban con personas ajenas a éste, pero soltar a Ceder era una estupidez de tal calibre que no pudo callarse.

—Se la robaron —espetó Malin mirándola a los ojos.

—Eso dice él.

—No tienen pruebas que demuestren lo contrario.

Vanja se preguntó qué habría detrás de una decisión tan irreflexiva aparte de mera incompetencia, y Malin no daba la impresión de ser incompetente, lo que dejaba sólo una posibilidad. No le correspondía a ella

preguntar; sonaría a acusación y a Torkel no le haría gracia. Pero no pudo contenerse.

—¿Lo conoce? Personalmente, quiero decir —inquirió.

—¿Insinúa que mi decisión es poco profesional, o acaso cree que aquí todos nos conocemos porque esto no es Estocolmo?

—Por lo menos, en Estocolmo habríamos podido retenerlo noventa y seis horas —insistió Vanja.

—Pero aquí no. Y, respondiendo a su pregunta, no, no conozco a Jan Ceder personalmente. Si así fuera, no estaría trabajando en esta investigación.

Malin volvió a consultar los papeles, luego se dirigió a Billy.

—Jan Ceder calza un cuarenta y uno. La huella encontrada en la casa era del cuarenta y cuatro, ¿no es así?

—Del cuarenta y tres o el cuarenta y cuatro —confirmó él en voz baja, consciente de que eso no favorecía a la petición del equipo.

Malin asintió satisfecha y miró a Erik, que estaba sentado al lado de Sebastian y aún no había dicho ni una palabra.

—Erik, usted conoce a Ceder. ¿Hay peligro de fuga?

Erik había pedido que lo dejaran asistir a la reunión y se había puesto contentísimo cuando Torkel había accedido; la oportunidad de ver de cerca cómo funcionaba Riksmord era demasiado especial para dejarla escapar.

No quería disgustar a nadie, pero, en aquella situación, era imposible complacer a ambas partes, de modo que se aclaró la garganta y se decantó por la verdad.

—Yo tampoco lo conozco, pero diría que, dados sus limitados recursos y teniendo en cuenta todo lo demás, el riesgo de que escape es mínimo.

Malin esbozó de nuevo aquella sonrisa de complacencia que Vanja ya odiaba. Lo cierto era que, de momento, había bien poco que le gustase de Malin Åkerblad. Nada, en realidad.

—Podría destruir pruebas —intervino Billy.

—Les he dado una orden de registro de su domicilio —replicó Malin—. Han tenido veinticuatro horas. Si queda alguna prueba que destruir es que no han hecho bien su trabajo. —Nadie dijo nada. Malin Åkerblad, desde luego, no era candidata a miss Popularidad, se dijo Torkel—. Así que díganme cómo justifico yo privarlo de su libertad en estos momentos. —La fiscal paseó la mirada por la mesa. Nadie dijo ni una palabra—. Muy bien, entonces lo suelto.

La policía obesa que había ido a detenerlo el día anterior lo llevó de vuelta a casa. No recordaba su nombre, pero daba igual. Iba concentrada en la carretera y no había abierto la boca desde que le había preguntado si quería sentarse delante o detrás cuando iban camino del coche patrulla.

No, mentira.

Le había dicho «cara», y le había pasado un periódico mientras esperaban a que se abriera la verja de seguridad. No había entendido a qué se refería hasta que había visto a un grupo de personas correr hacia ellos desde la puerta principal de la comisaría, varias de ellas con cámaras. Vio los flashes mucho antes de que estuviesen siquiera cerca del vehículo. Se había tapado la cara con el periódico y había oído un aluvión de preguntas mezcladas con el frenético clic de las cámaras mientras pasaban despacio por delante de los periodistas. Luego habían enfilado la carretera principal y, a partir de ese momento, se había hecho el silencio en el coche.

Y a él le parecía perfecto. Su padre le había enseñado a desconfiar de la autoridad en general y de la policía en particular. Esos cabrones cuyo único objetivo es hacerle la vida imposible a la gente corriente. Lo que había ocurrido era terrible, por supuesto.

Los asesinatos.

Una familia entera.

Dos niños inocentes.

Pero el hijo de Gustav Ceder no iba a charlar de trivialidades con un policía. Ni hablar. Y menos aún con una mujer. La miró de reojo. Con uniforme y pistola. Nada muy femenino. Seguramente sería lesbiana. La televisión y la prensa no paraban de intentar convencerlo de que las chicas podían jugar al fútbol; lesbianas, todas ellas. En casa de los Ceder, a los hombres se les había enseñado a ser hombres, y las mujeres ya sabían cuál era su sitio. Ése era el orden natural de las cosas. La biología. Si Dios hubiera querido que hombres y mujeres fuesen iguales, no habría hecho superiores a los hombres. Claro que eso ya no se podía decir en aquel país.

Miró por la ventanilla. Donde terminaban los campos, el sol se reflejaba en las aguas azul oscuro del lago Velen, al que iba a menudo a pescar. Aunque no fuese legal. Pronto estaría en casa; al cabo de unos diez minutos más o menos. Dejó vagar sus pensamientos.

Todas las personas con las que había hablado en las últimas veinticuatro horas le habían dado la lata con la escopeta desaparecida. A los dos primeros policías, la obesa lesbiana y su jefe, o quien fuera, les había parecido una extraña coincidencia, pero los dos de Estocolmo le habían dicho directamente que no lo creían.

Estaba claro que no mentía tan bien como pensaba.

Otra razón por la que le convenía el silencio.

Plantado a la puerta de su casa, Jan Ceder vio alejarse el coche de policía. El perro había empezado a ladrar en cuanto habían entrado en el recinto de la casa y él se había dirigido a su jaula. El elkhound noruego se abalanzó sobre la tela metálica en cuanto lo vio venir. Tenía hambre, claro. Jan levantó la cubierta del arenero que había robado en Torsby hacía unos años y sacó un cubo de comida para perros.

Después de alimentar al perro y darle agua, entró en casa, se quitó las pesadas botas y colgó la cazadora junto al mono de la motonieve. Luego fue a la cocina. De camino al frigorífico, para coger una cerveza, echó un vistazo a la pila de platos sin lavar y decidió ignorarla. Abrió la botella, le dio varios tragos y la dejó en la mesa de formica arañada que había junto a la ventana. No había tocado las cortinas desde que había muerto su madre hacía trece años.

Se sentó y abrió el portátil. Aquel ordenador delgado y moderno desentonaba con la estrecha cocina; las paredes chapadas hasta media altura, el papel pintado de estampado naranja y las puertas verde oscuro de los armarios berreaban a años setenta.

Jan consultó el correo electrónico; había recibido respuesta de <russian-babes.ua>. Dio otro sorbo a la cerveza y empezó a leer. Había un montón de sitios de pega por ahí, muchos embaucadores, pero esa página se la había recomendado un amigo y sabía que era auténtica. Allí había conocido a Nesha, y ahora estaba en contacto con Ludmila, de Kiev. Habían empezado a escribirse hacía sólo dos meses y ya hablaban de la posibilidad de que ella fuera a verlo. Era la más joven de cuatro hermanos; los otros tres eran chicos. Trabajaba en una fábrica de papel, pero había tenido que dejarlo para cuidar de su madre, que había muerto hacía seis meses. Ahora estaba en paro y nada la retenía en Ucrania. No la asustaba el trabajo duro. Había llevado la casa durante muchos años, incluso antes de que su madre enfermara, y había

cuidado de sus hermanos hasta que se marcharon de casa. Parecía hecha de una pasta muy distinta a la de Neshá, a la que aquella casa a las afueras de Torsby le parecía demasiado pequeña, demasiado anticuada, demasiado lejos del centro, y no paraba de pedirle dinero. Jan leyó el mensaje de Ludmila: un breve resumen de lo que había estado haciendo desde su correo anterior, seguido de unas líneas sobre lo mucho que ansiaba verlo, lo contenta y agradecida que estaba de que hubieran contactado y que confiaba en que muy pronto pudiesen estar juntos.

Ése era el problema.

El vuelo desde Kiev no era precisamente barato. Jan llevaba un tiempo posponiéndolo por esa razón, pero quizá se le hubiera presentado una oportunidad.

No le habían robado la escopeta.

Se la había prestado a alguien.

Antes de Navidades. En realidad, no la usaba; cazaba casi exclusivamente con un rifle. No había por qué suponer que el arma se hubiera usado en el asesinato de los Carlsten; había muchas escopetas por la zona. Los asesinatos podían deberse a infidelidades, deudas de juego, drogas o cualquier otro motivo por el que la gente matara, pero, si era porque alguien de la zona se había hartado de ellos sin más, entonces no había demasiados candidatos.

Y uno de ellos le había pedido prestada la escopeta antes de Navidades.

Tendría que tantear el terreno. Ir poco a poco. Sacar el tema a los asesinos, calibrar su reacción. Averiguar si no le convenía revelar a quién le había prestado la escopeta. Aunque no fuera por buen camino, la persona implicada quizá le pagara para no verse envuelta en una investigación policial.

El ladrido del perro interrumpió sus pensamientos, y unos segundos después oyó que un coche se detenía en su casa. No lo veía por la ventana de la cocina, y no sólo porque nadie la hubiera limpiado desde que lo hiciera Neshá, dieciocho meses atrás, sino porque quien fuera había acercado el vehículo cuanto le había sido posible a la casa y había aparcado a la vuelta de la esquina. ¿Se habría olvidado de algo la policía obesa y por eso volvía? Jan fue al salón y miró por la ventana. Hablando del rey de Roma... Reconoció el vehículo.

Y a la persona que se dirigía a su casa.

Con la escopeta que Jan le había prestado.

—¿Lo habéis dejado marchar?

Pia había llamado a Erik tres veces antes de que él pudiera devolverle la llamada. Todo el mundo lo requería después de la decisión de Malin Åkerblad. Pia ya se había enterado de lo de Ceder, por supuesto, y su tono de voz dejaba claro que estaba estresada y enfadada.

—Sí —contestó él saliendo con disimulo al pasillo para evitar las miradas curiosas de sus compañeros.

—Me dijiste que había sido él —prosiguió Pia casi acusándolo.

—No, te dije que quería hablar con él de los asesinatos —replicó Erik con exagerada condescendencia—. Tiene coartada y no dispongo de pruebas suficientes para retenerlo..., al menos de momento —añadió en un intento de apaciguarla.

Conocía bien a su mujer: hacían falta palabras más convincentes que aquellas de las que él disponía para calmarla cuando se ponía insolente. Era un aspecto de ella que la mayoría de los votantes no veían; en los debates, los mítines y las campañas electorales locales era un paradigma de serenidad, pero esa estabilidad externa escondía un temperamento volátil y una difícil mezcla de inseguridad y desesperación por triunfar. Sólo sus seres más próximos y queridos estaban al tanto de ese rasgo de su carácter.

O se veían afectados por él.

De pronto, volvía a preocuparle que Torsby se diera a conocer como el sitio donde andaba suelto un asesino chiflado, en lugar del municipio moderno y vanguardista por el que ella luchaba tanto. Tras un prolongado monólogo, en el que a Erik le tocó únicamente proferir gruñidos de asentimiento en los incisivos oportunos, ella se quedó sin fuelle y él pudo poner fin a la llamada después de prometerle que le conseguiría una cita para almorzar con el inspector jefe de Riksmord, para que pudiera formarse su propia opinión sobre el nivel de competencia que el equipo estaba aportando al caso.

Fue a buscar a Torkel de inmediato. La atmósfera de la sala no había mejorado, y Vanja, obviamente, no había dejado de lado lo que ella consideraba la penosa decisión de Åkerblad. A Erik le parecía que se le había ido un poco la mano en la forma de dirigirse a la fiscal, pero no pudo evitar que lo impresionara su arrojo. No tenía muy buena opinión de Sebastian. De

momento, no había dado muestras de su supuesta agudeza. Los insultos y la falta absoluta de interés parecían sus rasgos definitorios.

Como esperaba, a Torkel no lo entusiasmó la idea de almorzar con Pia y quiso saber para qué había de reunirse con la presidenta del concejo municipal, pero, cuando supo que era su mujer, accedió.

Fueron caminando juntos hasta el número 8 de Nya Torget, que estaba bastante cerca. El edificio del consistorio no tenía nada de particular: presentaba el aspecto de dos terrones de azúcar hechos de ladrillo rojo sucio pegados de un modo nada armonioso. La recepcionista los llevó hasta el comedor de la primera planta. Pia ya estaba allí y había elegido una mesa junto a la pared. Se levantó en cuanto los vio.

—Bienvenido a Torsby. Abierto todo el año —dijo con una sonrisa.

—Muy bien —fue lo único que se le ocurrió responder a Torkel.

—Es nuestro eslogan. Soy Pia, Pia Flodin. Encantada de conocerlo.

Erik sonrió al ver a su mujer. Había desaparecido la irritación que había dominado su conversación de hacía media hora. En esos momentos, Pia era un retrato de serena compostura, allí de pie, con su traje de chaqueta de falda clara y su pelo perfectamente peinado. Los condujo a la barra del bufet en la que el plato del día era bacalao asado con puré de patatas.

—Gracias por tomarse la molestia de venir —dijo Pia cuando se hubieron sentado.

—No hay problema. Tengo entendido que quiere hacerme unas preguntas —precisó Torkel amablemente mientras abría su botella de agua mineral.

—Me siento un poco prepotente pidiéndole que almuerce conmigo así, pero habría querido conocerlo aunque Erik y yo no estuviéramos casados.

—Le habría costado un poco más —respondió Torkel con una sonrisa.

—Cierto, pero alguna ventaja tiene que tener compartir cama con un policía local —replicó Pia.

Torkel rio. Menos mal que parecía que se habían caído bien, se dijo Erik. No le apetecía hacer de mediador; ambos tenían mucho carácter.

—Supongo que no se habrán visto mucho estos últimos días —siguió Torkel.

—No, esto está siendo muy duro para Erik —contestó Pia poniendo la mano encima de la de su marido—. Acaban de ascenderlo y éste es su caso más importante hasta la fecha.

Erik sintió la necesidad de decir algo; de lo contrario, habría parecido un

niño de doce años del que están hablando papá y mamá.

—Y el peor —añadió—. Pero estoy convencido de que lo resolveremos.

—¿También usted lo cree? —le preguntó Pia a Torkel verdaderamente preocupada.

—Los casos de este tipo siempre llevan más tiempo de lo que uno querría, pero, sí, estoy convencido de que encontraremos al culpable. Tenga en cuenta que sólo hace dos días del tiroteo.

Pia asintió, pero no estaba satisfecha.

—Lo sé, pero ¿cuánto tiempo suele costarles resolver algo así, y cuál es en términos porcentuales su ratio de casos resueltos?

—¿Cómo dice? —inquirió Torkel mirando a Pia a los ojos a la vez que soltaba los cubiertos.

—Tengo que hacer unas declaraciones, en parte para anunciar que se van a organizar un funeral y una manifestación antiviolencia, y en parte para informar a todo el mundo de que hemos pedido la colaboración de la Unidad Nacional de Homicidios, para que quede claro que nos lo hemos tomado muy en serio —le explicó Pia con su tono de voz «oficial»—. Me vendría bien ser capaz de decirle al municipio qué se puede esperar.

—Pues se puede esperar que lo hagamos lo mejor posible. Como siempre.

—Por supuesto, pero ¿cuánto suele durar un caso como éste?

Torkel se encogió de hombros y atacó de nuevo el pescado.

—Eso es imposible saberlo.

—Inténtelo, por favor. Me ha costado mucho poner a Torsby en el mapa, y ahora que la prensa por fin habla de nosotros es por estos sucesos tan terribles. Hay que contrarrestar. Esto es un desastre absoluto para el municipio.

—Han asesinado a una familia —sentenció Torkel despacio y claro—. Ése es el verdadero desastre, sobre todo para sus seres queridos. Seguro que su municipio sobrevivirá.

La frialdad de su tono no pasó inadvertida. Erik notó que cambiaba la atmósfera de la mesa.

—Es una tragedia horrible, lo sé, pero alguien tiene que ver más allá y, por desgracia, ese alguien soy yo —insistió Pia con los ojos clavados en Torkel—. Me da igual lo que piense, eso es lo que hay.

Erik se dio cuenta de que su mujer había ido demasiado lejos otra vez, pero tenía que seguir apoyándola.

—Pia se ha esforzado muchísimo por hacer de Torsby un lugar moderno y atractivo. Teme que todo su trabajo haya sido en vano.

Torkel miró a la pareja que tenía enfrente, ambos angustiados por distintos motivos. A Erik acababan de ascenderlo y debía asegurarse de no cometer errores en un caso de semejante calibre, mientras que Pia debía parecer fuerte y proactiva cuando, en realidad, no tenía control alguno de la situación. Era año de elecciones, por lo que cualquier cosa podía convertirse en una patata caliente en política. Casi le daban pena.

—La prensa se centrará exclusivamente en los detalles escabrosos por un tiempo —les dijo algo más amable—. Siempre es así, eso no se puede cambiar.

—Lo comprendo —señaló Pia con serenidad—. Pero dejar marchar a Jan Ceder ha sido una solemne estupidez. ¿No es él el asesino?

Torkel inspiró hondo. La posibilidad de un claro enfrentamiento había mermado, pero evitaría a toda costa posteriores almuerzos con Pia Flodin.

—Eso no lo sabemos. A la fiscal le ha parecido que no disponíamos de pruebas suficientes para retenerlo. Yo puedo opinar otra cosa, y usted también, pero es lo que hay. Nuestro trabajo consiste en encontrar pruebas y, de momento, no lo hemos conseguido.

De vuelta al pescado y al puré.

—¿Y cuándo lo averiguarán? —oyó decir al otro lado de la mesa, y decidió poner fin a la conversación de una vez por todas.

—No puedo comentar una investigación en curso con personas ajenas a ella, de modo que, si no se le ocurre otro tema de conversación, sugiero que terminemos esta comida en silencio.

Pia no dijo nada.

Erik se sintió culpable, pero no pudo evitar disfrutar un poco de la turbación de su mujer. La quería, pero no la veía a menudo quedarse sin palabras. La última vez había sido cuando le habían propuesto que se uniera a la ejecutiva del partido.

De eso hacía ya tres años, así que no era algo que ocurriera a menudo.

Estaba claro que haber recurrido a Riksmord tenía sus ventajas ocultas.

Sebastian estaba en el umbral de la puerta de la salita que compartían, observando a Vanja. Al verla allí sentada, revisando furiosa las transcripciones de los interrogatorios de Jan Ceder, le pareció que necesitaba otra cosa en qué pensar.

—Ven conmigo —le dijo acercándose a ella y poniéndole con cariño una mano en el hombro. Ella se zafó de él.

—Quiero revisar esto, en serio.

—No se te ha escapado nada. —Estaba decidido a no rendirse—. Vamos a dar un paseo.

Vanja lo miró.

—Sé lo que intentas hacer, pero ya se me pasará. Sólo quiero que me dejen en paz un rato.

Sebastian le sonrió. Le encantaba que se comportase como una adolescente. Dudaba que a nadie más le pasara lo mismo, pero, a fin de cuentas, él era su padre, lo que significaba que era su deber darle la lata.

—Venga, te vendrá bien un poco de aire fresco.

Vanja suspiró, pero, para satisfacción de Sebastian, se levantó.

—Vale, pero sólo «un poco».

Cruzaron la comisaría; llamaba la atención el fuerte contraste con la central de policía de Kronoberg, en Estocolmo, donde se podía caminar quince minutos sin acercarse siquiera a la siguiente planta. En Torsby, llegaron al aparcamiento al cabo de noventa segundos.

—¿Adónde ha ido Torkel? —preguntó Sebastian.

A Vanja, por lo visto, le hizo gracia.

—A conocer a la mujer de Erik.

—Curioso orden de prioridades.

Vanja negó con la cabeza.

—No sólo es la mujer de Erik, además es la presidenta del concejo municipal. Supongo que se cree con derecho a que la informen personalmente.

En realidad, a Sebastian le daba un poco de pena Torkel. Verse obligado a relacionarse con políticos conectados por matrimonio con la policía local era algo que no le deseaba a nadie. El juego político ya era bastante complejo de por sí cuando aparecía Riksmord, sobre todo en localidades pequeñas; que

la presidenta del concejo compartiese cama con uno de los principales investigadores podía resultar peliagudo. La gestión de ese tipo de situaciones críticas parecía empeorar cada año; a veces daba la impresión de que la labor de Riksmord se centraba cada vez más en lidiar con los políticos, las autoridades y los medios de comunicación más que investigar los crímenes que habían ido a resolver. Si la cosa seguía así, no avanzarían nada.

—¿Qué piensas de Ceder? —preguntó Vanja interrumpiendo sus pensamientos. La vio algo más contenta, que ya era un avance.

—Oculta algo, pero no es el asesino —contestó Sebastian con rotundidad.

Vanja parecía estar de acuerdo.

—Sigo sin entender por qué Åkerblad lo ha dejado marchar. ¿Qué problema había en que se quedase donde estaba un poco más?

A Sebastian se le ocurrió una idea.

—¡Hagamos algo en lugar de quejarnos sin más de esa fiscal imbécil!

—¿Como qué? ¿Volver a interrogarlo? No podemos detenerlo otra vez, no hay datos nuevos.

—No es precisamente una lumbrera, seguro que hace algo cuando llegue a casa.

—Pero ¿a qué te refieres?

—No sé, pero los dos pensamos que esconde algo. Es muy posible que sienta la necesidad de actuar. Tendríamos que estar allí.

Vanja sonrió. Ya sabía a qué se refería y, lógicamente, la propuesta le pareció divertida.

—¿Propones que lo vigilemos? —No pudo contener una carcajada—. ¿Tú y yo?

Sebastian asintió con entusiasmo.

—¿Has participado alguna vez en una operación de vigilancia? —preguntó Vanja con escepticismo—. Tú eres más de los que llegan pavoneándose después y se cuelgan todas las medallas.

No se lo podía discutir, pero enarcó una ceja.

—Hay una primera vez para todo.

Tomaron prestado un vehículo policial de incógnito y condujeron hacia el oeste, atravesando la zona residencial de la periferia antes de cruzar la E-16, luego continuaron en dirección noroeste. Pronto, sólo hubo campos y bosque,

bastante más de lo primero, por lo que la expresión «la boscosa Värmland» no tenía mucho sentido, al menos a lo largo de la Östmarksvägen. Cruzaron el lago en los límites de Kil y, en Rådom, Vanja empezó a prestar tanta atención al GPS como a la carretera, o eso le pareció a Sebastian.

Veinte minutos después, detuvo el coche detrás de un granero ruinoso que había a un lado del camino de tierra por el que se habían metido y apagó el motor. Sebastian la miró desconcertado.

—Si nos acercamos más, corremos el riesgo de que nos vea —dijo ella señalando.

Entre los árboles, Sebastian vio una casita, a unos quinientos metros de distancia. Vanja se quitó el cinturón de seguridad y bajó del coche; él no se movió.

—Pensaba que podíamos vigilarlo desde el coche —protestó.

—No empieces. Esto ha sido idea tuya —le dijo Vanja mientras rodeaba el coche y abría de golpe la puerta del asiento del copiloto.

A Sebastian no le quedó más remedio que bajarse y confiar en que no se le mojasen los pies. No iba preparado para una excursión por el bosque y llevaba mocasines finos, como de costumbre.

—Anímate... Has dicho que necesitabas un poco de aire fresco —lo provocó Vanja al tiempo que se ponía en camino.

Se adentraron en el frondoso bosque rumbo a la casa de Jan Ceder, abriéndose paso por la maleza. Sebastian lamentó su propuesta casi de inmediato. No tardaron en oír ladrar a un perro.

—Tiene perro, claro. No podremos acercarnos más sin que nos detecte —avisó Vanja agazapándose tras una roca cubierta de musgo.

—¿Y eso importa? A ver, ya está ladrando, ¿qué más va a hacer?

—Ladrará de otro modo si se acerca alguien.

Sebastian no se lo discutió; no sabía nada de perros, salvo que no le gustaban. Miró hacia la casa: corriente, vieja, anodina y mal conservada. El lugar estaba a oscuras; no se veía indicio de luz en todo el interior. Fuera había aparcada una camioneta verde y se distinguía el cubil del perro junto a una zanja, cercado por una valla alta de malla metálica, y con una caseta de madera dentro. El perro, que iba de un lado para otro, era una criatura greñuda de color gris con la cola apuntando hacia arriba por encima del lomo, formando un semicírculo. Una especie de Spitz, supuso Vanja. Seguía ladrando.

—No parece que Ceder esté en casa —dijo ella después de echar un

vistazo de cerca con los prismáticos.

—El coche está ahí —terció Sebastian señalándolo.

—Cierto, pero puede que haya ido a dar un paseo.

—¿Sin el perro?

—¿Por qué no?

Por qué no, ciertamente, pensó Sebastian. Aunque Ceder había estado veinticuatro horas sin ver al animal, ¿no tendría que habérselo llevado? ¿Para que hiciera un poco de ejercicio, corriera un rato? Claro que aquel tipo no parecía tratar muy bien a sus mujeres, ¿por qué iba a correr el perro mejor suerte? Tampoco parecía de los que van de paseo. ¿Habrían llegado demasiado tarde? ¿Habría salido a deshacerse de las pruebas? No podían hacer mucho más que esperar. Sebastian se recostó en la roca y suspiró en voz baja, pero, por lo visto, no lo bastante baja.

—¿Ya te has cansado? No llevamos aquí más que cinco minutos.

—No sé cómo puedes hacer esto. Es soporífero.

—Yo ya no hago vigilancias. Soy investigadora de Riksmord, como bien sabes. —De pronto, lo miró con interés—. Por cierto, ¿cómo te dio por trabajar para la policía?

Sebastian sonrió y cayó en la cuenta de que la vigilancia tenía sus ventajas: tenían tiempo para estar juntos.

—¿Quieres que te sea sincero? —bromeó saboreando la oportunidad de tener una charla que reforzase su relación.

—Si sabes hacerlo...

Él asintió contento, pero ya había decidido no decirle la verdad. Era sórdida e inmoral, no era una de esas cosas que se le cuentan a alguien de quien se busca admiración. Se acercó, dispuesto a hacerle la confidencia.

—Cuando empecé a estudiar Psicología en la universidad, me di cuenta de que necesitaba crearme un perfil único, convertirme en experto en un campo concreto para poder destacar. Hice la tesis sobre las fantasías compulsivas del asesino en serie clásico y las causas subyacentes —dijo; sonaba bastante convincente—. Fue un trabajo excelente, así que seguí investigando en esa área. Eso fue a finales de los setenta. La criminología estaba empezando a hacerse un hueco en Estados Unidos, pero aún no había llegado a Suecia, con lo que fui el primero del país.

Sonaba fenomenal, pero no era cierto.

Había hecho la tesis, pero no para conseguir un puesto único. De hecho, había elegido ese tema porque siempre lo había atraído el lado más oscuro de

la psique humana y porque hacía mucho que lo fascinaban los asesinos en serie.

Prosiguió con la versión adulterada de los hechos.

—Cuando tuve ocasión de continuar mis estudios con el FBI, me pareció increíble. Aproveché la oportunidad sin pensarlo dos veces, y luego ya era tarde para hacer cualquier otra cosa. Eso era lo único que sabía hacer.

Otra ligera variación de los hechos.

El entrenamiento con el FBI había sido su única salida. Las quejas sobre su inmoralidad sexual habían llegado a lo más alto y estaba a una reunión de la junta directiva de que lo echaran. El viaje a Estados Unidos lo salvó del despido. Como en todo lo que le pasaba en la vida, pensó. Siempre había un plan oculto en cualquier cosa que hiciera. Incluso ese día, sentado detrás de una roca e intentando caerle bien a Vanja diciéndole lo que ella quería oír. Eso era él: un hombre al que se le daba bien retocar la verdad a su antojo.

—Bueno, al menos uno de los dos completó el programa del FBI —repuso Vanja con cierta amargura.

Sebastian cayó en la cuenta de que había metido la pata sin querer: a ella le había dolido muchísimo que no la aceptaran. Intentó arreglarlo.

—Lo conseguirás. Es cuestión de tiempo.

Vanja no respondió. Se levantó y se sacudió las agujas de pino de la cazadora. Parecía haber perdido el interés en la conversación.

—Estoy cansada de esto. Rodeemos la casa —dijo señalando con la mano hacia la parte posterior de la apartada vivienda.

Sebastian se levantó también, molesto consigo mismo. ¿Por qué demonios le había mencionado el puñetero programa del FBI?

Iniciaron el rodeo en un perímetro amplio, sin acercarse al edificio. Con la maleza, los árboles, los arbustos y una enorme zanja, les resultaba muy complicado avanzar lateralmente sin ser vistos. Cuando estaban casi a mitad de camino, comprobaron que aquel lugar parecía igual de desierto desde su nueva posición. Esperaron diez minutos; lo único que se oía era el incesante ladrido.

—¿Ese perro ladra todo el día? ¿Cómo coño lo aguanta Ceder?

Sebastian echó un vistazo a la perrera; desde donde estaban, la casa la tapaba casi por completo, pero le pareció ver algo.

Algo que no había visto antes.

Algo grande.

—Tenemos que acercarnos para ver mejor la perrera —le dijo en voz

baja.

Vanja lo miró, luego miró la perrera. También ella lo vio. Había una forma gris junto a la caseta. ¿Un saco? No estaba segura.

Sebastian echó a andar, avanzando deprisa; le daba igual que alguien lo viera desde la casa. Tenía que averiguar qué era lo que estaba tirado allí dentro. Vanja lo siguió y le dio alcance justo cuando él estuvo lo bastante cerca para verlo con claridad.

Efectivamente había algo.

Algo que no debería estar allí.

Un cadáver.

Erik fue el primero en llegar. Para entonces, Sebastian y Vanja ya habían decidido soltar al perro. No tocaron a su dueño, que estaba recostado en la destartada perrera y sostenía en las manos una escopeta de pistón. Era exactamente igual que las fotografías que habían visto de la Benelli SuperNova del calibre doce. El arma estaba colocada en paralelo al cuerpo rígido, con la culata entre las piernas y el cañón apuntando a donde debía haber estado la cabeza, de la que ya sólo quedaban restos: el lado derecho, la mandíbula inferior y trozos grandes del cuello habían desaparecido. La fuerza del disparo se lo había arrancado de cuajo, y la concentración de las lesiones indicaba que la distancia entre el cañón y el cuerpo había sido mínima. Seguramente lo había tenido pegado a la mandíbula inferior cuando el arma se había disparado.

Aun así, estaban casi convencidos de que aquél era Jan Ceder. Le había desaparecido prácticamente toda la cara, pero la nariz y el ojo izquierdo habían sobrevivido. El cuero cabelludo estaba también más o menos intacto, y la mata de pelo rojo parecía la peluca de un payaso encima de una especie de barrillo de sangre, trozos de cerebro, dientes y fragmentos de huesos. No era agradable verlo.

Erik se acercó al cadáver. Lo habían advertido de lo que iba a ver, pero, pese a eso, se puso blanco.

—¿Es Ceder? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

Suele ocurrir cuando nos enfrentamos a algo verdaderamente macabro: sólo sobrevive lo evidente.

—Sí, nos lo hemos encontrado así —respondió Sebastian—. El perro no paraba de ladrar.

Erik estudió el cadáver. Se esforzaba en vano por aparentar sangre fría.

—Joder —consiguió decir por fin. Con el rabillo del ojo vio que llegaba Torkel y aparcaba al lado de su coche—. ¿Cree que se ha suicidado? —prosiguió volviéndose hacia Sebastian.

—Yo no soy técnico ni patólogo forense. ¿Quiere que haga una conjetura? —le contestó Sebastian con acritud.

—Demasiado perfecto, en mi opinión —señaló Vanja uniéndose a ellos. Acababa de encontrar un trozo de cuerda y había atado al perro a un árbol cercano. Seguía ladrando.

Erik la miró intrigado.

—¿A qué se refiere?

Vanja señaló el arma que sostenían las manos exangües de Ceder.

—Supongo que ésa es la escopeta con la que mataron a los Carlsten.

Erik se acuclilló y examinó el arma.

—Podría ser. La misma marca e idéntico modelo.

—Eso, por ejemplo, me preocupa —dijo Vanja—. ¿Por qué iba a usar el arma asesina para quitarse la vida?

—A lo mejor es su forma de confesar...

Sebastian había decidido hacerse a un lado, dejar que Vanja se ocupara de aquello. Ahora eran un equipo y, en un equipo, a veces a uno le toca ser segundón. Aunque ése no fuera el papel que acostumbraba a interpretar. Sin embargo, había algo en Erik Flodin que lo desquiciaba, y no era capaz de controlarse.

—Así que, después de tomarse la molestia de inventar una coartada y pasar veinticuatro horas detenido negándolo todo rotundamente, llega a casa, saca la escopeta, que tenía tan bien escondida que no la encontramos, y se pega un tiro. ¿Eso le parece probable?

Erik no respondió enseguida. No quería discutir con Sebastian en esos momentos, pero, al ver el gesto escéptico y condescendiente de su supuesto compañero, decidió que debía decir algo.

—No hay forma de saber qué se le pasó por la cabeza —replicó desafiante—. Es una posibilidad como cualquier otra, ¿no?

—Debe de ser una maravilla estar en su pellejo —soltó Sebastian sin esforzarse siquiera por disimular el sarcasmo—. Para usted, la vida está llena de posibilidades...

—Es una posibilidad —terció Vanja. Dejar que siguieran discutiendo no iba a servir para nada—. Pero es improbable. Si hubiéramos tenido pruebas

en su contra, me habría inclinado más por ese planteamiento; si se hubiese visto presionado y hubiese sido sólo cuestión de tiempo que lo atrapáramos. Pero no teníamos nada. Lo siento, Erik, pero no tiene sentido.

Erik asintió y se volvió hacia Torkel, que se detuvo en seco al ver a Ceder y reaccionó exactamente como Sebastian esperaba.

Meneó la cabeza. Ordenó que acordonaran la zona. Sacó el móvil y llamó a Billy.

No hizo especulación alguna.

Billy nunca había pensado en lo mucho que el equipo de Riksmord y él confiaban en Ursula, pero, con cuatro asesinatos en la misma casa y otro cadáver en una perrera, sentía su ausencia de forma física por todo el cuerpo. No era sólo que les faltase un miembro —Fabian había resultado ser un técnico forense muy competente—, sino que echaba de menos el instinto de Ursula, sobre todo cuando había que decidir qué pistas seguir de inmediato y cuáles dejar para después. Él era organizado y meticulado, pero Ursula sabía intuir lo importante. Sin ella, tenía la sensación de que no había hecho otra cosa que recabar y organizar montones de datos. Necesitaba que lo ayudara a priorizar los hallazgos. Ella poseía una habilidad especial para revisar todas esas páginas, todos esos informes y posibles pistas y encontrar una dirección. En esos momentos, era como si tuviesen que achicar agua sin tener tiempo de averiguar dónde estaba la fuga, y menos aún de sellarla.

Y no era una sensación agradable.

Se encontraba ante otro cadáver, procurando parecer sereno y metódico, como si aún fuese el Billy de siempre, inclinado sobre el muerto, pero, por dentro, empezaba a notar cada vez más el culebreo de la víbora negra de la angustia.

Los agentes de paisano que Erik había llevado consigo estaban ocupados acordonando la zona, mientras que Fabian había tomado la iniciativa y había llamado a Karlstad para pedirles que enviaran al juez de instrucción. No querían tocar el cadáver hasta que llegara. Era primordial que todo se hiciese correctamente. Si no eran capaces de establecer la causa de la muerte, tendrían graves problemas.

O había sido un suicidio, en cuyo caso los asesinatos de Torsby quedarían resueltos de inmediato, o era otro asesinato, lo que daría a la investigación una dimensión completamente nueva. Eso significaría que el

asesino había vuelto a atacar, demostrando una crueldad aterradora.

Había una tercera posibilidad, claro: que no hubiera conexión alguna entre ambos casos. A Ceder podían haberlo matado por razones muy distintas, y el asesino podía haberse aprovechado de que estaba bajo sospecha para enturbiar el asunto.

Muchas opciones.

Demasiadas.

Dios, cuánto echaba de menos a Ursula y su agudeza.

Decidió empezar por el arma. A Fabian se le había encargado examinar el suelo del interior y alrededor de la perrera. Billy comprobó si la puerta podía abrirse y cerrarse desde dentro. Según Sebastian, estaba cerrada con llave cuando Vanja y él habían encontrado el cadáver. La forma más sencilla de deducir si había habido otra persona implicada era averiguar si Ceder podía haberse encerrado allí; resolvió enseguida que era perfectamente posible.

No había habido suerte por ese lado.

Luego se centró en el arma. Hizo muchas fotografías, demasiadas, quizá, como si las fotos de más fueran a calmarlo y ayudarlo a soltar la escopeta con cuidado de las manos de la víctima. No fue difícil: aún no se había producido el rígor mortis y todavía tenía las manos calientes, lo que indicaba que no llevaba muerto mucho tiempo, una hora, dos a lo sumo. Sabían con exactitud la hora a la que lo habían llevado a casa, de modo que no había podido hacer gran cosa antes de que él mismo u otra persona le encajara el cañón del arma bajo la barbilla.

Se dirigió al todoterreno y, con mucho cuidado, colocó la escopeta sobre una lámina de plástico grueso, en la parte de atrás. Le pasó la brocha y encontró cinco huellas completas: una en el guardamonte, dos en la culata y dos más en el borde del barrilete. Las fijó con una película y las transfirió a distintas tarjetas. Supuso que eran de Ceder porque las de la culata estaban exactamente donde él tenía la mano izquierda. Por desgracia, sólo encontró una huella parcial en el gatillo, demasiado pequeña y poco clara para que fuese de utilidad.

Inició el examen del arma propiamente dicha. Echó hacia atrás el guardamano y el cartucho vacío cayó a la sábana de plástico. Lo cogió con unas pinzas. Era negro mate, con el culatín de un metal dorado, el mismo tipo de munición que habían encontrado en la casa de los Carlsten. Saga 12.70 44 g. Se le hizo un nudo en el estómago.

Le gritó a Torkel, que hablaba con Sebastian y Vanja; se acercaron todos corriendo.

—¿Qué has encontrado? —quiso saber enseguida el inspector.

Billy les enseñó el cartucho.

—Es la misma munición que encontramos en la casa.

—Entonces ¿ésta es el arma que se usó? —preguntó nerviosa Vanja.

Billy negó con la cabeza.

—No lo puedo asegurar. Vamos a necesitar ayuda del Laboratorio Forense Nacional. —Señaló el lateral del cartucho—. Cuando el pistón golpea el culatín, produce una pequeña muesca en este metal. Esa muesca es única en cada escopeta, y tenemos dos cartuchos, uno de aquí y otro de la casa de los Carlsten.

Torkel asintió con aire alentador.

—Bien, en ese caso le preguntaré a Erik si alguien puede llevar el arma y los cartuchos al laboratorio de Linköping. Hay que saber cuanto antes si se trata de la misma escopeta.

Se acercó a Erik, que estaba hablando con Fredrika.

—Buen trabajo —le dijo Vanja a Billy.

Él buscó algún indicio de ironía, pero no lo encontró; parecía sincera. Le sonrió discretamente, pero tenía la sensación de haber descubierto sólo lo evidente, algo que cualquiera con un par de ojos habría podido ver. Él no era Ursula, ni mucho menos.

—¿Huellas? —añadió Vanja.

—Hay que cotejarlas con los archivos, pero me parece que son sólo de Ceder.

Vanja se volvió hacia Sebastian.

—¿Qué piensas tú? ¿Qué hizo Ceder al llegar a casa? ¿Se puso en contacto con el asesino?

—¡Billy! —lo llamó a voces Fabian. Estaba nervioso, había encontrado algo.

Billy, Sebastian y Vanja se acercaron corriendo a Fabian, que estaba acuclillado en la entrada de la perrera.

—Ha estado aquí.

Vieron todos una huella clara en el suelo.

—¿Quién?

—El hombre que calza botas del cuarenta y cuatro.

A Ursula empezaba a dolerle la cabeza. Llevaba horas sentada delante del ordenador, concentradísima, incumpliendo las órdenes de su médico. Aunque el dolor iba a más, quería seguir. Le resultaba muy liberador centrarse en algo que no fuese ella misma, pese a que el material que había recibido de Billy no era precisamente fácil de ver. Se trataba de un crimen terrible: una familia entera asesinada por alguien que podía apretar el gatillo y ver desmembrarse a unos niños. Eso era lo que más la impactaba del asesino: su sangre fría.

No había nada en las fotografías que indicase rabia u otro móvil, salvo la necesidad de matar. No se había destrozado nada, no había indicios de que se hubiera desvalijado nada, ni se hubiera lanzado nada por los aires. Había dejado los cadáveres donde estaban.

Sangre gélida. Metódico.

También la impresionaba lo rápido que debía de haber ocurrido todo. La madre había muerto en el acto, al niño de la cocina no le había dado tiempo ni a levantarse de la silla, el padre no había conseguido llegar abajo. El único que parecía haber tenido ocasión de reaccionar era el pequeño, Fred, que había ido corriendo del salón a la planta de arriba, pasando por la cocina, y se había metido en el armario para intentar esconderse.

Algo la inquietaba.

La cronología. Todo había ocurrido muy rápido para el resto de la familia, pero no en el caso de Fred.

Ursula se levantó, fue a la cocina y se tomó un par de analgésicos con un vaso de agua fría. Inspiró hondo.

¿Qué era lo que no encajaba?

Volvió al ordenador.

El informe policial concluía que el padre no había llegado más lejos porque estaba ayudando a Fred a esconderse. Había empleado su último minuto en procurar ocultar a su hijo, luego se había topado con el asesino cuando se dirigía a la escalera. Un escenario perfectamente creíble.

Sin embargo..., algo no cuadraba.

El autor de los hechos toca el timbre. Karin Carlsten abre la puerta. Muere. El niño de ocho años está en la cocina. Muere. Para entonces, el asesino ya debía de haber visto al pequeño Fred cruzar la cocina corriendo. Tuvo que pasar por delante de él. ¿Por qué no le disparó en ese momento?

¿Estaba recargando el arma?

Lo había comprobado: una Benelli SuperNova completamente cargada llevaba cuatro cartuchos, más uno en la recámara. Una persona que demuestra semejante sangre fría debería ir bien preparada, llevar el arma cargada. Cualquier otra cosa sería impensable. Por lo tanto, le quedaban al menos dos cartuchos. No disparó y falló. El examen forense del escenario lo había determinado con absoluta certeza. No se había hecho en la casa ni un solo disparo que no hubiese alcanzado su blanco.

Era un hombre de sangre gélida, centrado.

Quería asegurarse.

Quería dispararles a quemarropa. Eso le pegaba, decidió Ursula.

Así que ve al niño en la cocina. Lo ve subir corriendo la escalera. Puede incluso que Fred alertara a voces a su padre.

Deja que el niño huya. Sabe que lo encontrará arriba de todas formas.

Ursula hizo clic en las fotografías de las huellas de los pies manchados de sangre. Salían de la cocina en dirección a la escalera, se hacían cada vez menos claras, luego desaparecían por completo antes de llegar al primer peldaño. El niño había corrido para ponerse a salvo.

Dios, cómo tuvo que correr.

Volvió a mirar las fotografías. Las huellas de los pies en el suelo.

Entonces lo vio. Vio lo que había estado buscando.

Lo que no encajaba.

El niño no había corrido en absoluto.

Fabian había sacado la huella en un molde de escayola.

El equipo se reunió en el todoterreno para hacer un repaso rápido. Erik estaba al lado de Fredrika, lívido.

Las mismas botas.

El desgaste del lado izquierdo de la parte delantera era idéntico. No cabía duda. No era una coincidencia.

Dos escenarios.

Las mismas botas.

El mismo asesino.

Callaron todos un momento, abrumados por la súbita consciencia de la gravedad de la situación: el asesino había vuelto a actuar.

—Billy, comprueba la marca y el modelo de las botas. Luego, entre todos, tendremos que averiguar dónde las venden —dijo Torkel devolviéndolos a la realidad.

Vanja miró de reojo hacia la perrera, donde aún se encontraba Jan Ceder, recostado sobre la tosca pared de la caseta, y verbalizó sus pensamientos.

—Entonces, a Ceder lo mataron aproximadamente una hora después de que lo soltáramos, con el arma que, según él, le habían robado.

—¿Cuántas personas sabían que íbamos a soltarlo? —preguntó Billy.

—Demasiadas, por desgracia —contestó Torkel con un suspiro—. Una multitud de periodistas lo vio salir, y la fiscal ha hecho unas declaraciones en una entrevista radiofónica hace media hora.

—Imbécil —dijo Vanja meneando la cabeza, asqueada.

—Lo cierto es que solemos informar a los medios de cuándo soltamos a un detenido —señaló Torkel en un intento de salvaguardar la reputación de Malin Åkerblad.

Por la cara de Vanja, supo que perdía el tiempo.

—De modo que muchas personas sabían que estaba fuera, pero sólo unas cuantas podrían haber hecho esto.

Sebastian llevaba un rato sin decir nada, pero de pronto se acercó. Ése era su momento favorito: cuando un caso daba un giro inesperado y, en lugar de no tener apenas nada con lo que trabajar, de repente tenían demasiado. A todos los miembros del equipo les pasaba lo mismo, o algo parecido. Uno no

entraba en Riksmord salvo que le gustasen los desafíos y se creciera bajo presión. En cualquier caso, era Sebastian el que más disfrutaba de esos momentos en los que el suelo se abría bajo sus pies.

—¿Y eso cómo lo sabe? —preguntó Erik con un escepticismo justificable.

Era evidente que aún estaba muy lejos de verle el encanto a aquellas situaciones. Sebastian lo miró con desdén. Si quería retarlo, estupendo, pero más le valía prestar atención.

—Por el arma. Nos indica que Ceder sabía quién la tenía. El asesino sabía que Ceder lo sabía, pero no confiaba en que fuera a estarse callado. — Lo complació ver que todos entendían su valoración y la compartían. Hasta Erik asintió. O le estaba prestando atención o se había cansado de ser polémico. A Sebastian le daba lo mismo—. Pongamos que se la prestó a alguien —prosiguió casi divertido—. Era una escopeta muy cara; no se la habría prestado a cualquiera. Por eso, su muerte debía parecer un suicidio, para que no empezásemos a interrogar a sus amigos. —Se volvió hacia Erik—. Dudo que tuviese el mayor círculo de conocidos del mundo, habrá que presionarlos, ir a por sus amigos.

Torkel asintió con la cabeza.

—Buena idea, Sebastian. Empezaremos por ahí. Erik, vamos a necesitar su ayuda, usted sabe con quién se relacionaba.

Hacía mucho tiempo que Torkel no se mostraba tan maravillado con Sebastian, pero parecía visiblemente satisfecho. Sebastian se sintió orgulloso. Vio que también había impresionado a Vanja.

Se preguntó por qué no sería así más a menudo. Centrado, entusiasta, comprometido, en lugar de aburrido y desconectado.

A Vanja le gustaba cuando era así, y su cariño y su respeto eran algo que deseaba más que ninguna otra cosa.

¿Por qué no era así más a menudo?

Hasta le había preguntado por qué había empezado a trabajar para la policía. Nada más. Nada sobre sus amoríos. Nada sobre Ursula o Ellinor. No, cuando habían tenido ocasión de hablar, su primera pregunta, la única, de hecho, había sido sobre la policía.

Porque eso era lo que de verdad le importaba. Ella era agente de policía y eso era parte fundamental de su identidad. Puede que incluso toda su identidad, sobre todo ahora que ya no era hija de su padre.

Debía recordar eso. Le demostraría por qué quería trabajar con la

policía, se prometió. A partir de entonces, haría muy bien su trabajo.

Sonó el móvil de Torkel; era Ursula. Por la cara que puso, todos supieron que era importante.

Sebastian no era el único bueno en lo suyo.

Ursula también.

Muy buena.

Billy aparcó el todoterreno a la puerta de la casa blanca de dos plantas y bajaron. Todo estaba en silencio, salvo por la cinta policial azul y blanca que aún aleteaba, movida por la brisa, en el porche. Sebastian miró con recelo el edificio. Sabía que los cadáveres ya no estaban allí, pero aun así le costaba entrar en un lugar donde se había ejecutado a unos niños.

—¿Vienes? —le preguntó Vanja desde la puerta principal. Torkel y Billy ya habían entrado.

Sebastian asintió e inspiró hondo. A fin de cuentas, ya había visto las fotografías. Además, si iba a cumplir la promesa que acababa de hacerse y participar más activamente en el caso, debía esforzarse.

Y eso implicaba una visita al escenario del crimen, le gustase o no.

Pasó por debajo de la cinta, subió los siete peldaños hasta donde estaba Vanja, luego se detuvo. A un metro más o menos de la puerta de entrada había una mancha enorme de sangre seca. Abrió la carpeta y localizó las fotografías que habían hecho los técnicos al llegar. Karin Carlsten tendida boca arriba, el agujero de bala carbonizado en el suéter blanco.

—¿Qué te parece? —le preguntó Vanja inclinándose a ver la fotografía.

Sebastian levantó la vista, examinó la puerta de entrada, luego los peldaños y de nuevo la puerta.

—Estaba planeado —sentenció—. No lo hizo por capricho, ni en un ataque de ira.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero hay muchos indicios.

Se volvió de nuevo y señaló al lugar donde habían aparcado el todoterreno.

—Si se hubiera enfadado con la familia en otro sitio, habría ido a su casa en coche, habría cogido el arma, aparcado, subido a toda prisa los peldaños, abierto de golpe la puerta e irrumpido en la casa. Esto... —dijo abarcando con un gesto de la mano todo lo que lo rodeaba—. Esto nos dice que tocó el timbre, esperó, se preparó y apuntó a Karin con el arma pegada al pecho cuando ella le abrió la puerta.

Bordearon la mancha de sangre y se adentraron en la vivienda.

—¿Ha matado antes? —le preguntó Vanja cuando se acercaban a la cocina—. ¿Serviría de algo retomar unos asesinatos inconclusos?

—Quizá sí. Desde luego no tendría problema en volver a hacerlo — contestó él. Pasaron por delante de Torkel y Billy, que se habían detenido en la cocina. Sebastian echó un vistazo a las manchas de sangre que había junto a la mesa, en las que aún podían verse claramente las pisadas del niño—. Después de esto, no.

—Jan Ceder es la prueba.

—Cierto...

Torkel vio que Sebastian y Vanja se dirigían a la escalera; sacó el teléfono y llamó a Ursula, que contestó enseguida.

—Estamos en la casa. ¿Qué has descubierto?

—¿Estáis en la cocina?

—Sí.

Ursula se recostó en el asiento y cerró los ojos. Se había mantenido apartada de la pantalla mientras Torkel llegaba al escenario, pero el dolor de cabeza había empeorado.

—¿Siguen ahí las huellas de pisadas o alguna lumbrera de la policía local ha decidido hacer un poco de limpieza?

Torkel sonrió. Independientemente de lo que pasase, Ursula jamás confiaba en ningún oficial de policía que no trabajase para Riksmord.

—Siguen aquí.

—Quiero que las midas; mide la longitud.

—¿Por qué?

—Necesito comprobar algo —respondió Ursula dejando muy claro con su tono de voz que no iba a servir de nada que le pidiera más datos en esos momentos.

Torkel se volvió hacia Billy.

—¿Podrías medir las huellas, por favor?

Billy lo miró como si quisiera preguntarle por qué, pero se mordió la lengua y salió al todoterreno. Torkel esperó a que no pudiera oírlo y siguió hablando con Ursula.

—¿Cómo estás? —le preguntó cariñoso—. Pareces cansada.

—Tengo la cabeza a punto de reventar.

—Sólo deberías trabajar si te lo puedes permitir.

—Ya me lo he tomado con calma por un tiempo más que suficiente.

Ursula se inclinó hacia delante e hizo clic en un documento del que había subrayado varios fragmentos.

—Te echo de menos —le oyó decir en voz baja.

—Qué detalle por tu parte —le dijo ella agrandando el texto de la pantalla. Sabía que había sonado algo áspera, pero no tenía energías para ser complaciente con Torkel y a la vez concentrarse en el trabajo—. Según el material de que dispongo, había un par de botas y un par de zapatos en el vestíbulo, del número treinta y dos.

—Si eso dice, seguro que es correcto. ¿Lo compruebo? —Torkel miró el zapatero del vestíbulo—. No se ha movido nada.

—No, no hace falta. —La oyó teclear algo—. Unos veinte coma cinco centímetros.

—¿Cómo dices?

—Si llevas zapatos del treinta y dos, el pie tiene una longitud aproximada de veinte coma cinco centímetros —le explicó Ursula cerrando los ojos de nuevo al notar un fuerte pinchazo en la cabeza. Las pastillas no la habían ayudado nada—. ¿Qué longitud tienen las huellas de las pisadas?

—Aún no lo sé —contestó él.

Volvió Billy con una cinta métrica en la mano. Torkel señaló las pisadas de sangre coagulada y Billy se arrodilló.

—Estamos suponiendo que el niño al que se encontró en el armario corrió por la cocina después del segundo disparo y pisoteó la sangre de su hermano —dijo Ursula al tiempo que se levantaba y se dirigía al baño—. Pero, para empezar, las huellas son de alguien que andaba, no corría, y, además, el niño del armario tiene muy poca sangre seca en los pies para haber cruzado el charco de la cocina. —Abrió el armario del baño y sacó un frasco de analgésicos más potentes, extrajo un comprimido y se lo metió en la boca. Se inclinó hacia delante y bebió agua fría del grifo, luego echó la cabeza hacia atrás y se la tragó. Volvió a acercarse el teléfono a la oreja y salió del baño—. Aunque se la hubiera limpiado casi toda en el suelo o en la alfombra o lo que fuera camino del dormitorio, las plantas de los pies tendrían otro aspecto. —Se sentó e hizo clic en las fotografías del niño de seis años que había intentado esconderse. Se estremecía de nuevo cada vez que las veía—. Sólo tiene pequeñas salpicaduras de sangre, probablemente suya.

Billy se incorporó y Torkel lo miró inquisitivo.

—Veintitrés centímetros, quizá un poco más.

—Veintitrés centímetros —le dijo Torkel a Ursula.

Ella no contestó enseguida, pero la oyó teclear de nuevo.

—Del número treinta y cinco o treinta y seis.

De pronto, Torkel entendió lo que decía Ursula, lo que había visto y lo

que había demostrado con la ayuda de ellos.

Las huellas del charco de sangre no eran del niño al que habían encontrado en el armario.

Había habido alguien más en la casa.

—¿Quién puede hacer una cosa así?

Vanja y Sebastian estaban el uno al lado del otro, examinando el interior del armario. Sebastian aún llevaba la carpeta abierta, pero ninguno de los dos miraba las fotografías. Los rastros dejados en el armario lo hacían innecesario. Era insoportable.

—¿Matar a unos niños, quieres decir?

—Sí.

—Más gente de la que imaginas. Para eso, hay que deshumanizar a las víctimas, convertirlas en...

Sebastian se calló. Fuera se oía el canto de los pájaros.

El sonido de la primavera.

Lleno de vida.

—Una vez hecho eso, la edad de la víctima no importa —prosiguió, cerrando la carpeta.

Dieron media vuelta y salieron del dormitorio. En el estrecho descansillo, Vanja echó una ojeada a la sangre de la puerta del baño.

—¿Te dice todo esto algo de la persona que lo hizo? —preguntó con un gesto que incluía la casa entera, pero, antes de que Sebastian pudiera responder, oyeron que Torkel los llamaba.

Les pedía que bajaran.

Inmediatamente.

Se habían equivocado, por lo visto. No había sido el hermano pequeño el que había pisado la sangre al correr.

Era otra persona.

Por el tamaño de las huellas, podía ser un niño o una mujer menuda, seguramente un niño, porque nadie se había puesto en contacto con la policía. Pero ¿quién sería?

—He hablado con Erik —explicó Billy al entrar en la cocina—. No se ha denunciado la desaparición de ningún niño desde el miércoles pasado. Tampoco de ninguna mujer.

Torkel se volvió hacia Vanja.

—Habla con los vecinos, a ver si saben quién podría ser.

Ella asintió con la cabeza y salió de la casa.

—Registra la casa de nuevo —le dijo a Billy—. Busca algún rastro de una quinta persona.

Billy subió a la planta superior y Sebastian se quedó donde estaba, contemplando las huellas del charco de sangre. Miró hacia el salón. ¿Qué había pasado allí realmente? Disparan a la madre. Disparan al hijo mayor, pero, luego, ¿qué? ¿Estarían viendo la tele los dos, el pequeño y alguien más? Fred pasa corriendo por delante del asesino. Sube la escalera. El asesino sabe que la familia la forman dos adultos y dos niños. Acaba de matar a uno y ha visto al otro, así que ni se molesta en mirar en el salón, donde se esconde el tercero.

Posible.

Creíble, incluso.

Pero, luego, ¿qué?

—Ven conmigo —le pidió Torkel interrumpiendo sus pensamientos.

Siguieron las huellas ensangrentadas hasta que se extinguieron al pie de la escalera.

—Quien fuera no subió —afirmó Torkel considerando las posibilidades.

A la derecha había un pequeño despacho y, más adelante, otras dos puertas; una de ellas conducía a un baño con bañera, doble lavabo e inodoro.

La segunda puerta llevaba a un lavadero en forma de ele. Era alargado y estrecho, y las estanterías atestadas de todo tipo de cosas, desde herramientas de jardinería hasta útiles de hockey, situadas enfrente de una lavadora y una secadora, lo hacían parecer aún más angosto. Había otra puerta al fondo. Torkel intentó abrirla; cerrada con llave. Giró el pestillo que había sobre el pomo y de pronto se encontraron frente al jardín, que se extendía hasta un prado. Examinó la puerta. Era de esas antiguas con las que no hacía falta llave para trabarla desde fuera, bastaba con cerrarla de un tirón. No había razón para que la policía le hubiese prestado atención cuando llegó al escenario.

Torkel y Sebastian salieron al sol de la parte posterior de la casa.

—Presencias varios asesinatos —dijo Torkel—. Sales corriendo hasta aquí... —Echó un vistazo a su alrededor—. ¿Adónde vas?

A Sebastian le pareció que la pregunta era retórica, pero decidió responder de todas formas.

—Cada cual reacciona de forma distinta. —Avanzó por el césped, se volvió a mirar al bosque. No había edificios a la vista que ofrecieran la forma más evidente de protección—. Algunas personas se limitarían a huir — prosiguió volviéndose hacia Torkel—. A correr lo más lejos posible sin pensar. Otras serían asombrosamente racionales.

—¿En qué sentido?

Sebastian miró la puerta de servicio cerrada. En su imaginación, vio que se abría y salía por ella un niño o una mujer. El frío debió de asaltar a esa persona de inmediato.

—A poco más de las nueve de la mañana, hacía mucho frío. Los otros estaban aún en pijama, y sabemos que este sujeto iba descalzo.

—Entonces ¿volvió corriendo dentro?

—Pero la puerta estaba trabada.

Se dirigieron a la puerta principal. Al llegar a la esquina de la casa, Torkel se detuvo. El agua había arrancado la hierba del fondo del caño de desagüe y dejado la tierra mojada y suelta.

La huella de un pie descalzo. La superficie mojada la había inflado, pero Torkel pensó que tendría seguramente el mismo tamaño que las encontradas en la sangre de la cocina.

La persona había vuelto corriendo. Hacia la puerta principal.

Torkel avanzó deprisa, subió los escalones del porche. Cuando llegó al vestíbulo, se detuvo y esperó a Sebastian, luego le tendió la mano. Sebastian supuso que quería la carpeta y se la pasó.

Torkel encontró enseguida la página que buscaba.

—No se halló calzado del treinta y cinco o treinta y seis. Entonces ¿supones que la persona que huyó volvió a entrar para coger un abrigo y unos zapatos?

—Eso creo yo.

—Había cinco cepillos de dientes en el baño de arriba, y también he encontrado esto. —Torkel y Sebastian se giraron enseguida; Billy estaba a la puerta de la cocina, sosteniendo con la mano enguantada una maletita roja—. Estaba en la habitación de los niños.

—¿Has mirado qué hay dentro?

Billy asintió con la cabeza.

—Principalmente ropa. De la talla diez. Ropa de niña.

Lo había conseguido.

Detrás de una valla baja se abría la montaña que conducía al olvido. El enorme agujero que se la tragaría, que la escondería por fuera, como lo estaba ya por dentro.

Se agazapó tras los arbustos, lo más cerca que pudo de la entrada sin arriesgarse a que la vieran, y exploró el claro de delante de la cueva.

No parecía que hubiera nadie.

Ni coches ni el sonido de voces que se acercaran.

Se irguió y corrió hasta la valla por el pequeño espacio cubierto de gravilla. Sujeto a la malla de alambre había un letrero metálico, amarillo y abollado, que mostraba la silueta de un policía con la mano en alto en señal de stop y una leyenda impresa: SÓLO PERSONAL AUTORIZADO. PROHIBIDO EL PASO A NIÑOS NO ACOMPAÑADOS DE SUS PADRES.

La valla parecía estar allí para retener a los que eran demasiado bajos para leer el letrero. No tenía más de un metro de altura y, por algunas zonas, los postes se habían caído.

No le costó saltar por encima.

Titubeó antes de adentrarse en la oscuridad. Iba a pasar hambre. No había comido nada desde por la mañana, cuando había devorado el *wrap* griego, salvo la cebolla roja. No había bebido nada más que el yogur líquido. Pero no pasaría nada. Recordaba que el agua corre bajo la tierra y las rocas, donde se purifica, y luego gotea a las cuevas y forma lagos subterráneos.

Respecto a la comida, ya se las apañaría. Tenía las latas que había cogido en el caserón. No quería esperar más. Ya estaba cerca. Sólo unos metros más y desaparecería para siempre. Se haría inalcanzable.

Por fuera y por dentro.

La niña trepó por la valla y entró resuelta en el antiguo sistema cavernario.

Luego desapareció en la oscuridad.

—Nicole Carlsten. —Billy fijó una fotografía en la pizarra de la sala de investigación mientras Vanja levantaba la vista de los documentos que tenía delante. Una niña de diez años y pelo oscuro les sonreía desde una típica fotografía escolar—. Diez años, vive en Estocolmo. Prima de los dos niños.

—¿Seguro que es ella? —dudó Erik desde su sitio junto a la puerta.

—No del todo —respondió Vanja—. Según los Torsson, solía pasar las vacaciones en casa de los Carlsten, pero no saben si estaba allí ese fin de semana.

—¿Y dónde están sus padres? —preguntó Sebastian levantándose y acercándose al tablón.

—Hemos intentado ponernos en contacto con la madre para informarla de la muerte de su hermana, pero no contesta. Trabaja en la Agencia Internacional para la Cooperación al Desarrollo. He hablado con su jefe y me ha dicho que está de camino desde Mali.

—¿Cuándo llegará aquí? —quiso saber Torkel.

—Por lo visto, tanto la cobertura móvil como la fiabilidad de los vuelos desde Mali son una auténtica lotería —explicó Vanja—. Nadie lo sabe con certeza.

—La quiero aquí en cuanto aterrice —dijo Torkel poniéndose en pie.

Dio la impresión de que iba a empezar a pasearse de un lado para otro, como solía hacer, pero la sala era demasiado pequeña, de modo que, en su lugar, se detuvo junto a la ventana cruzado de brazos.

—Los vecinos no mencionaron que otra criatura visitaba a veces a la familia y, si la madre está en África, eso explicaría por qué nadie ha denunciado la desaparición de Nicole —resumió—. Así que damos por supuesto que se trata de ella mientras no podamos demostrar lo contrario. —Todos asintieron—. ¿Qué más sabemos de la niña? —preguntó a Vanja, que volvió a consultar sus notas.

—Diez años, como he dicho. Padres divorciados, vive con su madre, el padre está en Brasil y apenas tiene contacto con él, por lo que he podido deducir. —¿Era pena lo que Sebastian percibió en su voz, o sólo eran imaginaciones suyas?—. Según sus profesores, es inteligente y madura para su edad. Bueno, no tiene más que diez años, así que no hay mucho —concluyó encogiéndose de hombros, y juntó los papeles.

—¿Estamos seguros de que anda desaparecida? —Todos, incluso Sebastian, se volvieron a mirar a Billy—. A ver, podían haberla secuestrado —añadió—. El asesino podría haber cogido su abrigo y sus zapatos del vestíbulo para que no la buscáramos.

—No —dijo Sebastian—. Si la hubiera visto, estaría muerta.

—Lo sabes con certeza, ¿no?

Billy no pudo evitar que cierta irritación tiñera su voz. No era la primera vez que Sebastian le enmendaba la plana, pero seguía habiendo algo verdaderamente molesto en esa seguridad en sí mismo.

—Sí.

—¿Cómo?

—Es mi trabajo, y se me da bien mi trabajo.

Se miraron. Billy apretó los dientes; ésa era una discusión que no iba a ganar. Pensara lo que pensase de Sebastian el resto del equipo, jamás iban a poner en tela de juicio su pericia.

—Entonces, está desaparecida, no la han secuestrado —afirmó Torkel confirmando los pensamientos de Billy.

Sebastian volvió a mirar la fotografía.

El pelo oscuro recogido en una coleta, salvo por dos mechones sueltos que enmarcaban el rostro de la niña. Una sudadera roja encima de una blusa blanca. La sonrisa de Nicole iluminaba sus grandes ojos pardos.

También Sabine tenía el pelo oscuro y los ojos pardos.

—Sebastian...

Salió sobresaltado de su abstracción. Torkel y los otros lo miraban como si esperasen una respuesta de él, pero no tenía ni idea de qué le habían preguntado.

—¿Qué?

—La niña, Nicole. ¿En qué estás pensando?

Meditó un segundo antes de hablar.

—Se ocultó en el salón, esperó a que el asesino se marchara. Volvió a por las prendas de abrigo para no congelarse después. —Hizo una pausa, contemplando de nuevo el rostro sonriente de la niña de la foto escolar—. No anda por ahí como pollo sin cabeza... Está escondida.

—¿Dónde?

—No lo sé, pero no está preparada para acudir a la policía. Bien podría haber venido por aquí en las últimas cuarenta y ocho horas. Tiene otros planes. —Alargó la mano y acarició la fotografía como si eso fuera a

ayudarle a averiguar lo que se le pasaba por la cabeza a Nicole—. Puede que lo que esté haciendo no tenga sentido para nosotros, pero, para ella, es la forma más lógica de actuar.

—Muy útil —dijo Billy en voz baja, pero no lo bastante para que los otros no lo oyeran.

Erik estudiaba al equipo de Riksmord con creciente intranquilidad. Parecía bastante desestructurado, como poco.

—Entonces ¿qué propones que hagamos? —preguntó Torkel inspirando hondo.

Buena pregunta: qué proponía que hicieran.

Tenían a una niña. Seguramente traumatizada. Desaparecida más de cuarenta y ocho horas. El procedimiento normal sería reunir el mayor número posible de efectivos para buscarla, pero, si lo hacían, se arriesgaban a que el asesino supiera que era testigo, con lo que pondrían a Nicole en peligro de muerte.

La alternativa era mantenerlo en secreto todo lo posible y no pedir refuerzos, pero entonces se arriesgaban a no encontrarla.

Vio que todos esperaban la respuesta. La alternativa no era, en realidad, una alternativa.

—Que vayamos todos a buscarla.

Torkel calculaba que habría unas ochenta personas delante de la comisaría. La mayoría eran efectivos de las fuerzas de seguridad locales y agentes de policía fuera de servicio a los que se había llamado, pero también había muchos voluntarios. La portavoz de Personas Desaparecidas le había asegurado que podía proporcionarle el doble al día siguiente si era necesario. Habían decidido combinar una reunión informativa y una breve conferencia de prensa; los que iban a tomar parte activa en la búsqueda de la niña se reunieron en torno a Erik Flodin y el mapa grande, mientras que los periodistas formaron un círculo alrededor de los primeros.

Sebastian les recordó que no era inusual que el asesino volviese al escenario del crimen o intentara acercarse a la investigación, así que Billy empezó a fotografiar a todos los que se habían presentado.

Al cabo de un par de minutos, Torkel buscó a Sebastian, pero no lo vio; debía de haber vuelto adentro. Había decidido mantenerse al margen de la búsqueda. Erik conocía la zona y a las personas que estaban allí, así que era

él quien debía encabezar la búsqueda, aunque no estuviese al mando de la investigación. Torkel reconoció un rostro entre la multitud: el de Pia Flodin. La notó sombría. Después de cinco asesinatos en dos días, la desaparición de una niña de diez años era, desde luego, lo último que le faltaba. Lo sorprendió un poco verla. ¿No iba a reunirse con un relaciones públicas del concejo municipal para elaborar una campaña de minimización de daños? Claro que allí era donde estaban todas las cámaras, y era año de elecciones...

Axel Weber se separó de los otros periodistas y se acercó a Torkel. El año anterior, había dado a conocer la noticia de la misteriosa desaparición de dos refugiados afganos y puesto de manifiesto su vinculación con el servicio militar de inteligencia y con una familia asesinada en las montañas, pero todo ello apenas había tenido repercusión en los medios. Era evidente que ciertas personas se habían esforzado por silenciarlo.

El periodista empuñaba su libreta.

—¿Crees que la pequeña vio al asesino?

—Si escuchas a Erik, te enterarás de lo que pensamos.

—Si digo que la niña vio al asesino, ¿lo negarás?

—No sabemos qué vio y qué no. Sólo queremos encontrarla.

—Entonces ¿no lo niegas?

Torkel no respondió, se concentró de nuevo en la reunión informativa, que estaba a punto de terminar. No les quedaban muchas horas de luz. Habían repartido fotografías de Nicole a todos los presentes y se había marcado en el mapa la casa de la que había salido. Llevaba desaparecida ya cincuenta horas. Habían calculado una velocidad media, teniendo en cuenta la posibilidad de que hubiese estado dando vueltas en círculo, y habían determinado cinco zonas en las que pensaban que podría estar. Esas áreas se asignaron entonces a las partidas de búsqueda, cada una de ellas con un jefe: Torkel, Vanja, Billy, el jefe de seguridad local y la delegada de Personas Desaparecidas. Se facilitó a todo el mundo los números de teléfono importantes y se les proporcionaron comunicadores, bocadillos y termos.

Para terminar, Erik les dijo que él se quedaría allí para coordinar la operación y hacerse cargo de la búsqueda. Los jefes de equipo tendrían que informarlo a él.

Arrancaron los coches y la zona se despejó en un momento. Erik vio al último vehículo girar a la izquierda, hacia Bergebyvägen, luego volvió adentro. Pia apareció a su lado.

—¿Has hablado con Frank?

—No.

—¿No crees que deberías?

Erik meditó la pregunta. Desde luego, Pia tenía razón en lo que decía. Frank Hedén era el guarda forestal de la localidad. Nadie conocía los bosques de Torsby mejor que Frank y sus perros, pero hacía unos meses, no mucho después de su sexagésimo cumpleaños, le habían diagnosticado un cáncer de huesos. A Erik no le hacía mucha gracia pedirle ayuda.

—Si hubiese querido ayudar, habría venido.

—Si lo necesitas, dile que te lo he sugerido yo y te ayudará —dijo Pia agarrándolo del antebrazo.

Probablemente fuera cierto.

Frank había trabajado con los socialdemócratas en el gobierno local durante muchos años. Era presidente del concejo municipal cuando a Pia había empezado a interesarle la política, y había sido una especie de mentor para ella mientras escalaba puestos en el consistorio. Eran íntimos. Erik meditó un poco más el asunto, luego asintió. Merecía la pena intentarlo.

—Bien —admitió Pia, y se inclinó a besarle los labios.

Lo vio dirigirse al coche y despedirse de ella mientras se alejaba; ella se despidió también, con una sonrisa que se esfumó en cuanto él desapareció de su vista.

Había que encontrar a la niña.

Había que poner fin a aquello.

Había buscado Torsby en Google durante el almuerzo y, después de la página web del pueblo y la de la Wikipedia, las tres primeras eran de asesinatos y violencia. Eso no era nada bueno para el municipio, y lo que no era bueno para Torsby no era bueno para ella.

Además, de verdad quería que todo se arreglara.

Sebastian estaba sentado en el cuartel general temporal de Riksmord. Había estado fuera y escuchado a Erik un rato, pero le había parecido bastante aburrido. Cuando le habían preguntado si querría unirse a una de las partidas de búsqueda, había respondido que no muy amablemente y había vuelto adentro.

Sebastian Bergman no vagaba por el bosque llamando a gritos a nadie. Ya había militares jubilados, profesores ociosos, amas de casa y parados holgazanes de sobra para hacer ese tipo de cosas. No uno de los principales criminólogos de Europa.

Muy poca estimulación.

Demasiada naturaleza.

Levantó la vista a la pared.

Nicole...

¿Quién lo habría hecho?

Probablemente, un hombre. Las masacres femeninas eran muy poco corrientes. Aun así, ¿quién se dirige a una casa con una escopeta decidido a matar a cuatro personas, dos de ellas niños?

Alguien que siente odio. Alguien que quiere venganza, o no ve otra solución a sus problemas. Tenía que haber una conexión personal, estaba seguro; por eso, la insinuación de Torkel de que los vecinos quizá quisieran irse de allí un tiempo para estar a salvo le parecía una solemne tontería. Ese tipo no era un psicópata que iba de una casa a otra sin orden ni concierto. Sabía lo que hacía, lo tenía todo planeado. Creía que los Carlsten merecían morir.

Nicole...

¿Le habrían hecho los Carlsten algo personal al asesino? Probablemente, o al menos así lo percibía él. Pero ¿por qué había castigado a la familia entera? ¿Por qué a los niños? Quería que murieran todos. Al niño escondido en el armario tuvo que buscarlo...

Estudió la cronología. CEDER AMENAZA A LOS CARLSTEN EN LA ENTRADA DE LA PISCINA. Jan Ceder era otro asunto. Era un peligro. El asesino debía deshacerse de él para que no lo incriminara en la masacre de los Carlsten. La familia era el objetivo principal.

ASESINAN A LOS CARLSTEN.

Nicole...

¿Por qué en ese momento? ¿Por qué los habían asesinado en ese momento? ¿Había ocurrido o cambiado algo recientemente, o el asesino necesitaba prepararse para la masacre? ¿Tenía que convencerse, convertirlos en símbolos más que en personas para poder hacerlo? Eso podía llevar tiempo...

DECLARACIÓN DE CORNELIA TORSSON. PRIMEROS PLANOS DE CARTUCHO VACÍO. MOLDE DE ESCAYOLA DE HUELLA DE BOTA.

Nicole...

La puerta estaba abierta cuando Cornelia llegó. No se había hecho nada en absoluto por ocultar los cadáveres. ¿Qué significaba eso? Que daba igual cuándo los encontrarán. ¿Por qué? Porque el asesino no había huido. Aún andaba por la zona, o al menos no muy lejos. Había matado a Jan Ceder apenas dos horas después de que se hiciese pública su liberación.

SE ENCUENTRA MUERTO A CEDER EN UNA PERRERA.

Nicole...

Sebastian no dejaba de mirar la fotografía escolar de la niña sonriente, con su pelo oscuro y sus ojos pardos.

Sabine habría sido unos años mayor ahora.

Nunca la había imaginado así.

Mayor.

Nunca había pensado en cómo sería llevarla al colegio en su primer día, ni se había imaginado como papá orgulloso en las reuniones de padres o los eventos deportivos. Nunca había considerado qué alegrías, qué desafíos, qué descubrimientos habría más allá de los cuatro años. Nunca había reflexionado sobre el hecho de que ahora sería padre de una adolescente, con todo lo que eso significaba: la responsabilidad de guiarla hacia la independencia en un mundo adulto.

¿Por eso no paraba de mirar la foto? ¿Veía a Sabine en Nicole? Si era eso, estaba loco. Había conocido a muchas niñas de pelo oscuro y ojos pardos desde la Navidad de 2004, y no había reaccionado así.

Nicole...

Sabine no se había hecho mayor en lo que a él respectaba. Seguía siendo aquella niña curiosa de cuatro años a la que había querido más de lo que imaginaba y que siempre había sido el centro de su universo. Se había aferrado a la vida con ambas manos, era inteligente y todo lo probaba. ¡No le había costado mucho aprender a escapar de la camita!

Tenían una norma. Sabine debía dormir en su propia cama. Que se quedase en ella toda la noche o terminara en la de ellos era irrelevante. En el otoño de 2004, su último otoño, se escapaba a la cama de ellos casi todas las noches. Él solía despertarse cuando la oía corretear por el parquet del pasillo, pero, si no, se despertaba cuando ella decía: «Quiero dormir aquí», y acto seguido lanzaba su almohada entre Lily y él y trepaba a la cama. Él la ayudaba a meterse dentro y la rodeaba con el brazo. A ella le gustaba agarrarle los dedos con la mano izquierda y apretárselos. Se metía el pulgar en la boca y se quedaba como un tronco en cuestión de segundos...

Sebastian dio un respingo cuando oyó que llamaban a la puerta. Un segundo después entró Fredrika.

—Ha quedado café... ¿Quiere un poco?

Sebastian se incorporó; estaba a kilómetros de distancia. De hecho, se sentía como si acabara de despertar. ¿Cuánto tiempo llevaba allí sentado? Miró a Fredrika y vio que su gesto pasaba de la amable indagación a otra cosa. ¿Confusión? ¿Desagrado? ¿Compasión?

Dejó en la mesa los termos y dos tazas verdiblancas.

—Qué horror —declaró señalando con la cabeza la pizarra.

Él no la entendía, hasta que se notó las mejillas húmedas. ¿Había estado llorando? Se pasó una mano rápidamente por la cara. Por lo visto, sí. Eso explicaba la reacción de la agente al entrar; no esperaba encontrarse al criminólogo de Riksmord bañado en lágrimas. Pero allí estaba, un hombre solitario y sensible llorando por las víctimas, por la violencia gratuita. Aunque no la había espantado. Seguía allí, comportándose como si aquello fuese de lo más normal.

A lo mejor le gustaban los hombres sensibles.

A lo mejor ya tenía uno.

—Se ha presentado mucha gente para ayudar con la búsqueda —dijo Sebastian, y se aclaró la garganta para asegurarse de que la voz le salía normal—. Es estupendo ver tanta entrega en una situación así. —Levantó la vista y la miró a los ojos—. ¿Ha venido también tu marido? —le preguntó esforzándose por mantener un tono neutro y desenfadado.

—No estoy casada.

Sebastian asintió con la cabeza y le dedicó una leve sonrisa. No iba a preguntarle si tenía novio, en parte porque eso dejaría claro lo que se proponía y en parte porque estaba seguro de que no tenía. Si tuviese pareja, lo normal habría sido que hubiese añadido: «pero mi novio sí ha venido» o «mi

novio no ha podido venir».

—¿Le apetece un poco de café? —volvió a preguntar ella señalando los termos con la cabeza—. Aún está caliente.

Sebastian se revolvió en el asiento. Debía quitarse aquellos pensamientos de la cabeza. No le entusiasmaba nada la idea de pasar otra noche solo rodeado de ese papel pintado de floripondios azules. Exhibió la mejor de sus sonrisas.

—Sólo si me acompañas...

«Está mayor», se dijo Erik cuando Frank le abrió la puerta y lo dejó pasar. Había perdido peso; llevaba los pantalones, que le quedaban enormes, bien sujetos con un cinturón, y la camisa le venía muy ancha. Tenía las mejillas hundidas y cubiertas de barba incipiente, y Erik no recordaba haberlo visto nunca con semejantes bolsas bajo los ojos. Lo único que no había cambiado era el pelo gris, corto, tieso y de punta, que le recordaba al personaje de un cómic que solía leer de niño: Mike Nomad. Se quitó los zapatos y siguió al hombre a la cocina. ¿Eran imaginaciones suyas o Frank cojeaba un poco? Hacía varios años que tenía cáncer de próstata, pero, en octubre del año anterior, había empezado a tener dolores de espalda y, al final, había ido al médico. La metástasis del cáncer le estaba afectando a la base de la columna. La quimioterapia y la radioterapia habían frenado el avance de la enfermedad, pero el cáncer era inoperable y nadie sabía cuánto tiempo le quedaba.

Rehusó el café que Frank le ofreció y se sentó a la pequeña mesa. Había un olor extraño y muy desagradable en la cocina, a comida frita y... a enfermedad, se dijo Erik mientras veía a Frank echar las cucharaditas de café molido en el filtro de la cafetera.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó confiando en que la respuesta no fuese muy detallada.

—Bueno, ya sabes..., esto es como es. Hay que seguir adelante día a día.

Erik se preguntó cómo debía responder a eso. Frank encendió la cafetera y guardó el paquete de café en el armarito.

—Pia te manda recuerdos —dijo entonces Erik para romper el silencio.

—Devuélveselos de mi parte. Espero que no tarde mucho en venir a verme.

—Seguro que no, es que con todo lo que está pasando...

Frank asintió con la cabeza, pero a Erik le dio la impresión de que lo entristecía el hecho de que no se vieran más a menudo.

Triste y solo.

Erik se dio cuenta de que Frank le daba pena. Pia y él lo habían hablado a menudo: un diagnóstico de cáncer nunca era una buena noticia, pero, en el caso de Frank, había sido un desastre.

Ya había sufrido mucho. Su esposa, Aina, había muerto en un accidente de tráfico hacía poco más de ocho años. Sólo tenían un hijo. Hampus tenía

veintiocho años y aún vivía en su casa. Sufría una discapacidad severa y jamás podría independizarse. Erik sabía que tenía parálisis cerebral, epilepsia y hemiplejía, pero le parecía que había algo más. Recibían ayuda ochenta y cinco horas a la semana, pero el resto del tiempo Frank cuidaba de Hampus él solo. No quería ni pensar en qué sería del pobre chico cuando su padre falleciera.

Seguramente, Frank tampoco.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó Frank sentándose enfrente de él y cruzando las manos sobre la mesa.

—¿Te has enterado de lo de esa niña desaparecida?

—¿La que fue testigo de la masacre de los Carlsten? —Meneó la cabeza—. Terrible. Sencillamente terrible.

—¿Los conocías?

—Sabía de su existencia, pero no llegué a conocerlos, pese a que vivían a sólo cinco kilómetros de aquí.

Frank volvió a menear la cabeza.

—Hay que encontrarla —añadió Erik, y se inclinó hacia delante para enfatizar sus palabras.

—Por supuesto.

—He pensado..., o, mejor dicho, Pia ha pensado en ti —se corrigió Erik—. Conoces muy bien el bosque y mi mujer cree que tus perros nos podrían venir muy bien.

Frank lo miró a los ojos y a Erik lo sorprendió su escepticismo.

—Lleva desaparecida un tiempo, ¿no? —dijo frotándose el mentón hirsuto.

—Más de dos días... Unas cincuenta y cinco horas. Pero tenemos ropa suya, por si sirve de algo.

—Dos días... Eso es mucho tiempo para que los perros la encuentren. —Erik asintió con la cabeza. Frank se levantó y se acercó a la cafetera, donde caían las últimas gotas del líquido marrón—. Te ayudaría encantado, ya lo sabes, pero la cuidadora termina su turno dentro de dos horas, y no puedo dejar a Hampus solo.

—No, claro que no. —No podía discutirle las necesidades de Hampus, pero entonces se le ocurrió una idea. Después de todo, estaba casado con la presidenta del concejo municipal, y éste era responsable de la ayuda que Frank recibía. Se irguió y probó suerte por última vez—. Si piensas que los perros podrían sernos de utilidad, me puedo asegurar de que venga alguien a

cuidar del chico. —Frank se sirvió una taza de café en silencio, luego dejó la jarrita en su sitio y apagó la cafetera—. Si te ves con fuerzas, claro —añadió Erik.

—Me veo con fuerzas. —Frank se volvió y se apoyó en el escurrerplatos, sorbiendo el café al tiempo que meditaba la propuesta—. ¿Qué clase de persona sería si no lo intentase por lo menos?

—Gracias.

—Dame quince minutos para que me prepare.

Frank se llevó la taza consigo y subió la escalera. Erik se recostó en el asiento, satisfecho consigo mismo. Lo cierto era que había sido idea de Pia, pero era él quien lo había convencido de que participase en la búsqueda, con iniciativa. ¡Ojalá pudiera volver a casa esa noche y decirle a Pia que Frank y sus perros habían encontrado a la niña! ¿Cómo reaccionaría ella? Se pondría muy contenta, desde luego, puede que hasta se lo agradeciera. Dos cosas que veía muy poco en ella últimamente.

Trabajaba demasiado.

Torsby no era la población más grande del país —ocupaba el número ciento ochenta y cinco de la lista la última vez que Pia lo había mirado—, pero daba mucho que hacer. Muchísimo, de hecho. Los últimos meses habían sido inusualmente complicados. Era el comienzo de un año electoral, con todo lo que eso implicaba en cuanto a planificación y posicionamiento. Luego habían llegado el escándalo de la comida de una de las residencias de ancianos del concejo en febrero, un artículo en un periódico sobre el registro inadecuado de los vehículos oficiales, FilboCorp y las interminables protestas, el debate salarial, una oposición agresiva que ya había atacado los presupuestos del año siguiente pese a que no debían debatirse hasta junio, y un brote de tuberculosis en uno de los jardines de infancia. Y ahora cinco asesinatos y una niña desaparecida.

No sabía cómo su mujer podía con todo. Día tras día.

Ella era política por encima de todo, quizá más que esposa y madre últimamente, la verdad. Dudaba que la situación mejorara si conseguía lo que quería. El mes anterior, la directiva del partido en el distrito de Värmland había decidido presentar su candidatura como miembro del comité ejecutivo, lo que implicaba que entraría a formar parte de la cúpula política. Era improbable que dedicase menos tiempo a su profesión si eso ocurría; el día sólo tenía veinticuatro horas y, si iba a invertir más horas en el trabajo, tendría que restárselas a todo lo demás.

A él y a la familia.

Sabía que era mezquino pensar así, pero no podía evitarlo. Él trabajaba en Karlstad y, en su opinión, ya se veían poco. Además, a Pia le apasionaba su papel. Quería lograr cambios, y estaba convencida de que lo conseguiría. Su objetivo era mejorar Torsby para todos. Su compromiso y su dedicación superaban con creces cualquier cosa que Erik hubiese visto entre los compañeros de su mujer, y quizá por eso estaban a punto de mandarla a Estocolmo. Ella siempre daba prioridad a los intereses del partido y a los de Torsby.

Tal vez por eso él estaba allí sentado confiando en que Frank y los perros encontrasen a la niña enseguida, para volver a ser lo más importante de su vida.

Aunque sólo fuese por una noche.

Hacía frío.

Mucho más de lo que había supuesto.

El aire quieto de la cueva debía de estar bajo cero. Se acurrucó en la grieta que había encontrado, se llevó las rodillas a la barbilla y se abrazó las piernas. Eso ayudaba un poco, pero no compensaba el frío penetrante que desprendía la roca húmeda. Notó que le castañeteaban los dientes. Inspiró hondo varias veces y procuró relajarse todo lo posible. Un poco mejor...

Se preguntó si debía quitarse la cazadora y tumbarse en ella, pero decidió que no. Seguramente era preferible que la llevara puesta.

Cerró los ojos.

No importaba. Estaba tan oscuro que daba lo mismo que los abriera o los cerrara.

Los cerró de todas formas.

Lo único que oía era su propia respiración. El silencio era tan absoluto que bien podía haber estado sorda. Si se quedaba ciega y sorda allí, ni siquiera lo notaría. Pero la oscuridad y el silencio le venían bien.

Nadie la encontraría.

Nadie encontró a los chicos, los que habían muerto allí.

Ella no tenía intención de morir.

Entonces ¿por qué estaba ahí? Para que nadie la encontrara. ¿Pensaba quedarse ahí para siempre? ¿Cómo sobreviviría? Los chicos habían muerto. ¿Había ido ahí a morir?

Dejó de lado las preguntas, irritada. Había ido ahí para que no la encontrara nadie. No quería que la encontraran. Así de sencillo. Al menos de momento. Quizá más adelante. No había pensado en eso. Sólo quería huir a un sitio seguro. Nada más. Al final, tendría que planear el siguiente paso.

Seguramente intentaría localizar a su madre. Ella sabría qué hacer.

Pero no llevaba el móvil. No se le había ocurrido cuando había vuelto a la casa; se estaba cargando en la mesilla de noche mientras Fred y ella veían la televisión, cuando había sonado el timbre, cuando los disparos...

¡No!

No iba a pensar en eso. En lo que había pasado allí. Eso era por fuera, no existía por dentro. Por dentro había silencio y tranquilidad. Ahí era donde debía estar. Toda ella. Debía encerrarse por completo en sí misma. Ahora que

estaba allí podía centrarse en eso. En algún momento tendría que decidir qué hacer, pero aún no.

A lo mejor nunca.

A lo mejor ya tenía todo lo que necesitaba por dentro. Ojalá pudiese encontrar el modo de llegar allí. Toda ella. Todo su ser. Tal vez jamás tuviese que abandonar la calma de ese sitio que no era un sitio.

La quietud. El olvido.

No notó que se quedaba dormida.

Sebastian salió del baño y volvió a la sala de investigación un tanto claustrofóbica. Por el camino, echó un vistazo al interior de diversos despachos, y cruzó una mirada con Fredrika, sentada a su escritorio. Un movimiento de cabeza y una leve sonrisa, luego siguió adelante. Aunque le daba la impresión de que ella habría aceptado una invitación a cenar, y que probablemente eso llevaría al sexo en casa de ella o en su floreada alcoba azul, no se lo pidió. No le apetecía.

Ella le había dado muy poco. Muy poco con lo que seguir mientras se tomaban el café, le había resultado imposible saber si iba por buen camino o no, lo había obligado a hacer demasiadas conjeturas, a retroceder, recapitular y cambiar de estrategia demasiadas veces. Para que él mantuviera el interés, la seducción debía ser un esfuerzo conjunto; aquello era más bien un ejercicio individual. De modo que lo había dejado estar y había procurado colaborar haciendo lo que le pagaban por hacer: el perfil del autor de los hechos.

Una hora más tarde había aparecido Erik y le había contado lo que habían averiguado sobre el círculo de conocidos de Ceder. No había mucho. Sus amigos de Filipstad no tenían ni idea de a quién podía haberle prestado la escopeta. Ellos no cazaban, y nunca hablaban de esas cosas, decían. Los vecinos lo habían descrito como un lobo solitario; no tenían relación con él. Lo saludaban si lo veían, pero eso casi nunca ocurría. Erik se acercó al mapa de la pared. Los vecinos vivían a casi un kilómetro de la casa de Ceder.

Sebastian se limitó a asentir para sus adentros. Tras considerar la información de que disponía, decidió que necesitaba repensárselo. No estaba convencido de que Ceder hubiese mentido sobre el arma para proteger a alguien que conocía bien; quizá fuese porque le importaba más no ayudar a la policía que limpiar su propio nombre.

Cuanto más leía sobre Jan Ceder, más le parecía el típico antisistema acérrimo.

Erik le había contado que había vuelto a registrar la finca de Ceder. Según Fabian, nada indicaba que el asesino hubiese estado en el interior de la vivienda. Lo más probable era que Ceder se hubiera topado con él fuera. Tampoco había indicio de dónde podía haber estado la escopeta.

Estaban esperando una lista de llamadas del operador de telefonía móvil, pero en el dispositivo no había registrada ninguna llamada posterior a su

liberación. Claro que podía haberla borrado; en ese caso, lo sabrían el lunes. La única persona con la que había estado en contacto por internet era una mujer ucraniana, así que, si tenía previsto algún tipo de extorsión, al parecer no le dio tiempo a poner en práctica su plan antes de que lo asesinaran.

Sebastian le había dado las gracias a Erik, pero le había dicho que era preferible que lo repasara todo con Torkel y los demás cuando volvieran. El rostro de Erik se había ensombrecido.

—Eso ya lo puede hacer usted —le había dicho sin esforzarse por ocultar su irritación.

—¿Sabe esas personas que toman nota de los recados y se los pasan a otras personas? Se llaman secretarias, y yo no soy una.

No podía negar que disfrutaba provocando a Erik. Su desagrado era tan patente... Erik se había ido de la sala sin decir nada más y Sebastian había seguido con su trabajo.

Ya hacía una hora que había anochecido cuando oyó que volvían los demás. Salió al pasillo. Vanja iba la primera, seguida de cerca por Erik, Torkel y Billy. Ni siquiera tuvo que preguntar; su gesto derrotado se lo dijo todo.

No habían encontrado a Nicole.

Él no quería ser un asesino en masa, pero eso era, según la Wikipedia:

«Persona que asesina a más de tres individuos de una vez.»

«Ya sabes lo que tienes que hacer», se dijo, allí sentado, delante del ordenador.

Si la hubieran encontrado, lo pondría en internet.

Había peinado la red, revisado todos los periódicos online. Los locales, los nacionales y los noruegos.

Nada.

La última actualización del *Expressen* se había publicado hacía tres horas:

La búsqueda se interrumpe durante la noche

El texto no proporcionaba información nueva; no era más que un resumen de los artículos anteriores aparecidos durante el día.

Los asesinatos. La niña desaparecida.

De nuevo, la policía no descartaba que la niña hubiera visto al asesino.

A la prensa sensacionalista le encantaban esas historias, claro. Primero habían asesinado a una familia entera, luego se había encontrado muerto también a un sospechoso liberado por la policía. La guinda del pastel había sido una niña inocente que había presenciado la terrible masacre y que ahora estaba desaparecida.

¿Huida?

Sola en los vastos bosques de Värmland.

Hasta había encontrado un artículo en el *Aftonbladet* donde hablaban con un experto sobre los grandes peligros a los que se enfrentaría la pequeña:

Hipotermia.

Sed.

Huesos rotos como resultado de una caída.

Conmoción, que podía generar un comportamiento irracional.

Y el último, que le había hecho reír a carcajadas:

Lobos.

Lo que fuera por exagerar la tensión que rodeaba a la búsqueda, supuso. Por lo que habría habido titulares enormes si la hubiesen encontrado.

Nicole Carlsten.

¿Cómo se le podía haber escapado?

Eso ya daba igual. Se le había escapado. Ni se le había ocurrido que los Carlsten pudieran tener visita. De nada servía lamentarlo. A lo hecho, pecho.

Cerró el portátil, se recostó en la silla y pensó en su próximo movimiento. Repasó mentalmente la lista de los expertos.

La hipotermia era improbable en esa época del año, mediados de abril. Tampoco era muy realista pensar que pudiera morir de sed; había lagos y arroyos por todas partes. Sí que era posible que se hiciera daño en el bosque, y no tenía ni idea de los efectos que un *shock* postraumático podía producir en un niño. ¿A qué se referían con «comportamiento irracional»? ¿Se iba a ahogar? ¿Tirarse delante de un tren de mercancías? No podía fiarse de eso, fuera lo que fuese. Sonaba demasiado bueno para ser cierto.

Sólo le quedaban los lobos. Desde que un lobo devorara al zapatero de Kolmården a principios del siglo XIX, nadie había vuelto a morir así en Suecia, y no creía que Nicole fuese a cambiar eso.

De modo que probablemente sobreviviría.

Con lo que terminarían encontrándola. Tarde o temprano.

Que él no la hubiera visto no implicaba necesariamente que ella no lo hubiera visto a él.

Uno hace lo que debe hacer, aunque no siempre le guste.

Eso era lo que solía decirle su madre. A todas horas. Cuando se levantaba a las cinco de la madrugada para ir a uno de sus tres trabajos, cuando se mudaron a casa de su tía después de que su padre los echase de casa, cuando siguió trabajando a pesar del diagnóstico de cáncer, cuando sacrificaron a su perro porque su tía decía que iba dejando pelos por toda la casa..., cada vez que la vida ponía obstáculos en su camino. Uno hace lo que debe hacer.

La vida no es justa.

Otro de los aforismos de su madre, que quería decir que ni se molestaba en cambiar las cosas.

Alargó la mano y apagó la luz del escritorio, luego se quedó recostado en la silla, a oscuras. Contempló por la ventana el cielo nocturno, salpicado de estrellas. Iba a ser una noche fría.

A lo mejor la niña moría congelada después de todo.

Dejó vagar sus pensamientos.

La niña. Si lo había visto, ¿por qué no había ido a la policía? Tenía diez años. ¿No se les enseñaba a todos los niños desde temprana edad a llamar a emergencias o dirigirse a un amable policía? ¿Dónde demonios se había metido? ¿Se estaría escondiendo a propósito? No había hecho ni un ruido cuando él había estado en la casa, cuando se había cargado sistemáticamente hasta el mínimo resquicio de seguridad que pudiera quedarle. ¿Conmoción o conducta meditada?

Era prima de los niños. Por lo visto, los visitaba a menudo, pero no creía que conociese la zona tan bien. Así que, si no quería ir a la policía, ¿adónde habría ido?

Tenía el presentimiento de que la respuesta era obvia. La última pieza del puzle estaba delante de sus narices y no la veía.

Pero estaba ahí. La respuesta.

La encontraría, de eso no le cabía duda. No tenía más que dejar de pensar en ello. Así funcionaba. Debía dejar a un lado el problema, que madurara en su cabeza sin que le prestara atención. Que su cerebro funcionara tranquilamente. Encontraría la respuesta y entonces tendría que tomar las medidas oportunas.

Había creído... No, mentira, había confiado en que Jan Ceder fuese el último. Nicole Carlsten no tenía nada que ver.

Pero uno hace lo que debe hacer.

Y ella morirá.

La vida no es justa.

Billy dejó a un lado el ordenador. Ya no podía hacer mucho más esa noche. Había catalogado toda la información de Fabian, actualizado la base de datos e imprimido todo lo que quería colgar en la pizarra al día siguiente. Había charlado un rato con My por Skype; ella le había preguntado cómo iba la investigación, y él le había contado cosas de su día.

—¡Qué espanto! —dijo ella cuando se enteró de lo de la niña desaparecida.

Billy no pudo más que coincidir. My le preguntó cuándo iba a volver a casa; él le contestó que, sinceramente, no lo sabía. Los dos se dijeron lo mucho que se querían y cuánto se echaban de menos, y acordaron volver a hablar al día siguiente.

Al día siguiente. Otro día en el bosque, supuso Billy. Organizar y participar en grupos de búsqueda no era lo que más le gustaba de su trabajo. A lo mejor podía preguntarle a Torkel si le dejaba hacer otra cosa en su lugar. Si se presentaban el doble de voluntarios de Personas Desaparecidas, se las arreglarían sin él. A fin de cuentas, Sebastian se había librado.

Billy miró el reloj. Era demasiado pronto para irse a la cama y no le apetecía zapear. Estaba intranquilo. Podría cambiarse y salir a correr, para despejarse. Claro que ya le había dado bastante el aire fresco y había hecho suficiente ejercicio en el bosque durante el día. Seguro que no era el único que estaba aburrido.

Cuando abrió la puerta, ella pareció sorprenderse de verlo.

Él llevaba una botella de vino frío que, con una buena dosis de persuasión, había conseguido comprar en el restaurante de la planta baja.

—No me lo esperaba —dijo ella después del primer sorbo.

—¿El qué?

—Verte aquí de pronto con una botella.

—Estaba aburrido —respondió Billy encogiéndose de hombros—. Y hace mucho que no... nos tomamos unos cacharros, tú y yo.

Vanja sonrió para sus adentros. No conocía a nadie más de la edad de Billy que utilizara tantas expresiones adolescentes. Sólo se llevaban tres años, pero él parecía mucho más joven que ella en muchos aspectos. Tenía

Instagram, Twitter, Tumblr, y ella no. No es que estuviese en contra de las redes sociales, sólo que no les veía la utilidad. ¿A quién iba a seguir, y quién iba a seguirla a ella? Si las redes sociales servían para algo era para resaltar la falta de amistades y contactos.

—¿Cómo está My? —le preguntó dando otro sorbo. Después de todo, era viernes por la noche.

—Bien. Completamente obsesionada con la boda.

Vanja asintió con la cabeza. Le agradaba estar allí sentada con él y no iba a estropear el momento preguntándole si no estaba yendo todo demasiado rápido, ni criticándolo en modo alguno, ni haciendo algún comentario que pudiera interpretar como un consejo inoportuno.

—¿Y cuándo me la vas a presentar? —le preguntó en cambio.

—Ya la conoces.

—Le dije hola, eso no cuenta.

—Tienes que venir a cenar.

Vanja hizo un gesto afirmativo. Si no la habían invitado en los diez meses que llevaban juntos, dudaba que fueran a hacerlo ahora, pero no se lo dijo. Apuró la copa y vio cómo Billy se la rellenaba.

—Pareces cansado.

—Echo de menos a Ursula —dijo Billy con sinceridad—. Tengo la sensación de que esto me queda grande.

Vanja se preguntó si su antigua discusión aún atormentaba a Billy. Ella le había dicho que era mejor agente de policía que él. Probablemente no. Ya lo habían arreglado. Habían hecho las paces. Pero ya nada había vuelto a ser igual, y los dos lo sabían. No había necesidad de recordárselo.

—Lo estás haciendo estupendamente —le dijo ella poniéndole una mano en el hombro—. Todos echamos de menos a Ursula, pero no porque tú no estés a la altura de las exigencias de este caso.

—Gracias —respondió él con una leve sonrisa.

También echaba de menos a Jennifer, pero eso no se lo iba a decir.

A Jennifer Holmgren la habían asignado a Riksmord durante la investigación anterior, cuando todos pensaban que Vanja haría el curso de formación del FBI en Quantico. Pero eso no ocurrió, y Jennifer perdió su sitio en el equipo. Billy y ella habían seguido viéndose. Era muy divertida. Fácil de entender. Había dejado muy claro que quería que su trayectoria profesional le ofreciese emoción y descargas de adrenalina; no había mucho de eso en Sigtuna, adonde estaba destinada, así que se reunían en la pista de

tiro de vez en cuando. A Jennifer le encantaban las armas, y debía reconocer que era mucho mejor tiradora que él. Lo que sí tenía él, en cambio, era experiencia disparando a seres vivos.

A personas.

A Edward Hinde y Charles Cederkvist. Los había matado a los dos.

Habría querido poder decir que eso lo había disuadido de volver a usar su arma reglamentaria, pero, por desgracia, no era así. En ambas ocasiones, le había quedado una extraña sensación que le había durado varios días. Una sensación agradable. Eso lo aterraba. A veces, cuando disparaba con Jennifer en el sótano de la central de policía de Kungsholmen, se sorprendía imaginando a una persona de verdad en lugar de la silueta negra de la lámina de cartulina. Le alertaba los sentidos, le aceleraba el pulso y le proporcionaba..., sí, placer, a falta de una palabra mejor.

Eso nunca se lo podría contar a nadie.

Jamás.

A Jennifer, ni hablar, aunque a ella se lo contaba casi todo. Ni siquiera a My; aunque trabajaba en el campo de la asesoría vital y el desarrollo personal, e iba a ser su mujer, sabía muy poco de su lado oscuro. Y menos aún a Vanja. A lo mejor un año atrás, cuando habían sido casi como hermanos, pero ahora no. Ya no. Algo se había roto el día en que ella le había dicho que era mejor policía que él, y, por mucho que quisieran convencerse de que lo habían arreglado, la fisura seguía ahí. Jennifer había ocupado el lugar de Vanja como confidente suya.

—¿Cómo está tu padre? —quiso saber él de pronto.

—Le han puesto un riñón nuevo y parece que le va bien, pero ya no los veo, ni a él ni a mi madre —respondió Vanja con sinceridad.

Se dio cuenta de lo poco que habían hablado Billy y ella en los últimos meses.

—Pero vuelves a ser amiga de Sebastian.

—No sé si soy su amiga...

—Vale, pero has dejado de pensar que intenta arruinarte la vida.

—Sí.

Billy la miró. Respuestas cortas. ¿No quería hablar de ello? En ese caso, iba a tener que pedirle que parara.

—Parecías muy convencida en el hospital.

—Lo sé, pero ¿por qué iba a querer hacer algo así? —«Para tenerte cerca», pensó Billy, pero no dijo nada—. Es un cerdo en muchos sentidos —

prosiguió Vanja—, pero he decidido creerlo.

—Estupendo... Espero que no vuelva a decepcionarte.

—Y yo.

Pasaron un rato callados. Vanja estaba convencida de que pensaban lo mismo. Era de Sebastian Bergman de quien hablaban. Las posibilidades de que volviese a decepcionarla eran abrumadoras. Billy apuró su copa y la dejó en la mesilla de noche.

—¿Te importa que pase al lavabo?

—Claro que no.

Billy entró en el baño, que era idéntico al suyo. Mientras hacía pis, reparó en la repisa de vidrio que había debajo del espejo. En uno de los vasos había un cepillo de dientes azul. El de Vanja.

La idea de llevárselo fue casi un impulso, como si la ocasión fuera propicia, pero ¿había sido así realmente? ¿No era ésa la verdadera razón por la que había ido a ver a Vanja? Se preguntaría qué había sido de su cepillo de dientes, claro, pero jamás se imaginaría que se lo había llevado él. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

Tiró de la cadena, se lavó las manos y, después de una breve discusión consigo mismo, cogió el cepillo, lo envolvió en papel higiénico y se lo guardó en el bolsillo.

Se quedó con Vanja media hora más, luego volvió a su habitación, guardó el cepillo robado en una bolsa de pruebas y lo metió en la maleta. ¿Y ahora qué? Aún no estaba cansado. Debía intentar dormir, pero sabía que no lograría relajarse. Decidió salir a dar un paseo. Se puso la cazadora, apagó la luz y cerró la puerta al salir.

No fue el sueño lo que lo despertó esta vez. Fue la mano, con anillo, que aterrizó de pronto en su cara. Tardó uno o dos segundos en saber a quién pertenecía y cómo había terminado en su cama, pero de pronto lo recordó.

Seguramente no había sido buena idea.

¿Cómo que «seguramente»?

No había sido buena idea.

Debía haberle puesto freno antes de que llegasen tan lejos, pero ya era demasiado tarde. La propietaria de la mano se dio media vuelta, dormida, y el brazo al que iba unida dicha mano le cayó sobre el pecho. Se había topado con ella en el aparcamiento después de la reunión informativa de la noche. Automáticamente, le había preguntado si le apetecía ir a cenar, sin esperar que respondiese que sí. Sin saber cómo, habían terminado en un restaurante chino algo cutre y, para satisfacción suya, había descubierto que era una mujer inteligente con la que resultaba fácil hablar. Había empezado a formarse alboroto en el local a medida que el consumo de cerveza de los otros clientes había superado con creces su interés por la comida, y Sebastian y su acompañante habían decidido marcharse. Ella conocía un buen sitio. Fueron a Björnidet, donde ella había seguido bebiendo vino y él había continuado seduciéndola. Horas más tarde, ella le había comunicado que se veía incapaz de volver a casa en coche, y le había preguntado si su hotel estaba cerca. Casualmente, así era. No estaba lejos en absoluto.

El sexo había sido inusualmente satisfactorio, imaginativo y apasionado. Tal vez porque hacía mucho tiempo, o porque funcionaban bien juntos. Se habían quedado dormidos después de las dos.

Y de pronto él estaba completamente despierto.

La satisfacción había desaparecido, la intimidad resultaba nauseabunda.

Debía deshacerse de ella. No podían verlos juntos.

No había sido buena idea, pero a lo mejor tampoco tenía que ser la catástrofe que le había parecido al despertarse. Se había acostado con las madres de sospechosos, incluso con las propias sospechosas unas cuantas veces, así que, aunque no fuese lo más inteligente que había hecho en su vida, podía decirse que follarse a la mujer responsable de la investigación preliminar era un paso en la dirección correcta.

Aunque dudaba que Torkel estuviera de acuerdo con él.

No tenía ni idea de qué hora era.

Se había despertado varias veces, pero había conseguido volver a dormirse, diciéndose que aún debía de ser de noche. Aunque no lo fuera, ¿qué iba a hacer? ¿Adónde iba a ir? Ahí era donde debía estar en ese momento.

Ya no hacía tanto frío. Se encontraba mejor. Al abrigo de la oscuridad, había conseguido moverse más por dentro. Encogerse por fuera, crecer por dentro. Habría preferido olvidar que existía algo fuera de sí misma. Estaba allí tumbada, con las rodillas pegadas al pecho. Ignoraba cuánto tiempo llevaba así, pero, al final, tuvo que atender sus necesidades fisiológicas.

Se levantó, pegó la espalda a la pared de la cueva y salió por la estrecha grieta. Sin retirar la mano de la áspera superficie, avanzó unos metros hacia la derecha, luego se acuclilló para hacer pis. Era la primera vez en muchas horas. No estaba bebiendo lo suficiente. La cueva era fría y seca; no caía agua de las paredes, como ella había esperado, ni había lagos subterráneos. Al menos ella no los había encontrado. Ni siquiera un charco.

¿Debía volver ahí fuera, buscar algo de beber? ¿Conseguir un poco más de comida, quizá una linterna, o cerillas...?

Pero no quería hacer eso. Si salía, se vería obligada a lidiar con su yo exterior. Moverse por ahí, estar alerta, acercarse a la gente. Alguien podría andar buscándola. Quería quedarse en la cueva. Quería resguardarse en su yo interior.

Deshizo a tientas el camino, pegada a la pared de la cueva, hasta llegar a la grieta, luego volvió a colarse por ella y se sacó de los bolsillos las cosas que había cogido en el caserón. La etiqueta decía que las cerezas confitadas iban sumergidas en almíbar. No sabía lo que era eso, pero, cuando sacudía la lata, sonaba como si hubiese algún tipo de líquido dentro. Necesitaba una piedra para abrirla de un golpe. Palpó lo que tenía delante, pero no encontró nada apropiado. ¿Debería salir a buscar algo fuera? No, no merecía la pena, decidió.

Por dentro, no tenía ni hambre ni sed. Lo único que tenía que hacer era buscar el modo de volver allí.

Se tumbó, se llevó las rodillas al pecho y, menos de un minuto después, estaba profundamente dormida otra vez.

Se levantó minutos antes de que el sol apareciera tras los árboles del lago. No necesitaba despertador; siempre se despertaba al amanecer.

A quien madruga, Dios le ayuda, como solía decir su madre. Aunque su madre no era religiosa, probablemente lo decía porque las primeras horas de la mañana eran el único momento en que estaban juntos. Luego, ella se iba a trabajar y él ya estaba acostado cuando ella volvía. Su madre llevaba muerta muchos años, pero él seguía sin poder dormir por las mañanas.

Se puso los pantalones, se abotonó la camisa y se pasó una mano por las mejillas. Hacía tres días que no se afeitaba; más le valía hacerlo ya.

Delante del espejo del baño, se aplicó la espuma de afeitarse, luego abrió la antigua navaja mientras sus pensamientos giraban en torno al tema principal.

¿Qué sabía de los Carlsten?

Aparte de su obsesión con esas mierdas del medio ambiente, la dieta *detox* y el ecologismo y su negativa general a tener nada que ver con cualquier cosa que implicase modernización o progreso, por supuesto. ¿Qué le habían dicho a su joven invitada? ¿Adónde la habían llevado? Una niña de diez años que no conocía la zona y no quería ir a la policía, ¿dónde se habría escondido?

La policía se proponía reanudar la búsqueda a primerísima hora de la mañana. ¿Debía acudir como voluntario y unirse a ellos? No, eso podía resultar contraproducente. ¿Y si iba en la partida que encontraba a la niña y ella lo reconocía, lo señalaba allí mismo? Tenía que encontrarla antes de que lo hiciera nadie más, o todo habría sido en vano. ¿Qué probabilidades tenía de salirse con la suya? Muy pocas, pero debía intentarlo. No sólo por él, había mucho en juego. Si fracasaba, cinco personas habrían muerto para nada.

Se enjuagó los restos de espuma con agua fría y se secó las mejillas con una toalla.

¿Qué sabía de los Carlsten?

Pasaban mucho tiempo al aire libre. Claro. A Karin le parecía que a Torsby le faltaba una guardería «para todas las estaciones» y había intentado, sin éxito, transformar el espíritu del jardín de infancia al que iba Fred. En cualquier caso, siempre estaban fuera, seguramente también durante la visita

de la prima Nicole. Así que la podían haber llevado a casi cualquier parte. Debía averiguarlo. Tenía que encontrarla.

Encontrar...

Había algo ahí. Se detuvo en mitad de un movimiento. Encontrar... Se miró en el espejo. Ya estaba cerca. Concentración. La pieza del puzle estaba al alcance.

Se lo había planteado mal. Era culpa de la prensa y la policía.

La estaban buscando. La niña se había perdido. La buscaban porque estaba desaparecida.

Mal. No se había perdido, ni estaba desaparecida.

Se había ido de casa, no quería que la encontrarán.

Ésa era la diferencia. Si quisiera esconderse, había infinitas posibilidades, desde agazaparse detrás de una roca hasta colarse en alguna casa de vacaciones aún cerrada por el invierno. Pero eso implicaba el riesgo de que la encontrarán, y no era ése su plan.

¿Dónde no encontrarían nunca a una persona?

Él lo sabía.

La pregunta era: ¿lo sabía ella?

Había pasado tiempo con sus primos, que llevaban varios años viviendo en la zona, así que seguro que se lo habían contado. Como las historias para no dormir que se contaban de noche, a lo mejor. El relato de los chicos que habían muerto. La niña habría querido ir allí, a ver el sitio donde había ocurrido. Oír la advertencia estando allí fuera: «Si te metes ahí, nunca te encontrarán».

Había muchos parámetros que considerar, muchas incertidumbres, pero ahí era adonde lo había llevado su cerebro, y confiaba en su instinto. Desde luego, merecía la pena intentarlo. Mejor que quedarse sentado en casa y leer en internet que la habían encontrado, o esperar a que la policía apareciera en su puerta.

Era perfectamente factible. La niña había tenido tres días para llegar allí. A él le bastaría con quince minutos. Decidió saltarse el desayuno y salir de inmediato.

Rumbo a la cueva del Oso.

Casi ciento sesenta personas se presentaron a la puerta de la comisaría para tomar parte en la búsqueda. Se asignaron nuevos destinos a los mismos jefes de equipo del día anterior. Torkel había rechazado la propuesta de Billy de quedarse en comisaría, y se le asignó un grupo y una zona nuevos, más lejos y más amplia esa vez. Nicole había abandonado la casa hacía unas setenta horas. Podía haber avanzado una distancia considerable. Además, Erik había decidido que, como disponían del doble de voluntarios, añadiría dos zonas nuevas que eran menos probables pero también posibles. Números de teléfono, comunicadores, bocadillos y termos. Arrancaron los coches y el lugar se vació a una velocidad asombrosa.

Casi se vació.

Una anciana se quedó atrás, apoyada en una muleta. Tendría cerca de ochenta años, observó Erik al verla acercarse a él cojeando a toda prisa. Llevaba sombrero y un abrigo grueso que parecía de lana, y la bufanda bien enroscada en el cuello. El sol aún no calentaba mucho, pero no tardaría en hacerlo; no había ni una nube en el cielo. Supuso que la anciana no era de las que transpiraban.

—Con tanta gente, no he podido llegar hasta la puerta —dijo—. ¿Qué ocurre?

—Estamos organizando partidas de búsqueda para localizar a una niña desaparecida y...

—Sí, sí —lo interrumpió la anciana, con un gesto impaciente de la mano—. Vengo a denunciar un crimen —informó—. Un asesinato.

Quince minutos más tarde, Erik acompañaba a su visita de vuelta a recepción. Por lo visto, se llamaba Ingeborg Franzén, y su marido era el presidente de la Sociedad Rotaria local. Mientras la llevaba a la puerta, no paraba de repetir que su esposo tenía «contactos» y averiguaría, por tanto, si su denuncia no se tomaba en serio. Lo harían, le prometió Erik, sin mencionar que incluso a las denuncias que se tomaban en serio a veces no se les daba la máxima prioridad. La víctima se llamaba *Fluffy* y era un gatito de doce años con algo de sagrado de Birmania en él. Los estorninos estaban haciendo un ruido terrible cuando Ingeborg había salido a por el periódico esa mañana y, en la

parte posterior de la casa, se había encontrado a *Fluffy* tirado junto a los cubos de basura, con el cuello roto. Tenía la lengua fuera de una forma que la había convencido de que a su queridísimo minino lo habían estrangulado. Erik no le dijo que a *Fluffy* podía haberlo atropellado un coche. Quizá el conductor se había bajado del coche, había visto que no podía hacer nada por él y se había limitado a lanzarlo al jardín. Cruel, inmoral, pero no imposible ni ilegal. En su lugar, le prometió de nuevo que harían todo lo que estuviese en su mano, mientras prácticamente la sacaba a la fuerza de la comisaría.

Cielo santo, quince minutos por un gato muerto, se dijo de camino a su despacho. Últimamente, estaba más tiempo fuera que en él.

Mientras sacaba el pase de seguridad, Dennis lo llamó desde el mostrador de recepción. Era la única persona que quedaba en la comisaría, aparte de él y Sebastian Bergman; todos los demás se habían sumado a la búsqueda.

Erik se volvió hacia el hombre que estaba de pie al otro lado del mostrador.

—¿Podría encargarse de esto? —preguntó Dennis haciéndole una seña para que se acercara—. Es un robo con allanamiento.

—¿No te puedes encargar tú? —contestó él con una sonrisa que desentonaba con la irritación de su voz.

—Estoy solo, y tengo que atender el teléfono y...

Como por arte de magia, el teléfono empezó a sonar. Erik suspiró y se volvió hacia el individuo que esperaba pacientemente.

—Por aquí.

La puerta principal de la comisaría volvió a abrirse mientras Dennis cogía el teléfono. A la prensa se le había dado órdenes estrictas de que permaneciera fuera, razón por la que la mayoría de ellos se habían ofrecido voluntarios en la búsqueda de la niña. Si la encontraban, tendrían una noticia de primera mano, incluso quizá una entrevista en exclusiva. Si no, podrían escribir un artículo revelador sobre la desesperada búsqueda y el sacrificio personal que habían hecho por ser buenos ciudadanos. Salían ganando en cualquier caso, por así decirlo.

La persona que entró en comisaría no era un periodista. Era un joven de veinticinco años que trabajaba en Statoil, a juzgar por el logo de su ropa. Miró alrededor y se dirigió despacio a Dennis, que le hizo una seña con la cabeza mientras atendía la llamada, tomaba nota de un número y prometía que alguien se pondría en contacto. Dennis colgó y centró su atención en el

recién llegado.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Sebastian se acercó a la pizarra blanca y anotó los puntos clave de su perfil del autor de los hechos:

- Hombre.
- Más de treinta.
- Conocimiento de la zona o residente.
- Relación personal con los Carlsten.
- Inteligente y sociable, posiblemente emparejado.
- Planificado, no por odio ni rabia.
- Móvil: cree que se vio obligado a hacerlo o necesitaba deshacerse de un obstáculo o amenaza.

Le pareció oír la voz de Billy sobre ese punto: «¿Significa eso que podía haber actuado siguiendo las instrucciones de otra persona?».

La respuesta era no, por varias razones.

En las raras ocasiones en las que se detiene a un asesino a sueldo, el caso siempre implica al crimen organizado. No había nada que indicase que los Carlsten estuviesen involucrados en algo así. Un matón profesional no usaría una escopeta prestada y se habría esforzado más en ocultar las posibles pruebas. Incluso puede que hubiese incendiado la casa. Tampoco se habría quedado por la zona ni habría asesinado a Jan Ceder. La policía estaba convencida de que Ceder conocía al autor de los hechos. Podía replicar con tantos argumentos si Billy le hacía la pregunta que casi le apetecía que se la hiciera.

Tocaron con los nudillos en el marco de la puerta y entró un agente al que Sebastian había visto por allí. No tenía ni idea de cómo se llamaba aquel tipo.

—¿Podría hablar con un ciudadano, por favor?

—Pues preferiría no tener que hacerlo... ¿No está Erik por ahí?

—Está con alguien y esto es importante. Es sobre la niña. Dice que la ha visto.

—¿Ha visto a Nicole?

—Sí... ¿Lo traigo aquí?

—Buena idea. Creo que conviene que el mayor número posible de personas vea las fotografías de la familia masacrada.

El joven oficial reparó inmediatamente en su error.

—Lo llevo a la sala de personal.

Sebastian suspiró. Aquella comisaría era una casa de locos. Igual habría estado mejor de paseo por el bosque. Claro que podría haber sido aún peor. Podría haber aparecido Malin Åkerblad. Había salido para Karlstad esa mañana y no volvería hasta el día siguiente por la noche, salvo que hubiese algún avance importante. No la había despertado hasta las cinco y media, cuando la había zarandeado y le había dicho que tenía que irse. Ella había querido saber por qué y, por una vez, él había optado por decir la verdad.

—No quiero que Torkel y los otros te vean. No les haría mucha gracia. —Luego lo había suavizado con una mentirijilla—: Y esperaba que pudiéramos repetir...

Ella había asentido con la cabeza, lo había entendido, y le había hecho saber que también ella esperaba que repitiesen la próxima vez que coincidieran. Sebastian había conseguido esbozar una sonrisa.

Confiaba en que no lo delatara cuando volviese, y que no se pusiera pesada ni cariñosa. La tregua firmada con Torkel era frágil.

Se dirigió a la sala de personal. Un joven vestido de beige y azul lo esperaba. Llevaba una gorra sobre su pelo oscuro y tenía una cara fina y angulosa. Ojos pardos, bastante juntos. La piel repleta de cicatrices de acné.

—Cuénteme —le dijo Sebastian sentándose enfrente de él sin molestarse en presentarse.

—He visto en la prensa esta mañana que andaban buscándola —se explicó el joven, señalando la fotografía de Nicole de la portada del periódico que había sobre la mesa.

—Sí.

—La he visto. La vi ayer.

—Eso ya lo sabía. Lo único que me interesa es dónde.

—En el trabajo. En la gasolinera —contestó él señalándose el logo de la camisa—. Cuando la vi entrar, pensé que iba con alguien que estaba echando gasolina, pero entonces se acercó a la vitrina refrigerada. No parecía conocer a nadie.

—Vale, muy interesante, pero ¿dónde? —inquirió Sebastian impacientándose.

—No estoy seguro, pero creo que robó comida —prosiguió el tipo como

si hubiera ensayado su relato y no tuviera intención de apartarse del guion.

—Espero que así fuera —coincidió Sebastian—. ¿Dónde? —volvió a preguntar confiando en que a la tercera fuese la vencida.

De nuevo en la sala de investigación, a Sebastian no le costó mucho localizar la gasolinera. Pinchó una chincheta en el mapa y añadió el día y la hora. Oyó pasos en el pasillo y vio a un hombre pasar por delante de la puerta, seguido de Erik.

—¡Erik! —lo llamó Sebastian.

—Enseguida vengo, voy a acompañar a este caballero a la salida —respondió.

Sebastian se sentó y contempló el mapa, como si éste pudiera indicarle adónde había ido Nicole después de pasar por la gasolinera. Había tomado rumbo noroeste desde la casa de los Carlsten. ¿Habría seguido en la misma dirección? En ese caso, ¿hasta dónde habría ido? ¿Tendrían un equipo de búsqueda por la zona?

—¿Qué pasa? —preguntó Erik mientras asomaba la cabeza por la puerta.

La hostilidad de su voz, desde luego, no era cosa de su imaginación.

—Estuvo aquí ayer —respondió Sebastian levantándose y señalando—. Robó comida en la gasolinera.

Erik entró en la sala, de pronto interesado.

—El tipo que se acaba de marchar ha venido a denunciar un robo con allanamiento en su casa de verano, a un kilómetro más o menos de ahí —dijo, y le indicó el punto exacto en el mapa—. Una ventana rota, no ha desaparecido nada salvo una pequeña cantidad de comida, y por lo visto alguien había dormido debajo de una de las camas.

—¿Debajo de la cama?

—Sí, la almohada y el edredón seguían allí.

Sebastian pensó rápido.

Una niña aterrada.

Asustada de todo, pero tenía que dormir, tenía que comer. Podría ser otra persona, pero la casa estaba en la dirección correcta, y cualquier cosa de valor que no interesara a una niña huida habría permanecido intacta.

—Si ésa es Nicole, va hacia el noroeste. Si sigue por ahí, ¿qué hay más adelante?

—Noruega...

—Me parece que debemos dar por supuesto que no pretende emigrar — masculló Sebastian—. ¿Qué hay camino de Noruega, ahí arriba?

Dibujó un círculo con el dedo en el mapa. Erik se acercó a mirar, luego meneó la cabeza.

—Nada, en realidad. Bueno, está la cueva del Oso, pero dudo que supiera de su existencia y, de saberlo, no creo que fuese allí.

—¿Por qué no?

—Dos niños desaparecieron en esa cueva en los ochenta. Nunca los encontraron. Todos los niños de la zona tienen clarísimo que, si entras en la cueva del Oso, jamás te encontrarán.

Todo encajaba.

—Eso es lo que ella quiere —dijo Sebastian instintivamente—. Ahí es donde está. —Vio la expresión de escepticismo del rostro de Erik y se le adelantó—. Sí, estoy seguro. Llame a los otros y subamos allí.

Despertó de pronto.

Un ruido. Debía de haber oído un ruido.

Fuera era de día, observó. Una pequeña cantidad de luz se había colado en el hueco en el que ella estaba tumbada, pero no la suficiente para despertarla. Así que no se había adentrado lo suficiente en la cueva; la luz todavía la alcanzaba. Tendría que moverse. Adentrarse más. En la oscuridad. En el olvido.

Hacía frío. Su aliento producía vaho. Pero tampoco eso la había despertado. Había estado muerta de frío más o menos toda la noche. No, estaba segura de que había sido otra cosa. Un ruido.

Contuvo la respiración, giró la cabeza y aguzó el oído. Le rugía el estómago. Tenía tanta hambre que le daban náuseas. Sin embargo, se olvidó inmediatamente de la sensación en cuanto volvió a oírlo. Un crujido. Pasos en la gravilla suelta de la entrada a la cueva.

Se detuvo.

El crujido de la gravilla bajo su peso sonaba en exceso, y rebotaba en las paredes desnudas de la cueva. Si la niña estaba allí, seguramente lo oiría.

De momento, se había asegurado de que nadie lo veía. Había aparcado el coche en un camino forestal a casi un kilómetro de distancia, luego había avanzado entre los árboles. Antes de salir de casa, había elegido una Serbu Super-Shorty. Sólo medía cuarenta y dos centímetros de largo y era fácil de esconder debajo del impermeable. ¿Sería la acústica de la cueva su perdición?

Se quedó muy quieto, sacó la linterna frontal del bolsillo y se la puso. El potente haz de luz iluminó la pared más cercana y la entrada a la cueva. Su plan era entrar con sigilo, con la esperanza de que hubiese dejado algún tipo de rastro, o que se viera obligada a moverse cuando él se acercara y pudiera oírla. Era un cazador experimentado. Pero seguramente ya lo había oído. El factor sorpresa se había perdido. Así que le daba igual.

—¡Nicole! —gritó avanzando al tiempo que se desenganchaba la escopeta compacta del forro del abrigo—. Sabemos que estás ahí. Vengo con la policía.

—He venido a ayudarte.

Nicole retrocedió en el diminuto espacio y pegó el cuerpo a la pared todo lo que pudo. Se abrazó las piernas, enterró la cabeza en las rodillas y se hizo lo más pequeña posible. No se dio cuenta, pero respiraba con dificultad, jadeaba. Los pasos de fuera se oyeron más fuerte, se acercaban.

—¡Nicole! No pasa nada, ya puedes salir. Somos policías.

La niña levantó la vista sin soltarse las piernas. Más allá de la grieta pudo ver un haz de luz que danzaba por las paredes. Si iluminaba allí dentro, iba a ser absolutamente imposible que no la viera.

—¡Nicole!

A lo mejor, si se sentaba justo al lado de la angosta entrada... A la derecha había una pared protuberante, de unos quince centímetros de ancho. Si se pegaba completamente a ella, quizá no la detectase, aunque iluminara el interior con la linterna.

Estiró las piernas con cautela, luego se desplazó para poder reptar hasta allí. Descubrió que estaba prácticamente hiperventilando y se obligó a respirar más despacio. Avanzó a tientas con las manos, después con una rodilla. No estaba lejos. Tres movimientos más y llegaría. Siguió reptando. Un poquito más, girar, pegar la espalda a la pared. Podía hacerlo. Un último empujón.

Lo notó antes de oírlo. Una de las latas se le cayó del bolsillo, aterrizó en el suelo haciendo mucho ruido y se alejó rodando.

Estaba a punto de volver a llamarla cuando oyó el estrépito metálico, seguido del ruido de algo que rodaba por el suelo rocoso. Se detuvo, aguzó el oído. La cueva podía alterar la percepción del sonido, claro, pero parecía venir de cerca. Muy cerca. Avanzó un paso, sujetando más fuerte la escopeta.

Estaba allí.

Había acertado.

Ya sólo le quedaba encontrarla.

Ella era una niñita asustada y él tenía todo el tiempo del mundo. Aquello únicamente podía terminar de una forma. Por un instante, sintió una especie de pena por lo que iba a tener que hacer, pero no le quedaba otra opción. No había vuelta atrás. Uno hace lo que debe hacer, aunque no siempre le guste.

Fue moviendo el haz de luz de la linterna frontal de derecha a izquierda. Más adelante, el camino se dividía, se convertía en un laberinto de cuevas y

pozos, pero allí sólo había una ruta; no podía haber ido por otro lado.

Se detuvo de nuevo. ¿Qué era eso? ¿Una sombra? Pero ¿de qué? No había protuberancias que bloquearan la luz. No, no era una sombra, era una grieta. No muy grande, pero lo bastante ancha para que una niña de diez años se colara por ella. Dirigió el haz de luz al boquete y avanzó con determinación.

Lo había conseguido. Había sitio de sobra para ella. No creía que pudiera verla si se asomaba por la grieta. Lo oía fuera. Acercándose. La luz de la linterna parpadeaba por la pared de su derecha. Contuvo la respiración. A lo mejor ni siquiera reparaba en la entrada. Entonces, la luz dejó de moverse. Estaba fija en la grieta. En su escondite.

Pero, aun así, quizá no la viera. Se pegó aún más a la pared. Las piedras afiladas se le clavaban en la espalda a través de la cazadora. Entonces la vio. La lata. Si él se asomaba dentro, la vería también. Si la había oído caer, sabría que ella estaba ahí. Tenía que apartarla. Pero ¿cómo? Los pasos se acercaban cada vez más y el haz de luz seguía fijo en la entrada.

Estaba a punto de abalanzarse sobre la lata para cogerla cuando los oyó.

Él también los oyó. Ruidos. Fácilmente identificables. Neumáticos en la gravilla, puertas de coches que se abrían y se cerraban, pasos, voces... Imposible saber cuántos, pero más de uno. La policía o una de las partidas de búsqueda, seguramente. ¿Y por qué no? Si él había sido capaz de deducir dónde se escondía, ellos también. ¿Estaba la niña en el interior de la grieta? ¿Le daba tiempo a matarla? Oirían el disparo, pero él podía desaparecer en el laberinto de cuevas, quedarse escondido. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Y cómo saldría? No tenía ni idea de cómo era aquello por dentro. Llevarían perros. Estaba jodido. Había perdido su oportunidad. Apagó la linterna y, avanzando deprisa, con sigilo, se apartó de la entrada.

Erik encendió la potente linterna mientras entraban en la cueva.

—¿Qué profundidad tiene? —preguntó Sebastian mientras daban los primeros pasos hacia el interior de aquella gélida quietud.

—Nadie lo sabe. Nadie ha explorado el sistema completo.

Eso no era bueno. Si Nicole se había metido allí para desaparecer, había

una posibilidad de que se hubiera adentrado en las cuevas todo lo posible, con lo que podría ser la tercera criatura a la que jamás encontrarán. Sin embargo, que ellos supieran, no llevaba ninguna fuente de luz, con lo que la absoluta oscuridad podía haberle hecho pensar que estaba más adentro de lo que en realidad estaba. Quizá se sintiera a salvo sin haber penetrado mucho en la montaña.

A su espalda, oyeron que llegaba otro coche, y a los pocos segundos se les unió Billy con otras cuatro personas a las que Sebastian no conocía.

—¿Por qué creemos que está aquí? —preguntó Billy iluminando con la linterna por delante de Erik y Sebastian.

—Lo sabemos —replicó Sebastian y, para sorpresa suya, la respuesta pareció satisfacer a Billy.

—¿Y ahora qué hacemos?

—El pasillo es bastante ancho aquí —dijo Erik asumiendo el mando—. A unos treinta metros, se divide en varios túneles más estrechos, que a su vez se subdividen en otros. Hay que encontrar un modo de cubrir el máximo espacio posible.

—Vale, voy a buscar a más voluntarios y a pedirles que traigan cuerdas y lámparas y todo eso —indicó Billy, y dio media vuelta.

—Los demás quedaos aquí —ordenó Erik a los cuatro que acompañaban a Billy—, por si los otros necesitan ayuda cuando vengan. Sebastian y yo vamos a seguir hasta donde el pasillo se divide.

Se fueron los dos. El techo de la cueva era bastante alto, unos cuatro o cinco metros, calculó Sebastian. No había estalactitas ni ninguna otra de esas cosas bonitas que se asocian con las cuevas. Sólo paredes desnudas, duras, de un gris parduzco.

—¡Nicole! Me llamo Erik y soy policía. Hemos venido a ayudarte.

—No va a contestar —comentó Sebastian con sequedad—. No quiere que la encuentre nadie.

—¡Nicole! —volvió a gritar Erik como si no lo hubiera oído, o como si estuviese decidido a ignorar a Sebastian.

Continuaron avanzando y, de pronto, Sebastian señaló a la izquierda y dijo:

—¡Allí! —Erik siguió su dedo con la luz de la linterna y vio algo que parecía una sombra delgada en la roca—. ¿Qué es eso?

—Una grieta.

Se acercaron y Sebastian se inclinó hacia delante. No era muy ancha, no

más de treinta centímetros por la parte más estrecha. Lo bastante ancha para una niña de diez años, quizá. Erik apuntó la linterna al interior y vio un pequeño espacio, de unos pocos metros cuadrados. La luz iluminó algo que había en el suelo, junto a la áspera pared: una lata de tomate troceado.

Ninguna niña.

—Quieto.

Sebastian volvió la cabeza para pegar la oreja a la grieta. Erik agachó la cabeza y los dos se quedaron allí, inmóviles y mudos, un buen rato. Sebastian estaba a punto de erguirse cuando lo oyó. Una leve exhalación. Casi un jadeo.

Le arrebató la linterna a Erik sin mediar palabra, luego se desplazó todo lo que pudo a la derecha, metió la mano por el boquete e iluminó con la linterna a la izquierda.

Un zapato, un pie y parte de una pierna.

—Está aquí —afirmó, y retrocedió—. Quiero que se vaya. Salga y llévese a los demás.

Erik miró a Sebastian a los ojos y comprendió que no iba a servir de nada protestar o hacer preguntas.

—Pediré una ambulancia —dijo asintiendo con la cabeza.

Sebastian esperó hasta que ya no se oyeron pasos, luego se dejó caer al suelo helado. Más le valía ponerse cómodo. Aquello podía llevar un buen rato.

—Nicole, me llamo Sebastian y trabajo con la policía —explicó.

No hubo respuesta. Tampoco esperaba una. Aquello seguramente sería un monólogo.

—Te hemos estado buscando. Sabemos lo que les pasó a tus primos y a sus padres.

Ni un ruido. Ni un movimiento.

—Sé que no quieres salir. Entiendo por qué estás aquí, pero esconderte no va a mejorar las cosas.

Se recolocó en la superficie dura e irregular. Ya lo estaba pasando mal, ¿cómo se iba a sentir si aquello se prolongaba tanto como temía? Desechó el pensamiento.

—Tu mamá, Maria, está de camino, pero aún tardará en llegar. Podemos esperar aquí si quieres, pero estaríamos más calentitos y más cómodos en otro sitio. Además, debes de tener hambre. Podemos ir a comer algo. Lo que te apetezca.

Ni un indicio de que lo hubiera oído.

—Sé que lo que viste es horrible, pero no tienes que tener miedo. Hemos venido todos a protegerte.

Silencio.

Decididamente, aquello iba para largo.

Billy estaba en la entrada de la cueva. Se frotó los dos arañazos del dorso de la mano y miró hacia la zona que estaba más allá del cordón policial, junto a la valla medio derribada. Había ya mucha gente allí. Dos ambulancias. Los sanitarios al lado de una camilla, echando un pitillo. Varios periodistas, por supuesto. Dos equipos de los informativos de televisión —Torkel hablaba con uno de ellos— y unos cuantos fotógrafos habían subido a la colina de la izquierda para tener una visión general del operativo. Reconocía casi todos los rostros de las reuniones previas a la salida de las partidas de búsqueda, pero algunos eran nuevos. Calculó que habría unas setenta personas esperando ver a la pequeña cuando saliera.

Inspiró hondo. El aire era limpio y algo frío, pese a que brillaba el sol en un cielo casi sin nubes. La nariz se le llenó de aroma a bosque, a humedad, a tierra. Por un instante, se vio transportado al bosque que había justo detrás de la casa en la que se había criado. Pasaba prácticamente todo su tiempo libre allí, jugando con Ray y Peter.

Vanja se abrió paso entre la multitud, saludó con la cabeza a uno de los agentes uniformados que custodiaban el cordón y pasó por debajo de la cinta azul y blanca mientras el agente la sostenía en alto.

—He hablado con la Agencia Internacional de Cooperación al Desarrollo —expresó antes de llegar siquiera adonde estaba Billy—. La madre de Nicole viene en un vuelo que llegará aquí a las 16.25 de esta tarde.

—¿Está al tanto de lo ocurrido?

—Sí, se lo han contado.

—¿Va a ir alguien a recogerla o voy yo?

—De eso ya se encarga Torkel. ¿Cómo va?

Billy se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Cuánto rato lleva ahí dentro?

Billy miró el reloj.

—Casi cuarenta y cinco minutos.

—¿Qué coño están hablando tanto rato?

Nada, de momento.

Sebastian había hablado de todo lo que se le había ocurrido, procurando recordar todo lo posible de Nicole. Quería que se sintiera segura, hacerla entender que sabían quién era. Ganarse su confianza.

Era evidente que no había funcionado.

Estiró las piernas, echó hacia atrás los hombros e intentó sentarse derecho. Empezaba a estar incomodísimo. Quería resolver aquello, no sólo para poder levantarse y dejar atrás esa gélida oscuridad, sino porque se suponía que era lo que se le daba bien. Nadie había cuestionado su autoridad cuando les había ordenado que salieran todos de la cueva. Una niña traumatizada a un lado de la pared de piedra, un psicólogo culto y muy competente al otro. Esperaban que lo consiguiera. De momento, no había logrado nada. No había podido establecer esa conexión fundamental. Datos objetivos, persuasión, garantías..., nada de eso bastaba. Iba a tener que entregarse más si quería que ella confiase en él.

Inspiró hondo y bajó la voz con la esperanza de sonar más sincero, más auténtico.

—En ocasiones, cuando pasa algo, cuando estás triste porque has perdido algo, la gente dice que entiende cómo te sientes, pero la mayoría de las veces no tienen ni idea, porque ellos nunca han perdido nada valioso. — Se volvió y fijó la vista en la grieta, imaginó a la pequeña de la foto de la comisaría allí sentada, escuchándolo—. Pero creo que yo sí sé cómo te sientes. Sé lo que es que alguien a quien quieres de repente ya no esté ahí. — Hizo una pausa. ¿Era ésa la mejor forma de proceder? ¿En serio quería hacerlo? Lo que él quisiera daba igual, se dijo. Se trataba de lo que había que hacer—. Yo perdí a mi mujer y a mi hija en el sunami —continuó—. ¿Sabes lo que es eso? Fue una ola gigante que arrasó Tailandia el día de Navidad de 2004.

Guardó silencio de nuevo. Muy pocas veces repasaba aquellos recuerdos estando despierto. Por una razón. Aún podía recular, probar otra estrategia. Optar por un enfoque más sencillo. Pero no. Con la mirada ciega clavada en la oscuridad, regresó allí.

A 2004.

Al desastre.

—Estábamos en la playa, mi hija y yo. Se llamaba Sabine. Mi mujer, la madre de Sabine, había ido a correr. Nosotros jugábamos en el agua cuando, de pronto, llegó la ola. Tenía varios metros de altura. Agarré a Sabine justo

antes de que la ola nos alcanzara. La cogí de la mano, con mi derecha, me dije que no debía soltarla. Pero, no sé cómo, desapareció. No pude retenerla. Sueño con ello casi todas las noches. Aprieto tanto la mano derecha que me duele. —Lo estaba haciendo en ese momento, se dio cuenta. Inspiró hondo un par de veces más y se obligó a abrir los dedos—. Sabine tenía cuatro años. Nunca la encontré. Tampoco encontré a mi mujer. Me las arrebataron, como a ti a tus primos, y a Karin y a Emil. Todo era completamente normal y, en cuestión de segundos, todo se derrumbó. Me dolió tanto que pensé que jamás podría sentir otra cosa que pena el resto de mi vida.

Hizo una pausa. No podía contarle a una niña de diez años la verdad. Que esa pena jamás había desaparecido, que formaba parte de su existencia, que todas las malas decisiones que había tomado, todos los rollos de una noche, todos los intentos satisfactorios de aislarse de todos los que lo rodeaban tenían su origen en esa pena. Que lo estaba envenenando poco a poco, combinada con la culpa que aún sentía. En su lugar, se volvió hacia la grieta para poder meter la mano derecha por el agujero.

—Solté a mi hija, pero... aquí no hay ninguna ola gigante, Nicole. Ningún desastre natural. Sólo... un hombre malo, y yo puedo protegerte de los hombres malos. Si me das la mano, no te soltaré. No te dejaré marchar hasta que tú quieras. Cuando vuelvas a estar entera. Cuando ya no te duela. Puedo hacerlo, te lo prometo. Puedo ayudarte. Por favor, Nicole..., deja que te ayude...

Se le rompía la voz; tenía que parar. Por segunda vez en esa semana, notó que las lágrimas le rodaban por la cara. Alargó el brazo todo lo que pudo. Ya no se trataba de sacar a una niña de una cueva, sino de la posibilidad de reconciliarse consigo mismo.

Al principio no reparó en el movimiento, pero entonces lo notó.

Una manita fría en la suya.

Llevó a Nicole en brazos hacia la ambulancia. Pesaba más de lo que imaginaba, y el suelo era irregular y estaba sembrado de piedras sueltas. Tropezó varias veces y estuvo a punto de caer. Nicole se abrazaba con fuerza a su cuello. Ni rechistaba, pero él notaba su aliento cálido. Era como si le diera oxígeno.

Iba a salvarla.

Esa vez no la soltaría.

Se acercaban a la ambulancia, muy despacio. Dos de los sanitarios los vieron y fueron corriendo.

—¿Cómo está? —preguntó el primero, un hombre musculoso de treinta y tantos años cubierto de tatuajes.

—Bien, creo, pero está conmocionada —contestó Sebastian, y notó que la niña se aferraba más a él cuando el sanitario le tocó la frente.

Volvió la cara y la enterró en el pecho de Sebastian.

—¿Me la llevo? —le preguntó el sanitario amablemente.

Sebastian negó con la cabeza, se enderezó y siguió avanzando.

—No, no pasa nada. Ya me encargo yo.

Lo dijo sobre todo para tranquilizar a la figura pequeña que llevaba en brazos. Notó que su cuerpecito se relajaba un poco, no mucho, pero lo suficiente para deducir que confiaba en él. Una sensación maravillosa que le dio fuerzas. Apretó el paso.

—Voy a preparar la camilla —dijo el sanitario, y volvió corriendo a la ambulancia.

Sebastian asintió con la cabeza, pero dudó que Nicole quisiera soltarlo aunque le ofreciesen la cama con dosel más blanda del mundo.

—Nicole, ahora estás a salvo. Todos los que están aquí quieren ayudarte —la tranquilizó.

La niña no contestó, pero notó que se relajaba un poco más y respiraba más tranquila. Sobraban las palabras. Su cuerpo le decía lo que necesitaba saber.

Lo escuchaba. Con eso era suficiente.

Llegaron a la ambulancia y los sanitarios acercaron la camilla. Los curiosos habían empezado a aproximarse, con las cámaras y los teléfonos móviles preparados. Un grupo de agentes de policía y cinco o seis civiles, seguramente de Personas Desaparecidas, formaron un círculo de seguridad alrededor de ellos. De pronto, lo enfureció aquel grupo de personas mudas, inmóviles, que los esperaba. Les daba igual que la niña estuviese viva o muerta, sólo querían cotillear. El público. Nicole y él eran el espectáculo que estaban esperando.

—¡Largo de aquí! —gritó.

Retrocedieron un poco y Sebastian notó que Nicole se agarraba más fuerte a él según se acercaban, como si presintiera que alguien estuviese a punto de obligarla a soltarse. El sanitario llevaba una manta de color naranja claro.

—Nicole, te voy a tener que tumbar. Tienen que examinarte, para ver si estás bien —le dijo con toda la suavidad de que fue capaz. Intentó acariciarle el pelo—. Pronto verás a tu mamá... ¿A que es estupendo?

La niña reaccionó de inmediato.

Un destello de esperanza en sus ojos. Superó por un segundo el pánico que la había inundado. Él la abrazó aún más fuerte, la miró a los ojos, la llenó de ternura. Repitió las palabras que le habían producido ese efecto.

—Te voy a llevar con tu mamá. Te lo prometo. Te voy a llevar con tu mamá.

Sabía que la repetición curaba, sobre todo la garantía de amor. El trauma era un muro; el amor, una forma de atravesarlo; la repetición, el mazo que derribaba la barrera.

El hospital de Torsby era sorprendentemente moderno, y la doctora Hansson y su equipo de cuatro personas, que salieron a recibirlos en cuanto llegaron, daban una imagen de serena competencia. A Nicole y a Sebastian los trasladaron de inmediato a una habitación privada. La doctora Hansson era una mujer de unos cincuenta y cinco años, con gafas y el pelo corto y rizado. Le hablaba con cariño a Nicole, pero la pequeña no contestaba. Cada vez que le hacía una pregunta, la niña se pegaba aún más al pecho de Sebastian.

La doctora se rindió y se dirigió a Sebastian.

—¿Ha estado tan poco comunicativa todo el tiempo? —le preguntó muy seria.

—Sí, y lleva aferrada a mí de esta forma desde que la he convencido para que saliese de la cueva.

La doctora asintió y le acarició el pelo a la niña.

—Nicole, aquí estás a salvo. Sólo queremos asegurarnos de que estás bien —se aventuró a decirle en un tono maternal.

Las caricias y las palabras tiernas parecieron surtir efecto. Sebastian notó que los músculos de Nicole se relajaban un poco. La doctora se acercó un poco más a él.

—Me gustaría administrarle un sedante suave, ¿podría ayudarme? —le susurró.

—Sin problema. —Miró a la niña a los ojos—. La doctora quiere darte una medicina. ¿Te parece bien? —Nicole lo miró inquisitiva; el hecho de que confiara en él le llegó al alma. Le sonrió—. Tranquila, Nicole. Yo me encargo de que no te pase nada.

Hansson le arrimó una pipeta. Nicole no volvió la cara y dejó que la doctora se la introdujera en la boca y vaciara en ella su contenido.

—Buena chica. Las gotas tardarán un rato en hacer efecto. Entretanto, me gustaría hacerle unas pruebas —dijo la doctora volviéndose hacia Sebastian—. ¿Podría ayudarme con eso también?

Sebastian asintió con la cabeza, sin dejar de mirar a Nicole.

—Claro. ¿Se sabe algo de la madre? ¿Está de camino?

—No tengo ni idea.

—Puedo darle el número del inspector jefe, él lo sabrá.

—Déselo a la hermana Samira —le propuso la doctora, señalando a una

joven delgada de pelo oscuro con pijama verde.

Parecía de Oriente Medio, pero contestó con un acento claro de Värmland. Sebastian le dio el número de Torkel y ella salió a hacer la llamada.

Entretanto, había aparecido otra enfermera con un carrito para poder tomarle muestras de sangre. Sebastian le acarició el pelo a Nicole y consiguió que estirara el brazo.

El sedante tardó un cuarto de hora en hacer efecto. Mientras, el personal consiguió sacarle las muestras necesarias y tomarle el pulso y la tensión. Nicole se fue soltando poco a poco y, al cabo de unos minutos, se soltó del todo. Fue como si toda la angustia abandonara su cuerpo y la reemplazara un descanso muy necesario. Ahora era Sebastian el que no quería soltarla, pero sabía que debía hacerlo; había mucho trabajo pendiente.

Volvió Samira. Había hablado con Torkel. Estaba a punto de celebrar una rueda de prensa y luego iría al hospital, pero Vanja ya iba de camino. Sebastian decidió tumbar a la niña dormida en la camilla. Le inspiraba mucha ternura, sobre todo en ese momento, sin que esos ojos angustiados siguieran cada movimiento, sin que esa mandíbula se tensara. Era de nuevo una niña, una niña de diez años dormida. Sólo las rodillas arañadas y la cara, las manos y la ropa sucia revelaban en parte lo que había sufrido. La tumbó con cuidado en la camilla, luego cogió una gasa de la mesilla, la humedeció de desinfectante y empezó a limpiarle suavemente la cara. La gasa blanca se puso negra en un momento. La cambió por otra; volvió a ocurrir lo mismo.

No vio que Vanja estaba en el umbral de la puerta hasta que habló. Le dio la sensación de que llevaba un rato observándolo.

—¿Cómo está?

—Un poco deshidratada, pero todas sus constantes son normales. Ahora duerme.

—Bien. ¿Puedo hablar contigo?

Sebastian se enderezó. Antes de salir de la habitación, envolvió a Nicole en una manta naranja del hospital. Lo cierto era que no quería dejarla. La última hora había sido tan intensa emocionalmente que no le apetecía volver a la realidad. A la investigación del asesinato. Al equipo que avanzaba a tientas por la oscuridad.

Salió con Vanja al largo pasillo desierto. Podría haber sido un pasillo de cualquier hospital de Suecia, con aquel suelo de vinilo verde en el que se reflejaban los fluorescentes. Se preguntó si alguien habría investigado cómo

debía ser un pasillo de hospital para que los pacientes quisieran marcharse de allí cuanto antes. No recordaba haber visto un verde tan feo en ningún otro sitio.

Oyó una conversación animada en algún otro lado del pasillo. Parecía que cotilleaban sobre el último ingreso. Sobre la policía. Sobre el crimen, lo que habían leído y oído. Así funcionaba. Los hechos no eran reales o importantes hasta que la prensa y la televisión se interesaban por ellos. Y ahora estaban más que interesados. Ahora tenían una superviviente. La niña de «la casa de los horrores», como la había llamado tan poéticamente el *Expressen*.

—¿Ha dicho algo?

—Nada en absoluto, me temo.

Vanja consiguió parecer sorprendida y enfadada el mismo tiempo.

—¿Nada? ¡Algo habrá dicho!

—Ni una palabra. Está muy traumatizada.

Vanja pasó al escepticismo.

—¿Insinúas que no tenemos datos nuevos, aun habiendo encontrado a una posible testigo ocular de los hechos?

—Me temo que sí. Pero hemos hecho un buen trabajo, hemos encontrado a Nicole. Eso es lo más importante, después de todo.

Ella no respondió, pero su cara dejó claro que no estaba de acuerdo. Quería atrapar al asesino. Se alegraba de que hubieran encontrado a Nicole, por supuesto, pero, en lo que a ella respectaba, la niña sólo tenía una función: era la pista. Una posible vía para llegar al autor de los hechos. Su posible contribución a la investigación era más importante que su bienestar. Sebastian lo entendía perfectamente; él solía pensar igual.

—Va a haber una rueda de prensa en las oficinas del concejo municipal —le dijo—. ¿Quieres asistir?

Sebastian negó con la cabeza. Llevaba en pie desde las cinco de la madrugada. Había estado sentado en una cueva. Había cargado con una niña pequeña en brazos. El agotamiento empezaba a hacer mella en él. Suspiró.

—¿A qué viene ahora una rueda de prensa?

—Ya está por todo internet que hemos encontrado a la niña —le explicó ella—. Si no decimos nada, empezarán a especular.

—Van a especular de todas formas, te lo aseguro.

—Lo ha decidido Torkel, y estoy de acuerdo.

Sebastian no tenía intención de discutir con ella por algo que ambos

sabían que era un mal necesario, una realidad de la vida.

—Tiene que haber visto algo —dijo Vanja señalando hacia la habitación de Nicole—. Consigue que empiece a hablar. Ése es tu trabajo.

Dicho eso, dobló la esquina y desapareció. La dejó decir la última palabra.

Ya le daba igual.

Torkel se acercó al atril de madera clara, rodeado de micrófonos con logos de empresa claramente visibles a las cámaras: SVT, TV4, SR, TT, NRK.

Su idea inicial había sido celebrar la rueda de prensa en la comisaría, pero había cambiado de opinión porque no había ninguna sala lo bastante grande. Erik le había propuesto preguntarle a Pia si podían hacerla en el consistorio, y ahora Torkel estaba a punto de hablar en un lugar donde solían debatirse asuntos políticos más que policiales. Tampoco iba a haber mucho debate. Casi todos los allí presentes sabían más o menos todo lo que había que saber. Su intervención era más una cuestión de forma, un paripé de cara a la galería, por así decirlo. «Con el fin de que hubiese transparencia entre la policía y los medios», como decía un mensaje de las altas instancias en el que se había animado a los agentes veteranos a que se abrieran también una cuenta de Twitter.

Torkel esperó a que cesara el murmullo, luego repasó brevemente los datos de que disponía la policía.

La niña era pariente de los Carlsten. Probablemente se encontrara en la casa cuando habían asesinado a la familia y, desde entonces, había conseguido permanecer oculta. La habían hallado —como sin duda todos sabían— en la cueva del Oso, a unos diez kilómetros al norte del pueblo, y ya estaba hospitalizada. Se encontraba algo deshidratada y había algunos indicios de hipotermia, pero no había sufrido daños físicos. En lo que concernía a los asesinatos, la investigación proseguía, pero, por el momento, no había sospechosos. Hasta que no dispusieran de los resultados de las pruebas forenses, no podía confirmar que a Jan Ceder lo hubiesen matado con la misma escopeta, pero no se podía descartar una conexión entre las muertes de Ceder y los Carlsten.

Torkel guardó silencio e inspiró hondo. Ésa era la parte que más le desagradaba.

—¿Alguna pregunta? —dijo barriendo la sala con la mirada al tiempo que se alzaba un bosque de manos, que se agitaban para llamar su atención.

Señaló a una mujer pelirroja de la primera fila a la que no conocía.

—¿Han encontrado un móvil para los asesinatos de la familia? —inquirió con melódico acento noruego.

—No, pero sin duda lo hubo; no los eligieron al azar.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Prefiero no responder a eso —replicó Torkel, e inmediatamente le preguntaron a qué podía responder con respecto al móvil.

Vanja estaba apoyada en la pared, al fondo de la sala. Torkel le había ofrecido la oportunidad no sólo de participar en la rueda de prensa, sino de encabezarla. Ella la había rehusado y, al verlo contestar con serenidad una pregunta detrás de otra, se alegró mucho de haber tomado esa decisión. Era agradable volver a trabajar, se dijo, en lugar de disponer de demasiado tiempo y verse atrapada entre enfermos y mentiras. Centrarse en otra cosa. No obstante, sabía que no tenía paciencia para llevar una rueda de prensa. Últimamente estaba demasiado irritable y susceptible.

Para confirmarlo, el ánimo se le congeló de inmediato cuando se abrió la pesada puerta del consistorio y entró Malin Åkerblad. La fiscal se detuvo junto a la puerta nada más pasar. Miró alrededor, vio a Vanja y se acercó a ella.

—La han encontrado. A la niña —susurró con su voz ronca.

—Obviamente —respondió Vanja mirando fijamente a su superior.

—¿Puede identificar al asesino?

—Aún no lo sabemos, no la hemos interrogado. —Notó que Malin asentía para sus adentros—. Pensaba que no debía volver hasta mañana —le dijo Vanja sin poder disimular que ella lo habría preferido.

De hecho, habría preferido que Åkerblad no hubiese aparecido en absoluto.

—¿Está Sebastian aquí? —preguntó la fiscal echando un vistazo por la sala como si no hubiera oído el comentario de Vanja.

Ésta se volvió a mirarla. Seguro que Malin Åkerblad pensaba que había hecho esa pregunta con toda naturalidad, pero había algo más, otra cosa, y a Vanja se le daba bien captar esos matices.

Sebastian.

El nombre de pila, cierta emoción, la sonrisita involuntaria.

Se había acostado con ella.

En realidad, le daba igual a cuántas mujeres se follara Sebastian, o quiénes fueran. Estaba claro que tenía un problema, una adicción, quizá. Pero ¿¡a Malin Åkerblad!? ¿Esa zorra incompetente que había soltado a la única persona que podía haber hecho progresar la investigación?

¿¡Se había acostado con ella!?

Para ella era el peor de los castigos, pero evidentemente Malin no

compartía su punto de vista. Se sintió traicionada por Sebastian. Las cosas habían ido bien entre ellos desde que habían vuelto a empezar de cero. Él parecía estar esforzándose por recobrar su confianza. Y entonces iba y se acostaba con el enemigo común. Por alguna extraña razón, se sentía rechazada.

—¿Está aquí? —repitió Malin al ver que Vanja no respondía—. No lo veo.

—Está en el hospital.

—Ah, muy bien.

—Hemos investigado más el círculo de amistades de Jan Ceder —susurró Vanja enseguida, antes de que Malin decidiera marcharse—. ¿Lo recuerda? El tipo al que soltó. Al que luego mataron de un tiro. —Malin no contestó, pero la cara que puso lo dijo todo—. De todas formas, no son muchas. La policía local ha puesto mucho empeño, pero los que no tienen coartada sencillamente no han podido hacer algo así.

Malin la miró con cara de verdadera sorpresa.

—¿Por qué me cuenta esto? Quiero saber cuándo obtienen resultados, nada más.

—Ceder sabía quién tenía su escopeta, y usted lo dejó marchar. No alcanzo a comprender cómo sigue a cargo de la investigación preliminar.

—No me gusta su tono.

—A mí no me gusta usted.

Se miraron, midiéndose las fuerzas mutuamente. De fondo, Vanja oyó que seguía la ronda de preguntas:

—Dice que la niña era pariente de los Carlsten, ¿a qué se refiere?

—No es necesario entrar en detalles.

—Es prima de los niños, ¿no es así?

—Siguiente pregunta.

—¿Vio al asesino?

—No lo sabemos, y cuanto menos se especule, mejor.

Malin inspiró hondo, como si fuese a decir algo, pero se lo pensó dos veces. En su lugar, se estrechó la chaqueta un poco más alrededor del cuerpo y se dispuso a salir. Vanja la detuvo.

—Una cosita más... —La expresión de Malin no dejó duda de lo poco que le interesaba cualquier cosa que Vanja tuviese que decirle—. Es adicto al sexo. Sebastian. Se folla a todo lo que se menea. Para que sepa dónde se está metiendo.

Malin dio media vuelta, sin más, y se fue. Vanja no pudo reprimir una sonrisita de satisfacción mientras se centraba de nuevo en lo que ocurría al otro lado de la sala. Torkel estaba recogiendo sus papeles y una mujer a la que no había visto antes ocupaba su lugar en el estrado.

—Buenas tardes a todos. Si son tan amables de permanecer en sus sitios un momento... Me llamo Pia Flodin y, para los que no me conocen aún, soy la presidenta del concejo municipal de Torsby. Quisiera aprovechar esta ocasión para agradecer a Torkel Högberg y a su equipo que hayan venido hasta aquí...

Vanja se reunió con Torkel junto a la puerta.

—Me ha parecido verte hablando con la fiscal... —le dijo él en voz baja.

—Sí.

—¿Qué quería?

—A Sebastian, por lo visto.

—¿Por qué?

Torkel enarcó una ceja, pero Vanja vio que ya sabía la respuesta.

—Ni idea... ¿A usted qué le parece, Herr Högberg?

—Calla —contestó Torkel sonriendo muy a su pesar mientras abría la puerta.

La cabeza le daba vueltas tan rápido como pasaban los árboles de fuera.

El coche de policía aceleraba y sus luces azules se reflejaban vivamente en otros vehículos que se apartaban para dejarlo pasar. La agente de policía que conducía no dijo ni una palabra. Maria Carlsten iba sentada atrás, inundada de olor a cuero y a desinfectante, pero no recordaba bien cómo había terminado allí.

Habían encontrado a Nicole.

Estaba viva.

Era lo único que sabía en esos momentos.

Tendría que estar contenta. Eufórica. Pero era imposible. Del todo imposible.

Las últimas veinticuatro horas habían sido las peores de su vida. Estaba helada, sudorosa, agotada, y le costaba enfocar la mirada. No recordaba la última vez que había dormido, pero aún le costaba estarse quieta. Se sentía como si unos seres diminutos le treparan por todo el cuerpo. El pánico que se había apoderado de ella cuando la habían llamado a Bamako seguía ahí, retorciéndole las entrañas, produciéndole náuseas. Bajó la ventanilla para respirar aire fresco. La corriente de aire produjo un silbido; la rendija era demasiado pequeña. Bajó un poco más la ventanilla y el ruido cesó. Acercó la cabeza y el aire fresco le azotó la cara. Era agradable, aunque enseguida empezó a hacer frío dentro del vehículo. Cerró los ojos e intentó reprimir el miedo.

Sabía que Nicole estaba viva.

Tendría que sentirse aliviada, era consciente de eso, pero el sentimiento de culpa se lo impedía. Todos los miembros de una familia habían desaparecido. La hermana pequeña de Maria, Karin; Emil y los niños. No tenía ni idea de cómo reconciliar la alegría con la pena.

Era inhumano. Sintió una arcada que le dejó un sabor desagradable en la boca seca. Buscó la botella que le había dado la agente de policía, dio un sorbo al agua tibia y dejó que le llenara la boca. La mantuvo un rato, luego tragó. Volvió a mirar los árboles. Sintió el viento en la cara. Tembló, pero no hizo nada al respecto. Parecía oportuno.

Iba camino de un lugar inhumano.

Un lugar donde hallaría a la vez la mayor de las penas y la mayor de las

alegrías.

El edificio grande de dos plantas con un rótulo que rezaba HOSPITAL DE TORSBY apareció de repente. Por un momento, le había parecido que el coche policial iba a seguir avanzando sin parar, que iría eternamente camino de donde estaba su hija y no llegaría jamás.

Y, de repente, allí estaba.

A sólo unos metros de la persona a la que ansiaba ver.

¿Qué pasaría ahora? ¿Recuperaría el control o seguirían ocurriendo las cosas sin que ella pudiera intervenir en ellas de ningún modo?

Daba igual. No podía esperar. Se sorprendió abriendo la puerta antes de que el coche se detuviese del todo. Quería entrar corriendo, reunirse con su hija, no volver a separarse de ella nunca más. La agente se inclinó hacia ella y habló por primera vez.

—¡Espere! Quieren que espere aquí. La van a meter por detrás.

Maria estaba furiosa, sobrepasada por la rabia de todo lo sucedido. Por fin, pensó. Ya iba siendo hora. Le otorgó una energía que no creyó que pudiese reunir.

—¡No pienso esperar más! —expresó con firmeza, y abrió la puerta del todo. Iba a ir en busca de su hija.

Corrió hacia las grandes puertas de cristal. Se abrirían y Nicole estaría allí. A su espalda oyó que le gritaba de nuevo la agente:

—¡Espere! ¡Maria, espere!

Maria miró por encima del hombro para ver si la mujer la seguía e intentaba detenerla, pero estaba allí parada, gritando. No pensaba que fuera a ser tan fácil. Apretó el paso. Tenía la entrada justo delante. Era agradable llenarse por fin los pulmones de oxígeno, sentir la fuerza de sus músculos. Ya ni siquiera tenía náuseas. El edificio de color arcilla estaba cerca. Veía a gente pulular al otro lado del cristal.

Ya casi estaba.

Nada iba a detenerla.

Nada.

—¿Maria Carlsten?

Alguien la llamaba por su nombre. Trató de ignorar al hombre que se levantaba de un banco a unos metros de la entrada. Llevaba una parka verde que le quedaba demasiado grande y pantalones marrones. Vio que iba a

interceptarla, a impedirle el paso. Aceleró aún más; no pensaba detenerse.

—No tengo tiempo —espetó.

El hombre dio dos pasos hacia ella. Era alto, algo grueso, pero estaba segura de que podría esquivarlo. Apartarlo de un empujón si hacía falta.

—Soy quien ha encontrado a Nicole —dijo con calma, tímidamente, y ella lo creyó de inmediato—. Necesito hablar con usted —prosiguió. Maria perdió el ímpetu. Se quedó sin energía en cuestión de segundos. Se volvió hacia el hombre que estaba allí plantado sin más, esperándola, muy seguro de sí mismo—. Me llamo Sebastian Bergman —dijo, y le tendió la mano—. Soy criminólogo de Riksmord. Su hija está bien, se lo prometo.

—Tengo que verla —precisó ella casi suplicante—. Es lo único que quiero.

—Y la verá, pero necesito hablar un momento con usted primero. —Miró alrededor, le pasó una mano por debajo del brazo y la apartó de las puertas—. Venga conmigo. Por aquí hay muchos periodistas.

Maria obedeció. Ya no le quedaba energía para resistirse. Vio que la agente que se había quedado junto al coche de policía saludaba con la cabeza al hombre que se había encargado de ella. Atajaron los dos por la rotonda y se dirigieron a la entrada que solían utilizar los vehículos de urgencias. Había una ambulancia aparcada fuera en un ángulo extraño, junto a varios bancos verdes. Uno de los sanitarios se fumaba un pitillo. Era algo que Maria jamás podría entender: ¿cómo podía seguir fumando el personal médico de un hospital, las personas que probablemente más claro tenían los efectos nocivos del tabaco? Sebastian se detuvo en el primer banco; se sentaron y se volvió a mirarla.

—Muy bien. Los médicos han examinado a Nicole y, desde el punto de vista estrictamente físico, progresa adecuadamente. Está cansada y deshidratada, pero nada grave.

Por su tono, dedujo que había algo más que quería contarle. Algo que se guardaba.

—Entonces ¿por qué necesita hablar conmigo, si todo va bien?

Sebastian inspiró hondo antes de seguir.

—Porque se niega a hablar. No ha dicho ni mu desde que la encontré.

Aquellas palabras le dolieron. Aunque eran pocas, pesaban mucho. Se zafó de la mano que él le había puesto en el brazo. Comprendía lo que le había dicho.

—¿A qué se refiere? Algo habrá dicho...

Sebastian negó con la cabeza.

—Ni una palabra. Los médicos no encuentran una causa física.

La angustia y las náuseas volvieron de golpe.

—Maria, escúcheme. No es inusual que un individuo traumatizado se refugie en sí mismo, sobre todo los niños. Es una reacción psicológica, un poderoso mecanismo de defensa, una forma de protegerse de experiencias extremas. Y Nicole ha vivido algo verdaderamente horrible.

—¿Vio cómo los mataban? ¿A mi hermana... y a los demás?

Sebastian temía que la información la sobrepasara, pero iba a enterarse igual.

—Sí.

La estudió detenidamente. Al principio, pareció que quisiera decir algo, pero luego bajó la vista al suelo. Se quedó allí sentada, en silencio. Después se echó a llorar. En sollozos silenciosos, convulsivos. Sebastian le cogió la mano, le apartó el pelo largo de la cara y la miró a los ojos, agotados, irritados. El paradigma de una persona que no podía digerir mucho más.

—Nicole se pondrá bien. Sólo necesita tiempo para recuperarse en paz y tranquilidad. Y el apoyo de la persona a la que más quiere.

Maria asintió con recelo. Quería que eso fuera cierto, pero un fuerte remordimiento se lo impedía.

—Es culpa mía. Por dejarla sola. No estaba aquí cuando pasó.

Sebastian le apretó la mano.

—Pero está ahora. Eso es lo más importante. No puede cambiar lo sucedido. Además, si hubiese estado aquí, estaría muerta también. ¿Lo entiende?

Maria asimiló lo que le había dicho. Pareció ayudarle un poco. Lo miró algo más centrada que antes.

—¿Cuánto durará? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Cuándo empezará a hablar?

Aunque no tenía ni idea, Sebastian procuró ser optimista.

—Podría ser cosa de unas horas. Unos días. Unas semanas. —Decidió que no podía mentir; sabía muy poco de momento—. Quizá más, si no hay suerte, pero eso no es muy probable. Lo que debemos averiguar ahora es si su mutismo, que es el término clínico, es selectivo o absoluto.

—No entiendo.

—Puede que hable con alguien con quien se sienta segura. Eso se llama mutismo selectivo y es mucho más corriente que el mutismo absoluto. ¿Lo

entiende ahora?

Vio un destello de esperanza en los ojos de Maria.

—¿Quiere decir que podría hablar conmigo, pero con nadie más?

Sebastian asintió con aire alentador.

—Podría ocurrir eso, sí.

Aquello pareció generar en Maria un nuevo brote de imparable energía.

—¿Cuándo podré verla?

—Enseguida —contestó él, luego titubeó. ¿Debía comentarle sus sospechas o no? Una vez más llegó a la conclusión de que debía saberlo. No había forma de evitarlo—. Trabajamos en la hipótesis de que muy probablemente Nicole viera al asesino. —Maria asintió despacio, como si hubiese cubierto el cupo de sobresaltos y nada la sorprendiera ya—. Así que, si la niña le contara alguna cosa, tendría que decírmelo —prosiguió Sebastian con tranquilidad.

Ella volvió a asentir.

—Necesito ver a mi hija ya.

—Vale, vamos —le dijo él, y se levantó.

Avanzaron en silencio por el pasillo del hospital, dejando atrás una habitación tras otra con las puertas idénticas. El único ruido era el producido por el roce de su ropa. Cuando llegaron al final del pasillo y doblaron la esquina, Sebastian aminoró la marcha. A la puerta de la siguiente habitación, sentado en una silla, había un agente de policía uniformado, que parecía secuestrado de una de las salas de espera. Sebastian lo reconoció de la comisaría de Torsby. Dennis no sé qué. Se levantó en cuanto los vio.

—¿Es ésta la madre? —preguntó demasiado alto.

Sebastian lo miró con desdén.

—Sí. Debe tener acceso libre a esta habitación. Por cierto, se ha emitido una orden por la que se establece que debe preservarse su anonimato, así que a ver si es posible que la próxima vez que la vea no lo vocee.

Dennis agachó la cabeza, visiblemente avergonzado, y se disculpó. Se hizo a un lado para dejarlos entrar.

En la habitación había cuatro camas, pero sólo la más próxima a la ventana estaba ocupada. La niña parecía dormida. Estaba hecha un ovillo bajo la manta que Sebastian le había echado por encima y lo único que se veía eran unos mechones de su pelo oscuro. El cuerpecito de Nicole daba

señas de angustia y vulnerabilidad, como si quisiera hacerse lo más pequeña e invisible posible, aun cuando dormía. Maria se acercó con vacilación a la cama. Sebastian notó que le costaba decidir qué hacer: por un lado, nada le apetecía más que abalanzarse sobre su hija y abrazarla, pero, por otro, la fragilidad de la niña dormida la retenía. Se volvió hacia él.

—¿Seguro que se encuentra bien? —preguntó nerviosa—. Nunca duerme así.

Él se limitó a asentir con la cabeza. ¿Qué iba a decir? Maria debía descubrir por sí misma las consecuencias de lo que le había ocurrido a su hija.

Se acercó un poco más a la cama, luego se inclinó despacio. Levantó un poquitín la manta para verle la cara a Nicole. Con caricias suaves y tiernas, le apartó el pelo y se arrimó todo lo que se pudo sin despertarla.

—Me aterraba la idea de no volver a verte, mi pequeña. Tenía tantísimo miedo... —Le acariciaba la boca y las mejillas con la yema de los dedos. Era evidente que disfrutaba de aquel contacto piel con piel—. Pero estás aquí. Estás aquí —volvió a decir, como si la repetición hiciera a la niña más real, más viva.

Se inclinó y le besó la frente, un buen rato, como si no quisiera apartar sus labios de ella. El cuerpo de Maria de pronto empezó a temblar y Sebastian oyó unos sollozos contenidos, fruto de la tensión y el miedo liberados. Nicole estaba viva de verdad. La prueba estaba allí, delante de sus ojos, podía tocarla de verdad.

Sebastian sabía que debía retirarse, abandonar la escena íntima que estaba teniendo lugar delante de él. No sólo por respeto, sino porque era lo más lógico. Maria necesitaba un poco de intimidad con Nicole después de todo lo que había pasado. Sin embargo, se adelantó. El encuentro le había llegado al alma; no podía marcharse. Aquello era lo que él había soñado con vivir. Con un padre y una hija distintos, claro; pero, en una habitación de un hospital del norte de Värmland, pudo por fin presenciar un reencuentro de verdad. Sintió una punzada de envidia.

Nadie había acudido en su auxilio y salvado a Sabine.

Nadie lo había llevado a una habitación para que se reuniera con su hija.

Nadie.

Procuró deshacerse de aquella sensación desagradable. Quería conservar la pureza de ese instante. Era demasiado hermoso para convertirlo en algo triste. Veía esperanza ante sus ojos, y a su vida le faltaba esperanza. Ya

estaba demasiado familiarizado con el dolor y la pena.

Maria se subió a la cama y se acercó todo lo que pudo a Nicole, esforzándose aún por no despertarla.

Sebastian decidió que verdaderamente debía hacer lo que habría hecho cualquiera y conceder a la madre un poco de intimidad. Quería quedarse, como un polizón en una travesía con la que sólo había soñado, pero empezaba a sentirse un parásito. Debía hacer lo correcto. Dio media vuelta y, cuando estaba a punto de abrir la puerta, Nicole despertó.

Intentó desembarazarse de Maria antes de abrir los ojos, aún muy dormida. Por un instante, pareció desorientada, luego se apartó bruscamente, buscando una escapatoria. Sebastian se acercó de nuevo a la cama. Vio claramente las reacciones que predominaban en el subconsciente de Nicole.

Huir.

Volar.

Correr.

Maria se agarrotó y soltó a Nicole, desconcertada por la reacción de su hija.

—Cariño, soy yo —le dijo, y procuró calmarla abrazándola.

El efecto de esas palabras dichas con esa voz familiar fue inmediato. Nicole se quedó pasmada, a medio camino entre la vigilia y el sueño. Su perplejidad no duró. En cuestión de segundos, estaba completamente despierta, con los ojos abiertos como platos. Se volvió hacia Maria con cara de estupefacción.

Como si no creyera lo que acababa de oír. Como si no se atreviera a confiar en lo que veía.

Maria la abrazó fuerte.

Al principio, Nicole no respondió, desconfiando de sus sentidos, pero no tardó en abrazar ella también a su madre. Maria la estrujó y la acarició, acompañando cada movimiento de un torrente de palabras, palabras tranquilizadoras llenas de amor. De seguridad y protección, de promesas de no volver a separarse de ella jamás.

Nicole no respondió con palabras.

Ni una sola.

Sebastian dudó que la niña fuese a hablar aún. El reencuentro de madre e hija había sido tan emotivo que alguna palabra debería haber traspasado el umbral interno, la barrera que impedía a Nicole hablar.

Posiblemente, la niña terminaría abandonando su mutismo si pasaba más

tiempo con su madre, pero Sebastian era realista. Con toda seguridad, el trauma era más profundo de lo que habían imaginado. Decidió probar algo: se adelantó y le puso una mano en el hombro a Nicole.

—¿Nicole? Soy yo. ¿Te acuerdas de mí?

La niña levantó la vista y lo miró. Lo reconoció, estaba seguro.

—Te dije que te llevaría con tu mamá. Te lo prometí. Y aquí la tienes. —Ella lo miró fijamente a los ojos; él vio confianza en los suyos—. Nos preocupa un poco que no hayas dicho nada —prosiguió, apretándole el hombro.

La pequeña pareció meditar lo que le acababan de decirle. Miró a su madre, luego a Sebastian, después a su madre otra vez.

—Ya estoy aquí... Puedes hablarme, Nicole —le susurró Maria.

Nicole los miró atormentada. No era que intentase hablar y no le salieran las palabras, sino más bien que se sentía incapaz de intentarlo siquiera. Entendía lo que le decían, pero no lo que debía hacer para complacerlos. Enterró la cara en el pecho de su madre y una lágrima le rodó por la mejilla izquierda. Sebastian decidió finalmente salir de la habitación. Quizá su presencia le estuviese impidiendo reunir el valor necesario para hablar, y ésa era la razón por la que estaba allí: averiguar lo que había visto. Ése era su cometido. Nada más. Aunque, en el fondo, quisiera seguir siendo un polizón.

—Esperaré fuera —dijo, y se dirigió a la puerta.

Maria asintió con la cabeza, pero la reacción de Nicole fue asombrosa. Se zafó bruscamente del abrazo de su madre y lo miró a los ojos, suplicante. Él se detuvo.

—¿Quieres que me quede?

Ella siguió mirándolo y Sebastian lo interpretó como un sí.

—Vuelvo enseguida. Voy a buscar algo. No tardo.

Se fue sin mirar atrás. Era más fácil así.

Había desaparecido muy deprisa. El hombre que la había salvado.

Iba a volver.

Le había dicho que iba a volver, y ella lo creía.

Pero, por fuera, se sentía de nuevo desprotegida.

Desprotegida y vulnerable.

Por dentro, los muros seguían en pie, a pesar de las palabras. Éstas los habían penetrado y, aunque había tenido miedo, en realidad, habían reforzado sus defensas, la habían inundado de una sensación de seguridad.

Pero, por fuera, la estancia era demasiado luminosa para esconderse en ella.

La manta era demasiado fina para ocultarla.

Podían verla muchas personas, allí tumbada en medio de la cama.

En medio de la habitación.

Era demasiado visible.

Demasiado fácil de encontrar.

Pero había llegado su madre.

Como le había prometido el hombre que la había salvado.

Olía de maravilla, pese a que estaba caliente y sudada.

Se dejó abrazar.

Eso la hizo sentir un poco mejor.

Pero aún podían verla. Su madre no podía protegerla.

Ella no podía proteger a su madre.

No había podido proteger a Fred, y era pequeño.

Nadie podría protegerlas a las dos si volvía a ocurrir.

Nadie.

Confiaba en que volviera.

El hombre que la había salvado.

Sebastian.

Sebastian envió a Dennis a buscar un bloc de dibujo y lápices de colores, luego llamó a Vanja para ponerla al tanto de la situación. Pareció decepcionarla que Nicole siguiera muda, a pesar de haberse reunido con su madre.

—Ahora están solas. Voy a dejarlas así un rato, a ver si surte efecto.

—¿Y si no? —preguntó Vanja con escepticismo.

—Entonces llevará un tiempo. Pero se me ha ocurrido intentar que dibuje.

—¿Que dibuje?

—Es un método clásico. Puede resultar más fácil abordar recuerdos traumáticos dibujando la experiencia vivida.

Vanja rio sin ganas.

—Entonces ¿nuestra única esperanza es que una niña de diez años haga dibujos?

Sebastian comprendía su frustración. Ojalá las cosas hubiesen sido más sencillas.

—Sí. Salvo que se te ocurra algo mejor.

Vanja calló un momento. Ya la conocía lo bastante bien para saber que buscaba una réplica mordaz, algo que mejorase la situación y la hiciera parecer lista. Pero, evidentemente, no lo consiguió.

—Vale, llámame si hay algún cambio —dijo tras una pausa, y colgó.

Sebastian se guardó el teléfono en el bolsillo y dobló la esquina para ver si Dennis ya estaba de vuelta.

Ni rastro de él.

Típico: el tío no era capaz ni de encontrar unos rotuladores. Irritado, se dirigió a la habitación de Nicole. Abrió con cuidado la puerta y se asomó. Nicole y su madre estaban sentadas exactamente igual que las había dejado.

Oyó pasos y cerró la puerta. Apareció Dennis con Fredrika; llevaba un bloc de dibujo y una caja grande de lápices de colores.

—¿Han tenido que ir los dos? —preguntó Sebastian con malicia.

—Voy a sustituirlo. Yo hago el turno de noche.

Sebastian cogió el bloc y los lápices de colores y se giró hacia Fredrika.

—No deje entrar a nadie, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza; él no había esperado otra cosa. Era una de las

personas menos sociables que había conocido en su vida.

Maria y Nicole levantaron la vista cuando entró de nuevo en la habitación. Él sonrió alentador.

—¡Soy yo! —dijo con desenfado. Dejó el bloc y los lápices de colores encima de la cama—. ¿Te gusta dibujar, Nicole? —Le dejó tiempo para contestar, aun sabiendo que no lo haría—. A veces es más fácil dibujar que hablar, pero a lo mejor no te gusta.

—Le encanta dibujar, ¿verdad, cariño? —dijo Maria esforzándose por apoyar la iniciativa de Sebastian.

—Voy a dejar el bloc aquí para que puedas usarlo cuando te apetezca. —Nicole miró, pero no hizo ademán de tocarlo. Sebastian se dirigió a Maria—. Voy a hablar con la dirección para decirles que se queda usted esta noche con la niña.

—Gracias.

—Si necesita cualquier cosa, comida, bebida, una muda, lo que sea, díganoslo. Es importante que se cuide.

Ella asintió agradecida.

—Gracias. Sólo quiero recuperar a mi hija. A la de antes.

—Todo llegará... No se rinda.

—No lo haré.

—Bien, porque usted es la persona más importante para ella. Por eso le pregunto si necesita algo.

No pudo evitar observar que Maria tenía muy buen aspecto ahora que el estrés había remitido y ella había empezado a tranquilizarse. Sabía que le había causado una buena impresión. Casi todo el mundo encontraba atractivo el aplomo y la serenidad en situaciones extremas. Además, había rescatado a su hija. Si ocurría, no sería la primera vez que la gratitud se manifestaba en forma de atracción física. La miró con ternura.

—Gracias —repitió ella.

—No hay de qué.

Con el rabillo del ojo, vio que Nicole había cogido el bloc y estaba dibujando.

—¿Qué dibujas, Nicole?

La niña se lo enseñó. Aunque acababa de empezar, Sebastian enseguida vio lo que era. Un vehículo amarillo con marcas verdes. Y las puertas abiertas de par en par.

—Muy bien... ¿Es la ambulancia en la que hemos llegado tú y yo?

La pequeña siguió dibujando: una figura robusta con abrigo verde que llevaba a alguien en brazos. Tenía talento; no cabía duda de quién era la figura.

—¿Ése soy yo?

La niña lo miró. Le pareció ver un «sí» en sus ojos. Se inclinó sobre el dibujo, completó los detalles de la persona a la que llevaba en brazos.

Ojos grandes.

Sin boca.

Nicole. Sebastian se sentía muy optimista cuando salió del hospital.

La niña tenía una memoria fotográfica impresionante. El dibujo que había hecho de ellos dos era muy sencillo, pero reunía una cantidad asombrosa de detalles precisos.

Uno de los sanitarios llevaba tatuajes.

Él llevaba zapatos marrones.

Había un coche de policía aparcado a escasa distancia de la ambulancia.

Era un buen dibujo, y Maria y él habían decidido que continuarían al día siguiente.

A pesar de ese triunfo, de vuelta en el hotel, se sintió agotado. Se tumbó en la cama y se quedó dormido, pero lo despertó alguien que aporreaba la puerta de su habitación.

Pasaron, calculó, unos tres segundos desde que abrió la puerta hasta que Torkel empezó a gritarle. Entró furioso, sin más. Ni siquiera le dio tiempo a preguntarle qué quería. Claro que daba igual, porque Torkel fue directo al grano.

—Dime que no te has acostado con la fiscal.

Sebastian cerró la puerta.

—No me he acostado con la fiscal.

Sonó tan poco convincente como pretendía. Torkel se volvió hacia él bruscamente y Sebastian vio que se le había hinchado una vena en la sien. Eso no podía ser bueno para su corazón.

—¿En qué demonios estabas pensando?

—Ya me conoces —dijo Sebastian encogiéndose de hombros, con un desenfado apabullante—. Yo no pienso.

—¡Pues ya va siendo hora de que lo hagas! Ahora trabajas para mí, y tienes que acatar mis normas.

Torkel parecía al borde del infarto, por lo que Sebastian decidió encontrarse con él en un punto intermedio y hablar del asunto, aunque no lo

inspirara nada que le gritasen.

—Entiendo que te fastidie que termine en la cama con testigos y sospechosas, pero ¿qué más da que me folle a nuestra fiscal?

—No es nada profesional. Y, la verdad, me repugna lo que haces con las mujeres, que las utilices así, que te dé igual si están con alguien, que no te importe nadie más que tú...

Sebastian miró fijamente a su jefe, cuyos ojos oscuros estaban clavados en él.

—Todo esto es por Ursula —dijo como si nada, sentándose en la cama.

—Todo esto es porque no eres capaz de tener la polla guardadita en los pantalones. Tu conducta perjudica a Riksmord y me perjudica a mí.

—Es porque Ursula estaba en mi apartamento...

Torkel se acercó un paso, y a Sebastian le pareció que estaba deseando clavarle un dedo acusador en el pecho, aunque se contenía.

—Acaba ya lo que has empezado con Malin Åkerblad. ¡Esta misma noche! Es una orden.

—No se me da muy bien acatar órdenes.

—Podría habértelo pedido por el bien de nuestra amistad, pero, como no paras de demostrar lo poco que te importa, no me dejas elección.

Dicho eso, se fue.

Después del portazo, la habitación parecía aún más silenciosa que antes de que Torkel llegara.

Exhaló despacio. Lo cierto era que no se esperaba algo así. Tras la conversación en la habitación de Torkel, pensaba que estaba todo arreglado, solucionado, resuelto. Ursula estaba cenando con un compañero cuando le habían disparado. Había sido una horrible tragedia, resultado de una serie de desafortunadas circunstancias, pura casualidad, nada más. Pero era evidente que, para Torkel, no estaba resuelto. Seguramente lo único que le permitiría olvidar todo el asunto sería que Ursula estuviera con él. En condiciones. Que su relación se hiciera pública. Que se casaran, incluso. Sin embargo, si Sebastian conocía a Ursula tan bien como creía, eso jamás sucedería.

Tocaba decidir qué hacer con el resto de la noche.

Llevaba ya bastante rato inventando excusas para no ver a Malin esa noche. Había vuelto a Torsby el día anterior y había preguntado por él nada más llegar; demasiado para Sebastian. Por lo general, procuraba evitar repetir los encuentros sexuales, y ni se le ocurría acercarse a una mujer que buscaba con entusiasmo su compañía.

Una vez tiene un pase.

Dos es demasiado.

Aunque...

Se debatía entre la reticencia a alentar a Malin en modo alguno y el deseo de desafiar a Torkel. Si su jefe no hubiera estado tan furioso, se habría dado cuenta de que una orden directa era garantía de que haría justo lo contrario. Así era Sebastian Bergman, como un niño cabezota. Una prohibición expresa podía lograr que algo que ni siquiera le apetecía le pareciera deseable e importante.

Se lo pensó. Probablemente, dentro de unos días, Torsby y la fiscal desaparecieran de su vida, pero Torkel iba a seguir ahí. No podía dejarlo ganar.

Decidido.

Una ducha rápida y luego sexo con la fiscal.

—¿Con quién hablabas? —preguntó My en cuanto Billy le contestó al teléfono—. Llevo una eternidad intentando contactar contigo.

—Con Jennifer —respondió Billy poniendo un pie en el césped bien cuidado del jardín delantero del hotel.

Le gustaba pasearse mientras hablaba por teléfono, y su habitación era demasiado pequeña y agobiante. Miró la hora. My no podía llevar una eternidad intentando contactar con él, pero lo sorprendió ver que había estado charlando una hora con Jennifer.

—¿De qué habéis hablado tanto rato? —quiso saber My.

Si no la hubiese conocido bien, le habría parecido detectar cierto tono de sospecha en su voz, pero ésa era una de las cosas que más le gustaban de ella: no había rastro de celos en su relación. Sabía que la relación de Billy con Vanja era —o, al menos, había sido— especial. Sabía que veía a Jennifer con frecuencia. No le parecía mal que sus amigas del colegio o de la academia de policía apareciesen de cuando en cuando, y nunca le había dado motivos para que dudase de él. No era dado a la infidelidad. Jamás lo había sido.

—Estábamos repasando el caso... Se agradece la opinión de alguien de fuera.

Eso era cierto, pero no era toda la verdad. Habían empezado así, poniéndose al día: Jennifer le había hablado de lo que estaba haciendo en el trabajo, todo completamente inútil según ella, y Billy le había contado que, después de horas de esa insufrible y tediosa búsqueda en los bosques de Värmland, habían encontrado a la niña desaparecida. Bueno, en realidad, había sido Sebastian quien había deducido dónde estaba y había conseguido sacarla de la cueva.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —le preguntó Jennifer—. Yo estaba buscando a un niño desaparecido por entonces... A Lukas Ryd.

«Cuando nos conocimos...» Sonaba a algo que diría una novia. O una amiga muy íntima. Había algo íntimo en esa expresión, y se dio cuenta de que Jennifer había ocupado el lugar de Vanja como mejor amiga.

—Me acuerdo, en la gravera —respondió él. Habría jurado que Jennifer sonreía, igual que él—. Hacía muchísimo calor, y Vanja estaba resacosa.

—¿Cómo está después de todo lo de su padre?

—Bien, creo... No habla mucho de ello.

Después habían comentado con más detalle el caso y Billy le había confesado que no se sentía a la altura. Era agradable poder reconocérselo a alguien que, al contrario que My, no le ofrecía de inmediato consejos e ideas sobre cómo superarlo, cómo cambiar de mentalidad, qué hacer. Alguien que lo comprendiese a nivel personal, que se hubiese visto en situaciones idénticas. No muchas, claro. Casi todo lo que pasaba en Sigtuna estaba muy por debajo del nivel de competencia de Jennifer, pero también ella había pasado por eso. Una conversación, un mutuo entendimiento, sin la insistencia en encontrar «soluciones».

Y ahora hablaba con My.

O más bien la escuchaba. Había enviado ya las invitaciones preliminares y tomado decisiones respecto a algunos detalles más de la boda que esperaba que le parecieran bien; si no, todo, o casi todo, se podía cambiar. Había estado mirando un sitio para la celebración que le parecía perfecto. Le había dejado fotos en Dropbox y le vendría bien que les echase un vistazo durante el fin de semana porque debía confirmarlo el lunes.

Billy prometió que lo haría. Luego hablaron de cuestiones personales, de cómo le había ido el día a ella; y los dos se dijeron, como siempre, lo mucho que se echaban de menos.

—¿Alguna vez has tenido sexo por teléfono?

Billy se quedó sin habla. Sorprendido como mínimo.

—No... ¿Y tú?

—No. ¿Te gustaría intentarlo?

—No estoy en el hotel.

—¿Cuándo vas a volver?

—Pronto, dentro de unos minutos —dijo Billy alzando la vista hacia la fachada.

—Llámame entonces.

—Vale.

My colgó, y Billy se guardó el móvil en el bolsillo. Aquello era nuevo para él. No tenía ni idea de cómo funcionaba y le daba un poco de... vergüenza. ¿Sólo iban a hablar o My estaba pensando en usar Skype? A lo mejor ella sabía algo más y él únicamente tenía que seguir sus indicaciones.

Cuando subía los peldaños que conducían al salón principal, se topó con Sebastian, que salía.

—Hola, ¿adónde vas? —le preguntó sosteniendo la puerta abierta.

—¿Por qué?

—Por nada, sólo me lo preguntaba.

—Pues sigue preguntádotelo.

Bajó los peldaños, enfiló el sendero bien cuidado, salió a la calle y desapareció.

Billy lo siguió con la mirada.

Sebastian había salido. Su habitación estaba vacía. Quizá no se le presentara otra ocasión igual; nadie sabía cuánto tiempo estarían allí. No podía plantarse en su puerta con una botella de vino y hacerse con su ADN cuando fuese al baño, en parte porque Sebastian no bebía y en parte porque, al contrario que a Vanja, le parecería rarísimo. Ellos no tenían ese tipo de relación.

Pensó en lo que estaba a punto de hacer. ¿Y si lo pillaba? Tampoco eran tan amigos como para que se estropeará algo; solamente eran compañeros. Algo bastante extraño, la verdad, teniendo en cuenta que Billy era el único miembro del equipo que no había mostrado una actitud negativa hacia Sebastian cuando éste había aparecido y, sin embargo, Sebastian se llevaba mucho mejor con Ursula y con Vanja, que habían querido deshacerse de él desde el principio. Claro que a lo mejor tampoco era tan extraño. Eran mujeres. No sabía cómo lo hacía, pero Sebastian parecía tener una especie de toque mágico con el sexo opuesto, al menos para llevárselas a la cama. No era algo digno de admiración. Se servía de las mujeres como otros se servían del alcohol. Seguramente, por la mañana, se sentía tan mal como un alcohólico después de una borrachera. ¿O no? Lo ignoraba, y lo cierto era que le daba igual. Lo único que le importaba de Sebastian Bergman en esos momentos era saber si era el padre de Vanja o no, y, para averiguarlo, necesitaba una muestra de su ADN.

Se acercó al mostrador de recepción.

—Hola... Mi compañero se acaba de marchar y se ha olvidado mi portátil en su habitación. ¿Podría dejarme la llave unos minutos?

Sin problema.

El bosque estaba oscuro y él iba avanzando por el estrecho sendero a paso de tortuga. Había apagado los faros del coche al salir de la carretera principal y ahora se veía obligado a guiarse por la luz de la luna. Se inclinó hacia delante todo lo que pudo, intentando distinguir algo. Pretendía aparcar lo más cerca posible para poder entrar y salir rápidamente, pero no quería que nadie viese el coche. Divisó un pequeño claro a un lado del sendero, un campo de hierba alta. Para no equivocarse de dirección al salir, giró el coche, luego bajó. No debía de haber más de quince minutos a pie al hospital. Su intención era bajar a la carretera principal, que corría paralela al sendero unos cien metros más adelante, manteniéndose al borde del bosque para poder ocultarse entre los árboles si venía alguien. Aunque dudaba que hubiese alguien por allí a las 2.45 de la madrugada.

Todos en Torsby dormían.

Salvo él.

Sacó la pequeña mochila del asiento de atrás y se puso en marcha. Hacía una noche clara y fría, y la luna brillante proyectaba una sombra fantasmal sobre los árboles que lo rodeaban. La mochila le pesaba, aunque no tenía por qué. Últimamente había descubierto el peso de la culpa. Era como si se aplicasen otras leyes físicas cuando uno hacía algo que jamás se había creído capaz de hacer.

Algunas cosas pesaban más.

Otras menos.

Matar a niños.

Eso era lo que más pesaba de todo.

Se deshizo de ese último pensamiento. Siempre le afectaba más de lo que quería. Le dolía.

Como había supuesto, la carretera principal estaba desierta, y habría ido más rápido por el arcén, pero avanzó pegado al bosque.

Se atuvo a lo planeado. No cambió nada. Los planes había que respetarlos.

Unos diez minutos después, distinguió por fin la parte superior del edificio del hospital, medio oculta tras una ladera herbosa que, por lo que sabía,

conducía al aparcamiento de detrás. La ladera estaba plagada de setos que le servirían para seguir a cubierto. El hospital tenía dos entradas: la de las ambulancias y la principal. No usaría ninguna de las dos. Se colaría por una de las salidas de emergencia. Había varias en los costados del edificio, y muchas veces había visto fumar en ellas tanto al personal sanitario como a los pacientes, con la puerta abierta de par en par, hasta de noche. Posiblemente porque esas puertas no tenían alarma. En cualquier caso, merecía la pena intentarlo. Se abrió paso entre los arbustos y, de pronto, lo asaltó un perfume dulce e intenso, un aroma que le recordaba al verano, a largos paseos. Al llegar a la cima, se agazapó y escudriñó el aparcamiento, que estaba casi vacío: sólo cuatro coches en un espacio en el que cabían más de ochenta. Esperó un poco para asegurarse de que no había nadie camino de uno de los vehículos, luego corrió por el asfalto todo lo rápido que pudo hasta la puerta más próxima. Sacó los guantes negros de piel y se los puso. Probó a abrirla. Nada. Cedió un poco cuando tiró de ella y, por un segundo, pensó en saltar la cerradura con el cuchillo, pero al final optó por probar suerte con la siguiente, donde estaba seguro de haber visto fumando al personal del hospital. Avanzó deprisa, pegado a la pared. Cuando llegó a la puerta, vio que había tenido suerte por una vez. Alguno de los fumadores había olvidado retirar la piedra con la que la sujetaban. Entró al pasillo oscuro y cerró la puerta.

Fase uno completa. A partir de entonces, todo sería más complicado. Vio brillar en la penumbra el indicador ámbar del interruptor de la luz, pero prefirió usar su linternita de LED. La sacó del bolsillo lateral de la mochila y la encendió. Comprobó que estaba en un sótano amarillo. Pasó por delante de una camilla y de varias puertas en las que ponía Almacén. Se detuvo y retrocedió; quizá pudiera encontrar alguna prenda que le facilitase el acceso a la planta de arriba.

Ése era el punto débil de su plan: el riesgo de que lo descubrieran y lo identificaran. A lo mejor podía minimizar ese riesgo.

En el primer cuarto había ropa, rollos de papel protector y vendajes. Miró en unas cuantas cajas y encontró una que contenía mascarillas. Sacó una y se tapó con ella la nariz y la boca. Notó su aliento caliente en las mejillas y en los labios, y se sintió mejor. Por lo menos, tenía la cara medio tapada.

En el segundo, sólo había ropa de cama y toallas, pero con el tercero tuvo suerte de nuevo: cajas y cajas de ropa, con la talla perfectamente indicada. Se hizo con la mejor combinación posible: un pijama verde con gorro incluido. Parecía que iba disfrazado, y seguro que a cualquiera que lo

viere, pertrechado para entrar en quirófano a las tres de la madrugada, le parecería raro, pero lo hacía prácticamente irreconocible. Dejó la linterna y se cambió. Dobló el abrigo y lo guardó en una de las cajas, luego se puso el pijama encima de la camisa y los pantalones. Se tapó la cabeza con el gorro y buscó un par de guantes quirúrgicos. Sacó lo que necesitaba de la mochila y la escondió también en la caja donde había dejado el abrigo. Por desgracia, el pijama no tenía bolsillos y tuvo que buscar el modo de ocultar el cuchillo y la pistola eléctrica que llevaba consigo. Habría preferido una pistola normal, pero necesitaba algo mucho más silencioso en esa ocasión. La vez anterior los posibles testigos estaban muy lejos; esa vez estarían en las habitaciones contiguas.

Volvió a salir al pasillo y retrocedió hasta la camilla por delante de la que había pasado hacía un rato. Desbloqueó las ruedas y probó a hacerla rodar hacia delante y hacia atrás unas cuantas veces. Iba suave y no hacía ruido, aunque una de las ruedas se torcía un poco hacia un lado.

Escondió el cuchillo y la pistola eléctrica debajo de la almohada, luego echó un vistazo alrededor con su nuevo atuendo, en busca de vías de salida alternativas. Encontró dos escaleras y un ascensor, además de otras cuatro salidas de emergencia, distintas de la que había usado para entrar. Bien.

Empujó la camilla hasta el ascensor. Subiría así y bajaría por la escalera. Ése era el plan. Pulsó el botón de llamada y oyó rechinar la maquinaria al activarse. Empezaría por la planta baja, la de los pabellones generales, donde estaría la niña.

Llegó el ascensor y subió. Estudió la botonera. Tres botones: Sótano, Planta Baja, y 1. Entró primero y metió la camilla detrás, echó un vistazo a lo que había escondido debajo de la almohada, luego pulsó PB. Las puertas metálicas se cerraron y el ascensor subió despacio y con suavidad. Notó que volvía a tensarse.

Era su última oportunidad.

El ascensor se detuvo. Había llegado.

Avanzó empujando la camilla. De momento, no había visto un alma. El pasillo, con su suelo verde refulgente, estaba desierto. Se detuvo, aguzó el oído. El personal del turno de noche debía de andar por algún lado y prefería tenerlos localizados a que ellos lo vieran primero. A escasa distancia, oyó voces procedentes de una habitación con la puerta abierta. Al menos dos

personas. Mujeres. Decidió ir en la dirección opuesta. El corredor daba la vuelta entera al edificio formando un cuadrado, por lo que podría registrar la planta completa en cualquiera de las direcciones. Se sentía más tranquilo dejando atrás esas voces; no quería pasar por delante de la puerta. No tardaron en desvanecerse y pronto el único sonido fue el sordo chasquido metálico de las ruedas de la camilla. Miró todas las puertas al pasar. Eran idénticas: blancas, sin ventanuco, cerradas. Como había supuesto, no había a la vista nombres de pacientes ni datos de ningún tipo. Eso complicaba mucho las cosas. No le apetecía asomarse a todas y cada una de las habitaciones; eso incrementaría muchísimo el riesgo de que lo pillaran. Terminaría siendo necesario, pero no quería empezar por ahí. Lo primero era tener una visión de conjunto, dar la vuelta entera a la planta y, si no le quedaba más remedio, registrar habitación por habitación. Las cosas difíciles se volvían más fáciles cuando uno tenía una visión de conjunto. Lo sabía por experiencia.

Un poco más adelante encontró una puerta entornada. Se acercó, se detuvo, aguzó el oído. La habitación parecía una tumba. Decidió mirar dentro. Estaba seguro de que no sería la de la niña —no podía tener tanta suerte—, pero así vería cómo eran las habitaciones. Si todas las puertas eran iguales, probablemente también el interior. Pensó en llevarse el cuchillo, pero cambió de opinión.

Primero, una visión de conjunto.

La acción sólo después de haber localizado al objetivo.

Empujó la puerta con cautela.

Estaba oscuro. La luz venía únicamente del pasillo, a su espalda. Cuatro camas. Tres en uso. Mujeres, se dijo, todas dormidas. Decidió continuar su periplo, pero con una perspectiva nueva. Estaba tan obsesionado con la niña que no se le había ocurrido pensar que pudiera haber más de un paciente en la misma habitación. No le extrañaba, pero lo fastidió. Tampoco cambiaba nada, aunque no le gustó descubrir que no había pensado en todo.

Reanudó la búsqueda, empujando la camilla. Se sentía más cómodo así. No tardó en llegar a la esquina. Aminoró la marcha e hizo girar la camilla con cuidado. La rueda defectuosa se lo puso más difícil de lo que esperaba, deslizándose hacia la izquierda. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no estampar la camilla en la pared. La enderezó y, al mismo tiempo, vio una figura con el rabillo del ojo. Un policía uniformado, sentado en una silla.

Sintió que un escalofrío le recorría la espalda; de pronto, todos sus sentidos se agudizaron. Sólo podía haber una paciente con un policía a la

puerta.

Había llegado a su destino.

El policía se miró el reloj, luego apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. A lo mejor iba a dar una cabezadita. Empujó la camilla y el policía se volvió, adormilado, hacia el lugar del que venía el ruido. Aquel tipo no veía más que a un empleado del hospital con su pijama verde, se dijo, pero apretó el paso para que no le diera tiempo a preguntarse qué hacía alguien empujando una camilla a esas horas de la madrugada.

Cuando la camilla estuvo a su altura, el agente saludó con la cabeza.

Él metió la mano debajo de la almohada, sacó la pistola eléctrica, pegó el cañón al cuello del policía y disparó, todo en un rápido movimiento. La electricidad del objeto compacto de color amarillo y negro chisporroteó. Demasiado fuerte, pensó, pero ya era tarde. El cuerpo del policía se sacudió con violencia varias veces, levantando los brazos y agitando las piernas de forma horripilante. Por un momento, pensó que la potencia de la descarga eléctrica lo pondría de pie, pero, en cambio, se desplomó en el suelo. Y allí se quedó. Fuera de combate.

Por lo que decían en internet, la parálisis le duraría entre diez y quince minutos. Se quedó allí unos segundos para asegurarse de que lo había dejado inconsciente y confió en que nadie hubiera oído nada. Las voces de la garita de personal se oían a lo lejos, pero sólo aguzando mucho el oído. El episodio le había parecido de lo más ruidoso, pero lo tranquilizó que no se oyeran gritos ni pasos dirigiéndose a él. Todo despejado. Pasando por encima del cuerpo del policía, se asomó a la habitación.

Una lámpara resplandecía en el rincón. Sólo una cama estaba ocupada.

Bien.

O no. En lugar de la niña había una mujer allí tumbada. Vestía su propia ropa, no el camisón del hospital.

Se había equivocado de habitación.

Pero había un policía fuera. Dudaba que hubiese otra persona allí que necesitara vigilancia policial. Aquello era Torsby. Tenía que ser la habitación correcta.

De todos modos, debía deshacerse del policía inconsciente, así que salió de nuevo, lo agarró por las piernas, lo metió en la habitación y lo dejó caer en la cama que había junto a la puerta. Luego cerró y se acercó a la mujer dormida.

Había un abrigo colgado a los pies de la cama y unos zapatos oscuros

debajo. Echó un vistazo de cerca. Pelo largo, oscuro, casi negro y cara redonda y atractiva. Desde luego no parecía una paciente. No iba vestida de paciente. Además, estaba encima de la cama, muy cerca del borde, con los brazos extendidos hacia el centro, como si abrazara a alguien.

¿No había leído en la prensa que la madre de la niña andaba por el extranjero? ¿Que estaba siendo difícil localizarla?

Seguramente, la policía la había encontrado. Pero ¿dónde estaba la niña? ¿La estarían examinando? ¿Se la habrían llevado a toda prisa por alguna emergencia? Pero entonces la madre no estaría allí tumbada, dormida como un tronco. No tenía sentido.

Nada tenía sentido.

Empezó a preocuparse por el tiempo que llevaba allí de pie, confundido e indeciso. Debía decidir qué hacer. El problema era que sólo tenía conjeturas. Estaba haciendo suposiciones. No contaba con datos fidedignos.

En la pálida mesilla de madera vio algo que redujo su confusión. Al lado de dos vasos, uno medio lleno de zumo y otro vacío, había un bloc de dibujo y unos lápices de colores. Alguien había estado dibujando. Rodeó con sigilo la cama y cogió el primero de los dibujos. Una ambulancia aparcada junto a unos árboles, un hombre con una niña en brazos. Una niña de pelo largo y oscuro, y ojos grandes. Salían de algo que parecía una cueva.

No se había equivocado de habitación.

La niña había estado ahí. No podía andar muy lejos. A veces, las cosas incomprensibles tenían una explicación sencilla. No había baño en la habitación. Si querías hacer pis en plena noche, tenías que ir a otro lado.

Abrió la puerta enseguida y se asomó afuera. Estaba tan silencioso y desierto como antes. El baño no estaba lejos de la silla del policía. Debía actuar rápido. Le quedaba muy poco tiempo. Se detuvo a un metro más o menos de la puerta.

Había acertado.

El indicador del pestillo de la puerta estaba en rojo.

Había alguien allí dentro.

Volvió rápidamente a la camilla, metió la mano debajo de la almohada y sacó el cuchillo. ¿Cuánto tiempo había pasado? El policía necesitaría un rato para recuperarse cuando volviera en sí, pero la mujer despertaría en cuanto empezara a gemir y a gruñir. Había sido una estupidez llevarlo dentro. Igual que quedarse allí plantado tanto rato.

Había cometido algunos errores.

Pero la había encontrado.

Asió fuerte el cuchillo y se preparó. Se acercó a la puerta cerrada. Pegó la oreja y aguzó el oído. Nada. La pegó aún más, hasta que casi le dolió. Nada de nada.

¿Querría decir el indicador rojo que el baño estaba fuera de servicio? ¿Estaría allí de pie, arma en ristre, con la oreja pegada a la puerta de un baño vacío? Estaba a punto de forzar la cerradura con la punta del cuchillo cuando oyó la cisterna. Se pegó de inmediato a la pared contigua a la puerta, por el lado de la bisagra, para poder esconderse cuando se abriera. Convenía que permaneciera oculto el máximo tiempo posible. Su aspecto debía de ser aterrador, con la mascarilla, el gorro de cirujano y el enorme cuchillo de monte. Probablemente se pusiera a gritar con todas sus fuerzas en cuanto lo viese. Era preferible que la dejara salir. Con un poco de suerte, quedaría de espaldas a él. Le daría tiempo a taponarle la boca con la mano izquierda antes de que lo viera y a apuñalarla fuerte entre los omóplatos con la derecha. Hasta el corazón de una sola estocada. Por desgracia, se interpondrían la columna y la caja torácica, por lo que estaba preparado para la posibilidad de que hicieran falta varias puñaladas para obtener el resultado deseado. De hecho, sería más seguro cortarle el cuello, pero había descartado la idea desde el principio. El cuello delgado de una niña le imponía respeto. La piel suave. La garganta fina. Le recordaría demasiado a quién atacaba. Un pensamiento extraño, pero así lo sentía. Y sabía que había que escuchar a la conciencia en esas situaciones; de lo contrario, a uno lo invadía la duda y perdía el norte. Eso no podía ocurrir. Debía hacerlo sin titubear. No podía permitirse una equivocación.

Se oyó un clic cuando giró la cerradura, y se abrió la puerta. Más rápido de lo que esperaba, pero no tanto como para hacerle perder determinación.

Avanzó y se dispuso a taponarle la boca a la niña y bajar con todas sus fuerzas la mano con la que sujetaba el cuchillo.

Otro problema.

La persona que estaba de espaldas a él no era la niña.

Era una anciana con un camisón de hospital tan largo que se lo iba pisando.

Él, que ya se había abalanzado sobre ella, quiso frenarse, pero el impulso que había tomado era tal que no pudo hacerlo. Consiguió girar hacia un lado, de forma que sólo rozó a la anciana con la mano, no con el cuchillo, pero la mujer cayó al suelo como un árbol recién talado. Notó que estaba

perdiendo el norte. La anciana lo miró desde el suelo y empezó a gritar. Pensó en apuñalarla para que se callara, pero vaciló. Miró alrededor. Oyó pasos que se acercaban a toda prisa. Voces. La cosa no mejoró cuando otra persona empezó a gritar, aún más fuerte que la anciana del suelo.

La mujer de la habitación.

Chillaba como una posesa. Al menos había acertado en una cosa: era la madre de la niña.

—¡Nicole! —la oyó vocear.

Él dio media vuelta y salió corriendo.

Todo lo rápido que pudo.

Sebastian nunca había conducido tan rápido, por lo menos en una zona densamente poblada. Hacía sólo doce minutos estaba en la cama con Malin Åkerblad, en la habitación de ella en el hotel. Había contestado al móvil aún medio dormido, pero, al oír la voz de Maria, se había despertado instantáneamente. Después de un minuto, había conseguido que Maria le pasara el teléfono a una de las enfermeras, a la que había pedido que llamase enseguida a la policía. Malin se había despertado también y él le había resumido lo ocurrido. Prácticamente la había obligado a que le dejase su coche y, en cuanto había salido del aparcamiento, había llamado a Vanja. La había despertado, era evidente, pero ella se había despejado enseguida.

—¡Han secuestrado a la niña! —gritó Sebastian.

—¿Qué?

—¡A Nicole, que la han secuestrado! ¡No está!

La sorpresa de Vanja se convirtió en lucidez al cabo de un segundo, y a Sebastian le pareció oírla saltar de la cama.

—¿Se la han llevado del hospital?

—Sí, acabo de llegar —dijo mientras entraba en el aparcamiento.

—Voy para allá.

—Díselo a Torkel —quiso añadir, pero Vanja ya había colgado.

Sabía que no debía preocuparse. Ella se aseguraría de llamarlos a todos. Vanja era una profesional, mucho mejor que él en situaciones como ésa. De hecho, siempre era la primera en llegar al escenario del crimen. Él solía aparecer el último, cuando ya habían ocurrido los hechos y el equipo se había reunido. Pero esa vez no. Esa vez era el primero, y no había un segundo que perder. Bajó deprisa del coche y entró corriendo a recepción por la puerta principal. Había mucha gente allí, gente con cara de pánico, pacientes en camión y con el pelo revuelto. Lo miraron inquisitivos, como si él fuese a proporcionarles respuestas, pero no tenía ninguna. Los ignoró a todos y se abalanzó sobre las puertas que conducían al pabellón.

La adrenalina le recorría el cuerpo entero. ¿La habrían perdido? Todo aquello era como una pesadilla. Vio la silla vacía a la entrada de la habitación, la puerta abierta, un par de pacientes curiosos en el pasillo.

—¡Vuelvan a sus habitaciones! —espetó antes de entrar.

Dos personas del hospital estaban al lado de una Maria llorosa, sentada

en una silla junto a la cama. Una enfermera estaba atendiendo a Dennis, que se encontraba tumbado en una de las camas y tenía un aspecto horrible. Se acercó a Maria en dos zancadas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con toda la suavidad de que fue capaz.

Sabía que lo más importante en esos momentos era rezumar calma y estabilidad, por muy aterrado que estuviera en realidad. Si se conducía con serenidad, los demás se centraban. Reforzaba su capacidad de ver las cosas con claridad. Sin embargo, Maria estaba muy nerviosa.

—¡Ha desaparecido! ¡Nicole ha desaparecido!

Sebastian se acuclilló y le cogió las manos.

—Lo sé. Pero tiene que contarme qué ha pasado.

En el rostro de Maria se dibujaba la desesperación.

—No sé lo que ha pasado. Me he quedado dormida con ella... Cuando me he despertado ya no estaba, y él estaba tirado en el suelo, allí —añadió señalando a Dennis, que ya se había puesto de pie.

—¿Qué coño hacía? —le preguntó Sebastian al policía—. ¿Se supone que estaba de guardia!

Dennis parecía avergonzado.

—Yo estaba ahí sentado cuando ha venido ese tipo vestido con pijama verde, empujando una camilla. Llevaba una pistola eléctrica.

No pintaba bien. De noche, armado, bien equipado, vestido para pasar desapercibido. Eso indicaba determinación, alguien completamente centrado en su objetivo. Reprimió la angustia que le sobrevino y se volvió hacia Maria.

—Vamos a registrar todo el hospital. La encontraremos.

—Pero se la ha llevado alguien... ¿No lo entiende?

Lo entendía. Probablemente mejor que ella. Pero debía mantener la calma.

Como fuera.

Vanja había despertado tanto a Torkel como a Billy. El primero le había prometido organizar los refuerzos de Karlstad mientras el segundo la acompañaba al hospital. Cuando llegaron allí, ya se les había adelantado un coche patrulla y, en recepción, dos agentes uniformados trataban de averiguar qué había ocurrido. Vanja les pidió que vigilaran la entrada principal para que sólo pudiera entrar y salir personal autorizado, y a Billy que reuniera a los empleados en recepción y los pusiera al tanto de la situación. Había muy

pocos agentes para registrar el establecimiento en condiciones, por lo que iban a necesitar la colaboración del personal sanitario. Tendría que dividirlos rápidamente en parejas y explicarles que debían observar e informar de todo, pero no abordar a nadie que se encontraran, ni tocar nada. Billy asintió y se puso en marcha. Vanja lo oyó hablar con la gente mientras ella corría a la habitación de Nicole.

Allí se encontró con Sebastian, que le hizo un resumen rápido, casi febril. Cuanto más oía, menos le gustaba.

Una anciana y el agente que custodiaba la habitación de Nicole habían sido agredidos por un hombre que vestía un pijama verde del hospital y una mascarilla. Según la anciana, que estaba en el baño, el tipo blandía un cuchillo de monte.

Varios miembros del personal lo habían visto salir corriendo. Iba muy deprisa y había bajado al sótano por la escalera.

Nadie había visto a Nicole. Había desaparecido sin dejar rastro.

Sebastian, más pálido de lo habitual, agradeció, al parecer, su presencia.

—¿Podemos hablar fuera? —inquirió señalando discretamente con la cabeza a la madre de Nicole, que estaba lívida y agotada.

A Vanja le pareció una buena idea, y salieron de la habitación.

—¿Qué te parece? —le preguntó en voz baja.

Sebastian la miró un instante, luego habló.

—Me parece que la hemos cagado, la verdad. Nos la ha jugado otra vez.

—Primero Ceder y ahora Nicole. Parecemos imbéciles...

—No sólo lo parecemos, lo somos —replicó Sebastian con sequedad—. Somos responsables de esto. Hemos vuelto a perder de vista lo esencial.

Vanja tuvo que coincidir. Que alguien hubiese conseguido secuestrar a un testigo clave bajo protección policial —una niña, además— era poco menos que un desastre. Para el caso, para la niña, para su madre, para la trayectoria profesional de Vanja, aunque ese último pensamiento no la enorgulleciera. Sabía que no era en absoluto comparable con el destino de Nicole, pero presintió que se desvanecía la leve esperanza que había albergado de volver a solicitar su ingreso en el programa de entrenamiento del FBI en Quantico. No era el inspector jefe, pero aquello no pintaba bien. Avergonzada de sí misma, se centró en lo importante. La niña. La niña. La niña.

—Billy está coordinando el registro del edificio entero. Tú y yo nos encargaremos del sótano —dijo con firmeza—. Parece ser que ahí es donde

lo han visto por última vez, ¿no?

Sebastian afirmó con la cabeza.

—Bueno, al menos iba en esa dirección.

—Empecemos por ahí.

Bajaron la escalera de piedra. No muy deprisa, para que no se les escapase nada. El hueco de la escalera era estrecho, con paredes amarillas y pasamanos verde. Sonó el móvil de Vanja. Había llegado Torkel con Erik Flodin y quería que lo pusiera al tanto. Vanja le expuso brevemente su plan de registro: dos policías en cada planta y personal sanitario por parejas. Billy le facilitaría más detalles.

—A lo mejor, Erik podría hablar con Dennis —propuso—. Y tú podrías centrarte en la anciana. Es la única que ha visto de cerca al autor de los hechos.

Torkel accedió, y le dijo que se encargaría él de los refuerzos que estaban en camino. Corrían el riesgo de pasar de poquísimos efectivos a demasiados y, sin una coordinación adecuada, terminarían todos corriendo por el hospital como pollos sin cabeza.

—Una de las enfermeras ha dicho que pensaba que la camilla que llevaba el hombre era de aquí abajo —le dijo Sebastian a Vanja cuando ésta terminó de hablar.

—¿Cómo lo sabe? Habrá decenas de camillas en este hospital.

—Por lo visto, hicieron inventario la semana pasada, marcaron las que necesitaban reparación y las bajaron al sótano. La camilla que había a la entrada de la habitación de Nicole estaba marcada.

Vanja pensó un instante.

—Entonces subió en el ascensor.

Al final de la escalera se toparon con una puerta metálica amarilla algo abollada que debía de haber conocido tiempos mejores.

—¿Hay alguna entrada al edificio por aquí? —preguntó Sebastian.

—Salidas de emergencia. Varias.

Vanja estaba a punto de abrir la pesada puerta, pero hizo una pausa. Sacó la pistola y la armó deslizando la corredera. Las partes móviles de la Sig Sauer encajaron con un clic. Sebastian la miró con escepticismo.

—Dudo que siga aquí. Hasta ahora ha sido mucho más inteligente que todo eso —dijo mientras abría la puerta de un tirón y dejaba al descubierto el

pasillo en penumbra que se encontraba al otro lado.

Vanja lo siguió y pulsó el interruptor con indicador ámbar. Las luces fluorescentes cobraron vida tras un breve parpadeo e iluminaron las puertas de tres cuartos de almacenaje y las paredes de cemento. Justo a la derecha estaba el ascensor. Vanja anotó mentalmente que debía pedir a la científica que tomara huellas allí. Avanzaron aprisa, aguzando el oído por si hubiera alguien más allí abajo. Sólo se oía el zumbido leve y monótono del aire acondicionado, y sus propios pasos.

Se detuvieron delante del primer cuarto. Vanja alzó el arma y Sebastian abrió la puerta. Dentro estaba oscuro. Buscó a tientas el interruptor de la luz, lo encontró. Vieron cajas de cartón que alguien había abierto de mala manera, y pijamas verdes y uniformes blancos de hospital tirados por el suelo, sobre todo camisas y pantalones.

—Ha robado la ropa de este almacén —dijo Sebastian.

—Mmm. No toques nada, a ver si Billy puede encontrar restos de ADN.

Pasaron al siguiente cuarto, donde había sábanas y mantas, todo perfectamente doblado y apilado en los estantes. Muy ordenado, lo que reforzó su sospecha respecto a lo sucedido en el anterior.

El último también parecía intacto. Estaba repleto de cajas de vendajes, pañales, rollos de papel protector. Se relajaron un poco y a Vanja empezó a parecerle que la pistola cargada era más un estorbo que otra cosa. Volvió a guardarla en la funda con naturalidad.

—Tenía prisa por salir de aquí —comentó—. Hasta ahora ha sido muy profesional. Si hubiera dispuesto de tiempo, no habría dejado ni rastro de su presencia.

Sebastian asintió con la cabeza.

—En estos momentos no entiendo en absoluto su comportamiento. ¿Por qué iba a secuestrar a Nicole? No tiene sentido.

Vanja lo miró muy seria. Luego expresó con palabras lo que los dos llevaban pensando desde que habían llegado al hospital, pero no se habían atrevido a decir.

—Entonces, buscamos un cadáver.

Sebastian asintió de nuevo. Una imagen le vino a la cabeza: Nicole, pálida y cubierta de sangre. Apuñalada. Abandonada. Tirada bajo una pila de cajas de cartón en alguna parte.

Intentó sin éxito borrar esa imagen de su mente.

Algunas imágenes son imborrables. En el peor de los casos, tienes que

convivir con ellas el resto de tu vida.

El cuerpo sin vida de Nicole sería una de esas. Lo sabía.

Se abrió la puerta metálica del final de la escalera y apareció una enfermera que interrumpió sus pensamientos. Antes de que dijera una palabra, ya vieron que tenía algo importante que contarles.

—¡La hemos encontrado! ¡La hemos encontrado! —gritó.

Esa imagen permanecería para siempre.

Lo reconoció enseguida. La ubicación era distinta, claro, como las cosas que había usado, pero el modo en que las había dispuesto era el mismo. La manta estirada encima de las cajas. Se había hecho un pequeño escondite. Un lugar donde estar segura, a salvo de todas esas cosas de las que huía. En un cuartito de almacenaje de ropa blanca, en la segunda planta, Nicole había recreado el estrecho refugio de la cueva del Oso.

Una auxiliar había observado que dos de las cajas no estaban en su sitio. Se encontraban en el suelo, delante de una estantería repleta de sábanas, como si se hubieran caído. Una manta las cubría, y había una almohada en cada extremo para que nadie pudiese ver lo que se ocultaba allí. Ella también era madre y reconoció la guarida en cuanto la vio. Desplazó un poquitín una de las cajas, se asomó dentro y vio brillar los ojos aterrados de Nicole, al fondo, debajo de la última balda de la estantería.

Cuando llegó Sebastian, Maria ya había conseguido sacarla de allí. La niña estaba en brazos de su madre, pálida y asustada. Maria lloraba de alegría.

Nicole no abrió la boca, pero la forma en que lo miró lo dijo todo. Quería volver. Volver a su escondite. Sebastian lo entendió perfectamente. Los adultos no habían podido protegerla.

Ni su madre. Ni la policía. Ni Sebastian.

Sólo Nicole.

Se sintió a la vez aliviado y orgulloso de ella. Era una verdadera superviviente. Le sonrió.

—Hola, Nicole... Estábamos preocupados por ti. —Ella no contestó, pero hizo un ademán de acercarse a él. Maria se dio cuenta y miró asombrada a su hija. Sebastian le tendió la mano—. ¿Quieres venir conmigo? —le preguntó con ternura.

Nicole se zafó de su madre y se echó a los brazos de Sebastian. Él vio

que a Maria le costaba desprenderse de la hija a la que acababa de recuperar y trató de calmarla.

—Sólo voy a llevarla de vuelta a la habitación.

Maria accedió y Sebastian se llevó a la pequeña. Su cuerpecito estaba caliente y algo sudoroso, los músculos tensos, pero no como la última vez que la había rescatado. Notó que se relajaba en cuanto la tuvo en brazos. Era una sensación muy poderosa, la de saber que era tan importante para ella. Que lo había elegido a él, que confiaba en él.

Pero debía hacerle la pregunta. Procuró hacerlo con la mayor delicadeza posible.

—¿Lo has visto? ¿Por eso te has escondido? —Nicole lo miró confundida, como si no comprendiera. Él lo intentó de nuevo—. Al hombre que ha venido, ¿lo has visto? —insistió, con mayor afán esa vez, pero la respuesta fue la misma. No tenía ni idea de qué le hablaba. Lo reconfortó ver que ignoraba lo cerca que había estado del peligro. Le acarició el pelo suave—. ¿O sólo has venido aquí a dormir porque estabas más a gusto? —Procuró tranquilizarla con una sonrisa—. No has hecho nada malo.

Sus palabras le parecieron desacertadas. En realidad, quería decirle lo mucho que lo alegraba que hubiera escapado no sólo al peligro, sino también a la constancia de ese peligro.

La recolocó de forma que pudiese apoyar la cabeza en su hombro, luego se volvió hacia Maria y Vanja:

—Me la llevo abajo, luego hablamos de cómo proceder a partir de ahora.

—No quiero seguir en esa habitación —dijo Maria antes de que se fueran—. No me siento segura ahí.

—Lo comprendo. Buscaremos otro sitio —respondió Sebastian.

Optó por la escalera e intercambió miradas con el personal hospitalario, que los observaba con cierta curiosidad.

El hombre con la pequeña en brazos.

La madre siguiéndolos.

Como si fueran una familia. Sin serlo.

Dejó a Nicole en la cama de al lado de la ventana y lo sorprendió la facilidad con la que se soltó de él. Confiaba en él de verdad, por eso ya no estaba tan pegajosa. Sabía que volvería con ella. Sebastian miró alrededor y entendió a

qué se refería Maria exactamente. Vio el bloc de dibujo y los lápices de colores en la mesilla. Nicole había hecho otro dibujo. Estaba debajo del primero. Lo cogió para echarle un vistazo.

Mucho negro y tonos de marrón. Trazos anchos. Una niña en una cueva. Varios adultos cerca, buscándola. La niña era muy pequeña, y estaba escondida. Las otras figuras eran demasiado grandes. Las proporciones no eran correctas, pero así de diminuta se había sentido ella en la cueva. Se volvió hacia Maria.

—¿Cuándo ha hecho esto?

—Ayer, justo después de que usted se fuera.

Sebastian miró a Nicole, que estaba sentada en la cama, inmóvil, mirándolo. Sintió un alivio repentino. En medio de aquel caos, aquello era un pequeño avance.

—Está funcionando —dijo.

Maria lo miró confundida.

—¿Qué está funcionando?

Sebastian bajó la voz para que Nicole no lo oyera.

—Está dibujando sus recuerdos. Esto es justo antes de que la encontráramos en la cueva. Va retrocediendo. Primero la ambulancia y yo, ahora la cueva...

—¿Insinúa que podría...? —empezó a decir Maria, nerviosa, pero Sebastian le hizo una seña discreta para que callara.

—Chist... Ya veremos. Lo principal es que siga —contestó él alentador.

Maria no parecía muy convencida. La aterraba pensar en los dibujos que estaban por llegar.

—Porque eso le dirá lo que necesita saber —dijo ella inexpresiva—. Dibujará a sus primos muertos y usted habrá resuelto su caso.

Sebastian no supo cómo responder.

Lo que acababa de decirle era cierto y falso a la vez. A él le importaba Nicole, pero también había que resolver el caso. Por ella.

—No creo que a ninguno de nosotros le interese que ese tipo ande suelto.

Maria no contestó, pero, después de unos segundos, asintió. Era importante que Nicole siguiera dibujando. Sería el único modo de que recuperaran la tranquilidad.

Torkel había incrementado la seguridad tras los acontecimientos de la noche anterior. Dos agentes uniformados los acompañaron en el ascensor a la nueva habitación de Nicole, lejos de la planta baja. La niña iba en una silla de ruedas, muda y, de algún modo, más pequeña que nunca, con Sebastian a su lado y Maria detrás. La puerta de doble hoja que conducía a un pasillo idéntico al de la planta que acababan de abandonar se abrió automáticamente de par en par cuando el grupo se acercó a ella. Torkel y Vanja los esperaban más adelante. Sebastian se asomó por la puerta abierta de la nueva habitación. Las mismas paredes de color hueso, el mismo suelo arañado de vinilo verde grisáceo. Dos camas. Pero, en un rincón, había también un sofá naranja de dos plazas y una silla dispuestos alrededor de una mesita, y ventanales que daban al pasillo.

—Tengo que hablar un momento con mis compañeros —dijo Sebastian volviéndose hacia Nicole—. Pero nos vamos a quedar aquí, para que puedas verme todo el tiempo por el cristal.

La niña no reaccionó, tampoco esperaba que lo hiciera, pero el plan debió de parecerle bien, porque se fue con Maria sin protestar ni colgársele del cuello a él.

—Deje las cortinas descorridas, por favor —pidió Torkel a la espalda de Maria, y ella respondió moviendo la cabeza afirmativamente.

Los dos agentes uniformados se plantaron a ambos lados de la puerta.

—¿Qué sabemos, entonces, de lo de anoche? —preguntó Sebastian en cuanto cerró la puerta.

—El hospital dispone de cámaras de seguridad en el vestíbulo principal y a la entrada, para los que llegan en ambulancia. Billy ha ido a ver si puede hacerse con las grabaciones —contestó Torkel—. ¿Cómo está Nicole?

—Es difícil saberlo, pero ha empezado a dibujar, que ya es un paso en la dirección correcta —dijo Sebastian haciendo un gesto con la mano derecha, en la que llevaba los dibujos de Nicole.

—¿Puedo echarles un vistazo? —pidió Vanja, y Sebastian se los pasó.

—Pero ¿sigue sin hablar? —quiso saber Torkel.

—No ha dicho ni una palabra.

—¿Sabemos cómo consiguió salir de la habitación sin que la viera Dennis?

—Él dice que fue a por un café a las once y media, pero tampoco me extrañaría que se hubiera quedado traspuesto en algún momento.

Suspiró. Miró al interior de la habitación, donde Nicole acababa de bajarse de la silla y se había subido a la cama. Maria la arropó, sacó un libro del bolso, colgado del respaldo de la silla, y se sentó al borde de la cama. Nicole estaba tumbada de lado, con los ojos clavados en Sebastian. La saludó con la mano.

—¿Cómo está Ursula, por cierto? —se interesó Vanja levantando la vista de los dibujos.

—Le van a poner un ojo artificial, así que supongo que... está todo lo bien que se puede esperar —respondió Torkel volviéndose hacia Sebastian. Tendría que haber sido él quien preguntara, quien mostrase interés y preocupación, pero, claro, eso era mucho pedir—. Tampoco hemos encontrado nada inusual en las finanzas de los Carlsten, de momento. No hemos visto ningún depósito ni reintegro importantes.

—¿Qué es esto? —dijo Vanja sosteniendo en alto uno de los dibujos.

—La cueva —le explicó Sebastian—. Empezó por lo más reciente en el tiempo, y ahora va hacia atrás. En el primero, está la ambulancia y, en el segundo, ella dentro de la cueva. Se va acercando poco a poco a la casa y a lo que ocurrió allí.

Vanja asintió y volvió a mirar el dibujo. Torkel observó que fruncía el ceño.

—¿Qué pasa?

—Yo estuve en la cueva, pero igual no me fijé... —Levantó de nuevo el dibujo y señaló a un hombre al que le salía de la cabeza un haz amarillo en forma de V—. ¿Quién llevaba linterna frontal?

—Erik ha confirmado que nadie de su equipo llevaba linterna frontal en la cueva.

Cuando se reunieron quince minutos después a la puerta de la habitación de Nicole, el semblante de Torkel era sombrío.

—El asesino estuvo en la cueva y ha estado en el hospital. Parece decidido a silenciar a la niña.

—¿Cómo supo que estaba en la cueva? —preguntó Vanja a nadie en particular.

—Conoce la zona, es de aquí —contestó Sebastian mirando por el

cristal. Nicole estaba tumbada boca arriba, con los ojos cerrados. Maria soltó el libro y se sentó en el sofá—. Como yo os dije.

—También son de aquí Erik Flodin y el resto de su equipo —terció Vanja—. Pero ellos no lo dedujeron.

—Flodin es muy torpe —dijo Sebastian volviéndose hacia sus compañeros—. Nos enfrentamos a un tipo inteligente y muy decidido.

—Si es del pueblo, propongo que saquemos de aquí a Nicole —espetó Torkel—. La trasladaremos a uno de nuestros pisos seguros de Estocolmo.

—¿Se la puede trasladar? —preguntó Vanja mirando de reojo la figura pálida y delgada de la cama.

—Preguntaré a los médicos, pero, según tengo entendido, no ha sufrido ninguna lesión física y, después de todo, ella es de Estocolmo, así que, en cierto modo, volverá a casa.

—Yo iré con ella —declaró Sebastian en un tono con el que esperaba que quedase claro que su decisión no era discutible. Aun así, Torkel enarcó una ceja—. Es una víctima traumatizada y yo soy psicólogo —aclaró con un aire exageradamente pedagógico, como si se lo estuviese explicando a un niño pequeño—. Salió de la cueva porque confía en mí. Voy a ser más útil estando con ella que sentado en un despacho, revisando cuentas bancarias o grabaciones de las cámaras de seguridad, o buscando huellas en una cueva, o lo que sea que tengáis previsto hacer.

Se volvió de nuevo hacia la ventana. El pelo oscuro de Nicole esparcido por la almohada. Sus manitas descansando en su vientre, las yemas de los dedos casi rozándose. Una respiración tranquila, uniforme. Cuando la miraba, lo inundaban una ternura indescriptible y el deseo de protegerla. Y eso sólo podía hacerlo si estaba con ella.

—Ahora mismo confía más en mí que en su propia madre. Además, le he prometido que no la abandonaré —concluyó, sorprendido de lo emotivo que sonaba.

Pese a que acababa de hablarle como si fuera idiota, a Torkel le pareció lógico lo que decía.

La prioridad era sacar a la niña de Torsby.

Se había quedado dormida con la cabeza apoyada en su hombro.

Sebastian se proponía sentarse en el asiento del copiloto y dejar a Maria y a Nicole la parte de atrás para que fueran más cómodas, pero, cuando iban a

subir al coche, la niña había dejado claro que los quería a los dos a su lado, y ahora iban los tres apretujados en el asiento de atrás del Opel Zafira Tourer marrón, camino de Estocolmo.

En cuanto habían decidido trasladar a Nicole, todo había ido muy rápido. Poco después de las nueve, un coche policial de incógnito había aparcado en la entrada de ambulancias, que estaba techada y parcialmente escondida del resto del hospital. Sebastian, Maria y Nicole se habían subido a él rápidamente y, que ellos supieran, ningún periodista había presenciado su salida.

Llevaban casi una hora de viaje. Conducía Fredrika, sin pasar de ciento diez kilómetros por hora, rumbo este por la E-18. Nada más pasar Sunne, había preguntado si a alguien le importaba que pusiera la radio, pero, salvo para eso, no había abierto la boca. Sebastian daba gracias a sus hados por no haberse acostado con ella. Eso habría hecho que el silencio le resultase incómodo más que agradable.

Billy se había ofrecido a llevarlos a Estocolmo, pero Torkel quería que se quedara en Torsby. Aún no habían sacado nada en claro de las grabaciones de las cámaras de seguridad del hospital, pero al menos ya tenían una franja horaria con la que trabajar. Dennis acababa de mirar la hora cuando lo habían atacado.

Estaban extrayendo imágenes de las cámaras que cubrían las carreteras que conducían al hospital con la esperanza de ver algún vehículo en la franja horaria en cuestión. No era probable que hubiese muchos coches por ahí a esa hora de la noche. Por desgracia, en Torsby tampoco había muchas cámaras y, si la persona a la que buscaban conocía bien la zona, como creía Sebastian, posiblemente habría conseguido eludir las existentes. Pero tenían que intentarlo.

Vanja y Fabian, el técnico forense, iban a volver a la cueva a ver si encontraban algún rastro del hombre que había estado allí antes de que llegaran Erik y Sebastian. Los dos estaban segurísimos de que no habían visto ningún coche aparcado cerca, de modo que quien fuese había ido a pie hasta la cueva. Al menos parte del camino. Se había hecho público un llamamiento, pidiendo que cualquiera que hubiese visto un vehículo aparcado a unos kilómetros de la cueva el sábado por la mañana se pusiera en contacto con la policía. Nada, de momento.

—¿Alguien necesita que pare? —preguntó Fredrika cuando pasaron una señal que indicaba que había un área de servicio un kilómetro más adelante.

Sebastian y Maria se miraron, y ella negó con la cabeza.

—Estamos bien —contestó Sebastian recolocándose un poco con cuidado de no molestar a Nicole.

Estaba cansado. Sólo había dormido un par de horas esa última noche. Lo bueno de que la noche hubiese sido tan agitada y de que se hubiesen marchado tan precipitadamente era que no había vuelto a ver a Malin Åkerblad.

Cuando se había escapado al hotel a por sus cosas, se había encontrado con una sorpresita. Mientras subía a su habitación por la escalera, el recepcionista se había dirigido a él.

—Espero que le pareciese bien que anoche dejara entrar a su compañero en su cuarto. —Sebastian se había detenido en seco, perplejo. El joven que había tras el mostrador había entendido que debía explicarse—. Su compañero, Billy Rosén... Me dijo que se había dejado el portátil en su habitación y que usted había salido.

Intentó en vano buscarle la lógica a lo que acababa de oír. Billy ni siquiera había estado en su cuarto desde que habían llegado, menos aún se había dejado el portátil allí. Sin embargo, de nada servía que le montase un cirio al recepcionista, así que se limitó a asentir con rotundidad.

—Perfecto. Sin problema. Nada que objetar.

Mientras reunía sus cosas rápidamente, había intentado deducir para qué habría querido Billy entrar en su habitación. No se le ocurría un motivo. No parecía que faltase nada. ¿Le habría colocado un micro? ¿Una cámara oculta? Pero ¿por qué? Lo único que Billy podía esperar ver u oír era alguna que otra sesión de sexo de hotel, y dudaba mucho que buscara eso. ¿A qué habría entrado entonces?

No tenía tiempo para preocuparse de ese asunto en esos momentos. Al menos sabía que había sucedido y podía pensar en la razón más adelante.

Ahora, en el coche, camino de Estocolmo, volvía a preguntárselo, pero estaba demasiado cansado para concentrarse. La temperatura en el interior del coche era de veintiún grados constantes, el motor ronroneaba, sonaba la música bajita y la cabeza de Nicole descansaba en su hombro.

Sebastian se apoyó en la ventanilla y se quedó dormido.

Tres horas más tarde pararon en Sofielundsvägen, en Enskededalen, al sur de Estocolmo. Fredrika les comentó que era la primera vez que veía el Globen

Arena en vivo, y a Sebastian le preocupó que se estrellaran cuando la vio inclinarse hacia delante por encima del volante para disfrutar del edificio durante el máximo tiempo posible.

Cuando llegaron, esperó en el coche mientras Sebastian, Maria y Nicole subían al apartamento de la primera planta. Tres habitaciones, luminoso y fresco, con parquet en el vestíbulo, que continuaba por el salón, a la izquierda, después de dos armarios blancos de puertas correderas y un silloncito tapizado de pana verde.

—Llévese sólo lo que necesite para un par de días —le dijo Sebastian descalzándose antes de entrar—. Luego puede hacer una lista y mandaremos a alguien a por ello.

Maria asintió y cogió a Nicole de la mano.

—¿Empezamos por mi habitación? —propuso, y se metieron las dos en el cuarto del fondo a la derecha.

Sebastian entró en el salón. Librerías por toda una pared. Un sofá rinconero de color beige con cojines de colores intensos debajo del ventanal, sobre una alfombra marrón de mucho pelo. Una mesita de centro redonda con patas metálicas. Un televisor de pantalla plana en la pared opuesta. Libros y devedés en las estanterías, salpicadas de fotografías en marcos de IKEA. Cogió una: Nicole, más pequeña, con unos cuatro o cinco años, de pie entre Maria y un hombre de aspecto latinoamericano. Su padre, seguramente. La separación no debía de haber sido tan traumática como para que Maria quisiera borrarlo del día a día de las dos. Por otro lado, no se había puesto en contacto con él desde su regreso a Suecia, que Sebastian supiera, así que suponía que su relación era más bien neutra.

Dejó la fotografía en su sitio y salió de allí. Oía la voz de Maria, y pasó por delante de la luminosa cocina en dirección al lugar del que procedía el sonido.

Se detuvo a la puerta de la habitación de Nicole. La niña estaba de pie junto a la cama, guardando tres libros en una mochilita mientras Maria sacaba ropa del armario. Las imágenes llegaron de la nada, sin previo aviso, y lo hicieron retrotraerse diez años.

A otra niña, otra cama, otra mochila.

Una mochila en la que iba el oso Bamse.

Sabine preparando sus cosas para las vacaciones a Tailandia, con la concentración y el cuidado de que sólo una niña de cuatro años es capaz. Libros, pasadores de pelo, cepillo rosa, diadema de plástico con un dibujo de

la Cenicienta, rodeada de diamantes de plástico, un monederito con el dinero para helados que le había dado la abuela, y *Dragon*, su peluche favorito. Era de color naranja con púas verdes por el lomo y la cola. Se lo habían regalado en su segundo cumpleaños, y nunca iba a ningún lado sin él.

No había vuelto a pensar en *Dragon* desde..., ¿desde cuándo? Desde la Navidad de 2004. *Dragon* se había quedado en el hotel cuando Sebastian y Sabine se habían bajado a la playa. No le gustaba nadar.

—Escupe fuego, ¿sabes? —le había explicado Sabine con la voz llena de sabiduría de una niña de cuatro años mientras metía a *Dragon* en su cama—. Así que no es bueno que se moje.

Luego se habían marchado.

Habían bajado a la playa.

A la ola gigante.

—Os espero en el coche —consiguió decir Sebastian a pesar del nudo que tenía en la garganta. Nicole lo miró, inmediatamente angustiada. Miró a Maria, luego a Sebastian, como si no fuera capaz de decidir dónde quería estar—. Pensándolo mejor, también puedo esperar en el salón —rectificó al ver la reacción de la niña—. No me voy a ninguna parte. —Sonrió a Nicole—. Terminad de preparar el equipaje.

En realidad, acabó en la cocina. Una mesa y cuatro sillas, frigorífico, congelador, microondas encastrado a una altura cómoda. Fotografías, dibujos y notas adhesivas fijados por imanes de colores vivos. Estantes limpios y ordenados. Un hervidor y un espumador de leche en un rincón; varios libros de cocina en otro. Habían limpiado el escurridor y no había platos sucios en la pila. Una cocina preparada para una prolongada ausencia. Abrió los armarios de un blanco resplandeciente hasta que encontró un vaso. Dejó correr un poco el agua fría, luego llenó el vaso y se lo bebió de un trago. Se apoyó en la pila y contempló el póster colgado encima de la mesa: animales de Escandinavia. Empezó a repasar mentalmente los que reconocía y sabía por su nombre.

Diez minutos más tarde estaban de vuelta en el coche.

El piso franco de Farsta tenía también tres habitaciones, pero ahí terminaban las similitudes. El de Maria y Nicole era un hogar, personal, bien diseñado, acogedor. Ése era, a lo sumo, funcional. Al abrir la puerta les llegó un olor a rancio y, al entrar, la sensación de deterioro aumentó, sobre todo por el

boquete que había en el yeso de una de las paredes, seguramente porque habían colgado de ella algo demasiado pesado que había terminado cayéndose. Nicole le dio la mano a su madre mientras iban de habitación en habitación.

Los muebles estaban limpios y no parecía que hubiese nada roto, pero no era más que una colección de cosas diversas que producía la impresión de que a quien hubiera vivido allí antes se le habían ido ocurriendo cosas que necesitaba y había comprado lo que fuera sin prestar atención a lo que ya había en el piso. La casa entera parecía un rastrillo.

Una agente de paisano que se había presentado como Sofia se había unido a ellos a la entrada del edificio y habían subido juntos los tres tramos de escaleras. Ahora estaba sentada en el sillón situado frente al sofá en el que se encontraba Nicole, acurrucada junto a su madre. Sofia les explicó que la amenaza a su seguridad se consideraba de nivel bajo una vez trasladadas a aquella dirección secreta en Estocolmo, pero que la policía patrullaría la zona cada dos horas durante todo el día. Habían decidido que era preferible no llamar la atención visitándolas a menudo o apostando un vigilante a la puerta del edificio o en el hueco de la escalera.

A Maria le dio una alarma de muñeca y un móvil preprogramado. Sólo tenía que pulsar una tecla y respondería la policía en cualquier momento y a cualquier hora.

Después de dar una vuelta por el piso e ir al baño, Sebastian entró en el salón justo cuando Sofia se levantaba para irse. La agente le estrechó la mano a Maria y saludó de pasada con la cabeza a Sebastian.

—Tendrá que hacer la compra —informó cuando se hubo cerrado la puerta—. Hay poca cosa en la cocina.

Maria asintió, agotada, y con un suspiro hondo volvió a recostarse en el sofá.

Sebastian vio que los acontecimientos de los últimos dos días empezaban a hacer mella en la mujer. No había tenido ni un minuto de paz desde que había aterrizado en Landvetter. La noticia del asesinato de la familia de su hermana, la preocupación por su hija desaparecida, lo sucedido en el hospital y, después, su salida repentina, como si huyeran. Al menos podía sentarse un rato y procesar lo sucedido.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Sebastian, y se acercó al ver que contenía las lágrimas.

—Tengo la sensación de... de que todo esto es completamente surrealista

—rio sin ganas—. Han asesinado a mi hermana y Nicole lo ha visto todo. — Estrechó a la niña en sus brazos—. Y ahora se niega a hablar.

—Hablará —le dijo él, sentándose a su lado—. Se lo prometo.

Maria se limitó a mover afirmativamente la cabeza y acariciarle el pelo a Nicole. Sebastian no supo qué decir, qué podía decir, y cayó en la cuenta de que no había mucho que no hubiese dicho ya, o que fuese a cambiar algo. Debía superarlo sola y, si necesitaba hablar, él estaría allí, pero que le ofreciera palabras de consuelo gratuitas podía verse fácilmente como un tópico o una intrusión. Sobre todo porque no se conocían muy bien, en absoluto, la verdad.

—Iré yo a hacer la compra y prepararé la cena —soltó, y se puso en pie—. No tardaré mucho —añadió en tono tranquilizador al ver que Nicole levantaba la cabeza del regazo de su madre.

Notó que sus ojos lo seguían mientras salía de la habitación, pero por lo menos no se movió de los brazos de su madre.

—Gracias —le gritó ella cuando Sebastian ya se estaba calzando.

«No hace falta que me dé las gracias», se dijo él. No le suponía ningún sacrificio. Al contrario, esperaba con ilusión esa noche.

Erik Flodin estaba en la cocina, friendo *rösti*. Ya había sumergido los escalopes vieneses en huevo, harina y pan rallado y se estaban secando en un plato. Las alcaparras y la crema de anchoas estaban listas en el frigorífico. Había conectado el móvil al equipo estéreo de la cocina y cantaba una canción de Lars Winnerbäck, que sonaba en su lista de Spotify. Disfrutaba cocinando, siempre lo había hecho. Para él era la forma de relajación perfecta. Daba igual el día que hubiese tenido; con una hora entre pucheros le bastaba para sentirse mejor. Esa noche estaría algo más. Había sido un día de locos. El peor de su vida. El asesinato de los Carlsten y de Jan Ceder ya había sido un *shock*, pero que el asesino se vistiera de cirujano para atacar a una testigo de noche en un hospital... Era como una película norteamericana de acción. Cuando lo habían despertado a las tres de la madrugada de ese día, había agradecido no estar ya al mando del caso.

—Papá...

Se volvió y, al mismo tiempo, alargó la mano para bajar el volumen. Winnerbäck se desvaneció y, por la cara de su hija, vio que había procedido correctamente. Alma había cumplido doce años hacía unas semanas y, en esos momentos, casi cualquier cosa que hicieran Pia y Erik o le daba muchísima vergüenza o era absolutamente penosa. Erik supuso que su dueto con Lars Winnerbäck entraba en ambas categorías.

—¿No has oído el timbre? —le preguntó la niña dejando muy claro que lo hacía responsable de que ella hubiese tenido que salir de su cuarto para abrir la puerta.

—¿Quién es? —interrogó Erik, y bajó el fuego del *rösti*.

Alma se encogió de hombros y volvió a su habitación. Erik se limpió las manos y salió al vestíbulo. Frank estaba pegado a la puerta, con una expresión de disculpa en la cara.

—Siento mucho molestaros... ¿Estabais cenando?

—No, no te preocupes, pasa —le dijo Erik estrechándole la mano—. Voy a avisar a Pia.

—En realidad, es contigo con quien quiero hablar —señaló Frank, luego se quitó las botas y siguió a Erik a la cocina.

—Muy bien... ¿Quieres quedarte a cenar? La comida estará lista dentro de diez minutos.

—No, gracias, tengo que volver con el niño.

Frank se sentó a la mesa de la cocina mientras Erik seguía cocinando.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó dándole la vuelta al *rösti*.
Perfecto.

—Me he enterado de que buscáis algún coche que estuviese aparcado cerca de la cueva del Oso ayer.

—Correcto.

—Yo vi uno. —Erik se volvió al tiempo que Frank se inclinaba hacia delante y cruzaba las manos sobre la mesa—. Alguien llamó al concejo municipal por la mañana para avisar de que habían atropellado a un ciervo, así que me acerqué y aparqué... ¿Tienes un mapa? —Erik asintió y salió de la cocina. Volvió un minuto después con un mapa que extendió delante de su visita—. Aparqué aquí —indicó Frank, y señaló un punto a un kilómetro más o menos de la cueva del Oso—. Había otro coche más adelante, en ese mismo sendero. —Sacó el pañuelo y se limpió la nariz, que le moqueaba un poco de haber estado a la intemperie en aquella fría noche de abril—. Al principio, pensé que era el coche que había atropellado al ciervo, pero no había nadie dentro, ni cerca.

—¿Recuerdas qué coche era? —inquirió Erik mientras retomaba la preparación de la cena.

—Era un Mercedes, vi el logo, pero no tengo ni idea de qué modelo.

—¿Color?

—Azul marino, casi negro.

—¿Lo reconocerías si vieses una fotografía?

—Puede... No estoy seguro.

—¿No recordarás la matrícula?

—No, lo siento.

Erik pensó rápidamente qué hacer con esa información. Ponerse en contacto con Torkel, por supuesto. Debía comunicárselo a Riksmord. Probablemente quisieran hablar con Frank, ver si podían averiguar qué modelo de Mercedes era, luego pasarlo por la base de datos con la esperanza de encontrar uno o más vehículos a nombre de algún residente de la zona.

—¿Cuánto tiempo puedes dejar a Hampus solo? —le preguntó para organizarse.

Frank miró el reloj.

—La cuidadora se va dentro de media hora. ¿Por qué?

—Tienes que hablar con Riksmord. Querrán intentar identificar el

coche.

—Pueden venir a verme a casa —repuso Frank mientras se levantaba—. Diles dónde vivo.

Erik lo acompañó a la puerta, luego se concentró de nuevo en los escalopes vieneses.

Sebastian estaba sentado en el desgastado sofá de color verde grisáceo, al lado de Nicole, leyéndole en voz alta uno de los libros que la niña se había llevado.

Gregor: Las tierras bajas.

Algo de dos hermanos, un niño y una niña, que, al parecer, habían caído al inframundo, donde a ella las cucarachas la adoraban como si fuese una princesa y debía salvar de la guerra aquel mundo subterráneo mientras que los dos buscaban a su padre desaparecido e intentaban encontrar el camino de vuelta al mundo real. Maria le había dicho que era una historia de fantasía.

A Sebastian le parecía una soberana mierda.

Pero debía reconocer que habían pasado una velada muy agradable.

Él había preparado la cena para los tres, y Maria y Nicole lo habían acompañado y le habían hecho de pinches. Nicole había troceado las cebollas en cubitos y gratinado las zanahorias para sus espaguetis con salsa boloñesa, mientras que Maria ponía la mesa y encendía las velas. Había encontrado dos candeleros espantosos de color verde oscuro en el alféizar de la ventana. A la niña parecía haberle gustado su plato. Sebastian no había parado de hablar con la esperanza de que todo resultara lo más normal posible. Le había preguntado a Maria por su trabajo y por su estancia en Mali, pero se había centrado sobre todo en Nicole. Quería saber si le gustaba ir a clase, cuáles eran sus asignaturas favoritas y las que menos le agradaban, quiénes eran sus amigos y demás. Aunque la pequeña no había abierto la boca, claro, Sebastian le había dirigido a ella todas las preguntas. Maria le había dado a su hija la oportunidad de responder, luego había contestado ella, rematando todas las respuestas con «¿verdad, cariño?» o algo parecido para que Nicole se sintiese partícipe de la conversación.

Después de la cena, Sebastian y Maria habían recogido la mesa y habían fregado los platos mientras la niña se sentaba con su bloc de dibujo y sus lápices de colores.

—Se ha puesto muy nerviosa cuando te has ido a la compra —le había dicho la madre en voz baja, señalando con la cabeza a su hija—. Ha estado pegada a mí como una lapa todo el tiempo.

Sebastian se volvió a mirar a Nicole. Una vez más lo sorprendió la ternura que le inspiraba. La niña soltó el lápiz y se recostó en el asiento.

—¿Puedo verlo? —preguntó rodeando la mesa para echar un vistazo al dibujo.

Una casa en un bosque. Un cristal roto en la puerta de la terraza. Aunque no la había visto, supuso que era la casa en la que Nicole se había colado camino de la cueva del Oso y lo que creía que sería un refugio seguro. Sólo la mitad de la casa tenía muros exteriores, el resto era una especie de sección transversal. Un salón, una cocina y un dormitorio, y una niña de pelo oscuro tumbada debajo de la cama.

—¿Te importa que me lo quede también?

Nicole lo miró a los ojos. No hubo palabras, por supuesto, ni un leve cabeceo que pudiera indicar que había oído lo que le había preguntado. Pero tampoco protestó cuando Sebastian cogió el dibujo y lo enrolló.

—¿Podrías quedarte un rato mientras me doy una ducha? —le había preguntado Maria, y él había reconocido que disponía de todo el tiempo del mundo.

No lo esperaba nadie. Maria se quedó allí plantada mucho rato, dejando que le cayese el agua caliente por el cuerpo, con la esperanza de que arrastrara consigo, milagrosamente, parte de la pena y la desesperación.

No fue así.

Por su trabajo, había presenciado de cerca el sufrimiento. Se había involucrado, empatizado con las víctimas y sus familias, pero siempre había logrado mantener la distancia profesional necesaria para evitar que la devorara, que la hundiera.

Sin embargo, en esos momentos, se estaba hundiendo irremisiblemente.

Apoyó la frente en los azulejos, su cuerpo se agitó entre sollozos silenciosos. Por primera vez desde que había vuelto a casa, era consciente de lo cansada y vacía que se sentía cuando no tenía que fingirse fuerte para Nicole. Las piernas no la sostenían. Se dejó caer y se quedó allí sentada mientras el agua le caía encima.

No sabía si podría volver a levantarse.

Cuando salió del baño, media hora larga más tarde, Sebastian estaba sentado en el sofá con Nicole, leyéndole en voz alta uno de los libros que se había llevado. Se detuvo en el umbral de la puerta y los observó.

Sebastian Bergman desde luego tenía una paciencia infinita con la niña. En medio de toda aquella oscuridad, de toda la incertidumbre y la agitación,

él era el anclaje que su hija necesitaba. Y no sólo su hija, se dijo. Tampoco ella habría podido superar los últimos dos días sin su ayuda. Se recostó en el marco de la puerta y escuchó cómo cambiaba el tono y el acento para los distintos personajes de la historia. Se dejó atrapar por el relato, como Nicole, que estaba completamente absorta. Hasta se sintió un poco decepcionada cuando terminó el capítulo y Sebastian cerró el libro y lo dejó en la mesa de centro.

—Va siendo hora de que me vaya —dijo, y se levantó. Nicole se puso nerviosísima enseguida. Bajó del sillón de un salto, corrió hasta su madre y se abrazó con fuerza a ella—. ¿Estaréis bien? —preguntó a Maria mientras cogía el abrigo del vestíbulo.

Maria afirmó con la cabeza, pero se oyó decir:

—¿No podrías quedarte? —Sebastian se detuvo y la miró inquisitivo—. Nicole va a dormir conmigo, así que podrías instalarte en el otro dormitorio —prosiguió—. Si te apetece, claro.

Apenas le dio tiempo a formular la respuesta mentalmente antes de soltarla.

—Sin problema. Por supuesto que me quedo —respondió, y volvió a colgar el abrigo.

Torkel abrió su portátil, y estaba a punto de redactar un breve informe sobre su conversación con Gunilla y Kent Bengtsson cuando alguien llamó a la puerta.

Había sido una noche muy ajetreada.

Erik Flodin lo había telefoneado hacia las ocho para decirle que un testigo había visto un coche aparcado en la zona correcta a la hora señalada, pero, cuando iba a pedirle a Billy que fuera con él a reunirse con Erik para hablar con el testigo, recibió otra llamada de un tal Kent Bengtsson, vecino de los Carlsten, que se había encontrado la tarjeta de Torkel en el buzón al volver a casa. Torkel había cambiado de inmediato sus planes: que fueran Vanja y Billy con Erik mientras él se acercaba a ver a los Bengtsson, que lo recibieron muy amablemente a pesar de la hora tan intempestiva.

Había vuelto al hotel hacía unos treinta minutos. Al abrir la puerta se encontró a Vanja allí de pie, con una caja blanca. El contenido inundó de inmediato la habitación de olor a comida rápida.

—¿Quieres? —ofreció ella abriendo la caja donde había una hamburguesa con queso y patatas fritas.

—No, gracias. Cuando he vuelto, he conseguido que me hiciesen un sándwich en la cocina.

Abrió la ventana, aunque Vanja no dio muestras de relacionar la medida con su poco fragante cena.

—¿Cómo ha ido? ¿Qué te han contado los Bengtsson? —le preguntó ella mientras le daba un buen mordisco a la hamburguesa.

Sí, ¿qué le habían contado?, se dijo Torkel. Ni Gunilla ni Kent habían estado muy habladores. Sus respuestas habían sido concisas, y no le habían contado nada que cambiase la imagen que la policía ya tenía de los Carlsten. Agradables, populares, muy comprometidos con el medio ambiente... Los Bengtsson no tenían opinión de esos temas, aunque sabían que a otros les resultaba irritante.

—¿Qué otros? —les había preguntado Torkel, y le habían contestado lo de siempre.

Jan Ceder y Ove Hanson eran quienes más se habían enfrentado a la familia, pero también las dos personas que los Carlsten habían denunciado a la policía. Por lo demás, tan sólo había algún comentario o cotilleo de cuando

en cuando. Nada serio. Desde luego, ni se imaginaban quién podía haber querido asesinar a sus vecinos. Era horrible, sobre todo la muerte de los dos pequeños. Ambos pasaban por allí a menudo para ver a los caballos.

—Nada que no supiéramos ya, la verdad —concluyó Torkel.

Vanja cabeceó afirmativamente.

—¿Y dónde han estado desde el jueves? —preguntó al tiempo que mojaba una patata en un charco de ketchup.

—El viernes fueron a una fiesta de sexagésimo cumpleaños en Karlstad, y han pasado allí el fin de semana.

—Pues muy afectados no estarían cuando se fueron de fiesta.

—Me da la sensación de que tampoco conocían muy bien a los Carlsten. No es que se llevaran mal ni nada de eso, es que no les interesaban mucho —le explicó encogiéndose de hombros—. ¿Qué tal os ha ido a vosotros?

—Bien. Billy le ha enseñado a Frank Hedén fotografías de prácticamente todos los Mercedes fabricados desde 1970, o esa impresión me ha dado a mí.

—¿Y?

—No estaba convencido de nada, salvo de que era un Mercedes. Billy está redactando un informe. ¿Seguro que no quieres un poco?

Le acercó la caja blanca a Torkel, que levantó la mano como para protegerse de ella. Llamaron de nuevo a la puerta y entró Billy con su portátil.

—Hola. Vanja me estaba contando que vuestra excursión no ha sido muy fructífera —dijo Torkel a modo de saludo.

—Yo no diría eso —replicó Billy con una cara de satisfacción personal impropia de alguien que no creía haber avanzado nada. Se sentó en la cama de su jefe y giró el portátil para que sus compañeros pudiesen ver la pantalla—. Frank no estaba seguro, pero las indicaciones eran que se trataba de un modelo reciente. —Abrió una página con un pase de fotografías y una serie de Mercedes fue recorriendo la pantalla—. Podría ser un sedán clase A, un sedán clase C, un cupé o un coche familiar, un CL, un CLA, un CLS...

—Vale, ya lo pillo —lo interrumpió Torkel—. Podría ser cualquiera de una larga lista de vehículos. Sigue.

A Billy pareció molestarle un poco que no lo dejaran continuar con su retahíla de posibles coches, pero cerró el pase de fotografías y abrió otra página web.

—Hay demasiadas opciones para que resulten de utilidad, pero, de todas

formas, he contrastado los posibles modelos con la base de datos para ver si alguno de ellos se había matriculado a nombre de alguien de esta zona y, en ese caso, cuántos. —Se irguió. No pudo reprimir una sonrisa, lo que indicó a Torkel que había encontrado algo. La noche no había sido una absoluta pérdida de tiempo, después de todo—. Adivinad quién tiene un CLS 350 de 2011...

—¿Quién? —preguntó Torkel dejando claro que no le apetecía andarse con acertijos en esos momentos.

—Ove Hanson —contestó Billy sacando en pantalla la información.

—¿De qué me suena ese nombre? —masculló Vanja con el último trozo de hamburguesa en la boca.

—Es el propietario del embarcadero del lago. Emil Carlsten presentó una denuncia a la policía porque Hanson usaba una pintura antiincrustante ilegal en los cascos de sus barcos —informó Torkel inclinándose hacia delante para ver mejor.

—La policía local habló con él brevemente el viernes. Hay un sumario en la carpeta compartida, además de la denuncia de Carlsten —concluyó Billy—. ¿Qué quieres que hagamos?

Torkel se estiró y se alejó.

—¿Caza?

—Tiene licencia para dos escopetas, así que supongo que sí.

Torkel paseó por la habitación un momento. Eran buenas noticias. Aquello podría ser el avance que necesitaban. Echó un vistazo al reloj: poco más de las once. Era poco probable que nada cambiase mucho porque se permitieran unas horas de bien merecido descanso.

—Repasaremos lo que tenemos y lo detendremos a primera hora de la mañana —decidió.

Billy y Vanja aceptaron y, tras una breve charla sobre el plan del día siguiente, se fueron a sus respectivas habitaciones.

Cuando estuvo solo, Torkel cerró la ventana y se preguntó si debía llamar a Ursula. Quería hacerlo, anhelaba oír su voz, pero era demasiado tarde. Tendría que esperar unas horas y, con un poco de suerte, podría decirle que estaban más cerca de resolver el caso.

Iba camino del baño cuando le sonó el teléfono. Ursula, se dijo con optimismo, pero no era su número, ni su nombre.

—Es tarde —dijo.

—Lo sé, lo siento —respondió Axel Weber, y parecía lamentarlo de

verdad—. Quería comentarte algo.

—¿Qué? —inquirió Torkel en un tono poco amistoso.

—Tengo unos compañeros más jóvenes en Estocolmo... —Weber hizo una pausa como si no supiera bien cómo seguir—. Habéis trasladado a la niña, ¿verdad?

—Sin comentarios. Buenas noches —espetó Torkel decidido a poner fin a la llamada.

—Espera, espera, que no te he llamado por eso. —Weber inspiró hondo, como si quisiera asegurarse de que estaba haciendo lo correcto—. Saben dónde está. Vamos a publicar los detalles mañana.

AQUÍ ES DONDE SE ESCONDE

En mayúsculas.

Seguido de un subtítulo igual de llamativo:

Sobrevivió a la casa de los horrores

Ocupaba el resto de la página una imagen granulada que parecía hecha con un teleobjetivo a distancia considerable, probablemente una decisión deliberada destinada a incrementar el sensacionalismo y el aire de gran revelación, supuso Torkel. Con las técnicas fotográficas disponibles actualmente, no veía razón para que la foto estuviese desenfocada. Mostraba una parte del edificio de apartamentos al que Nicole y Maria habían llegado hacía menos de veinticuatro horas. Fácilmente identificable pese a la escasa calidad de la imagen. Un óvalo pálido que bien podía ser el rostro de una niña en una de las ventanas de la tercera planta. Un círculo rojo rodeando la ventana para que a nadie le pasara inadvertida, o dudase de la veracidad del titular.

—Ya ha salido —dijo Torkel después de describirle la primera plana a Sebastian por teléfono.

—¿Saben exactamente dónde estamos? —preguntó Sebastian intentando digerir la enormidad de lo que acababa de oír.

Tendrían que trasladarse, pero ¿adónde podrían ir? Para sorpresa suya, la respuesta le vino de inmediato a la cabeza.

—Habla de «un edificio de apartamentos anónimo de Farsta» —respondió Torkel repasando de nuevo el artículo—. Pero, con la fotografía, no creo que le cueste mucho encontrarlo a cualquiera que esté interesado.

—Alguien ha intentado matar a Nicole dos veces... ¿En qué coño están pensando? —espetó Sebastian en un susurro. Estaba en el salón.

—Me parece que no están pensando en absoluto, pero he aumentado vuestra seguridad: habrá dos agentes en el hueco de la escalera.

Sebastian asintió para sí, pero la rabia creciente le impedía estarse quieto. Comenzó a pasearse nervioso por el salón mientras susurraba con furia al teléfono.

—La niña necesita paz y tranquilidad ahora mismo, y una vida lo más normal posible.

—Nadie se va a acercar a vosotros —le garantizó Torkel.

—Cuando digo una vida normal no me refiero a aislamiento ni amenaza constante. —Cayó en la cuenta de que, una vez más, estaba haciendo demasiado énfasis en sus palabras—. Tiene que poder salir si le apetece sin que haya periodistas y fotógrafos escondidos entre los arbustos, sin que nadie

intente pegarle un tiro.

Torkel se preguntó si debía informar a Sebastian de que los días en que los fotógrafos acechaban entre los arbustos ya habían pasado a la historia, pero comprendió lo que su compañero quería decir.

—Volveremos a trasladaros —decidió—. Tenemos varios pisos francos.

—Me temo que ése es el problema —repuso Sebastian sorprendido de que Torkel no hubiera sumado dos y dos—. Ya no tenéis pisos francos. Ha habido una filtración.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Torkel inmediatamente consciente de que se había puesto a la defensiva, como hacía siempre que se cuestionaba la organización para la que trabajaba.

—Me acabas de leer la prueba en voz alta.

Enseguida vio que Sebastian tenía razón. La información sobre el paradero de Maria y Nicole sólo podía haber salido de alguien de dentro de la policía. No había mucho donde elegir, y tomó nota mental de que debía averiguar quién era el culpable y asegurarse de que lo pusieran de patitas en la calle inmediatamente.

Pero lo principal no era eso.

—¿Qué propones entonces? —le preguntó a Sebastian, tirando a la cama el periódico causante del problema.

Sebastian decidió compartir con su jefe lo que se le había pasado por la cabeza en cuanto éste le había comunicado que su escondite ya no era secreto.

—Se pueden venir conmigo a mi casa. —Torkel no respondió enseguida. Sebastian interpretó su silencio como una resistencia inicial a la idea—. Tengo espacio de sobra, tendrán su propio cuarto y nadie, salvo tú, yo y el equipo, tiene por qué saber dónde están.

Muy en el fondo, Torkel sabía que debía negarse, que no lo iba a tolerar, que la propuesta era terrible y que iba en contra de todas las normas establecidas. Lo malo era que tampoco le parecía una idea descabellada. En absoluto.

Más bien al contrario.

La niña parecía haberse encariñado con Sebastian, y Torkel estaba convencido de que eso podía hacerle bien. A fin de cuentas, se trataba de una pequeña traumatizada y ése era su campo de especialización. No se fiaba de él en muchísimas cosas, pero, en lo tocante a Nicole, confiaba plenamente en su criterio. Tenían un problema urgente y Sebastian le había ofrecido una

solución que podía funcionar y, como poco, darles un respiro.

—Os mandaré un coche —dijo—. ¿Cuánto tiempo necesitáis para prepararos?

—¡Guau, esto es enorme!

A Sebastian lo sobresaltaron las palabras de Maria. Tras recoger sus prendas de abrigo y decirles que echaran un vistazo y se sintieran como en casa, sus ojos se habían quedado clavados en aquel punto de la pared del pasillo.

Otra vez.

Ya hacía unos cuantos días, pero ¿de verdad pensaba que había terminado?

¿Que lo habría olvidado?

¿Que podría entrar en su apartamento sin pensar que vería restos de color rojo, que percibiría el olor fuertemente metálico de la sangre?

Sí, probablemente, sí, se dijo. En realidad, había pensado que la compañía, la presencia de otros seres vivos, disiparía los recuerdos y, de algún modo, purificaría el hogar en el que cada vez le costaba más vivir. Era evidente que no había funcionado.

Aún no, por lo menos.

Se apartó de la pared y vio a Maria en el salón, con Nicole abrazada a su cintura.

—Perdona, ¿qué decías?

—Que este apartamento es enorme.

—Sí. Sí lo es.

Sebastian cogió una percha y colgó el abrigo de Maria.

—¿Vives aquí solo? —le preguntó Maria, y Nicole y ella enfilaron el pasillo para ver el resto de la vivienda.

—Sí —respondió él mientras colgaba la cazadora de Nicole.

Maria se detuvo delante de la puerta pintada de blanco.

—¿Qué hay aquí?

—Ábrela y lo verás.

La mujer hizo lo que le decía.

—He pensado que ésta podría ser vuestra habitación —les dijo él acercándose.

—Es preciosa.

Sebastian echó un vistazo y cayó en la cuenta de que Maria tenía razón. Era preciosa, aunque un poco estrecha. Lily había insistido en que tuvieran

una habitación de invitados y la había decorado con una sola visita carísima a una subasta de Norrtälje. Papel pintado azul claro, una elegante cómoda rococó de color blanco y un escritorio en una pared. Retratos en blanco y negro en marcos negros. Cortinas blancas. Debajo de la ventana, una cama ancha con un pesado armazón de hierro forjado. Todo de la misma propiedad, hasta las fotografías. No tenían ni idea de quiénes eran esas personas que un buen día se habían puesto guapas y habían posado para un fotógrafo, pero a Lily le había parecido que debían quedarse con el resto de los muebles. Cosas bonitas que conjuntaban a la perfección, pero necesitaban una presencia viva para ser algo más que una habitación preciosa, para formar parte de un hogar.

—¿Os parece bien compartir la cama o meto otro colchón?

—Nos parece estupendo —le aseguró Maria—. Muchas gracias por... por todo lo que has hecho. Te lo agradezco de verdad.

Él no respondió enseguida. Se dio cuenta de lo poco acostumbrado que estaba a recibir cumplidos. Se le daba bien hacerlos, mecánicamente y sin una pizca de sinceridad, pero hacía mucho tiempo que no le mostraban verdadero agradecimiento. Probablemente fuese culpa suya, pero aun así... sentaba bien.

—De nada —dijo con sinceridad mirándola a los ojos—. Encantado de ayudar.

—Gracias de todas formas. No sé qué habríamos hecho sin ti.

Se hizo otro breve silencio, luego Sebastian inspiró hondo y retrocedió.

—No tengo de nada en casa, así que voy a salir a hacer la compra mientras os instaláis —dijo un poco más alto, rompiendo hábilmente el momento de intimidad que se había creado entre los dos al tiempo que señalaba vagamente con el pulgar hacia la puerta de entrada del apartamento—. Cuando vuelva, a lo mejor Nicole y yo podemos charlar un rato. —Se volvió hacia la niña, que estudiaba las fotografías de la cómoda—. ¿Qué te parece?

Nicole se giró y lo miró. Entonces asintió levemente con la cabeza. Fue un gesto minúsculo, uno de esos momentos que uno se pierde si pestañea, pero estuvo ahí. Una reacción. La puerta de su prisión autoimpuesta se había abierto, una rendija.

Sebastian le sonrió cariñoso y, por primera vez desde esa noche, no miró la pared del vestíbulo al salir del apartamento unos minutos después.

Ove Hanson era un hombre inmenso.

Torkel lo había visto en el pasillo cuando los agentes uniformados lo conducían a una de las salas de interrogatorios. Rondaba los dos metros y, si lo subían a una báscula, estaba seguro de que pasaría de los ciento cuarenta kilos. Quizá más. Por encima del cuello de la camiseta, asomaba una serie de tatuajes. Pendientes. Manos gigantes con tatuajes en el dorso, y una barba negra desaliñada que completaba la típica imagen del matón en potencia. Sabía que no estaba bien juzgar a las personas por su apariencia, pero no le costó imaginar a Ove Hanson paseándose por la casa de los Carlsten con una escopeta.

Erik asomó la cabeza por la puerta e interrumpió sus pensamientos.

—Han metido a Ove Hanson en la sala uno.

—Gracias. ¿Esperamos algún representante legal?

Erik negó con la cabeza.

—No quiere uno.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Torkel mientras recogía la transcripción impresa del primer interrogatorio realizado a Hanson, que había estado leyendo.

—Le he dicho que queríamos hablar con él en relación con los asesinatos de los Carlsten.

—¿Y aun así no quiere abogado?

Erik negó de nuevo y desapareció. Torkel miró el reloj. Mientras esperaba a Vanja, le daba tiempo a coger un café. Al llegar esa mañana, había visto a un técnico de mantenimiento manipulando la máquina, así que, con un poco de suerte, podría sacar una bebida caliente.

Vanja dejó que el agua fría le corriera por la cara mientras estudiaba su reflejo en el espejo.

Ojeras. Dormía mal últimamente. Se despertaba una hora después de quedarse dormida, luego se quedaba adormilada un rato y volvía a despertarse. No sabía por qué; no se sentía nerviosa cuando despertaba, no había pensamientos conscientes ni problemas sin resolver que demandaran su atención.

No podía dormir, nada más.

La noche anterior había soñado que paseaba con Valdemar —ya ni siquiera lo llamaba papá en sueños— por Djurgården. Se detenían junto a aquel lago que ella nunca había sabido cómo se llamaba, en cuyos árboles anidaban las garzas. Hablaban. De todo, como solían hacerlo. Cuando él era el hombre más importante de su vida.

Antes de las mentiras que lo habían destrozado todo...

En el sueño, él le pasaba el brazo por los hombros mientras paseaban por la orilla y ella notaba el calor de su mano a través de la fina cazadora. Se sentía a salvo. Querida.

Había sido una sensación agradable.

En el sueño.

Suspirando irritada, arrancó dos trozos de papel del expendedor de la pared y se secó la cara. Jamás pensó que fuese a reconocerlo, sobre todo después de lo ocurrido en los últimos meses, pero echaba de menos a Sebastian. Se llevaba bien con Torkel o Billy, pero, si alguna vez hablaba con alguien de la forma en que Valdemar y Anna la habían traicionado, ese alguien sería Sebastian.

Raro, pero cierto.

No le gustaba.

Ni siquiera confiaba en él.

Pero las veces que había abrigado la idea de contárselo a alguien, de soltarlo todo en lugar de cargar con ese peso ella sola, había sido Sebastian quien le venía a la cabeza.

Sin embargo, en esos momentos estaba en Estocolmo, y ella tenía que ocuparse de un interrogatorio. Tiró el papel mojado al cubo y, después de mirarse por última vez al espejo, fue en busca de Torkel.

—Ésta es Vanja Lithner, yo soy Torkel Höglund y somos de Riksmord.

Ove Hanson se limitó a mover la cabeza afirmativamente mientras Vanja y Torkel se sentaban enfrente de él. Vanja pulsó el botón de grabación de la pequeña grabadora que tenía al lado y señaló la fecha, la hora y los nombres de los presentes, luego miró a Torkel para ver si quería empezar él. Y quiso.

—Hábleme de los Carlsten —dijo inclinándose hacia delante con las manos cruzadas sobre la mesa.

—¿Qué quieren que les cuente de ellos? —respondió Hanson con una voz suave y asombrosamente bien modulada que no parecía acompañar a su cuerpo enorme y casi brutal—. No me caían bien, me denunciaron por una bobada. Pero yo no los maté.

—¿Por qué lo denunciaron?

—Vendía una pintura antiincrustante que no se puede usar por razones medioambientales —respondió Hanson con paciencia. Por cómo miró a Torkel, quedó claro que sabía perfectamente que estaba al tanto de ese dato—. Pero venderla no es ilegal —concluyó mirando a la cara a ambos interrogadores.

Vanja abrió su carpeta y echó un vistazo al contenido, sólo por mantener las apariencias. Ya había memorizado el interrogatorio previo a Hanson, pero daba un peso adicional a las preguntas si el interrogado pensaba que se basaban en hechos documentados.

—No tiene coartada para el día de los asesinatos —sentenció mirándolo a aquellos ojos pardos ocultos bajo unas cejas pobladas.

—Tengo coartada para algunos momentos del día —dijo él con serenidad, sosteniéndole la mirada—. Si no recuerdo mal, tampoco ustedes sabían con certeza cuándo habían tenido lugar los asesinatos.

Y era cierto. Ove Hanson les había proporcionado un informe bastante detallado de lo que había hecho el miércoles. Había algunos momentos en los que nadie podía corroborar su historia, pero, como ellos no sabían la hora exacta de la muerte de las víctimas, no habían podido asociar esos momentos a los asesinatos.

Vanja lo dejó correr, cambió de estrategia.

—¿Qué estuvo haciendo el sábado entre las nueve y las once?

—¿Este último sábado, anteayer?

—Sí.

—¿Entre las nueve y las once de la mañana?

—Sí.

—Supongo que estaba en la tienda. Los sábados abrimos a las diez.

—¿«Supone» que estaba en la tienda? —terció Torkel.

—Estaba en la tienda —se corrigió Ove mirando hastiado al inspector.

—¿Estaba solo? —quiso saber Vanja.

—Abro solo, luego siempre estamos dos desde la hora del almuerzo hasta la de cierre, a las cuatro.

—Entonces ¿estaba solo en la tienda el sábado por la mañana?

—Sí.

—¿Tuvo algún cliente? ¿Lo vio alguien allí?

—¿Qué ocurrió el sábado?

Torkel y Vanja se miraron. Él le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Vanja volvió a consultar la carpeta como si buscara datos con los que hacer frente a Ove, pero, en ese caso, no los había. Sólo conjeturas. Pruebas circunstanciales, a lo sumo.

—Alguien vio su coche en los alrededores de la cueva del Oso, donde después encontramos a Nicole Carlsten —mintió Vanja descaradamente.

La verdad era que se había visto cerca de la cueva un vehículo que podría ser el de Ove Hanson, pero la verdad no les servía de nada en aquellas circunstancias.

—¿La niña que estaba en la casa? —preguntó Ove visiblemente sorprendido—. Yo no estuve ni siquiera cerca de la cueva el sábado —prosiguió al ver que ninguno de los dos reaccionaba a su pregunta.

—¿Y cómo explica que su coche estuviese allí? —inquirió Vanja cerrando despacio la carpeta.

—No estaba.

—¿Seguro? ¿No se lo prestaría a alguien? ¿Podría haberle quitado alguien las llaves sin que se enterara? —dijo Torkel haciendo un gesto que parecía indicar que cosas más raras se habían visto.

Vanja esperó. La tensión era insoportable. Si era el coche de Ove el que el testigo había visto en el bosque y Ove lo había dejado allí, Torkel le estaba dando la oportunidad de justificar su presencia allí sin reconocer una implicación personal. Al menos de ese modo confirmarían que iban por el buen camino y después sólo tendrían que dejar al descubierto la mentira.

—No. Me lo llevé al trabajo por la mañana y nadie lo condujo en todo el día.

Vanja exhaló, muy decepcionada. Ove no había mordido el anzuelo, y ella no había detectado falsedad en su voz; hastío, en todo caso. Le daba la sensación de que a Ove Hanson lo habían interrogado y acusado en múltiples ocasiones a lo largo de los años, sólo por su tamaño y su aspecto amedrentador. Hizo un último intento.

—Entonces ¿no puede explicar cómo terminó su coche en las proximidades de la cueva del Oso el sábado?

—No estaba allí —declaró Hanson con rotundidad.

Torkel y Vanja se miraron de nuevo y guardaron silencio. A la mayoría

de los suecos no les gusta el silencio. Sienten la necesidad de llenarlo. En ocasiones, esa táctica daba resultados porque el interrogado se enredaba con explicaciones e hipótesis que la policía ni siquiera le había pedido. En apenas unos segundos, se demostró que ése podía ser el caso de Ove Hanson, que se revolvió incómodo en el asiento y suspiró hondo.

—¿Qué matrícula tenía el coche que vieron allí?

Otra mirada. Nada de explicaciones. Nada de hipótesis que pudieran ayudarlos. Una pregunta.

Tenían tres opciones.

Mentir: sabían la matrícula del coche de Ove.

Ignorar la pregunta descaradamente.

Decir la verdad: no sabían la matrícula del coche que el testigo había visto.

Vanja prefirió que decidiera Torkel.

—Escúcheme con atención —le dijo con un suspiro que indicaba que se le estaba agotando la paciencia—: Usted es parte de esta investigación porque tenía un móvil.

Opción dos, observó Vanja.

—¿Una denuncia que no prosperó? Eso no es un móvil. —Ove se inclinó hacia delante—. Conozco a varias personas que tienen más motivo que yo. Un millón de veces más.

Había llegado el momento de abordar con mayor determinación el asunto.

No le gustaba la idea, pero llevaba despierto desde el amanecer y no se le ocurría una solución alternativa. Aún se enfurecía al pensar en lo cerca que había estado de lograrlo en la cueva. De haber llegado allí cinco minutos antes, la niña ya no sería un problema. Se encontraba ahí mismo, en el pequeño recoveco del interior de la grieta.

Estaba en lo cierto.

En el sitio correcto.

Pero en el momento equivocado.

Ni siquiera habría necesitado cinco minutos, con tres le habría bastado. O dos. Y todas sus preocupaciones se habrían terminado.

Por un instante, había pensado en dispararles a los dos, a la niña y al policía fondón, o quien fuera, que se había sentado a hablar con ella y la había convencido de que saliera de su escondite. Matarlos habría sido fácil, pero ¿cómo habría escapado? La cueva habría amplificado los disparos y se habrían oído fuera. La zona estaba atestada de policías. Podría haber salido corriendo en la otra dirección, hacia la oscuridad, haberse adentrado en las cuevas, pero nadie sabía si había salida. Estaba atrapado.

Por eso se había visto obligado a dejarlos marchar. A verlos desaparecer. Y luego lo del hospital.

Tendría que haber sido sencillo, pero no la encontraba.

Hasta el momento, había sido proactivo, pero, cuando se levantó y fue a la cocina a servirse un café, cayó en la cuenta de la verdad: había estado muy cerca dos veces y las dos veces se le había escapado. No habría una tercera oportunidad. Ahora sería imposible llegar a ella.

La niña estaba viva. Según los periódicos, no hablaba. De eso no cabía duda; de lo contrario, la policía ya habría ido a buscarlo.

Porque ella tenía que haberlo visto, ¿no?

Daba por supuesto que sí, así que ¿qué podía hacer ahora? Asegurarse de que había el menor número posible de pruebas forenses para cuando la niña decidiera contarle a la policía lo que había presenciado, si es que ella al fin decidía hacerlo. No debía haber nada en su casa que lo relacionara con los crímenes.

Creía haberse encargado ya de todo. Había elegido rutas que no cubrían

las cámaras de seguridad cuando había ido y vuelto del hospital, había aparcado lo suficientemente lejos para que cualquiera que reparara en su coche y lo identificara no pudiese establecer la relación —igual que había hecho en la cueva del Oso— y había entrado en el hospital por una puerta trasera sin cámaras de seguridad cerca.

Estaba casi convencido de que nadie podría demostrar que había estado en ninguno de los dos sitios.

La escopeta que había utilizado en la casa de los Carlsten se la había devuelto a Jan Ceder. Había cambiado los neumáticos en Filipstad para que nadie relacionase con él las posibles huellas.

¿Qué más?

Tenía que pensar.

Abrió un cajón y sacó una libretita y un bolígrafo. Era importante que fuese concienzudo. Que no se le olvidase nada. Que lo anotara todo meticulosamente. Se sentó a la mesa de la cocina, se terminó el café y se puso a escribir.

Quemar la ropa que llevaba en la casa de los Carlsten.

Quemar la ropa de la cueva.

Quemar las botas.

Eso le costaba. Le encantaban esas botas. Además, estaban casi nuevas. Pero uno hace lo que debe hacer.

Limpiar el maletero del coche.

Había leído una vez que la limpieza a vapor era la mejor forma de deshacerse de las manchas. Pero ¿era necesario? ¿Habría dejado rastro la escopeta de Ceder? No había nada raro en tener armas en casa; tenía licencia para varias. Lo dejó en la lista, pero le puso una interrogación al final.

Mínima prioridad.

¿Qué más podría suponerle la ruina?

La escopeta, el coche, la ropa, las botas... No se le ocurría nada más.

«Quemar la lista», añadió, luego dejó la libreta en la mesa y subió a cambiarse para empezar el día en condiciones.

Vio el ordenador al pasar por delante de la puerta del despacho, pero decidió enseguida no sacarlo del modo de reposo. Si lo hacía, terminaría pasando allí delante, absorto, una hora o más. Sin embargo, le había resultado

valiosísimo a la hora de averiguar cómo iba la investigación de los crímenes que había cometido. La prensa sensacionalista estaba muy bien informada.

Se dijo que era por su bien y que sólo echaría un vistazo a los sitios web que tenía en Favoritos. Nada más. De un par de zancadas, se plantó delante del ordenador y movió el ratón para reactivarlo. Se inclinó hacia delante. Ni siquiera se iba a sentar; no tardaría más que un segundo. Hizo clic en la página del *Expressen*. Su conexión de banda ancha no era mala y enseguida se actualizó el sitio web.

Se sentó.

AQUÍ ES DONDE SE ESCONDE

En mayúsculas.

Seguido de un subtítulo igual de llamativo:

Sobrevivió a la casa de los horrores

Leyó el artículo entero con interés, examinando detenidamente la imagen granulada del óvalo pálido en la ventana.

La niña que había escapado.

Tendría que añadir algo a la lista de la mesa de la cocina:

Ir a Farsta.

Había tardado más de lo previsto en hacer la compra, más que nada porque no estaba acostumbrado a comprar para otras personas. Lo cierto era que, cuando Ellinor había vivido con él, había dejado de ir solamente al 7-Eleven y al Östermalm Food Hall, pero aquello era distinto. Estaba comprando para una niña y su madre, y no sabía por dónde empezar. ¿Qué le gustaba a una niña de diez años? Se inclinó por los packs de yogur de frutas y cereales de colores vivos, luego añadió un pan cortado en rebanadas, mantequilla, paté, queso en crema, jamón ahumado, leche, batido de chocolate O'Boy y zumo de naranja. Con eso tenía resuelto el desayuno; después, el almuerzo y la cena. Había muchas cosas en las estanterías y no saber si cocinaría él o lo haría Maria no lo ayudaba. Nicole y su madre eran sus invitadas y se le haría raro soltar un montón de bolsas de la compra en la cocina y dar por supuesto que Maria haría algo con ellas. No era lo que esperaba, desde luego, pero

debía tener un plan B por si acaso.

Se acercó al pasillo de los congelados y cogió un montón de comidas preparadas y de helado, luego añadió puré instantáneo en polvo, salchichas, ketchup, gofres y crema. Cuando pasó por la caja, la cuenta ascendía a casi mil quinientas coronas, y volvió a casa con cuatro pesadas bolsas.

Atajó por Östermalmstorg. Las asas de las bolsas de plástico se le clavaban en las palmas de las manos, pero se sentía optimista, inspirado. Alguien lo esperaba en casa.

Dos personas que lo necesitaban.

Mientras avanzaba, miró a todos los que lo rodeaban, que iban corriendo a casa, quizá, o a reunirse con alguien en algún lado, y de pronto se sintió parte de ello. No eran sólo cuerpos en movimiento; todos tenían un destino.

De modo que eso era sentirse necesitado. Que la vida tuviese un sentido. Se dejó llevar y apretó el paso. Iba a casa.

Cinco minutos más tarde enfiló Grev Magnigatan, luego se detuvo y dejó las bolsas en el suelo. Le dolían las manos. Alzó la vista al apartamento y cayó en la cuenta de que no había pensado en el omnipresente olor a desinfectante del vestíbulo, ni había experimentado ninguna reticencia a volver. Al contrario: por primera vez en muchísimo tiempo, ansiaba abrir la puerta nueva de su casa.

Detectó movimiento en una de las ventanas del salón. La carita pálida apenas se adivinaba al otro lado del cristal. Nicole. Lo había visto. Se acercó más, seguramente para verlo mejor. Eso lo preocupó. Tendría que apartarse de las ventanas. No quiso alentarla, así que se hizo el loco. Al mismo tiempo, sintió una súbita energía en las piernas y apenas notó el dolor de las manos.

No sólo lo necesitaban.

Alguien estaba deseando verlo.

—Asegúrate de que Nicole no se acerca a las ventanas —ordenó Sebastian cuando entró y dejó las bolsas en el vestíbulo.

—No la he dejado sola más que un segundo —oyó que decía Maria desde la cocina y, al poco, entró corriendo en el salón con un filtro de Melitta en la mano—. ¡Nicole! ¡Apártate de ahí! —le gritó casi furiosa.

Sebastian oyó a la niña agacharse de golpe. Le pareció que iba descalza y ese pequeño detalle lo complació. Si uno iba descalzo, era porque estaba a gusto, se dijo. Como en casa.

Dejó las bolsas en el vestíbulo y entró también en el salón. Nicole estaba al lado de su madre. Uno de los antiquísimos sillones que había a su espalda estaba de cara a la ventana, así que seguramente se había subido a él para mirar por ella. Pasó por delante de la niña y corrió efusivamente las pesadas cortinas verdes. Las había colgado Ellinor y, al principio, a él le habían parecido una cursilada innecesaria, pero, con el tiempo, había llegado a apreciar ese elemento que lo aislaba tan eficazmente del mundo exterior.

—No lo vuelvas a hacer, ¿vale? —le dijo procurando sonar amable pero firme—. He traído un montón de comida... No sabía lo que os gustaba.

Lo siguieron al vestíbulo y Maria cogió dos de las bolsas.

—Qué bien —respondió sonriente, dirigiéndose a la cocina—. ¡Me muero de hambre!

Soltó las bolsas en la mesa y empezó a sacar las cosas. Sebastian cogió las otras dos e hizo lo mismo.

—¡Mira, Nicole, O'Boy! Espaguetis. Albóndigas. ¿A que es genial? — Llegó a tres cajas rojas de comida congelada que no la complacieron tanto—. ¿Estofado de ternera? Se nota que no has tenido niños —dijo fingiéndose escéptica.

Era evidente que estaba disfrutando de la normalidad de la situación, de la trivialidad de la conversación, algo lógico después de la tensión de los últimos días.

—No, nunca.

La mentira le salió sin querer. Jamás hablaba de Sabine ni de Lily. A las mujeres solía interesarles el tema, y siempre querían saber más. Querían saber qué había ocurrido y, cuando se enteraban, se empeñaban en hablar de lo terrible que debía de haber sido. Sin embargo, con Maria no sentía esa misma presión emocional. Quizá hasta podría contarle la verdad. Pero no en ese momento.

—He traído helado y gofres por si os apetece —dijo cambiando de tema.

—Nos encantan los gofres, ¿verdad, cariño?

—En ese caso, sólo me queda encontrar la gofrera —espetó Sebastian preguntándose dónde buscar.

Le parecía haber visto una gofrera por allí hacía tiempo. Ni siquiera recordaba haberla utilizado, pero la había visto, seguro. Se arrodilló y empezó por el armarito de la derecha de los fogones. Ahí era donde solían guardarse los utensilios de cocina de mayor tamaño, ¿no? Al menos así lo hacía su madre y, si él había guardado una gofrera en algún lado, seguramente su

subconsciente lo habría llevado a meterla allí. Abrió la puerta y vio tres estantes donde había una batidora y varios cazos y sartenes grandes. ¿De dónde habían salido todas esas cosas? Quizá algunas fueran de Ellinor, pero no todas. ¿Lily? Pero no habían pasado mucho tiempo allí. Habían vivido sobre todo en Colonia. A su espalda oyó que Maria seguía vaciando las bolsas de la compra, hablándole a Nicole, que estaba sentada a la mesa, sacando dulces, galletas, helado y fruta. Parecía divertirse. Por lo menos, participaba con los ojos. El ambiente era bueno. Pasó al siguiente armarito. Detrás de un juego de *fondue* que no recordaba en absoluto, vio un cable tan antiguo que tenía un recubrimiento de tela. Tiró y allí estaba, por fin: la gofrera. Era un artilugio aparatoso de baquelita que parecía antiquísimo. Entonces recordó de dónde había salido: de casa de su tío. Cuando había muerto, Sebastian había rellenado varias cajas, más que nada para fastidiar a su padre, que se proponía llevárselo todo. La pregunta era si funcionaba. La plantó en el escurrerplatos y se volvió hacia Maria. Estaba a punto de decir algo cuando el sonido de un móvil surcó el apartamento.

—Es el mío, lo he encendido para ver los mensajes —dijo Maria sacándose el teléfono del bolsillo y mirando la pantalla—. No me suena el número. —Sebastian sintió una punzada de angustia—. ¿Contesto? —añadió acercándose a él.

Sebastian titubeó un instante.

—Vale, pero no digas dónde estás. Eso es lo más importante.

Maria deslizó el dedo por la pantalla.

—¿Diga? Sí, soy yo. —Sebastian oía la voz de un hombre al otro lado de la línea, pero no distinguía lo que decía—. Sí, eso es. —Maria parecía sorprendida. No asustada, ni angustiada, y eso lo tranquilizó: al menos la conversación no era amenazadora. Sintió curiosidad, eso sí, sobre todo cuando ella se molestó de pronto—. No puedo pensar en eso ahora mismo. —De repente, estaba furiosa—. ¡No, no sé qué le hace pensar que su llamada es oportuna!

Colgó y miró a Sebastian, furibunda.

—¿Algún periodista? Pueden ser muy desconsiderados —dijo, y le dieron ganas de pasarle el brazo por los hombros para consolarla.

—Un abogado que quería saber si me interesa vender la casa.

—¿Qué casa?

—La de mi hermana.

Sebastian no acababa de entender lo que decía.

—¿Alguien quiere comprar la casa de tu hermana? ¿Apenas unos días después de que la familia entera fuera asesinada en ella?

—Sí, no sé qué empresa. Filbo, creo que me ha dicho. ¡Cabrones desconsiderados!

Sebastián extendió la mano. Esto significaba algo, estaba seguro de ello. Tenía que averiguar exactamente qué.

—¿Me prestas tu teléfono? —le pidió él tendiéndole la mano. —Aquello significaba algo, estaba convencido. Debía averiguar qué podía ser. Maria se lo pasó y él se dio cuenta enseguida de que no controlaba una tecnología tan avanzada—. ¿Cómo encuentro la última llamada entrante? —le preguntó devolviéndoselo.

Dos clics, deslizar un dedo, y allí estaba.

08.

Un número de Estocolmo.

Una voz de hombre contestó al segundo tono de llamada.

—Lex Legali, Rickard Häger.

Reconoció la voz grave. Era el mismo individuo que había hablado con Maria.

Sebastian entró en su despacho y cerró la puerta. Había procurado no preocupar demasiado a Maria, pero sospechaba que su sombría conversación con Rickard Häger no le había resultado muy tranquilizadora. Había hecho todo lo posible por mantener la profesionalidad, pero Häger había eludido muy hábilmente todas sus preguntas. Entonces le había pasado el teléfono a Maria para que lo autorizara a hablar del asunto con una tercera persona, pero, al ver que tampoco eso funcionaba, lo había amenazado con una investigación policial a gran escala, y con eso sí había conseguido una respuesta.

Häger representaba a Filbo Sweden AB, filial de FilboCorp Ltd., una compañía minera que cotizaba en la bolsa de Toronto. Se disculpó por haber hecho su consulta cuando la tragedia aún estaba tan reciente, pero su cliente quería manifestar su interés por la finca lo antes posible. Si estaba bien informado, Maria era ya la única propietaria y, para él, era completamente normal ponerse en contacto con la persona que ostentaba ese título.

Eran negocios.

Sebastian había querido sonsacarle más información: ¿había hablado

Häger de un posible acuerdo con la hermana de Maria?

Häger se negó a contestar.

Sebastian había vuelto a amenazarlo, tanto con sus compañeros como con la prensa, pero no había conseguido nada. Rickard Häger era, sin duda, un abogado muy cualificado.

Pero iba a tener que enfrentarse a un equipo de Riksmord también muy cualificado. Su única duda era cómo lograría que a Torkel le interesara esa pista y no la descartara sin más.

Probablemente era preferible que le dijera la verdad. A Torkel debía de frustrarlo la aparente ausencia de móvil hasta la fecha y la llamada de Lex Legali era la mejor posibilidad que se les había presentado.

Puede que otras personas estuvieran interesadas en la parcela de los Carlsten.

Puede que FilboCorp estuviese ocultando algo.

Era hora de llamar a Torkel.

La salita de la comisaría de Torsby no tenía proyector en el techo, así que Billy fue girando su portátil para que todos vieran la imagen de la pantalla. Tres piquetas que Torkel asociaba con América y la fiebre del oro del siglo XIX dispuestas en forma de triángulo, con una F y una C en verde dentro. Seguramente, el color indicaba compromiso con el medio ambiente. Encima de eso había una rueda dentada transparente, o algo parecido.

—FilboCorp —dijo Billy—. Una compañía minera canadiense. Fundada en 1918, con sucursales en todo el mundo. El principal accionista es John Filbo, nieto de Edwin Filbo, fundador de la compañía.

—Menos historia, más información actual —pidió Torkel agitando una mano en señal de impaciencia.

—Ahora mismo tienen dos proyectos en Suecia: una mina de cobre y pirrotina cerca de Røjträsk, al norte de Sorsele, y otra mina en Kurravaara, a las afueras de Kiruna —prosiguió Billy inclinándose hacia delante para mostrarles un mapa con dos puntos rojos.

Menos mal, se dijo Vanja. Ella habría situado Kiruna en el lugar correcto, por el norte, en medio de la nada. De Sorsele no tenía ni idea. Por no hablar de Røjträsk y el otro sitio cuyo nombre ya ni siquiera recordaba.

El móvil de Torkel empezó a vibrar, y él miró la pantalla. Sebastian.

—Tengo que contestar —indicó, luego cogió el móvil de la mesa y salió de la habitación—. Estoy en plena reunión —fue lo primero que dijo nada más descolgar—. ¿Es importante?

—Un abogado acaba de llamar a Maria. Una compañía minera quiere comprarle la casa de su hermana en Torsby.

—FilboCorp... Sí, ya los estamos investigando.

Casi oyó cómo se desinflaba Sebastian. Sin duda, pensaba que les iba a proporcionar una información de vital importancia, un gran paso adelante en la investigación que sería mérito suyo, pero ellos ya disponían de ese dato. Probablemente, fuera indicativo de la relación que mantenían en ese momento, pero no pudo evitar el regocijo que le produjo la decepción de su compañero.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Sebastian.

—Aún no lo sabemos, pero, según Ove Hanson, FilboCorp quería abrir una mina en la zona donde vivían los Carlsten, pero ellos se negaron a

venderles su parcela.

—¿Es eso motivo de asesinato?

—Estamos hablando de una barbaridad de dinero.

Con esa respuesta le bastaba. El amor, los celos y a veces las disputas por la custodia solían ser los móviles más corrientes, pero el dinero también era uno de los principales. La avaricia era sin duda el pecado capital que más víctimas se cobraba. Una ingente cantidad de dinero al alcance de la mano podía llevar a determinadas personas a cruzar los límites de la ley.

—Escucha, si no hay nada más... —dijo Torkel asomándose a la sala donde Vanja, Erik y Billy lo esperaban.

—No, sólo quería comentarte la llamada.

—Gracias. —El inspector vaciló, luego decidió que los otros podían esperar un poco más—. ¿Cómo está Nicole?

—Bien... Todo va bien.

—Estupendo. ¿Me avisarás si te cuenta algo?

—¿Tú qué crees?

Torkel estaba a punto de replicar cuando se dio cuenta de que la calidad de la llamada había variado. Había menos ruido de fondo. Más silencio. Sebastian había colgado. Suspiró y volvió con sus compañeros.

—Con la mina de Kurravaara —continuó Billy pasando por alto la breve interrupción—, ocurrió algo parecido.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, he dicho parecido, pero... —Billy giró el portátil y, tras unos clics, encontró lo que buscaba. Leyó de la pantalla—: Un tal Matti Pejok se opuso a la propuesta y se negó a vender su parcela. Se opuso a todas las iniciativas y consiguió que la prensa respaldara su enfrentamiento a FilboCorp.

—¿Como los Carlsten, quizá? —inquirió Torkel, mirando a Erik para asegurarse de que comprendía de qué forma podía haberse manifestado la oposición a la apertura de la mina.

Erik asintió.

—Después de causar problemas durante más de dos años, Matti Pejok desapareció —añadió Billy mirando a los otros por encima de la pantalla.

—¿Lo mataron? —preguntó Vanja.

Billy negó con la cabeza.

—Desapareció. La compañía minera dispone de la documentación que prueba que les vendió su parcela, pero su hermano Per está convencido de

que la firma es falsa.

Torkel digirió la nueva información en silencio.

Era evidente que debían investigar con detenimiento a FilboCorp, pero, de momento, nadie de la empresa sabía que figuraban como sospechosos de un caso de asesinato en Värmland. Una multinacional de la minería.

No se hacía ilusiones, habrían de enfrentarse a escurridizos asesores legales corporativos, pero cuantos más datos tuvieran para empezar, más le costaría a FilboCorp obstaculizar la investigación.

Debían saber más. Mucho más.

Pensó que su compañero de Torsby podría echarles una mano.

—¿Qué sabe de minería?

Pia puso cuatro tazas de café en la mesa. Si sentía alguna animosidad hacia Torkel después de su primer encuentro, lo disimulaba muy bien. Estaba siendo de lo más agradable.

Torkel y Vanja estaban sentados en el sofá, Billy en el sillón del rincón del espacioso despacho de la presidenta del concejo en la segunda planta del consistorio. Pia se acercó una silla con ruedas y se sentó frente al sofá. Erik se quedó de pie.

Vanja echó un vistazo por la estancia. Una enorme alfombra persa bajo el escritorio y delante de éste. Papel pintado verde que daba al despacho cierto aire de seriedad. Le recordaba a los salones de algún viejo castillo. Dos grandes ventanales con cortinas verdes. Obras de arte en pesados marcos, que supuso que estaban siempre ahí independientemente de quién ocupase el despacho. En la pared de detrás del escritorio había objetos más personales: una fotografía firmada de Pia con Göran Persson, el antiguo primer ministro, y otra con el entrenador de fútbol Seven-Göran Eriksson. Un artículo enmarcado del *Sport-Expressen* sobre el túnel de esquí. Más fotografías de apretones de manos, sonrisas directas a la cámara. Un dibujo infantil descolorido por el sol donde aún podía leerse con letra destartalada la frase «A la mejor mamá del mundo». Vanja no era experta en diseño de interiores —en su piso regía una estricta jerarquía según la cual la funcionalidad siempre se anteponía a la estética o los toques personales—, pero le daba la impresión de que aquel despacho rezumaba una mezcla de narcisismo y poder. Claro que Pia era política, y no se podía esperar otra cosa.

—La verdad es que nada —respondió Torkel a la pregunta inicial de Pia.

Se inclinó hacia delante y dio un sorbo a su café, que estaba mucho más caliente que el líquido que salía de la máquina de la comisaría, aun después de que, en teoría, la hubieran arreglado. Así era como debía tomarse el café.

—Hace unos años tampoco yo sabía nada, pero he tenido que aprender. Poner en marcha una mina no es tarea sencilla, permítame que le diga. ¿Leche?

Les ofreció una jarrita blanca. Torkel y Vanja negaron con la cabeza, pero Billy aceptó. Torkel observó que la presidenta no había traído café para su marido. Seguramente sabría que no quería uno, o sencillamente había decidido que ya había ingerido suficiente cafeína por un día. A juzgar por lo que había visto de la pareja hasta la fecha, sería eso último.

—¿Cuánto tiempo hace que FilboCorp está interesada en esta zona? —preguntó el inspector.

—A ver, ¿cuándo les concedieron el permiso de prospección...? —Pia miró a su marido en busca de ayuda—. Hace seis o siete años, a lo mejor —prosiguió, y Erik asintió con la cabeza—. El proyecto lleva congelado unos dos años, por eso ni se me pasó por la cabeza que pudiera tener algo que ver con lo de los Carlsten.

—Ni a mí —terció Erik—. En absoluto.

—¿De verdad han llamado a esa pobre mujer para comprarle la casa? —indagó Pia indignada, como si fuese una ofensa personal.

—Así es.

—Eso es de muy mal gusto, debo decir. —Pia negó con la cabeza exquisitamente peinada—. De pésimo gusto, la verdad.

Una vez más, Erik coincidió con ella, y Torkel no vio la necesidad de ahondar más en el asunto.

—FilboCorp —dijo retomando el asunto que los ocupaba.

—Sí, solicitaron un permiso de exploración de los terrenos de ahí arriba hace unos ocho o nueve años.

—¿Qué es un permiso de exploración? —preguntó Vanja al tiempo que dejaba su taza en la mesa.

—Un permiso por el que la compañía puede investigar los terrenos con el fin de localizar los depósitos explotables en busca de determinados minerales —respondió Pia, y a Vanja le dio la impresión de que esa fórmula concreta se encontraba en algún documento oficial que ella había visto.

—¿Y eso lo pueden hacer, aunque no sean propietarios de las parcelas? —quiso saber Torkel.

—Sí; según la ley, se puede obtener permiso para realizar prospecciones en busca de minerales independientemente de quién sea el propietario de los terrenos. Pero eso no depende de nosotros. Hay un organismo nacional que toma esas decisiones.

—Entonces, a FilboCorp le concedieron uno de esos... —Torkel no recordaba el término correcto.

—Un permiso de exploración, sí. La Inspección Nacional de Minas de Suecia, el concejo municipal y el Tribunal Medioambiental aprobaron la solicitud.

—¿Y eso cuándo fue?

Billy tenía el portátil encima de las rodillas. Era su cometido agregar todos los datos a la cronología y quería asegurarse de que eran correctos.

—Hace seis o siete años, como digo. Puedo averiguar la fecha exacta si quieren.

—Por favor. Bien, entonces tenían el permiso... ¿Qué pasó después?

Torkel estaba impaciente por avanzar. Era consciente de que aquella nueva pista iba a implicar una cantidad considerable de trabajo. No tenían tiempo para estar tomando café en las oficinas del concejo.

—Antes de iniciar las obras, la persona o la empresa a la que se ha concedido el permiso debe presentar un programa donde se detalle el desarrollo de los trabajos. Éste se pasa a los propietarios de las parcelas, que entonces tienen la oportunidad de oponerse.

—Y eso fue precisamente lo que hicieron los Carlsten —señaló Torkel.

—Sí, pero eso no paralizó las obras. Se opusieron a todo, de forma que, al final, la compañía decidió simplemente desplazar la zona de prospección a los alrededores de su parcela.

—No entiendo —dijo Vanja—. ¿Cuándo decidieron dar carpetazo a la idea?

—Mucho después. Como les comentaba, poner en marcha una mina no es tarea sencilla —contestó Pia con una sonrisita que parecía indicar que ella había aprendido por las malas lo complicado que era y el tiempo que llevaba—. La exploración reveló que había depósitos suficientes para que mereciera la pena proceder, pero quedó claro que la veta principal corría por debajo de la parcela de los Carlsten. La compañía debía poder acceder a esa veta para satisfacer los beneficios comunitarios del proyecto y hacerlo viable económicamente.

—Así que se retiraron —dijo Vanja.

Como Torkel, ya había oído hablar bastante de minas. Pero Pia negó rotundamente con la cabeza, y supo que iba para largo.

—No, FilboCorp siguió adelante y consiguió el permiso que necesitaba para poner en marcha una nueva mina.

—¿Por qué hicieron eso si sabían que los Carlsten no darían su brazo a torcer? —preguntó Billy.

—Supongo que confiaban en que la situación se resolviera mientras se llevaba a cabo el proceso, querían tenerlo todo a punto para empezar enseguida si conseguían llegar a un acuerdo con los Carlsten. La Inspección de Minas les otorgó una concesión, un permiso sujeto a determinadas condiciones conforme a la legislación medioambiental, y el concejo aprobó el proyecto según el programa de obras original, de forma que lo único que les faltaba era adquirir los terrenos llegando a un acuerdo con los diversos propietarios.

—Pero los Carlsten siguieron negándose. —Torkel, Vanja y Billy casi dieron un respingo al oír la voz de Erik. Prácticamente habían olvidado que estaba ahí—. Se plantaron y dijeron que no.

Pia asintió.

—Sin su parcela, el proyecto no era viable económicamente. FilboCorp siguió intentándolo, pero, cuando empezaron a hablar de una orden de compra obligatoria, los Carlsten amenazaron con llevar el caso a la Comisión Europea y a otros organismos internacionales. FilboCorp tenía todas las de perder, pero, en cualquier caso, todo se habría eternizado, así que, sí, se retiraron hará unos dos años —dijo Pia extendiendo las manos como para indicar que su relato había finalizado.

Luego cogió su café, cuyo contenido debía de estar tan tibio como el brebaje de que disponían en la comisaría, pensó Torkel.

El inspector se recostó en el asiento y meditó lo que acababa de oír.

La compañía minera consigue el permiso y luz verde de todos los organismos políticos pertinentes para poner en marcha la mina. Una familia dice que no. La compañía pierde la oportunidad de obtener un beneficio económico considerable.

Móvil de asesinato en toda regla.

Y no se habían rendido. La llamada a Maria Carlsten demostraba que aún seguían interesadísimos.

Sin embargo, seguramente FilboCorp no era la única que había perdido dinero cuando el proyecto se había dejado en suspenso.

—¿Con cuántos propietarios tendría que haber llegado a un acuerdo la empresa? —preguntó Vanja cuando Torkel iba a hacer exactamente lo mismo.

—Con todos —contestó Pia encogiéndose de hombros, y dejando claro que eso lo tendrían que averiguar ellos.

—¿Y cuántos eran éstos?

—Cinco, incluidos los Carlsten.

—Necesitamos una lista de los otros cuatro, por favor.

Billy estaba de pie delante de la pizarra blanca preguntándose si debía tachar a los Carlsten de la lista. Estaban muertos y, por consiguiente, no tenían la misma relevancia para la investigación que los otros cuatro, pero eso ya lo sabían todos. Si los dejaba ahí, quedaría una lista más completa de los afectados por los planes de FilboCorp. Qué hacer, qué hacer.

Decidió dejarlos.

Se apartó un poco de la pizarra. Había actualizado la cronología con la información de las actividades de FilboCorp en la zona que constaba en la documentación que les había facilitado Pia Flodin. A la izquierda había escrito los nombres de los cinco propietarios y los datos que tenía de ellos. Además de los Carlsten, figuraban en la lista:

Hedén: Frank y su hijo, Hampus

Bengtsson: Gunilla y Kent

Torsson: Felix, Hannah y su hija Cornelia

Andrén: Stefan

Había añadido lo que ya sabían, más cualquier cosa que pudiera obtenerse fácilmente de diversas bases de datos. Erik les había hablado de Frank Hedén, un viudo con un hijo discapacitado. Había sido compañero de Pia y ahora era el guarda forestal de la zona. Tenía cáncer.

Torkel le había pasado lo que sabía de los Bengtsson y los Torsson, porque él había interrogado a ambas familias, aunque no había mucho que decir. Tendrían que ir a hablar con todos ellos de nuevo. En una tarde habían dejado de ser vecinos y posibles testigos para convertirse en posibles sospechosos.

No sabían prácticamente nada de Stefan Andrén. No habían hablado con él tras los asesinatos porque no vivía cerca de los Carlsten. De hecho, ni

siquiera vivía en Torsby. Era propietario de una parcela de bosque en la zona afectada, pero residía en Londres. Cuarenta y cinco años, soltero. Analista de riesgos en un banco de inversiones. Y eso era todo lo que tenían.

Llegó Torkel cargado con varias carpetas y, antes de que Billy pudiera decirle que había actualizado la cronología y preguntarle qué hacía a continuación, el inspector se le anticipó.

—Quiero que vayas a Kiruna —le dijo, y apartó una silla para sentarse.

Billy confiaba en haber oído mal. ¿Kiruna? Unos días en Torsby ya era bastante desagradable, pero ¿Kiruna? ¿En abril? ¿Ya tenían luz? Desde luego, la nieve no habría desaparecido.

—¿Para qué? —preguntó mostrando su reticencia en cada sílaba.

—Para que eches un vistazo de cerca a todo este asunto de FilboCorp —contestó su jefe sin dar muestras de haber percibido el desagrado de Billy.

—¿No vale con que lea todo lo que haya sobre el caso?

—Quiero que hables con el hermano de Matti Pejok y que eches un vistazo al contrato que supuestamente firmó.

—Sabes que hay unas cosas que se llaman escáneres, ¿verdad? —probó Billy de nuevo—. Y teléfonos, Skype...

—El escáner y el Skype no te permiten hablar con la gente cara a cara —replicó Torkel y, abriendo efusivamente la primera carpeta, empezó a leer. La conversación había terminado.

—Skype, sí. Más o menos.

—Vas a ir a Kiruna.

Billy soltó un suspiro de resignación. Su jefe le había dado una orden, no podía hacer gran cosa al respecto.

—¿Puedo llevarme por lo menos a Vanja conmigo? Si trabajamos juntos, no tendré que quedarme tanto tiempo.

—No, la necesito aquí.

—Bueno, pues, ¿me puedo llevar a alguna otra persona?

—De acuerdo. —Le tocaba a Torkel suspirar—. Llévate a quien quieras, pero vete cuanto antes.

Billy asintió y abandonó la sala al tiempo que miraba la hora en el móvil.

Dejar el hotel. Volver a Estocolmo. Quizá consiguiera llegar a Kiruna ese mismo día. Si no, pasaría la noche en Estocolmo. En casa. Con My. El sexo telefónico no había funcionado en absoluto. No quería ni pensar en ello. Había sido tremendamente embarazoso y... No, no quería pensar en ello.

—Llama a Gunilla y ella se encargará de sacarnos los billetes a ti y a quien te acompañe —le gritó Torkel cuando salía.

Me he adelantado, se dijo Billy mientras el teléfono de Gunilla daba la señal. La asistente personal de Torkel tendría el placer de encontrarle el modo más rápido de salir de un lugar en el que no quería estar para llegar al lugar que definitivamente no quería visitar.

Había aprendido muchas cosas en los años que llevaba con Riksmord y una de ellas era cómo hacer las maletas deprisa. A los quince minutos de llegar al hotel, ya estaba listo para marcharse. Había recogido sus cosas y hecho varias llamadas.

La primera a Jennifer.

Como de costumbre, ella había contestado con ilusión, y se había alegrado aún más cuando le había preguntado si le apetecía subir con él a Kiruna.

Para un trabajo.

Con Riksmord.

—¿Por qué no va Vanja contigo, o alguien del equipo? —había querido saber ella cuando se había tranquilizado después de contestar entusiasmada que sí, a pesar de su apretada agenda.

La pregunta no lo había sorprendido en absoluto. No era un secreto que Jennifer se había sentido muy decepcionada cuando el entrenamiento de Vanja en el FBI no había salido adelante y ella había perdido su puesto temporal en Riksmord. Jennifer era demasiado lista para culpar a Vanja —sabía que ella no tenía la culpa de haber vuelto a Sigtuna—, pero los sentimientos no se podían controlar. Por irracional que pareciera, aún estaba un poco resentida con ella, quizá subconscientemente. Por el énfasis con que pronunció el nombre de la otra mujer, Billy supo que la situación era delicada.

—Torkel la necesita aquí y Ursula aún está de baja, así que no queda nadie más —respondió Billy con sinceridad—. Además, prefiero ir contigo, la verdad.

A ella le había hecho gracia.

—¡Eso se lo dirás a todas!

Luego habían hablado de los detalles. Jennifer no estaba segura de si la dejarían marcharse avisando con tan poco tiempo, pero Billy le prometió

arreglarlo.

La siguiente llamada había sido al jefe de Jennifer, Magnus Skogsberg, de Sigtuna. Billy le había explicado rápidamente la situación: Riksmord necesitaba que Jennifer Holmgren colaborara en una importante investigación.

Sí, estaba relacionada con la familia asesinada en Torsby.

No, iría a Kiruna.

No, no podía darle más detalles de por qué irían a Kiruna.

Sí, entendía que eso generaría problemas a la policía de Sigtuna. Sí, sabía que su petición llegaba tarde y no por los canales acostumbrados.

Sí, comprendía que llevaba tiempo reorganizar los turnos, pero ¿no podrían prescindir de Jennifer unos días? Torkel Höglund se lo agradecería mucho.

A Billy no dejaba de sorprenderlo el poder que el nombre de Torkel tenía en los círculos policiales. Él sólo lo conocía como el jefe que dirigía Riksmord con mano firme, aunque casi invisible. Nunca daba demasiada importancia a su papel. No le hacía falta; nadie ponía en duda quién estaba al mando. Pero cada vez que mencionaba su nombre a algún miembro de la policía ajeno al equipo, le daba la impresión de que trabajaba para una persona distinta. Una leyenda. Alguien a quien respetaban, admiraban y temían a partes iguales. Alguien cuyas palabras tenían verdadero peso, y cuya amistad —o al menos aprecio— se cotizaba mucho. Magnus Skogsberg no era una excepción. Por lo visto, podía prescindir de Jennifer después de todo. Se alegraba de que pudiera acompañar a Billy. Enviaba saludos a Torkel.

Luego lo había llamado Gunilla para decirle que no podía volar a Kiruna hasta primera hora de la mañana siguiente. Le había alquilado un coche en las oficinas de Hertz en Bergebyvägen, en Torsby. Sólo tenía que recogerlo. Estaba a punto de sacarle los billetes, reservar el hotel y alquilarle otro coche en Kiruna, ¿lo iba a acompañar alguien?

Billy le había explicado a Gunilla lo de Jennifer, le había dado las gracias y había colgado al tiempo que cerraba la maleta. Era buena. Rápida, eficiente y centrada en encontrar soluciones. Vanja estaba convencida de que Gunilla estaba un poco enamorada de Torkel. Aseguraba haber visto indicios, pero no especificaba cuáles. Billy le recordaba que Gunilla estaba casada y tenía tres hijos, que él supiera. Vanja no sabía qué tenía que ver eso. Nunca lo habían sabido con certeza.

Billy cogió la maleta. Hora de marcharse.

Entonces reparó en el sobre acolchado que había en el escritorio. Sellado, con la dirección escrita y listo para echar al buzón. Dentro estaba el cepillo de dientes de Vanja metido en una bolsita de plástico; y, en otra, iban unos pelos del peine de Sebastian, junto con un trozo de papel higiénico manchado de sangre que Billy había encontrado en el cubo de basura de su baño. Seguramente se había cortado al afeitarse.

Cuando le había robado el cepillo de dientes a Vanja y había mentido para colarse en la habitación de Sebastian, estaba más que decidido a llevar a buen puerto su pequeño proyecto, pero, después de meter todo lo necesario en el sobre, no estaba tan seguro, por eso el sobre seguía ahí. Debía tomar una decisión. ¿De verdad quería saberlo? ¿De qué le serviría confirmar sus sospechas? ¿Se olvidaba del asunto?

Cogió el sobre al salir. Hiciera lo que hiciese, no podía dejarlo allí. Tenía por delante un largo viaje en coche a Estocolmo durante el que podía meditarlo. Y aún le quedaba una llamada por hacer.

No llamó a My hasta que estuvo en el coche, un Ford Focus ST. Era bastante nuevo, sólo llevaba mil setecientos noventa kilómetros de rodaje cuando lo recogió. No iba mal. Billy lo puso a ciento treinta kilómetros por hora por la E-45 rumbo a Sunne cuando detuvo el Spotify del móvil y pulsó el número de My. *The Gambler*, de Xzibit, dejó de sonar y lo reemplazó en los altavoces el tono de llamada. Su prometida contestó casi de inmediato.

—Hola, cariño.

—Hola, ¿qué haces?

Billy se dio cuenta de que estaba hablando innecesariamente alto. Era imposible mantener una conversación normal con el manos libres del teléfono. Era una ley universal.

—Viene un cliente dentro de cinco minutos —le contestó ella.

La imaginó mirándose el relojito de pulsera de oro. Era lo único que podía imaginar. Nunca había estado en su despacho. Según ella, no era ninguna maravilla: dos sillones muy cómodos enfrentados y una mesita de centro en medio. Un escritorio en el extremo opuesto, una alfombra de IKEA y una Nespresso bastante normal. Nada más. Había alquilado el despacho en un edificio de oficinas y no debía de tener más de doce metros cuadrados.

Llamaba «clientes» a sus visitas. Para él eran más bien pacientes. Entraban en dos categorías principales: los directores de empresa que necesitaban ayuda con sus dotes directivas y los «buscadores», que querían «aprovechar todo su potencial» y «ser fieles a sí mismos». Billy sabía que estaba haciendo algo útil, que ayudaba a que la gente se sintiera mejor, que les daba la sensación de haber evolucionado cuando iban a verla, pero no entendía cómo lo aguantaba.

—¿Es por algo en particular, o podemos hablar luego? —preguntó ella.

—Tengo una noticia buena y una mala —dijo él fingiendo que no había entendido que no tenía tiempo para él. Cinco minutos para el siguiente cliente; se lo contaría en dos.

—Empieza por la mala —le dijo ella con un suspiro, como si esperara lo peor.

—Me voy a Kiruna mañana.

—¿A Kiruna?

—A Kiruna.

—¿Para qué?

—Por trabajo.

—Vale —indicó My con resignación. Ya le fastidiaba bastante que llevara en Torsby desde el jueves—. ¿Y cuál es la buena?

—Voy para casa ahora. Cojo un avión en Arlanda por la mañana, así pasaré la noche contigo.

—¿Vienes a casa?

Auténtico placer. Notó que sonreía, y sonrió él también.

—Voy de camino, estoy a las afueras de Sunne.

—¡Te he echado tanto de menos! ¿Y sabes qué...? Que puedo ir contigo mañana.

A Billy se le congeló la sonrisa. ¿Qué había querido decir? ¿Se estaba ofreciendo a llevarlo al aeropuerto? No, por su tono, le pareció que se refería a otra cosa. A algo más.

—¿Qué has querido decir?

—Que puedo ir contigo a Kiruna. Ya no tengo más clientes esta semana. Me iba a tomar unos días libres para poder centrarme en la boda, pero ahora podemos hacerlo juntos. En Kiruna.

Debería haberle hecho ilusión, pero no era eso lo que él tenía planeado. No era lo que quería, pero no se lo podía decir. Debía pensar deprisa.

—No es buena idea —consiguió articular mientras intentaba encontrar una respuesta acertada.

—¿Por qué no? —espetó ella, como era de esperar.

Porque iba con Jennifer. Porque le apetecía ir con Jennifer. Porque el plan era ir con Jennifer. Jugó la carta más segura: el trabajo.

—Porque voy a estar trabajando.

—No será todo el tiempo, ¿no?

—Pues casi, sí.

—¿Por las noches también?

Presintió que ella empezaba a darse cuenta de que no quería que lo acompañara. Se le daba bien escuchar, era experta en captar matices, lo que subyacía a las palabras, su verdadero significado. Era parte de su trabajo y ella era buena en lo suyo.

—Lo siento mucho. Me habría encantado que vinieras conmigo a Kiruna, pero no es buena idea. —Le pareció que había logrado la dosis perfecta de amabilidad y remordimiento—. Me envía Riksmord.

—Yo me pago mi viaje si es eso lo que te preocupa.

—No es eso, es que... Voy a trabajar, y no creo que esté bien que mi novia venga conmigo.

Se hizo un breve silencio. Billy supuso que My estaba valorando si debía insistir o dejarlo correr. Optó por lo último.

—Vale, era sólo una propuesta.

—Lo siento mucho, pero no saldría bien —repitió él, y sonó verdaderamente compungido.

—Bueno, ya está aquí mi cliente...

No terminó la frase, pero no hizo falta. La conversación había terminado.

—Te veo luego. Te quiero.

—Yo también te quiero. Conduce con cuidado.

Dicho esto, colgó. Inconscientemente, apretó un poco menos el acelerador. La conversación no había ido como esperaba, ni mucho menos. Estaría trabajando en Kiruna, más o menos todo el tiempo, y no conocía a ningún policía que se llevase a su pareja cuando viajaba por trabajo. Todo lo que le había dicho a My era cierto y, sin embargo, tenía la sensación de haberle mentado.

Pulsó Spotify y Xzibit siguió por donde lo había dejado antes de la interrupción. «Man vs. Machine.» El mejor álbum que había hecho nunca, en opinión de Billy. Subió el volumen y pisó a fondo el acelerador.

Torkel se encontraba junto a uno de los coches aparcados en la parte de atrás de la comisaría, esperando a que todos estuvieran listos. Se había informado debidamente al personal de refuerzo que les habían enviado y se los había dividido en grupos, y ahora estaban ocupados metiendo el material necesario en los vehículos que los llevarían a las distintas direcciones. El inspector acompañaría a uno de los equipos a casa de los Bengtsson, mientras Vanja y Erik empezaban por Frank Hedén. El que terminase primero iría a ver a los Torsson.

Se abrió la puerta trasera de la comisaría y Vanja salió al sol. Pestañeó unas cuantas veces hasta que sus ojos se adaptaron a la luz. Parecía agotada, se dijo Torkel. Ojeras, el pelo lacio y grasiento, la cara pálida y demacrada. Se llevó la mano a la frente para protegerse del sol poniente y se acercó a él.

—¿Casi listos? —preguntó mirando alrededor.

—Eso creo. ¿Cómo estás tú?

Vanja lo miró intrigada.

—Estoy bien... ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces cansada.

—No estoy durmiendo muy bien, nada más.

—¿Estás comiendo como es debido?

Vanja titubeó. Torkel no lo sabía, se dijo. No se lo había preguntado por eso. Él no estaba al tanto de sus antiguos demonios, los que ahora dormían. Nadie lo sabía. Salvo Valdemar. Él la había ayudado a superar una etapa difícil, permaneciendo a su lado en todo momento. Como un padre debía hacer. Él nunca había dejado de creer que lo conseguirían. Juntos. Y lo habían conseguido. Pese a todo lo ocurrido en los últimos meses, ella jamás había sentido la necesidad de dejar de comer. Nunca se había plantado delante del espejo y se había dicho que estaría mejor si tuviera otro aspecto. Jamás había relacionado su infelicidad y su tristeza con su cuerpo. No pretendía castigarse. Castigar a otros, sí, pero no a sí misma.

—Por supuesto. Estoy bien —repitió con sinceridad.

Estaba bien. Por lo menos, en lo relativo a sus hábitos alimentarios.

—Si necesitas hablar, ya sabes dónde estoy.

Vanja sonrió y le dedicó una leve sonrisa. Torkel cayó en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no la veía sonreír.

—Gracias, pero no es necesario, de verdad. Las cosas se han complicado, pero estoy bien.

Lo dejó con otra sonrisa y fue a reunirse con Erik. Torkel la observó. Algo no iba bien. No sólo con Vanja, sino con todo el equipo. Ya no iba bien al principio de la investigación, y la cosa no había mejorado, estaba claro.

Sebastian estaba en Estocolmo con sus testigos clave.

Billy iba camino de Kiruna, a regañadientes.

Y luego estaba Ursula, claro.

A lo mejor, por eso se estaba complicando todo tanto. Eran un equipo de cuatro personas —cinco si contaba a Sebastian, algo que Torkel hacía más o menos la mitad de las veces que pensaba en su grupo— que habían crecido juntas. Que habían madurado juntas. Que habían hecho piña. La suma era mejor que las partes. Si faltaba un miembro del equipo, se perdía el equilibrio. Probablemente, ésa fuera la explicación; por eso todo parecía tan distinto. Estaban todos un poco descolocados. Torkel confiaba en que aquel ejercicio les proporcionara el avance que tanto necesitaban.

Quería marcharse de allí.

No solía sentirse así cuando trabajaba fuera de la central, pero, en esos momentos, estaba deseando volver a casa. Alejarse de Torsby, de FilboCorp, de los muertos y de Malin Åkerblad.

Tras la reunión en las oficinas del concejo, había llamado a la fiscal y la había informado de lo que tenían pensado hacer: volver a interrogar a los cuatro propietarios afectados por la negativa de los Carlsten a vender su parcela a la compañía minera y llevar a cabo un registro de las cuatro fincas al mismo tiempo. Esperaba que ella coincidiera en que ése era el paso lógico en la investigación, pero Åkerblad era una caja de sorpresas.

—¿En serio tiene motivo para pedir una orden de registro ahora mismo? —le había preguntado en cuanto Torkel la había puesto al corriente de su decisión.

—Cuando los Carlsten dijeron que no a la compañía minera, les costaron millones a sus vecinos. ¿Qué más necesita? —le había dicho Torkel sin poder disimular su irritación.

—Me gustaría conocer las razones por las que van a llevar a cabo semejante invasión de la intimidad.

—Se las acabo de dar. Los Carlsten rechazaron la oferta de la compañía minera, lo que costó millones a esas otras familias. Ésa es la razón.

—No es suficiente para invadir sus hogares.

Torkel cerró los ojos. Para la policía, el registro de una propiedad era una medida necesaria, no una invasión de la intimidad. Había decidido que ése era el siguiente paso lógico en la investigación. Su investigación, se corrigió. Había llegado el momento de demostrarle a Malin Åkerblad quién estaba al mando.

—No le estaba pidiendo permiso —dijo con tal determinación que era imposible malinterpretar el mensaje, aunque no se entendiera el idioma—. Sólo la informaba de lo que me propongo hacer.

—Sigo a cargo de la investigación preliminar —replicó ella en un intento de recuperar el control, pero Torkel la interrumpió.

—Con todo respeto, me importa un pepino lo que le parezca base suficiente para tomar medidas mayores. —No levantó la voz, pero su tono resultó algo más seco—. Yo soy el inspector jefe y el que se lleve a cabo o no un registro es decisión mía. Habría estado bien tenerla de nuestro lado, pero, como su punto de vista difiere del mío, le sugiero que considere esta conversación meramente informativa.

Le había colgado y había rechazado dos llamadas posteriores de ella.

Entonces recibió un mensaje de texto. Sólo vio la palabra «inaceptable» antes de borrarlo. No había vuelto a saber más de ella. Quizá les causara problemas, pero lo dudaba. En ese caso, él podría mencionar a Jan Ceder. La insistencia de Åkerblad en soltarlo les había complicado notablemente el trabajo y había dado lugar a su posterior asesinato. La fiscal era la menor de sus preocupaciones.

Miró alrededor. Todos parecían preparados para salir.

Erik y Vanja se pusieron en marcha, seguidos de dos vehículos. Fabian le hizo una seña para indicarle que estaba listo para seguirlo, y él le devolvió la seña y subió a su coche.

Estaba deseando largarse de allí, sí.

Tampoco Erik iba muy contento, sentado al volante con Vanja a su lado.

En parte porque iba a ver a Frank Hedén, un hombre al que consideraba amigo de la familia, y al que de pronto tendría que tratar como a un sospechoso. Interrogarlo. Registrar su casa.

Ésa era la segunda razón de su malestar.

Torkel le había dejado muy claro que no sólo quería que hablaran con las personas de la lista; había que registrar todas las propiedades. Para eso precisarían personal adicional de los distritos vecinos. Karlstad y Arvika eran los más próximos.

El inspector se había ofrecido a llamar para solicitar los efectivos extra, pero Erik había preferido hacerlo él mismo. De lo contrario, corría el riesgo de que pareciese que había perdido el control, que se ocultaba detrás de Riksmord.

Arvika no era un problema. Con Regina Hult era fácil trabajar. Le explicó lo que necesitaba y por qué, y ella le envió enseguida a cuatro agentes apropiados para la tarea. Le quedaba Karlstad.

Y Hans Olander.

—¿Cómo va? —le había preguntado Olander en cuanto había sabido quién lo llamaba, una pregunta perfectamente lógica viniendo de un agente de rango superior, pero a Erik le había sonado a «parece que la cosa no va muy bien».

—La investigación está avanzando, por eso te llamo. Necesito personal extra de inmediato, sólo por unas horas.

—¿Personal extra? ¿Para qué?

Erik titubeó. Torkel le había dicho que no mencionara a FilboCorp, ni revelara qué fincas iban a registrar porque cuantas más personas lo supieran, mayores serían las probabilidades de que se filtrara.

—Tenemos que realizar una serie de registros hoy —dijo.

Tuvo que darle a Olander esa información por lo menos, para que le prestase a los agentes adecuados.

—Entonces ¿estáis a punto de resolver el caso?

—Eso esperamos.

—Yo también lo espero. La prensa no está dando muy buena imagen de nosotros.

Erik no respondió. Sabía que Olander iba a servirse de esa conversación para atacarlo de algún modo, y estaba a punto de averiguar de cuál.

—Estaba pensando si enviar a Per para que te eche una mano.

Ajá. Per Karlsson, el otro candidato al puesto de Erik, se planta en Torsby cuando la investigación lleva en marcha una semana, está presente cuando se cierra el caso y Olander señala que eso ha ocurrido gracias a la incorporación de Karlsson al equipo. Su candidato al puesto de Erik. Demostrando así que la junta se había equivocado al elegirlo a él.

—El caso es de Riksmord. Nosotros sólo estamos ayudando —espetó sin elevar la voz. No iba a darle a Olander esa satisfacción—. No sé qué podría aportar Per.

—Lo mismo que tú, aunque seguramente mejor.

—El caso es de Riksmord...

—Eso ya lo has dicho.

—No han pedido otro inspector —prosiguió Erik, ignorando la injerencia de Olander—. Necesitan agentes que puedan registrar unas viviendas.

—Mis agentes no andan precisamente por ahí sin hacer nada.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Se iba a negar Olander? ¿Tan mal le caía que iba a obstaculizar la investigación? Erik empezó a irritarse. Una cosa era la antipatía personal y otra muy distinta la falta de profesionalidad.

—¿No puedes prescindir de tres hombres? —preguntó dejando claro con su tono de voz que no creía ni una palabra de lo que le decía.

—La cosa está complicada, tenemos muchas bajas por enfermedad —insistió Olander.

Erik cerró los ojos. En algún momento iba a tener que plantarle cara. Enfrentarse a Olander. Confiaba en estar más asentado cuando se presentara

la ocasión, haber conseguido más en su nuevo puesto para que sus palabras tuvieran más peso, que algunos agentes de más rango lo respaldaran, por ejemplo, pero, en esos momentos, ya no tenía energías para seguirle el jueguito a Olander.

—Hans, sé lo que te propones —le dijo con claridad y serenidad—, pero no va a parecer que he fracasado. Todo el mundo sabrá que te has negado a enviarnos refuerzos. Esto se volverá contra ti, no contra mí.

Silencio. Duró tanto que Erik se preguntó si se había cortado la llamada o si Olander habría colgado.

—¿Hans?

—¿Cuántos efectivos necesitas? —inquirió Olander sin poder disimular la rabia contenida.

—Tres, a ser posible, cuatro.

—Van de camino.

—Gracias.

Erik estaba a punto de colgar cuando volvió a oír la voz de Olander, grave y amenazadora.

—Escúchame bien, Erik, te doy lo que queda de semana, luego me encargaré yo mismo, y entonces sí que parecerá que has fracasado. Ni siquiera los amigos influyentes de tu mujer podrán hacer nada al respecto.

Silencio de nuevo. Esa vez el superintendente había colgado.

Erik se había guardado el móvil en el bolsillo. Ahí estaba. La amistad de Pia con el comisario jefe. A lo mejor desafiar a Olander había sido un error. Uno que podría afectar a su futuro profesional en la policía.

En eso pensaba cuando detuvo el coche a la puerta de la casa de Frank Hedén.

—Aquí es —dijo cayendo en la cuenta al oírse de que no había dicho ni una palabra desde que habían salido de la comisaría.

Vanja escudriñaba intrigada la casa por el parabrisas. Torkel le había dicho a Erik en una ocasión que la joven era la mejor profesional con la que había trabajado jamás. Ojalá fuese cierto.

Confiaba en que, en las próximas horas, consiguieran el avance que tanta falta les hacía.

Por nada del mundo quería que se lo llevaran de Torsby.

Durante el resto del día, habían conseguido más o menos evitar hablar de la llamada que Maria había recibido de Lex Legali. Había sido difícil al principio, pero, al observar lo nerviosa que se ponía Nicole cuando comentaban el asunto, habían decidido dejarlo. Lo último que querían era producirle aún más estrés. En su lugar, Maria le había hablado a Sebastian de su hermana y de su relación con Karin, y de la casa de Värmland. La habían comprado juntas. Por entonces, la casa llevaba muchos años deshabitada y estaba casi en ruinas. Iba a costar mucho convertirla en el retiro de verano con el que siempre habían soñado, pero estaba bien de precio. La idea era ir allí a relajarse y a disfrutar de la vida en el futuro. Juntas. Con las familias que tuvieran algún día: maridos, hijos, perros y las hermanas Carlsten. Comidas en una mesa grande, fuera, vestidos de verano, pies descalzos y sol. Pero nunca había sido ese proyecto compartido. Enseguida había quedado claro que Karin quería más. Ella quería hacer más obra, arreglar la casa más rápido, dedicarle más esfuerzo. Maria sólo quería ir allí de vez en cuando a relajarse. Era una casa de verano, no tenía que ser perfecta. Al final, decidieron que irían allí cada una por su lado, que se repartirían las mejores semanas del verano, pero ni siquiera así se acabaron los problemas. Karin deseaba seguir invirtiendo en la casa y le exigía a Maria que abonase la mitad del coste de las reparaciones y remodelaciones. La casa no estaba beneficiando en absoluto a su relación y, cuando Karin conoció a Emil y le preguntó a Maria si podían comprarle su parte, ésta accedió de inmediato. Karin y Emil decidieron instalarse en Torsby de forma permanente y, con la distancia física, aumentó también la distancia sentimental entre las hermanas.

Sin embargo, en los últimos años habían vuelto a unirse, gracias sobre todo a los niños. Nicole siempre era bien recibida en Torsby. Karin nunca le había mencionado que alguien quería comprarles la casa.

Mientras Maria empezaba a preparar el almuerzo, Sebastian se llevó a Nicole al cuarto de invitados. Hicieron juntos la cama de la bonita habitación de color azul claro y abrieron la ventana para que se aireara un rato. Al ver la cama desierta, Sebastian lamentó no haberle comprado a la niña unos peluches. Lo haría la próxima vez que fuese al súper. Nicole pasaría allí algún tiempo. Maria los avisó de que la comida estaba lista y fueron los dos a la cocina.

Después de los macarrones con albóndigas, se instalaron en el salón. Nicole cogió el bloc de dibujo y los lápices de colores y empezó a dibujar enseguida.

Sebastian estaba disfrutando. Le gustaba aislarse del mundo por un tiempo, sentarse en el salón sin hacer nada. Nicole se acercó y le puso el dibujo en las rodillas. Aislarse del mundo ya no era una opción. Tenía que lidiar con un mundo cerrado que empezaba a abrirse.

Y qué mundo.

Una niña pequeña en un bosque grande.

Árboles enormes, oscuridad.

Senderos estrechos y piececitos.

Nicole empezó a hacer un dibujo detrás de otro. Le estaba cogiendo el tranquilo. Todos eran muy parecidos, pero su necesidad de expresarse parecía haber aumentado desde esos primeros trazos tímidos que había dibujado en Torsby.

A Sebastian le costaba disimular lo mucho que lo conmovía la vulnerabilidad que tenía delante. Una niña completamente sola en el bosque, huyendo para ponerse a salvo. Vio que a Maria también le costaba. Los ojos se le empañaban con cada dibujo que terminaba y cada uno que empezaba. La repetición ponía de manifiesto las heridas que la niña debía curar. Era como si se hubiese quedado estancada en el bosque. Su madre debía de pensar lo mismo porque se inclinó hacia delante y le acarició con ternura la mano a su hija.

—Nunca más me separaré de ti —le dijo con cariño.

—Esto es bueno, Nicole —terció Sebastian procurando tranquilizarla todo lo posible—. Sigue dibujando el bosque, pero recuerda que ya no estás ahí.

Nicole los miró a los dos. Por un segundo pareció que quisiera decir algo, pero no pudiera. Retomó el dibujo.

Sebastian cogió la última lámina que le había dejado en las rodillas. Seguía siendo el bosque oscuro, pero se vislumbraba otra cosa a un lado.

La silueta de una casa. Una casa blanca de dos plantas. La reconoció enseguida.

Nicole ya no huía por el bosque oscuro.

Estaba cerca de la casa.

De la casa en la que todo había empezado.

Torkel tocó el timbre de los Bengtsson y, cuando abrieron la puerta, les explicó por qué estaba allí. Quería hacerles algunas preguntas más sobre los Carlsten, y los agentes que lo acompañaban registrarían la propiedad. La reacción fue la que esperaba: lo primero de todo querían ver la orden de registro.

No llevaba una porque no era necesario. Sólo en las películas norteamericanas la policía esgrimía un papel para poder entrar en una vivienda.

Pero, sin una orden de registro, ¿tenían derecho a registrar la casa?

Pues sí. Se lo concedía el párrafo primero del artículo 28 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal sueca.

Kent y Gunilla Bengtsson se apartaron, con la misma cara de desconcierto que Torkel había visto tantas veces cuando la gente se veía obligada a dejar pasar a varios agentes de policía a sabiendas de que iban a registrarles la casa entera. No era precisamente una experiencia agradable.

—¿Podríamos charlar un rato? —dijo Torkel en tono amistoso mientras redirigía a la pareja al interior de la vivienda.

Terminaron en la cocina. Gunilla le ofreció café, pero Torkel lo rechazó. Echó un vistazo a la agradable estancia. Armarios con las puertas chapadas de abedul que parecían nuevas, en contraste con la encimera de formica vieja y arañada que terminaba en una placa de inducción. El descuidado suelo de vinilo verde grisáceo tenía agujeritos aquí y allá. Era como si dos líneas temporales distintas se entrecruzaran dentro de un espacio limitado. El salón donde habían interrogado a la pareja en la visita anterior le había producido una impresión similar. Se había sentado en un moderno sofá de tres plazas enfrente de un aparatoso televisor antiguo que debía de llevar allí una eternidad. Daba la impresión de que los Bengtsson jugaran a la botella a la hora de reformar su hogar, y reemplazaran los elementos agraciados con la suerte sin mucha planificación.

—¿Por qué no nos dijeron nada de la mina? —preguntó Torkel cuando les contó lo que acababan de averiguar.

Kent y Gunilla se miraron con una cara que a Torkel le pareció de inquietud.

—De eso hace mucho tiempo... No lo pensamos —respondió Gunilla.

—¿No pensaron que la familia que había sido asesinada era responsable de que varias personas perdieran la ocasión de ganar millones?

—A mí sí se me pasó por la cabeza —reconoció Kent con los ojos clavados en la mesa—. Pero me pareció estúpido mencionarlo. Nos habría convertido en sospechosos.

—El hecho de que hayamos tenido que enterarnos por otra vía no disipa precisamente nuestras sospechas.

Kent se encogió de hombros, como indicando que su esperanza era que la policía no llegara a enterarse.

—Además, nosotros no nos enfadamos con los Carlsten —dijo Gunilla—. Ésta es la casa en la que se crio Kent. No fue fácil tomar la decisión de venderla sabiendo que la demolerían.

—Somos felices aquí —añadió Kent levantando la cabeza y mirando a Torkel—. Vale, estamos hablando de mucho dinero, pero el dinero no lo es todo.

—Pero ustedes accedieron a vender.

Los Bengtsson se miraron de nuevo. Esa vez a Torkel le pareció que se sentían los dos un poco avergonzados. Gunilla puso la mano con ternura encima de la de Kent.

—Sí, lo hicimos —contestó él asintiendo con la cabeza—. Todo el mundo nos decía que sería de imbéciles no aprovechar la oportunidad. Con ese dinero, podíamos comprar lo que quisiéramos.

Gunilla tomó la voz cantante de un modo que sólo sucede cuando uno lleva casado muchos años, se dijo Torkel. Él no había llegado a la fase de terminar las frases del otro con ninguna de sus esposas.

—Pero cuando los Carlsten se negaron y el proyecto se fue a pique...

—Nos alegramos mucho —terminó Kent.

—Nos sentimos aliviados.

—Porque no lo habíamos decidido nosotros —aclaró Kent, y guardó silencio.

Torkel lo entendió. Muchas veces queremos tener el dominio de la situación, decidir nosotros, pero otras es agradable que alguien lo haga en nuestro lugar, para poder relajarnos y decir que no nos ha quedado más remedio. Así es más fácil, sobre todo cuando ambas opciones son aceptables. O inaceptables.

El equipo de registro aún tenía mucho que hacer, pero Torkel estaba convencido de que no encontrarían nada. No había nada en la conducta, el

lenguaje corporal o el tono de voz de los Bengtsson que indicara que le habían mentado sobre lo que les inspiraba la venta de la casa o los Carlsten.

Se preguntó si sería tarde para pedir una taza de café.

El yogur de fresa resbaló por la barbilla de Hampus. Frank Hedén lo recogió casi todo hábilmente con la cuchara mientras el resto aterrizaba en el babero blanco.

Vanja no sabía adónde mirar. La sorprendió, y la decepcionó un poco, lo difícil que le resultaba manejar aquella situación. Sabía que Frank tenía un hijo discapacitado que vivía con él, pero no lo había llegado a conocer cuando había estado allí con Billy y no se esperaba... Bueno, en realidad, no sabía lo que esperar, pero desde luego no al joven que tenía delante. Un cinturón ancho lo mantenía erguido en la recia silla de ruedas. La cabeza le colgaba ladeada hacia la izquierda en un ángulo imposible, y se sacudía cada cierto tiempo como si su cuerpo quisiera enderezarla, pero le pesara demasiado y siempre terminara descolgándose de nuevo. Tres de los finos dedos de una mano estaban rígidos y apuntaban a direcciones distintas, y de vez en cuando el brazo se agitaba en lo que parecían movimientos completamente descontrolados. La otra mano yacía inmóvil en su rodilla. Parálisis de un solo lado, supuso Vanja. Pelo negro de punta y ojos azules mirando al infinito, sin enfocar. De su boca permanentemente entornada no salía ni una sola palabra, pero, de vez en cuando, se producía algún sonido que Frank era capaz de interpretar como la solicitud de otra cucharada de yogur.

Apartó la vista.

Frank los había dejado entrar saludándola a ella con la cabeza, al reconocerla, y a Erik con mayor efusividad. Vanja le había explicado que los agentes que los acompañaban registrarían la vivienda, y Frank había accedido sin más, sin pedirles papeles ni poner en tela de juicio la legalidad del registro. Cuando le había preguntado si podían hablar de los planes de la compañía minera, él les había dicho que era la hora de la merienda de Hampus y que si no les importaba que hablaran mientras daba de comer a su hijo.

Había cogido una bandeja de la cocina y los había llevado a una de las salas de la planta baja.

—Ésta es Vanja, y ya conoces a Erik —le había dicho Frank al

muchacho cuando habían entrado—. Vanja también es policía.

—Hola, Hampus —había contestado Erik, y Vanja había conseguido proferir un «hola» casi inaudible.

Aquella era más que nada la habitación de un enfermo. La dominaba una cama regulable, con una grúa y barras metálicas a los lados. La mesilla de noche estaba atestada de pastillas, cremas y otros artículos médicos. En un extremo de la cama, había una máquina que Vanja supuso que le proporcionaba oxígeno a Hampus cuando era necesario. A lo largo de una pared había una serie de artilugios de ejercicio que parecían más bien instrumentos de tortura, con todas esas piezas metálicas resplandecientes, los arneses, las cuerdas y los contrapesos.

Vanja nunca había pensado en ser madre. No estaba segura de querer tener hijos, a pesar de que las amigas que los habían tenido le decían que el amor que sentían por sus criaturas y la alegría que éstas les daban era más intenso y más real que nada que hubieran sentido jamás por otra persona. No pudo evitar preguntarse si aquello se aplicaría también al caso de Frank y Hampus. Amor, sí, pero ¿alegría? ¿No experimentaría Frank una angustia permanente al enfrentarse a una ronda de trabajo interminable sin obtener ninguna recompensa a cambio? ¿Pesaría más la alegría que el esfuerzo, o ella estaba siendo demasiado analítica, demasiado calculadora? Sin duda, carecía de la dimensión emocional que implicaba tener un hijo propio.

En cuanto se habían sentado y Frank había empezado a dar de comer a Hampus, Vanja había sacado el tema de la mina. Frank había asentido con la cabeza. Sí, él era uno de los que habían querido vender. No le quedaba mucho tiempo, como Erik sabía, y su hijo no podría quedarse allí solo cuando él ya no estuviera. La compañía minera le ofrecía por su parcela mucho más de lo que iba a conseguir en cualquier otro sitio, así que ¿por qué no?

—Pero la venta no prosperó —dijo Vanja.

—Exacto.

—¿Y cómo le sentó a usted eso?

Frank se encogió de hombros. Volvió a subir la cuchara con un cargamento rosa a la boca del joven. Casi todo terminó en la barbilla del muchacho.

—Cuando yo no esté, unos amigos de confianza venderán la parcela por el máximo posible. El concejo me ha prometido que Hampus podrá seguir teniendo a sus cuidadores. Estará bien. Eso es lo único que importa.

—¿Conocía a Jan Ceder? —preguntó Vanja de repente.

—No teníamos mucha relación, pero los dos hemos vivido aquí mucho tiempo. Yo tenía motivo para ir a visitarlo de vez en cuando en mi papel de guarda forestal, puesto que él hacía una interpretación un tanto particular de la normativa de caza.

—¿Le prestó alguna vez una escopeta?

—¿Por qué iba a hacerlo? —Negó con la cabeza—. Tengo mis propias armas.

Vanja no dijo nada. Algo había pasado. En la última respuesta.

Frank le había parecido de pronto algo crispado. La tensión de las cuerdas vocales le había elevado la voz un poco. No mucho. Un oyente menos experimentado no habría percibido la diferencia, pero Vanja sí. El hombre se aclaró la garganta. ¿Se habría dado cuenta él también? ¿Intentaba disimular, o simplemente tenía carraspera?

Esperó, con la confianza de que fuese de esos a los que les desagrada el silencio y sintiese la necesidad de llenarlo. Puede que intentara distanciarse aún más de Jan Ceder. Que empezara a hablar de lo que había «oído», que buscara una coartada para la hora de la muerte de Ceder, aunque no se la hubieran pedido.

Por desgracia, no tuvo ocasión de averiguar cómo le sentaba a Frank el silencio porque Erik intervino de pronto y empezó a parlotear de las próximas celebraciones del Primero de Mayo, y le preguntó a Frank si querría cenar con Pia y con él, después del desfile.

El momento, si había habido uno, se había perdido.

—Nos gustaría que no se alejara de la zona, o que se ponga en contacto con nosotros si tiene intención de marcharse —le dijo Vanja, y se puso de pie.

—¿Soy sospechoso? —preguntó Frank casi divertido.

Por primera vez desde que había empezado la conversación, apartó la vista de su hijo para mirar a Vanja.

—No, pero, aun así, manténganos informados.

—Tengo que ir a Västerås mañana, hay un congreso de dos días sobre la nueva normativa de caza. ¿Puedo ir?

Vanja lo pensó un momento. Lo que le hubiera parecido oír no era motivo suficiente para retenerlo. Ni mucho menos. Si ella hubiera tenido un hijo con una discapacidad así, también habría necesitado salir de cuando en cuando. Por mucho que Frank quisiera a su hijo, probablemente tuviese también esa necesidad.

—Muy bien. ¿Dos días, dice?

—Sí, volveré el miércoles por la noche.

—¿Dónde se alojará?

—En el Best Western, creo.

—Estupendo. Gracias por su ayuda —dijo Vanja tendiéndole la mano. Frank soltó la cuchara y se la estrechó—. Adiós, Hampus —añadió antes de salir de la habitación.

Frank se quedó de pie junto a la ventana, viendo cómo Erik hacía recular el coche, giraba el volante y se alejaba. Al otro lado de la puerta cerrada, oyó a los cuatro agentes de policía registrar su casa. A su espalda, Hampus se agitó en la silla de ruedas y soltó un gemido prolongado que enseguida aumentó de volumen. No se volvió. No era un ataque epiléptico. Había aprendido a diferenciar los movimientos normales, aunque violentos, de los ataques. Hampus quería una ducha. Ése era su mejor momento del día. Se quedaría sentado durante horas debajo del agua caliente, tan a gusto. Miró la hora. La visita de la policía le había trastocado un poco el horario, pero aún le daría tiempo a ducharlo y acostarlo antes de que llegase Monica a encargarse de él por la noche.

Vio que los faros del coche de Erik se hacían cada vez más pequeños, hasta desaparecer por completo, pero se quedó donde estaba, contemplando por la ventana el anochecer primaveral.

Vanja Lithner.

Le había parecido complicado tratar a alguien como Hampus. Lo había notado en cuanto había entrado. Todo el mundo reaccionaba de forma distinta, y no se lo reprochaba. Tampoco se oponía a sus preguntas intrusivas, y quizá algo agresivas, sobre FilboCorp, los Carlsten y los asesinatos. Pero había enmudecido de pronto cuando hablaban de Jan Ceder.

No la conocía.

No sabía lo que significaba que de pronto hubiese interrumpido la conversación y se hubiera recostado en el asiento. ¿Sospechaba de él? ¿Iban a terminar implicándolo en su investigación de los asesinatos?

Conocía a Erik.

Lo conocía y lo apreciaba.

Erik no era un macho alfa —por Dios, ya había bastantes de éstos por allí—; era un hombre acomodadizo, siempre dispuesto a ceder. En casa, no le

importaba dejar que Pia llevara los pantalones. No le cabía duda de que eso era esencial para que su matrimonio funcionase, pero aun así... Erik conocía su propia valía, aunque a veces pareciera un segundón. Había pedido ayuda a Riksmord. Alguien más decidido a hacerse un nombre no habría soltado de buen grado un caso que podía ser fundamental en su trayectoria profesional, pero Erik sí. A él le daba igual quién hiciese el trabajo mientras se hiciera bien. Aina le tenía mucho cariño a Erik. Siempre decía que era demasiado bueno para Pia.

Desde luego, tenía razón.

Se permitió añorarla un momento. Cada vez eran menos frecuentes, más fugaces, pero dejó que los recuerdos de ella le inundaran la mente. Su imagen era nítida. Recordaba cada arruga de su rostro, cada mechón de pelo, el sonido de su voz, su risa.

Dios, cuánto la había querido.

Había llorado su pérdida, había sentido una pena tan honda que había temido no poder escapar jamás de ella. Una oscuridad tan inmensa que amenazaba con tragárselo entero. De haber estado solo, probablemente se habría rendido, habría dejado que lo arrastrara. Pero tenía a Hampus, y la mitad de Hampus era Aina. El chico dependía por completo de Frank, así que quedarse estancado en la pena no era una opción. Poco a poco, había ido encontrando el camino de vuelta. Desechó la imagen de Aina allí fuera, en el jardín, con su vestido estival, se limpió la lágrima solitaria de las pestañas y se volvió hacia su hijo.

No tenía tiempo para dejarse invadir por la tristeza.

Tampoco le quedaban fuerzas para eso.

No había sitio en su vida para esos lujos.

Cuando Torkel salió de la casa de los Bengtsson, empezaba a anochecer.

El calor del día primaveral desapareció en cuanto se puso el sol, y Torkel se subió la cremallera de la cazadora mientras se dirigía al coche. Al mismo tiempo, cayó en la cuenta de lo fresca y limpia que era la noche. El aire puro, la brisa suave que transportaba el hedor del estiércol sembrado por los campos se mezclaba con los aromas del bosque. Se detuvo e inspiró hondo, luego decidió acercarse andando a la casa de los Torsson. Vanja no se había puesto en contacto con él, por lo que dedujo que aún estaba ocupada con Frank Hedén. Se preguntó si debía decirles a los Bengtsson que iba a

dejar su coche allí un rato, pero llegó a la conclusión de que no era necesario.

Se puso en marcha, y se entretuvo intentando identificar el canto de diversas aves que trataban de atraer a sus parejas a la ya escasa luz del día. Cuando las niñas eran pequeñas, habían pasado mucho tiempo al aire libre. Le parecía que era importante que conocieran el bosque, no sólo los parques infantiles, los castillos inflables y las piscinas de bolas. Una cesta de picnic, un pequeño estanque lleno de renacuajos, una culebra que se alejaba serpenteando, barquitas de corcho avanzando a bandazos por el arroyo rumbo a un dique construido con esmero, recoger frutos silvestres y hojas comestibles, aprender a reconocer los excrementos, deducir si había sido un lirón o una ardilla lo que había estado picoteando las piñas. Siempre había mucho que hacer y aprender en el bosque. Placeres sencillos que experimentaba cada vez menos últimamente. Yvonne siempre había señalado que quien mejor se lo pasaba en esas excursiones al bosque era el propio Torkel, y seguramente tenía razón, pero, de todas formas, se alegraba de haber podido ofrecer a sus hijas una infancia así. Ahora ya no se dejaba ir a los niños a ningún sitio donde pudieran hacerse daño. Todo debía ser seguro, controlado, todo el tiempo.

Dejó atrás los campos y los prados y siguió por el camino de tierra. A los diez minutos, divisó la casa amarilla detrás de los árboles y no tardó en llegar al jardín. Había disfrutado de cada paso del camino, pero había llegado el momento de volver a la cruda realidad. Le sonó el móvil y miró la pantalla: Vanja. Fue una conversación breve. Erik y ella acababan de terminar con Frank, y querían saber si debían ir a interrogar a los Torsson. Torkel le dijo que ya estaba él allí, que volvieran a comisaría, que los vería más tarde.

Apenas había colgado cuando volvió a sonar el teléfono. Esa vez era Fabian. El equipo de registro prácticamente había terminado su trabajo en la casa de los Bengtsson y podían cederle a dos hombres si le hacían falta. Torkel le pidió que los enviase a la casa de los Torsson. Al mismo tiempo agarró la pesada aldaba, una herradura dorada. No hubo respuesta. Volvió a intentarlo, un poco más fuerte y durante más tiempo. Nada. Se asomó por la ventana más próxima. No había ninguna luz encendida, ningún indicio de que hubiese alguien en casa. ¿Habrían seguido su consejo y se habrían ido?

Llamó a Fredrika a la comisaría y se hizo con los números de los móviles de Felix y Hannah. Felix contestó casi de inmediato, y Torkel se presentó y luego preguntó:

—¿Dónde están?

—Hemos salido unos días, como nos propuso. Estamos en casa de la hermana de Hannah.

—¿Cuándo volverán?

—No sé, dentro de un par de días, supongo. Cornelia tiene que volver al colegio.

Torkel oyó que se aproximaba un vehículo y vio que el coche de Fabian entraba en la finca.

—Necesito hablar con ustedes. ¿Dónde vive la hermana de Hannah?

—A las afueras de Falun. ¿De qué quiere hablar con nosotros?

Torkel titubeó. ¿Cuánto debía contarles? Fabian había bajado del coche y se dirigía a él. Hizo un gesto en dirección a la casa, pero Torkel negó con la cabeza y señaló su móvil. El otro asintió para indicar que lo había entendido.

—Estamos al tanto de los planes de la mina —le dijo a Felix.

—¿Sí?

—Ustedes perdieron mucho dinero cuando los Carlsten se negaron a vender y el proyecto se fue a pique.

—Nosotros no perdimos nada —contestó Felix como si fuera obvio. Torkel se quedó atónito—. Al contrario, salimos ganando.

—Nos han informado de que todos, salvo los Carlsten, querían vender.

—Y es cierto, pero nosotros no somos propietarios ni de las tierras ni de la casa. Estamos de alquiler y el hecho de que los Carlsten dijeran que no nos permitió quedarnos.

Torkel cayó en la cuenta de la importancia de lo que acababan de decirle, y maldijo a Erik y a sus compañeros. Aquello era algo que debía haberse sabido en cuanto los cuatro propietarios afectados por los planes de FilboCorp cobraron peso en la investigación. No era algo de lo que él tuviera que enterarse por una conversación telefónica con una tercera persona. Aun así, más valía tarde que nunca, se dijo, procurando reprimir la rabia mientras solicitaba la información de la que ya debía haber dispuesto.

—Entonces ¿de quién es la parcela?

—Thomas Nordgren —dijo Erik pegando en la pizarra una fotografía de un hombre de cuarenta y tantos años.

Era una ampliación de una foto de carnet y, como le sucedía al noventa y cinco por ciento de la población, no estaba muy favorecido en ella. Mal enfocada, mal iluminada, el empeño en parecer relajado que, en realidad,

producía el efecto contrario y una mirada fija de loco que era el resultado del miedo a pestañear durante el disparo se combinaban en una imagen que podía haber salido de una base de datos de delincuentes.

Sin embargo, Thomas Nordgren no estaba fichado.

No tenían ni idea de dónde andaba.

Cuando surgió su nombre, Torkel probó a llamarlo a los dos números que tenían, un móvil y un fijo. El móvil sonó apenas una vez y saltó el buzón de voz: «El número al que llama está apagado o fuera de cobertura. Vuelva a llamar dentro de unos minutos».

El fijo sonó cuatro veces, luego se oyó una voz de hombre con un fuerte acento de Värmland: «Thomas Nordgren. No estoy en casa. Deje un mensaje».

Cuando por fin consiguieron hablar con su jefa, ésta les dijo que Thomas llevaba fuera menos de una semana y que no volvería hasta después del fin de semana. No tenía ni idea de qué estaba haciendo ni de quién podría saberlo.

Así que la fotografía del tablón era lo máximo que habían conseguido acercarse a él.

Vanja y Torkel la miraban fijamente mientras Erik consultaba su libreta.

—Como ya saben, trabaja de jardinero en Rottneros Park y vive solo en un piso de dos habitaciones en Sunne. Su mujer y él compraron la parcela donde ahora viven los Torsson en 2001. Se divorciaron en 2009, no tienen hijos. —Erik levantó la vista, con cara casi de disculpa—. Eso es lo único que tenemos de momento.

—Los Torsson se mudaron en 2009 —dijo Torkel—. En su contrato, Thomas figura como único propietario.

—Probablemente, le compró su parte a su exmujer —especuló Vanja.

—Debió de costarle bastante —prosiguió Torkel—. ¿Cuánto gana un jardinero? ¿Veinte mil al mes? ¿Veintidós mil, quizá?

—Pero, en 2009, los planes de la mina aún eran viables —señaló Vanja viendo por dónde iba Torkel con todo aquello—. Así que debió de pensar que recuperaría el dinero con creces.

—Aún no hemos terminado de auditar sus cuentas —informó Erik—. Mañana sabremos más.

—Quiero información de las finanzas de todos —dijo Torkel levantándose y dirigiéndose a la pizarra—. De todos los de esta lista —añadió tocando con el dedo los nombres que Billy había escrito—. Y quiero que mañana por la mañana nos centremos en esto. Sigo pensando que el móvil es

el dinero. —Vanja y Erik asintieron con la cabeza. Ella consultó la hora y se levantó, entendiendo el comentario de Torkel como una indicación de que la jornada había concluido. Craso error—. Una cosa más, Vanja —dijo mientras ella empezaba a recoger sus cosas—. Quiero que vayas a Estocolmo.

—¿Ahora? —replicó ella mirando mecánicamente la hora pese a que ya la sabía.

—En cuanto puedas. Ha llegado el momento de que nos pongamos en contacto con FilboCorp.

—¿Tienen la sede en Estocolmo?

—Ahí es donde está la central de Suecia —intervino Erik.

—Y quiero que hables con él —puntualizó Torkel señalando el último nombre de la lista: Stefan Andrén.

—¿No vivía en Londres?

—Está de viaje de negocios en Oslo. Estará en Estocolmo mañana por la noche —la informó Erik visiblemente complacido de disponer de tanta información—. Tengo aquí su número.

—Sebastian ya está en Estocolmo, ¿no lo puede hacer él?

Torkel suspiró. ¿Qué demonios le pasaba a todo el mundo? ¿Por qué no se limitaban a ir adonde les dijera, adonde los necesitaba más?

—Sebastian no es policía y, si lo fuera, sería pésimo, y yo necesito uno bueno.

—Haciéndome la pelota no vas a conseguir nada —dijo Vanja, y esbozó una sonrisita con la que esperaba poder disimular lo mucho que la fastidiaba que la mandaran a la capital.

—No necesito hacerte la pelota porque te puedo dar órdenes —repuso Torkel devolviéndole la sonrisa al tiempo que abandonaba la sala y cualquier posible objeción.

Erik untó con un trozo de pan la salsa que quedaba en el plato y se recostó en el asiento. No solía comer tan tarde, pero, cuando había llegado a casa, estaba muerto de hambre y había encontrado un kebab de salmón y un tarrito de salsa *wasabi* que habían quedado de la cena del sábado. Había calentado el kebab en el microondas mientras se preparaba una ensalada sencilla, y había mojado aquella cena improvisada con una cerveza sin alcohol. La receta era de un programa televisivo de cocina, y le pareció que sabía mejor entonces que cuando estaba recién hecho. El marinado de chile y jengibre se había

intensificado, y el pescado había tomado el sabor de los tallos de citronela que había usado como brochetas.

Metió el plato y los cubiertos en el lavaplatos, conectó el móvil al equipo de música de la cocina y empezó a reproducir su lista de canciones mientras llenaba la pila de agua. Ni Pia ni Alma le habían cogido el tranquilo a la combinación de fregadero, agua caliente, lavavajillas líquido y cepillo, por lo que siempre era él quien se encargaba de cualquier cosa que no se lavara en el lavaplatos. No le importaba. A veces le producía una gran satisfacción personal dejar la pila, el escurrer platos y los fogones como una patena mientras escuchaba música. Prefería esa tarea a pasar la aspiradora o planchar, por ejemplo, que le parecía de lo más tedioso.

Ya casi había terminado y ansiaba el momento de tirarse en el sofá a ver el canal Discovery durante una hora o así antes de acostarse cuando un par de manos le rodearon la cintura.

—Un día de estos me vas a matar de un susto —aseguró volviéndose.

—¿Qué tal tu día? —preguntó Pia, y se puso de puntillas para besarle los labios.

—Bien. He ido a ver a Frank.

—¿Por lo del asunto de FilboCorp?

—Sí, Torkel piensa que ése es el móvil.

—¿Sospecha de Frank? —dijo ella en un tono de voz y con una cara que revelaban lo absurda que le parecía la idea.

—No creo. Los otros dos, Vanja y Billy, están investigando a la empresa ahora, así que supongo que ése es su principal objetivo. Eso y Thomas Nordgren.

—¿Thomas Nordgren? —inquirió Pia extrañada.

Erik meneó la cabeza, algo molesto consigo mismo. Debía tener más cuidado con la información que divulgaba sobre el caso, pero no se podía contener. Con Pia, no. Ella siempre conseguía lo que quería.

—Es el propietario de una de las fincas, pero no conseguimos dar con él, y lleva fuera desde la semana pasada, así que...

—Así que es sospechoso —terminó la frase Pia.

—No debería hablar de esto contigo —le dijo Erik con una sonrisa, y la besó.

—Pues no lo hagas —replicó ella retrocediendo un paso y mirándolo como si reprimiera una sonrisa—. Pregúntame mejor qué tal me ha ido a mí.

—¿Qué tal te ha ido a ti?

—Como de costumbre. He concertado una cita para el funeral y designado un equipo que se encargue de organizarlo. Muy aburrido, la verdad, hasta hace media hora.

Hizo una pausa y lo miró expectante. Era evidente que estaba esperando. Con lo que fuera a contarle, se iba a hacer de rogar. Parecía feliz, relajada y completamente presente de un modo que no la veía muy a menudo, así que le siguió el juego.

—¿Qué ha pasado hace media hora?

—He recibido una llamada.

—¿De quién?

—De Estocolmo. —No pudo reprimirse más y esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Quieren que vaya allí. Quieren verme en el número 68 de Sveavägen.

Erik sabía muy bien lo que eso significaba. El número 68 de Sveavägen era casi una dirección legendaria para los Flodin, una especie de Shangri-La político. La oficina central del Partido Socialdemócrata.

—¿Por qué quieren verte? —preguntó él por complacerla, aunque estaba casi seguro de saber la respuesta.

—¿Tú qué crees? Quieren ofrecerme un puesto en el comité ejecutivo. —Pia rebosaba alegría e ilusión. Seguramente no se daba cuenta, pero estaba dando saltitos y la sonrisa se le salía de la cara. Su felicidad sincera y casi infantil resultaba contagiosa—. He llamado a Mia, de la oficina de administración del distrito, y me ha dicho que es una mera formalidad, que ya lo tienen decidido. —Lo rodeó con los brazos, lo abrazó fuerte y le acarició la espalda—. Así que, si quieres, puedes tener sexo con una candidata a miembro del comité ejecutivo.

Para sorpresa suya, Erik descubrió que la propuesta lo excitaba bastante más de lo que había esperado.

Maria estaba bañando a Nicole mientras Sebastian recogía la mesa después de la cena. Habían optado por unos sándwiches. Ninguno de los dos tenía ganas de cocinar y a la niña no parecía importarle. Más bien al contrario: se había comido tres sándwiches de queso y pepinillos. No había habido más dibujos desde aquel en el que se veía la casa de los Carlsten en un lado, y ninguno de los dos la había presionado. Sabían lo que les esperaba dentro. No les importaba quedarse allí fuera un poco más. A Sebastian lo impresionaba la velocidad a la que Nicole iba retrocediendo en el tiempo. Lo peor que podía pasarle a un paciente traumatizado era que se estancara, que le diera demasiadas vueltas a un suceso concreto y fuese incapaz de avanzar o retroceder. La niña no parecía tener ese problema. Estaba demostrando una fortaleza interior y una madurez impresionantes. Tenía valor para recordar.

Sebastian entró en el salón, recogió los dibujos y los puso en el centro de la mesa. Oyó que se abría la puerta del baño y fue al encuentro de sus invitadas. Maria llevaba en brazos a Nicole, envuelta en una gran toalla blanca. El aroma a jabón y a cálida humedad las siguió desde el baño.

—¿Podrías traerme la maleta? —preguntó Maria.

—Ya la tienes en tu habitación —contestó él llevándolas allí.

Maria dejó a la niña en la cama y sacó un pijama azul y blanco de la enorme maleta negra. Era un poco anticuado, elegante al estilo clásico.

—¿Necesitáis algo antes de ir a la cama?

—Un vaso de agua, por favor.

—Enseguida.

Cuando volvió con el agua, Nicole ya estaba metida en la cama y arropada. Maria estaba tumbada a su lado, abrazada a ella. Sebastian dejó el vaso en la cómoda y se volvió a darles las buenas noches. La niña lo miró con sus grandes ojos oscuros.

—Sólo quiero decirte que hoy has sido una niña muy buena, Nicole —dijo sentándose a su lado—. Tu madre y yo estamos muy muy orgullosos de ti.

Nicole asintió con la cabeza. También ella parecía orgullosa. Sebastian le sonrió y le acarició con ternura la mejilla, luego se levantó y se dirigió a Maria.

—Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que decírmelo. Estoy ahí

mismo.

—Hay una cosa... —sugirió ella tímidamente.

—¿Qué?

—Es que... Nicole está mucho más tranquila cuando estás con ella. — Sebastian la dejó hablar. Lo había sabido desde que estaban en el hospital de Torsby. Maria inspiró hondo—. Creo que le gustaría que te tumbaras a su lado hasta que se quede dormida —añadió vergonzosa, casi como si le estuviera haciendo una proposición indecente.

—¿Es verdad lo que dice mamá? —le preguntó a la niña.

Ella movió la cabeza de forma casi imperceptible, pero fue suficiente.

Sebastian se tumbó con cuidado en la cama estrecha. Notó de inmediato la reacción de Nicole. Luego miró a su madre, pero esa vez ceñudo.

—Sólo hay un problema —indicó.

—¿Qué? —inquirió ella.

—Que no hay espacio. Venid conmigo.

Era una sensación extraña. Como si alguien hubiese abierto un boquete en la cortina del tiempo y lo hubiera transportado diez años atrás.

Volvía a tener una familia. Una mujer tumbada en un lado de la cama de matrimonio de su cuarto, y él al otro lado.

La niña entre los dos.

Había tenido a muchas mujeres en su cama en los últimos diez años.

Pero nunca a una niña de diez años.

Y, sin embargo, le parecía de lo más natural. Eso era lo más extraño de todo. Quizá fuera porque Nicole cada vez le recordaba más a Sabine. Quizá porque era la primera vez en una eternidad que entendía lo que significaba la confianza de un niño.

Una confianza que no exigía otra cosa que reciprocidad.

Una confianza que no escondía otro fin, ni tenía segunda intención.

Una confianza que, a diferencia de él, era completamente sincera.

Quizá fuera porque estaba sintiendo amor. Ternura. Sin rastro de sexo o deseo.

Había sentido una ternura muy parecida por Vanja, al menos cuando las cosas iban bien entre ellos. Pero las mentiras siempre estaban ahí, siempre se interponían.

Ella no lo sabía; él, sí.

Era sencillísimo, y complicadísimo.

Se dio cuenta de que no iba a poder dormir, así que se limitó a estar allí tumbado, disfrutando de la proximidad de Nicole y de su respiración suave y uniforme.

Se sentía de maravilla.

—¿Estás dormido? —oyó decir a Maria en medio de la penumbra.

No quería contestarle. Quería quedarse donde estaba, soñando despierto, pero ella era parte de eso. Un parte importante, así que tenía que contestar.

—No —contestó en voz baja.

La oyó volverse de lado. Era evidente que quería hablar. Bienvenidas esas palabras y esos pensamientos. Se lo había guardado todo mucho tiempo.

—Las cosas no han sido fáciles para Nicole y para mí —empezó a explicar tímidamente—. Apenas tiene contacto con su padre, con lo que no ha habido muchos hombres en su vida. —Él no dijo nada. No había necesidad—. Por eso me pareció que era importante que pasase tiempo con sus primos, que viese cómo funciona una familia. —Hizo una pausa. Era duro contemplar lo que había perdido—. Es todo muy extraño —continuó, hablando aún más bajo. Sebastian no tenía claro si era por no despertar a la niña o porque la emoción estaba haciendo mella en su voz—. Yo envidiaba tanto a Karin... ¡Me daba tanta rabia! Estuvimos años sin hablarnos. Me parecía que ella siempre se salía con la suya. Que era egoísta y caprichosa. —Se volvió un poco más y, por primera vez, lo miró a los ojos por encima de la cabeza de la niña dormida—. Pero nadie le regaló nada. Trabajó mucho, aunque creo que me hacía sentir... —vaciló buscando las palabras adecuadas—. No sé..., supongo que la envidiaba por ser tan feliz.

Un destello de lágrimas en sus ojos.

—¿Te avergüenzas de haberte sentido así?

—Un poco, puede. Pero sobre todo me da pena por Nicole. Ahora vuelve a estar completamente sola. Como siempre me he sentido yo.

Guardó silencio.

Sebastian no dijo nada.

—¿Cómo es que no tienes hijos?

La pregunta lo pilló por sorpresa. Esperaba y ansiaba saber más de la mujer que estaba tumbada en su cama, no aquel súbito cambio de tema, ni que la conversación se centrara en él.

—No surgió —respondió él sin pensarlo.

—Parece que te gustan los niños. Se te dan bien.

—Sí.

—¿Has estado casado alguna vez?

—No.

Las mentiras.

Con qué facilidad salían.

Sin pensar en las posibles consecuencias. Sin pensar en nada.

—Mmm... —dijo ella esbozando una sonrisa.

—¿Qué significa eso? ¿Ese «mmm»?

—Que es raro. —Se acercó un poco más—. Eres una persona maravillosa.

—Gracias.

Nadie lo había llamado «maravilloso» nunca. Nadie. Jamás. Acercó la mano a la de ella, y ella la cogió. La suya estaba caliente y era suave. Sebastian se acercó más a Nicole y notó su piel fina en la mejilla.

La mano de su madre cogida de la suya.

La hija entre los dos.

No quería dormirse nunca.

Erik lo llamó justo cuando Torkel salía del hotel, camino de su coche. Parecía emocionado, casi eufórico. Había ocurrido algo.

—Acabo de hablar con la exmujer de Thomas Nordgren, Sofie. Anoche estaba trabajando.

—Bien.

—Más que bien. Sabía lo del problema con los Carlsten. Por lo visto, Thomas se puso furioso cuando se negaron a vender. Intentó jugársela a ella, pero no lo consiguió.

—No entiendo —indicó Torkel mientras abría la puerta del coche.

—Thomas le compró su parte en 2009, pese a que no podía permitirselo. Pidió un préstamo considerable para financiar la compra. Sofie no supo hasta después que tenía pensado vendérsela inmediatamente a FilboCorp, para obtener así un sustancioso beneficio. —Torkel empezó a vislumbrar un móvil entre las sombras—. Y eso no es todo —prosiguió Erik.

—Continúe —le dijo Torkel sentándose al volante. Lo oyó inspirar hondo.

—Thomas conocía a Jan Ceder.

—¿Está seguro?

—Según Sofie, Thomas fue miembro del mismo club de caza que Jan Ceder mientras vivieron en Torsby, entre 2002 y 2009. Recordaba a Ceder perfectamente; lo consideraba un canalla.

—¿Y por qué no aparecía Thomas en la lista de amigos y conocidos de Ceder? —inquirió Torkel malhumorado.

—Porque dejó el club cuando se mudó a Sunne en 2009. No han vuelto a tener contacto desde entonces, pero sí que se conocían.

Torkel asintió para sus adentros. Móvil y vinculación directa con el propietario del arma homicida. Eso era mucho más de lo que habían conseguido hasta la fecha. Comprendía que Erik estuviese tan emocionado.

—¿Dónde está usted ahora?

—En la comisaría.

—Voy a buscarlo. Iremos a Sunne y registraremos la casa.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

Colgó y arrancó el coche.

Torkel y Erik llegaron a la vez que el cerrajero.

El número 27 de Arnebyvägen, en Sunne, era un bloque de pisos de tres plantas, feo y gris. Thomas Nordgren vivía en la segunda. No había ascensor, así que tuvieron que subir por la escalera. Había cuatro puertas idénticas y enseguida encontraron la que buscaban. Torkel tocó el timbre varias veces, pero no tenía intención de esperar más de treinta segundos. No creía que fuera a abrir nadie.

Se volvió hacia el cerrajero.

—Abra la puerta, por favor, pero no entre.

El cerrajero accedió. Era un tipo atlético que llevaba gafas, pantalones de trabajo y un polo con el logo de la empresa en el bolsillo. Dejó en el suelo la caja de herramientas y la abrió mientras Torkel se calzaba los protectores sobre los zapatos.

—Entraré yo primero y decidiré si necesitamos que venga Fabian.

Erik retrocedió y procuró controlar sus expectativas. Aquello podía ser un callejón sin salida. Claro que Nordgren no había dado señales de vida en una semana y tenía relación con todos los implicados. Quizá resolvieran el caso allí mismo, en ese momento, varios días antes de que llegara Hans Olander para tomar el mando.

El cerrajero empezó a trabajar. Torkel estaba a punto de ponerse los guantes cuando le sonó el teléfono. Su primer pensamiento fue ignorarlo, pero, al mirar la pantalla, vio que era una de las personas con las que menos le apetecía hablar: Malin Åkerblad.

Miró a Erik con cara de fastidio.

—¿Le ha dicho a Malin que veníamos aquí?

Erik lo miró perplejo.

—No.

—Bien.

Contestó la llamada. A fin de cuentas, era la responsable de la investigación preliminar.

—Torkel Höglund.

—Soy Malin Åkerblad.

—Lo sé. ¿Es importante? Estoy ocupado.

No tenía intención de contarle lo que estaba haciendo salvo que fuese absolutamente necesario.

—Sí, lo es —respondió ella más seria de lo normal. Parecía enfadada por algo. Él se puso a la defensiva—. Me retiro de esta investigación.

Torkel no supo qué decir, no es lo que esperaba. Tendría que haberse alegrado, pero estaba exhausto. Una persona nueva significaba más trabajo. Confiaba en que no se retirara del caso por que hubieran tenido alguna que otra diferencia de opinión. A lo mejor convenía que se arrastrara un poco. Podría merecer la pena si con ello evitaban el jaleo de poner a alguien nuevo al tanto de todo.

—¿Qué ha pasado?

—Lo he estado pensando y he decidido que no quiero verme involucrada en algo que me suponga un conflicto de intereses.

—¿De qué me habla?

—Mi hermano es propietario de una de las parcelas en las que está interesada la compañía minera, y ahora que se ha descubierto que...

Torkel la interrumpió.

—Un momento, ¿qué demonios está diciendo? ¿Su hermano tiene casa aquí? ¿Cómo se llama?

—Thomas Nordgren. A ver, no tenemos mucha relación, pero...

¡El colmo de los colmos! Volvió a interrumpirla, con mayor vehemencia.

—¿Thomas Nordgren es su hermano?

—Sí. —Malin parecía algo avergonzada.

Torkel miró a Erik y no pudo evitar sonreír. Era todo demasiado absurdo para reaccionar de otro modo.

—¿Le digo dónde estamos, Malin? —prosiguió despacio y con mucha frialdad. No se molestó en esperar la respuesta—. Delante de la puerta del piso de su hermano en Sunne, a punto de llevar a cabo un registro.

Por lo hondo que suspiró, supo lo conmocionada que estaba.

—¿Qué significa eso? —preguntó tímidamente.

—Significa que, en lo que a usted respecta, ya no estamos hablando de un conflicto de intereses. Acaba de convertirse en sospechosa. Quiero verla en la comisaría de Torsby cuanto antes.

Colgó. La afirmación de que Malin se había convertido en sospechosa no era del todo cierta, pero quería hablar con ella y esa pequeña exageración la llevaría a presentarse enseguida en comisaría para explicarse. Y lo cierto era que tenía mucho que explicar. Pero cada cosa a su tiempo.

—Abra esa condenada puerta de una vez.

Billy y Jennifer salieron de la especie de granero de ladrillo rojo que era el aeropuerto de Kiruna directamente a la nieve, medio metro por lo menos. Faltaba poco más de una semana para mayo, y Billy, sinceramente, no entendía cómo los residentes de Kiruna lo soportaban.

Odiaba la nieve.

En su mundo, la nieve hacía difícil montar en bici e imposible correr. Estaba todo resbaladizo y horrible, no se podía aparcar el coche, siempre hacía frío y humedad, y uno metía en casa medio litro de agua cada vez que cruzaba la puerta principal. Hacía aproximadamente un año, había nevado en Estocolmo desde mediados de noviembre hasta finales de abril y había creído que iba a volverse loco. A casi todos los que hablaban del invierno en el norte, en la zona de Kiruna, les preocupaba la falta de luz solar, pero Billy habría preferido la oscuridad a la nieve sin dudarlo.

El puñetero manto blanco cubría el suelo más de la mitad del año.

Todos los condenados años. Uno tras otro.

Se suicidaría.

—¿Has estado alguna vez tan al norte? —le preguntó Jennifer mientras se dirigían al aparcamiento a recoger el Citroën C3 que Gunilla había alquilado para ellos, para espanto de Billy. Subirse en un coche tan pequeño iba a ser como colgarse una mochila.

—Sí, hice el Kungsleden hace tiempo.

—¿Qué es eso?

—Una ruta de senderismo. Caminamos de Abisko a Kebnekaise, y de allí subimos a Sydtoppen.

Encontraron el coche, metieron las bolsas de viaje en el diminuto maletero e iniciaron el trayecto de nueve kilómetros al centro de la población. Cuando giraron a la izquierda y salieron a la E-10 y Billy pisó a fondo el acelerador, Jennifer mencionó lo único que sabía de Kiruna.

Por lo visto, iban a trasladarla.

Ninguno de los dos conocía bien los detalles, sólo habían oído decir que iban a reubicar el centro de la ciudad varios kilómetros más al este por la extensa mina de hierro que estaba provocando su hundimiento y poniendo en peligro las viviendas y los edificios públicos. Billy creía recordar que había leído en algún sitio que LKAB, la compañía minera, iba a invertir cerca de

quince mil millones de coronas en la reubicación, que les permitiría seguir extrayendo el mineral. Eso daba una idea de las sumas que manejaba el sector. El yacimiento de las afueras de Torsby no podía compararse con la cantidad de mineral de hierro que había bajo Kiruna, pero, si podían trasladar una ciudad entera, no era de extrañar que alguien hubiera decidido deshacerse de una familia que estorbaba.

No hablaron mucho durante el último tramo del trayecto, aunque Jennifer miró interesada por la ventanilla y comentó, más o menos cada quinientos metros, lo bonito que era. Billy profirió gruñidos vagos de asentimiento, pero tenía la cabeza en otro sitio.

En Estocolmo.

Con My.

A ella no le había sentado muy bien que él no hubiera querido que lo acompañara a Kiruna. La noche anterior no había sido en absoluto como él esperaba o imaginaba. En cuanto había entrado en casa, My le había pedido que se sentara a hablar de los preparativos de la boda. Debían tomar muchas decisiones ahora que por fin estaba en casa unas horas. Habían estado algo irritables. Se habían acostado tarde y el sexo no había estado bien. A ninguno de los dos le apetecía de verdad. Mientras desayunaban, Billy le había preguntado si lo podía acercar al aeropuerto, aprovechando que tenía el día libre, pero ella le había contestado que tenía mucho que hacer, con lo que había tenido que coger el Arlanda Express en la estación central.

Sin embargo, su mal humor se había esfumado en cuanto había visto a Jennifer en la zona de salidas. Ella se había alegrado muchísimo de verlo. Había corrido a su encuentro como en una comedia romántica, lo había abrazado y le había dado un beso afectuoso en la mejilla.

—¡Cuánto te he echado de menos! —le había dicho, por si con el recibimiento no había quedado lo bastante claro, y entonces él se había dado cuenta de que también la había echado de menos.

Más de lo que creía.

No habían hablado mucho en el avión: ella había estudiado las notas del caso y él había sacado el iPad y había leído el último número de una de las revistas de tecnología a la que estaba suscrito. Por lo visto, había salido una nueva aspiradora que proyectaba en el suelo una luz ultravioleta mientras aspiraba. Según el fabricante, acababa con las bacterias, los virus, las pulgas y los piojos, descomponiendo el ADN de sus células. No tenía ni idea de si eso era siquiera posible, pero le hizo pensar en el sobre acolchado que al final

había echado al buzón de correos de la zona de salidas del aeropuerto. Se había decidido en el tren. Si Vanja y Sebastian estaban emparentados, quería saberlo. Lo que hiciera con ese dato era otro asunto, pero ¿cuándo había sido un inconveniente el exceso de información? Nunca.

Llegaron a las afueras de la ciudad que pronto trasladarían. Gunilla les había hecho una reserva en el Railway Hotel, que, según el GPS de Billy, se encontraba, por alguna razón inexplicable, a kilómetro y medio de la estación de ferrocarril. Decidieron registrarse, buscar un sitio donde comer algo y hacerse después los veinte kilómetros que los separaban de Kurravaara, donde estaba el hermano de Matti Pejok.

No reconoció la habitación enseguida.

Pero se sintió a salvo.

A un lado, su madre.

Al otro, el hombre que la había salvado de la oscuridad.

Por una parte, aún quería salir corriendo. El apartamento era grande. Había muchos sitios donde esconderse.

Pero no hacía falta. Ya no tenía que huir.

Se incorporó. Había otra cosa que debía hacer.

Debía abrir la puerta de la casa.

La casa de la que había huido.

Pero la sangre la asustaba. La sangre que se le había pegado a los pies, que se le había metido entre los dedos, por debajo de las uñas.

No quería abrir esa puerta. No quería.

Volvió a tumbarse. Entre los dos. Quería quedarse allí.

Sentirse a salvo.

La sangre podía esperar.

La casa podía esperar.

De todas formas, los demás ya estaban muertos. Ya no existían. Que abriera la puerta no iba a cambiar nada.

Pero la persona que los había matado. El hombre de la escopeta.

El hombre que la había encontrado en la cueva.

El hombre que, por lo visto, había estado a punto de encontrarla en el hospital.

Seguía ahí fuera. Con su arma. Esa arma que destrozaba cuerpos y hacía que la sangre brotara de ellos.

Seguía ahí fuera.

El hombre que la había salvado había prometido atraparlo, pero necesitaba ayuda. La ayuda de ella.

Necesitaba que ella abriera la puerta.

Volvió a incorporarse, se escurrió hasta los pies de la cama y dejó atrás aquel lugar seguro.

Sebastian se levantó a las nueve en punto. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien. Descubrió que tenía a Nicole cogida de la manita. A lo mejor por eso no había despertado aterrado. No había tenido la pesadilla porque esa vez había conseguido no soltarla. A Sabine.

Llevaba diez años buscando, cada noche, una niña a la que coger de la mano.

Ya había encontrado una.

Maria estaba de espaldas a él, y respiraba suavemente. Contempló su largo pelo oscuro y cayó en la cuenta de que habían sido poquísimas las veces que había observado a una mujer dormida sin querer escapar. Tal vez fuera porque no habían tenido sexo, pero lo más probable era que la respuesta estuviese tumbada entre los dos.

Se estiró y oyó que algo caía al suelo, a los pies de la cama. Se incorporó con cuidado y miró abajo. El bloc de dibujo y los lápices de colores.

Estaban en el salón cuando se habían ido a dormir. Se agarrotó. ¿Se había levantado Nicole durante la noche?

La miró y la vio muy tranquila. Nada parecía indicar que hubiera estado sentada allí sola, dibujando en plena noche. Sin embargo, era lo único que se le ocurría, la única explicación lógica. Apartó las sábanas, sacó las piernas por el lateral de la cama y se levantó. Se acercó con sigilo al dibujo tirado en el suelo. Lo identificó enseguida. Había visto las fotografías tomadas en la casa de los Carlsten después de la masacre.

Había visto la realidad.

Karin Carlsten tendida en un charco de sangre en el vestíbulo.

Cogió la lámina del suelo. La estudió. La imagen era increíblemente poderosa pese a su simplicidad. Los trazos precisos pero infantiles hacían aún más horripilante la espantosa escena. Había una niña delante de la puerta abierta de la casa. Dentro, el cadáver yacía retorcido en el suelo. El pelo castaño de Karin en un mar de rojo, coloreado con brusquedad.

La niña que dormía en su cama era más valiente que nadie que él hubiera conocido en toda su vida.

Había encontrado el coraje necesario para hacer frente a sus miedos ella sola.

En plena noche, cuando los adultos preferían olvidar. Preferían soñar.

Le sonó el móvil. Dio un respingo, tras dos zancadas se acercó a la mesilla y lo cogió. Vanja. Rechazó la llamada para no despertar a Nicole y a Maria.

Cogió el bloc y los lápices de colores, salió del dormitorio y cerró la puerta con cuidado.

Decidió esconder el dibujo. Debía preparar a Maria. Aquello quizá la superara. Ella no estaba tan preparada como Nicole. El móvil volvió a sonar. Sabía que Vanja no iba a rendirse.

—Hola, perdona, no podía contestarte.

—¿No te has enterado? —Directa al grano, sin cortesías.

—¿Enterado de qué?

—Del pésimo ojo que tienes —replicó ella, casi hostil.

Él no estaba en absoluto preparado para ese tono y lo molestó de inmediato.

—¿De qué coño me estás hablando?

—Tu follamiga, Malin Åkerblad, es ahora uno de nuestros sospechosos —le dijo ella con innegable regodeo.

Sebastian intentó en vano comprender a qué se refería.

—Sigo sin entenderlo.

—Su hermano es propietario de unas parcelas de Storbråten, y conocía a Jan Ceder. ¿Lo entiendes ahora? ¡El mismo Jan Ceder al que ella se empeñó en soltar!

Las palabras le salían en avalancha de la boca. Sebastian estaba confundido.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Torkel está a punto de interrogarla.

—Parece un disparate.

—Desde luego. ¿Cómo lo haces? También te acostaste con Ellinor, la mujer que le disparó a Ursula. Y te acostaste con la madre del asesino de Västerås, si no recuerdo mal.

—Ya basta...

—A lo mejor tendríamos que empezar las próximas investigaciones preguntándote a quién te vas a follar para poder detenerla —siguió Vanja sin intención de parar—. Nos facilitaría mucho el trabajo.

—Muy graciosa, pero necesito llamar a Torkel —dijo Sebastian angustiado.

—A él le ha extrañado tan poco como a mí, créeme.

—Vanja, tengo que...

—Sé exactamente lo que te va a decir. Que ni te acerques a Malin, que me vas a ayudar a mí aquí, en Estocolmo, y que te recojo dentro de veinticinco minutos. Estate preparado.

Dicho esto, colgó.

Sebastian se quedó allí plantado, tratando de digerir lo que Vanja acababa de decirle. ¿Sería cierto? ¿Malin estaba implicada? ¿Tan mala suerte había tenido?

Miró hacia el dormitorio. Cayó en la cuenta de que tendría que despertar a Maria antes de que llegara Vanja. Si la encontraba en su cama cuando llegase al apartamento, se llevaría una impresión equivocada. Más aún después de la conversación que acababan de tener.

A Vanja le fastidiaba no estar ya en Torsby. Por infantil que pareciera, no podía evitar la sensación de que la habían apartado del meollo. Que la habían marginado.

Odiaba que la marginaran.

La sola idea de perderse el interrogatorio a Malin Åkerblad la enfurecía. La actitud de la fiscal le había resultado inaceptable desde el principio y le habría encantado apretarle las tuercas. Torkel le había prometido hacerlo lo mejor posible por ella, y sabía que se le daba bien. Pero no era igual que hacerlo ella.

Al mismo tiempo, era consciente de que había que seguir las pistas que tenían y de que era hora de plantear a FilboCorp sus sospechas de que los asesinatos de Torsby estaban relacionados con la explotación minera prevista. Y luego estaba Stefan Andrén, el tipo de Londres que también tenía una parcela en la zona. Llegaría a Estocolmo esa noche, y había prometido llamarla. Pero FilboCorp era sin duda lo primero de la lista. Sebastian y ella estarían allí al cabo de media hora.

Aparcó en doble fila a la puerta del bloque de apartamentos de Grev Magnigatan, tecleó el código de entrada y subió corriendo a buscarlo. A lo mejor había sido un poco dura con él por teléfono, pero lo había echado todo a perder. Nadie lo había obligado a acostarse con Åkerblad y merecía que se lo hicieran pasar mal. Sin embargo, también sabía que, si quería que él le fuera de utilidad, debía calmarse. De lo contrario, Sebastian se comportaría como una prima donna ofendida todo el día, y eso sería contraproducente. Tenían mucho que hacer.

Subió los peldaños de tres en tres y llamó al timbre. Abrió antes de lo normal.

—Buenos días... Enseguida estoy listo —informó dejándola pasar.

El apartamento olía a café y a tostadas. Inesperadamente hogareño. Se abrió una puerta y salió del baño una mujer en bata. Vanja estaba a punto de hacer un comentario mordaz, pero de pronto la reconoció.

Maria Carlsten. La madre de Nicole.

Nicole salió de la cocina en pijama, con un bigote blanco de leche y una tostada a medio comer en la mano.

—¿Qué coño hacen aquí? —le susurró Vanja cuando ambas entraron de

nuevo en la cocina.

—Se alojan aquí. El piso franco de Farsta se ha visto comprometido. Nos pareció que éste era el lugar más seguro.

—«¿Nos pareció?»

—A Torkel y a mí, así que no te creas que esto ha sido sólo idea mía — aseguró él a la defensiva.

Era evidente que no le apetecía discutir la idoneidad de que aquella pequeña familia se alojara en su apartamento.

Vanja se sintió completamente excluida. No tenía ni idea de que Nicole y su madre estuvieran allí, ¿por qué nadie la había informado? ¿Es que Torkel no confiaba en ella, o sólo pretendía eludir sus objeciones?

—Hemos progresado mucho con Nicole desde que vinieron aquí — añadió Sebastian como si pudiera leerle el pensamiento—. El entorno tranquilo y hogareño la ha ayudado.

—Estupendo —dijo Vanja, y supuso que lo decía en serio. Nicole era su único testigo potencial—. ¿Qué clase de progreso? ¿Algo que me puedas contar?

—Por supuesto.

Sebastian la condujo a su despacho. Ella se asomó a la cocina al pasar. Nicole y Maria desayunaban tan contentas. Probablemente, Sebastian tuviera razón: aquel sitio era mucho mejor que cualquier piso franco de la policía para una niña de diez años que necesitaba descansar y recuperarse. Los pisos francos solían ser impersonales y no muy agradables.

Sebastian cerró la puerta del despacho, se acercó a una de las librerías y cogió unos papeles.

—Nicole hizo estos dibujos ayer.

Empezó a enseñarle a Vanja los dibujos, uno por uno. Ella vio a una niña en el bosque.

—Ya te conté que iba retrocediendo en el tiempo, acercándose al momento. En Torsby, dibujó la escena de la salida de la cueva, cuando la encontramos, luego el interior de la cueva. Ahí está en el bosque.

Las imágenes eran muy emotivas, con colores fuertes. La sorprendió el talento que tenía Nicole para expresarse. Los trazos infantiles resaltaban la sensación de vulnerabilidad. El bosque inmenso resultaba verdaderamente amenazador, a la niña se la veía completamente aislada. Vanja sentía su huida en un dibujo tras otro.

—En éste, llegamos a la casa, solo al margen, ¿lo ves?

Asintió. Él tenía razón. Vanja reconoció la casa blanca de los Carlsten. Sebastian le pasó el último dibujo.

—Éste lo hizo anoche. Aún no se lo he enseñado a Maria.

Vanja comprendió por qué en cuanto vio el cadáver de pelo castaño en un charco de sangre.

—Entonces ¿lo vio todo?

Él afirmó con la cabeza y ella lo miró; se sentía abrumada.

—Buen trabajo.

—Habrá más. —Sebastian dejó los dibujos boca abajo en la librería—. Todavía no ha terminado.

—En ese caso, debo reconocer que tienes razón... Es obvio que le viene bien estar aquí contigo.

Sus palabras sonaron más conciliadoras de lo que pretendía, pero lo cierto era que, en esos momentos, él la tenía muy impresionada.

—Gracias.

—Aunque es verdad que, al principio, me ha parecido un poco raro verlas aquí.

—Puedo entenderlo. La he cagado a lo grande con Malin.

Vanja no pudo evitar sonreír.

—Por no decir algo peor. Torkel la tiene bien pillada.

—¿Habéis localizado a su hermano? ¿Cómo se llama, por cierto?

—Thomas Nordgren. No, está desaparecido desde los asesinatos. Nadie lo ha visto. Creo que Torkel va a emitir una orden de busca y captura.

Sebastian sonrió también, casi contento.

—Pero ¿tiene más de treinta años, conexión con los Carlsten y conoce la zona? —Vanja asintió con la cabeza—. Es un hombre sociable y ha tenido o tiene una relación, ¿me equivoco?

Vanja cayó en la cuenta de adónde quería llegar con eso.

—Sí, encaja en tu perfil del autor de los hechos —dijo con sequedad.

—Sólo quería oírtelo decir.

Ella meneó la cabeza y rio. Sebastian abrió la puerta del despacho.

—¿Nos vamos? Se las apañarán bien sin mí unas horas.

Vanja asintió.

—Siempre es mejor que seamos dos. Empezamos por FilboCorp.

Sebastian entró en la cocina para despedirse.

—Tengo que ir a trabajar un rato —le dijo a Nicole acariciándole la cabeza. La niña lo miró con resignación, pero enseguida dio una pequeña

cabezada de asentimiento. Él se volvió hacia María—. Si hay algún problema, llámame. No abráis la puerta a nadie.

Vanja los observó a los tres y se preguntó si debía dejarlo quedarse. Quizá fuese de mayor utilidad allí, con Nicole. Aunque, pensándolo bien, seguía habiendo algo en aquel pequeño cuadro que la molestaba. No le parecía del todo saludable. Sebastian no se estaba comportando sólo como investigador. En cierto sentido, parecían una familia. Papá se va a trabajar.

—A Nicole le caes muy bien —le dijo cuando volvió con ella—. Parece que confía en ti.

—Debe de ser la única del mundo —respondió él con sinceridad.

Vanja meneó la cabeza. Típico de él: darle demasiada importancia a todo.

—Es una niña, Sebastian. Una niña traumatizada. Te necesita, pero no te conoce —subrayó con mayor sequedad de la que pretendía.

—Vamos, que, cuando la gente me conoce, ya no le caigo bien ni puede confiar en mí, ¿no?

—Bueno, sin duda es más difícil —contestó sinceramente.

Sebastian se calzó los zapatos, y con ello dejó claro que la discusión sobre la niña de la cocina había terminado.

Salieron del apartamento en silencio.

Torkel estaba junto a la máquina de café, esperando el cuarto del día, cuando apareció Erik.

—Los datos financieros de Nordgren —dijo, y le entregó una hoja impresa a Torkel, que los repasó rápidamente y asintió enseguida al ver que la información confirmaba sus teorías del día anterior.

Las finanzas personales de Thomas Nordgren se encontraban, por decirlo suavemente, sometidas a cierta presión. Aún estaba pagando el sustancioso crédito que había pedido en 2009 para comprarle a Sofie su parte de la casa después del divorcio. El interés no era alto, y además tenía un préstamo bancario importante, una serie de deudas de tarjetas de crédito y varios préstamos al descubierto. Sus ingresos mensuales eran de veintidós mil cuatrocientas coronas brutas. Hasta Torkel, que apenas sabía nada de la materia, dedujo que debía de terminar en números rojos todos los meses. La venta de su parcela a FilboCorp le habría cambiado literalmente la vida.

Eran datos útiles, pero no pruebas. Aunque servían para establecer un móvil.

No contaban con muchas pruebas.

De hecho, no tenían ninguna.

No se había encontrado nada en su piso ni en el trastero del sótano que pudiera relacionarlo en modo alguno con los cinco asesinatos. Ninguno de los vecinos tenía nada provechoso que decir sobre Thomas como persona, sobre su círculo de amistades, sus actividades recientes o su paradero actual. Nadie lo había visto en la última semana.

—Lleva ahí dentro casi una hora —manifestó Erik mirándose el reloj.

Torkel sabía perfectamente a quién se refería: a Malin Åkerblad. Se había puesto a disposición de la policía de inmediato y se había presentado voluntariamente en comisaría para que la interrogaran. Llevaba ya esperando más tiempo del necesario o aceptable.

—Lo sé, voy para allá —dijo Torkel, y abrió la rejilla metálica para coger el café—. Estaba esperando esto —añadió agitando el documento que Erik acababa de darle—. Gracias, buen trabajo.

Enfiló el pasillo y se preguntó si debía disculparse con la fiscal por tenerla esperando. De todas formas, Malin Åkerblad no le caía bien, y estaba convencido de que el sentimiento era mutuo. Vanja le había pedido que la

presionara y eso era precisamente lo que se proponía hacer. Empezar con una disculpa no era una opción.

Malin Åkerblad estaba en la misma sala en la que habían interrogado a Jan Ceder. Justicia divina, se dijo Torkel.

—Estoy dispuesta a ayudar —aseguró Malin con su voz ronca teñida de una mezcla de hastío e irritación—. No hay motivo para que me traten mal.

Torkel no respondió. Se acercó a la mesa y dejó en ella el café. Confió en que se percatara de que no le había llevado uno, ni se ofrecía a ir a buscárselo. Retiró la silla y se sentó. Apoyó los codos en la mesa, descansó la barbilla en las manos cruzadas.

—Su hermano... —empezó a decir, y dejó el resto de la frase suspendido en el aire.

—¿Sí? —dijo ella en un tono que dejaba claro que le faltaba frase para seguir.

—Hábleme de él.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué quiere contarme?

Malin se encogió de hombros.

—Thomas es ocho años mayor que yo, así que, de niños, no íbamos mucho juntos. Se marchó de casa a los diecisiete y yo sólo tenía nueve, con que... —Extendió las manos como si así explicase la relevancia de la diferencia de edad en su relación—. Hemos tenido contacto esporádico y solía verlo en los cumpleaños, en Navidades y eso cuando aún vivían nuestros padres, pero desde que murieron...

Lo dijo también como si sobraran las explicaciones.

—¿Y qué me dice de la parcela que los Torsson le han alquilado? —inquirió Torkel yendo al grano.

—Thomas y Sofie compraron la casa dos años después de casarse. Sofie y yo no nos llevábamos bien y casi no nos relacionamos mientras estuvieron casados.

—¿Y ahora?

—Hablamos de vez en cuando.

—¿Sabe dónde está su hermano?

—No, hace semanas que no hablamos.

Torkel asintió para sí y dio un sorbo al café. Se recostó en el asiento y se

llevó las manos cruzadas a la nuca.

—Thomas y Jan Ceder fueron miembros del mismo club de caza mientras él vivió en esa casa —señaló en un tono distendido.

Malin se mostró verdaderamente sorprendida.

—No lo sabía.

Torkel no dijo nada. Se limitó a inclinar un poco la silla hacia atrás para mecerse sobre las patas traseras. Completamente relajado. En apariencia.

—No conozco a ninguno de los amigos de Thomas —prosiguió Malin, de pronto decidida a convencerlo—. Y, como he dicho, no tuve nada que ver con él mientras estuvo casado con Sofie.

—Entonces ¿no sabía que conocía a Jan Ceder?

—No.

—¿Por eso se mostró tan reticente a que lo retuviéramos?

Ni rastro de acusación, ni de rabia, ni de hostilidad. Una charla sobria. Una pregunta completamente normal.

—No, lo solté porque no tenían pruebas suficientes para retenerlo.

—A nosotros nos parecía que sí.

—Se equivocaban.

Estaba convencida de su razonamiento, y Torkel cayó en la cuenta de lo persuasiva que debía de resultar en un tribunal. La suya era la voz de una triunfadora, pero no estaba presentando su razonamiento ante un jurado en esos momentos. Más bien podía decirse que estaba en el estrado.

—A su hermano no le caían bien los Carlsten —dijo levantándose y acercándose al ventanal. Se apoyó en el antepecho, mirando al cristal, aunque desde allí no se podía ver lo que había al otro lado.

—Eso tampoco lo sabía.

—¿Nunca le contó que los consideraba la causa de sus problemas financieros, ni le dijo que sería rico si ellos accedían a vender su parcela?

—No.

—Entonces, cuando asesinaron a los Carlsten y este caso aterrizó en su mesa, ¿no le extrañó nada?, ¿no relacionó lo sucedido con su hermano?

—Como ya he dicho, no. De lo contrario, no habría aceptado el caso.

Se volvió hacia ella por primera vez desde que se había levantado de la mesa.

—¿Y espera que me lo crea?

—Crea lo que quiera, pero es la verdad.

—Muy bien, deje que le diga lo que creo. Ahora mismo —dijo

acercándose, apoyando las manos en la mesa e inclinándose hacia Malin—; creo que la situación financiera de Thomas se hizo insostenible. Creo que le pidió prestada una escopeta a su antiguo compañero de caza, Jan Ceder, y que asesinó con ella a los Carlsten. —Malin meneó la cabeza como indicando que sabía adónde quería ir a parar, pero que lo consideraba un disparate—. Thomas temía que Ceder nos contase quién tenía la escopeta —prosiguió Torkel—. Usted no sabía lo mucho que Ceder detestaba a las autoridades y no podía arriesgarse, así que lo dejó marchar. Su hermano lo estaba esperando cuando llegó a casa y le pegó un tiro en la perrera.

—Eso es ridículo —espetó ella, incapaz de reprimir una risita que reforzó eficazmente su opinión—. ¿Tiene algo, lo que sea, que pruebe todo esto?

—Tenemos a otra persona a cargo de la investigación preliminar —replicó Torkel sin responder a su pregunta.

—Lo sé. Emilio Torres.

—Es algo más receptivo que usted, por decirlo de algún modo.

No cabía duda de que Torkel estaba disfrutando de la situación. Habría querido pensar que estaba por encima de eso, pero debía reconocer que quería hacerle pasar un mal rato a Malin Åkerblad. Ella le había complicado la vida, que ya era lo bastante complicada de por sí a todos los niveles posibles.

Clavó los ojos en ella y esperó a que levantase la mirada.

—La voy a poner en prisión preventiva y emitiré una orden nacional de busca y captura de su hermano.

Le había llevado un tiempo encontrar el sitio, pero lo había conseguido.

Le había bastado con la fotografía en blanco y negro de la portada del *Expressen*. Con eso y con tiempo. Tiempo que, en realidad, no tenía.

Volvió a cotejar la fotografía con el edificio que tenía delante. Estaba convencido de que era el mismo, pero ¿seguiría allí la niña? Era muy posible que la policía hubiese decidido trasladarla cuando el periódico había publicado el artículo, sobre todo después de su fracaso en el hospital. Eso sin duda les habría dejado claro que la seguridad de la niña estaba en peligro.

Levantó la vista a la ventana de la tercera planta. Llevaba sentado en el coche más de dos horas y no había detectado ningún indicio de movimiento al otro lado del cristal. Al contrario que en la fotografía del periódico, allí no se veía nada. No había ninguna carita pálida asomada. Ni siquiera estaban corridas las cortinas, y eso lo inquietaba. Alguien que temiera por su integridad habría corrido las cortinas.

Decidió bajar del coche. Aumentaba las posibilidades de que lo vieran, pero debía actuar. Acercarse. Averiguar algo más. Se dejaría en el vehículo el arma, que llevaba dentro de un estuche negro en el asiento del copiloto. Ir armado tenía sus ventajas, por supuesto, pero los inconvenientes eran mayores. Era muy improbable que le surgiese de pronto la ocasión de deshacerse de la niña y no podría justificar la pequeña escopeta si lo registraban o, peor aún, lo detenían. No tenía ni idea del operativo de seguridad que la policía habría desplegado. Era preferible evaluar la situación primero. Como siempre.

Bajó del coche y se dirigió al edificio, lo bastante rápido como para que pareciese que sabía adónde iba. Pensó que resultaba menos sospechoso que si daba la impresión de que buscaba algo.

Estaba a punto de abrir el portal cuando oyó una voz a su espalda.

—¿Perdone?

El hombre había aparecido de la nada. Seguramente era un policía de paisano; no llevaba uniforme. Menos mal que se había dejado el arma en el coche. Se volvió y procuró fingirse sorprendido. No era más que un tipo corriente camino de algún sitio, sólo eso.

El individuo que lo había parado tendría unos treinta años. Llevaba un cortavientos rojo y parecía algo estresado. Debía de estar vigilando en el

coche que había aparcado a escasa distancia de allí.

—¿Vive aquí? —preguntó.

No supo qué mentira inventar. Eligió la respuesta más sencilla, la que le permitiría ganar tiempo.

—¿Por qué?

—Perdone. Soy periodista autónomo y estoy intentando hacer una fotografía a alguien que supuestamente vive aquí, pero no la he visto en todo el día.

—¿De quién se trata?

—De una niña, aunque empiezo a pensar que la han trasladado.

—¿Quién ha trasladado a quién? No sé de qué me está hablando.

El hombre que podía haber ido armado soltó la puerta y se acercó al periodista. Era su oportunidad de averiguar más.

El periodista de pronto pareció desanimado, al ver que no iba a encontrar respuestas sino más preguntas. Meneó la cabeza.

—No es más que un rumor que he oído, pero he preferido quedarme por aquí para comprobar si era cierto. Siento haberlo molestado —dijo, y dio media vuelta.

—Espere... ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Desde esta mañana, pero me rindo.

—Probablemente tenga razón.

Lo despidió con la mano. De modo que la policía la había trasladado. Si no había habido señales de vida en todo el día, eso era lo más probable. Entró en el portal y esperó a que el periodista subiera al coche y se fuera.

Vuelta a la casilla de salida. O aún peor. Ahora no tenía ni idea de dónde estaba. Podían tenerla en cualquier parte. Debía abordar el problema de otro modo. El periodista le había dado una idea. Si no encontraba a la niña, quizá pudiera encontrar a alguien que la visitara. Alguien que la necesitara, incluso alguien que cuidara de ella. Otra persona que no fuese su madre, se dijo mientras esperaba en el hueco de la escalera.

El tipo al que había visto en la cueva.

Era el que había llegado primero al hospital de Torsby aquella noche. Había visto su coche entrar a toda velocidad en el aparcamiento mientras estaba escondido entre los arbustos de la ladera, y ese hombre alto y fondón había bajado del vehículo y había entrado corriendo en el hospital. Ya entonces se le había ocurrido que, por alguna razón, debía de ser importante para la niña. No podía ser casualidad que hubiese llegado el primero al

escenario en ambos casos.

No creía que fuese policía, pero, desde luego, formaba parte del equipo de Riksmord que habían enviado a Torsby desde Estocolmo.

Sebastian, así se había presentado a la niña en la cueva.

Dudaba que hubiese muchos Sebastians en Riksmord.

Después de un almuerzo ligero en el Railway Hotel, Billy y Jennifer subieron al coche y siguieron rumbo al norte por la carretera de Kurravaara, que, según Jennifer, bien podría ser la ruta más hermosa que había visto en su vida. Billy llamó a Per Pejok, que le prometió que estaría pendiente de ellos. Estaban a unos veinte minutos. Si en ese tiempo no llegaban, seguramente se había perdido, y tendrían que volver a llamarlo.

En principio, no había muchas posibilidades de perderse: una carretera recta. Cuando llegaron a Kurravaara y a la entrada que no tenía nombre, según el GPS de Billy, giraron a la izquierda y continuaron por Norra Vägen, siguiendo un rato la orilla del lago, luego llegaron a una pequeña población formada por un conjunto de edificios rojos que parecían dispuestos al azar a diversas distancias unos de otros y del lago, donde el hielo había empezado a quebrarse. Sin embargo, la nieve parecía más profunda allí, observó Billy estremecido. Kurravaara sólo tenía trescientos habitantes, pero había también algunas residencias de verano, con lo que la localidad parecía más grande. Al norte de la salida, tomaron el segundo desvío a la izquierda y siguieron la carretera hasta el final. La puerta verde de una casita roja de dos plantas se abrió mientras aparcaban, y un hombre curtido de cuarenta y tantos años se acercó a ellos. Llevaba una chaqueta de piel forrada de lana de oveja encima de un suéter de lana, vaqueros y botas recias. Un par de luminosos ojos azules eran el único rasgo facial que se distinguía entre una barba inmensa pero bien cuidada y la visera de una gorra. Al bajar del coche, Billy oyó que unos perros ladraban en el interior de la vivienda. Perros de caza, seguramente. Imaginaba perfectamente a aquel tipo con una escopeta al hombro.

—Per Pejok. Bienvenidos a Kurravaara —dijo el individuo con fuerte acento de Kiruna al tiempo que les tendía la mano—. ¿No les ha costado encontrar el camino, entonces?

Se presentaron, y Jennifer le dijo a su anfitrión lo bonito que le parecía el pueblo. Billy esperaba que los invitase a entrar, se moría de frío. En cambio, Per señaló un Range Rover rojo aparcado cerca.

—¿Les apetece ir a ver la mina?

—Sí, por favor, claro —respondió Jennifer como si fuese toda una aventura.

Billy no pudo evitar admirar su inagotable entusiasmo.

—Iremos en mi coche, es más apropiado para el terreno —indicó Per, y a Billy le pareció verlo esbozar una sonrisita desdeñosa al mirar el pequeño Citroën antes de dirigirse al Range Rover.

Billy se sentó delante, Jennifer detrás, y el habitáculo no tardó en caldearse mientras recorrían el asombroso paisaje.

—Matti no dejó de pelearse con esos cabrones en ningún momento —les explicó Per a la vez que maniobraba hábilmente por las carreteras estrechas y cubiertas de nieve—. Desde el día en que se enteró de sus planes hasta..., bueno, hasta que desapareció.

—Pero FilboCorp tiene un contrato de compra de su parcela —puntualizó Jennifer.

Per Pejok soltó un bufido que dejó claro el valor que ese documento tenía para él, rociando generosamente el parabrisas de saliva al mismo tiempo.

—Siempre se salen con la suya.

—Pero usted denunció a la policía la desaparición de su hermano, ¿no fue así? —preguntó Billy pese a que sabía de sobra la respuesta.

—Desde luego.

—¿Y qué hicieron?

—Que les den a todos. La compañía esgrimió ese contrato del que me habla y la policía perdió el interés. Dijeron que probablemente Matti se había largado a algún sitio con el dinero. —Per soltó otro resoplido, y Billy se preguntó si no debería llevar limpiaparabrisas por dentro también—. Pero está claro que a esos chicos de azul los tienen en nómina, como a todos esos putos políticos corruptos que les han dado permiso para excavar aquí. —Per se volvió hacia Billy—. La compañía calcula que ganará unos quinientos mil millones en los próximos veinte años, así que se pueden permitir el lujo de comprar lo que necesiten.

Giró hacia una carretera más ancha que evidentemente se había asfaltado hacía poco y, a escasos kilómetros, tomó una pista de tierra más pequeña que enseguida empezó a empinarse. No tardaron en avanzar por algo que ni siquiera podía considerarse un camino de cabras, ascendiendo sin parar.

—No podemos acercarnos más —dijo Per, y se detuvo en lo alto de la ladera.

Unos segundos después, Billy y Jennifer contemplaban desde arriba el valle completamente dominado por un enorme agujero gris, una mina a cielo

abierto. A Billy le parecía más bien una gravera gigante. Una herida fea en un paisaje por lo demás idílico.

—Tres kilómetros de largo, un kilómetro de ancho y trescientos noventa metros de profundidad —los informó Per sin que le preguntaran.

—¿Qué extraen aquí?

—Cobre. Sacan quince millones de toneladas de mineral al año, pero está previsto doblar la producción.

Quince millones de toneladas. Jennifer no era capaz ni de imaginar cuánto era eso. ¿Cómo demonios sacaban semejantes cantidades de un boquete en la tierra?

—Trabajan las veinticuatro horas, todos los días del año —dijo Per como si le hubiera leído el pensamiento a la vez que señalaba un camión abajo—. Hacen falta cuatrocientos litros de diésel por hora para transportar el mineral a la nave de triturado. —Señaló un edificio que se encontraba más abajo, en el valle—. De ahí, el mineral triturado va a la planta de procesado en una cinta transportadora, pero eso no se ve desde aquí. —Per volvió a mirar hacia la mina a cielo abierto que tenían a sus pies—. Como ven, la propia extracción destruye el paisaje. Además, han desviado el cauce de un río no muy lejos de aquí, con lo que prácticamente se ha vaciado un lago, pero ése no es el principal problema.

Volvió a señalar hacia la planta trituradora y a la montaña de roca gris oscuro que había a su lado, de color y forma completamente distintas a todo lo de alrededor. Jennifer y Billy entendieron enseguida a qué se refería.

—Cinco kilómetros de largo, dos kilómetros de ancho... Roca estéril y residuos resultantes del proceso. Se desechan cincuenta mil toneladas todos los días, pero, cuando se exponen al aire, se produce una reacción química por la que se liberan los metales pesados residuales.

—¿No dispone la compañía de algún procedimiento para evitarlo? —quiso saber Jennifer.

—Nos traen lodos de depuración de Estocolmo. Van mezclados con tierra y se usan para cubrir los residuos y mantener controlados los metales, pero nadie sabe si funcionará ni por cuánto tiempo.

Per los miró, y a Billy le pareció verle una lágrima en el rabillo del ojo.

—La compañía seguirá extrayendo mineral aquí durante otros veinte años, pero eso se quedará ahí cientos, quizá miles de años. ¿Quién se va a responsabilizar de ello?

Aunque la pregunta era retórica, ni Billy ni Jennifer habrían podido

contestarla. Todo aquello era nuevo para ellos, nuevo y aterrador. Per se pasó el dedo índice por debajo de la nariz y luego por la mejilla. Billy había acertado con lo de la lágrima.

—Dicen que genera empleo, pero no contratan a tantas personas, y la mayoría son especialistas de otros países. FilboCorp ni siquiera paga el impuesto de sociedades en Suecia. Matti lo comprobó.

Per se movió y, pasando por delante del coche aparcado, se dirigió al otro extremo de la meseta en la que se encontraban. Desde aquel lado, el paisaje virgen de páramos y montañas se extendía ante ellos de nuevo. A Jennifer le costaba creer que no se hubieran desplazado más de cincuenta metros y, sin embargo, el panorama fuese tan distinto. Intacto, espléndido, se esparcía hacia el horizonte, mientras a su espalda se levantaba una industria pesada.

—Matti vivía justo ahí —dijo Perl señalando al bosque de abajo.

Ninguno de los dos veía ninguna casa, por lo que supusieron que Per les indicaba la zona más que un lugar concreto.

—¿Qué pasará cuando cierre la mina dentro de veinte años?

—La excavación a cielo abierto se llenará de agua, se convertirá en una especie de lago artificial. Pero el entorno tardará mucho en recuperarse. Aquí arriba todo tarda más por el frío. Eso me lo enseñó Matti. Me hizo implicarme. ¿En serio creen que habría vendido su casa teniendo estas vistas? —preguntó abarcando con un movimiento del brazo toda la naturaleza que tenían delante—. ¿Y a ellos? —indicó con el pulgar a su espalda.

También esa vez la pregunta era retórica, pero ambos sabían la respuesta.

Era más que improbable.

Lo que significaba que FilboCorp tenía que dar muchas explicaciones.

El despacho del presidente de FilboCorp estaba en la segunda planta de los números 36-38 de Kungsgatan. Vanja y Sebastian habían dado sus nombres por el telefonillo de la entrada y les habían abierto. Las paredes de la sala de espera de recepción estaban forradas de fotografías de minas a cielo abierto y minas subterráneas, con nombres exóticos en los pies de foto. La decoración era oscura, con mucha caoba. Sofás y sillones de cuero caros y muy historiados, y una gruesa moqueta de color verde. Vanja se sentó en uno de los sofás. Sebastian se quedó de pie, contemplando las fotografías. Un ataque tras otro a la belleza virgen de la naturaleza, todo ello exquisitamente expuesto en una sala que era el paradigma mismo de la riqueza.

—¿A quién se supone que vamos a ver? —preguntó él.

—Tenemos una cita con Carl Henrik Ottosson, jefe del Servicio de Información —respondió Vanja, mirando alrededor.

—¿No con el director ejecutivo? —preguntó Sebastian al parecer decepcionado.

—No tenía tiempo.

Sebastian negó con la cabeza.

—Dudo mucho que fuese el jefe del Servicio de Información quien pidiera al abogado que llamase a Maria.

—A lo mejor, pero es con él con quien hemos quedado —replicó ella con mordacidad.

Empezaba a lamentar haberse llevado a Sebastian. Parecía que tenía ganas de bronca.

—Su trabajo consiste en manejar a la prensa y responder con evasivas. Somos policías. Tendríamos que hablar con el organillero, no con el mono de feria.

—Déjalo ya, ¿vale? Además, ya que te pones tiquismiquis, tú no eres policía, sino un asesor.

Sebastian le sonrió.

—¿Significa eso que le puedo entrar un poco más fuerte?

—Mientras no nos echen...

—Te lo prometo. Confía en mí.

Antes de que Vanja pudiese decir nada más, entró un hombre delgado con un traje caro y una corbata que hacía juego. Llevaba gafas de concha, el

pelo corto, bien cortado y peinado hacia atrás, y su amplia sonrisa revelaba una dentadura perfecta y blanquísima. Parecía recién salido de una escuela de administración de empresas. A Sebastian le desagradó de inmediato.

—Carl Henrik Ottosson, jefe del Servicio de Información de FilboCorp. Le aseguro que nunca echamos a nadie —saludó tendiéndole la mano.

Vanja se la estrechó y se presentó. Sebastian no se movió.

—No haga promesas que no puede cumplir —le dijo.

El tipo trajeado de sonrisa de plástico hizo caso omiso.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Estamos investigando unos asesinatos cometidos en Torsby —contestó Vanja.

—Aunque preferiríamos hablar con su jefe —terció Sebastian.

—Lamentablemente, tiene otros compromisos. No se nos informó de su visita con suficiente antelación. —Carl Henrik se volvió de nuevo a Vanja—. Y no acabo de comprender qué implicación puede tener nuestra empresa en esa tragedia.

Sebastian se adelantó un paso. No pensaría Carl Henrik que iba a librarse de él tan fácilmente, ¿verdad?

—¿Quién de ustedes le pidió hace unos días a Rickard Häger que llamase a Maria Carlsten para comprarle su casa, justo después de que asesinaran a su hermana y a toda su familia?

Carl Henrik palideció.

—Me temo que no lo sé.

—Entonces quizá comprenda por qué queremos hablar con quien sí lo sabe.

Carl Henrik hizo todo lo posible por aparentar que seguía siendo dueño de la situación, pero su sonrisa se había desvanecido.

—Como ya he dicho, me temo que tiene otros compromisos. No obstante, debo hacer hincapié en que FilboCorp siempre actúa dentro de los márgenes de la ley. Si nos ha faltado delicadeza, sólo puedo disculparme, pero no veo que hayamos hecho nada ilegal, si bien no estoy familiarizado con los pormenores de este caso en concreto.

—No, no creo que sea ilegal. Poco ético, tal vez. Inmoral, sin la menor duda. Pero seguro que a ustedes eso no les preocupa.

—No puedo responder a acusaciones vagas. —Carl Henrik estaba cada vez más irritado—. Pensaba que tenían preguntas concretas.

—Y las tenemos —replicó Vanja—. ¿Quién de ustedes le pidió hace

unos días a Rickard Häger que llamase a Maria Carlsten para comprarle su casa, justo después de que asesinaran a su hermana y a toda su familia? Pero, por lo visto, usted no sabe la respuesta.

Se hizo un breve silencio. Carl Henrik miró fijamente a sus visitas. Sebastian decidió cambiar de táctica.

—Tengo entendido que usted trata con la prensa —comentó.

—Es uno de mis cometidos, sí.

—Bien, entonces quizá pueda decirme qué le parece este titular: «Una familia entera asesinada. Ésta es la compañía minera que quería hacerse con su parcela». Luego a lo mejor unas cuantas fotografías de los niños asesinados celebrando sus cumpleaños o algo por el estilo, ya sabe a lo que me refiero, sus caritas inocentes sonriendo a la cámara.

El rostro de Carl Henrik perdió algo más de color, pero, al mismo tiempo, su semblante se oscureció. Lo sorprendía y fastidiaba el planteamiento inflexible de Sebastian y Vanja, pero no iba a rendirse.

—Es una lástima que alguien llamara a la señora Carlsten casi inmediatamente después de la tragedia, ¡pero esto es un chantaje!

—Eso dígaselo a los concejales de la zona cuando solicite los permisos de exploración —espetó Vanja—. O a los accionistas. Seguro que les encantará saber que se niega a colaborar en la investigación de unos asesinatos.

Carl Henrik estaba furibundo, y a Sebastian le pareció que no iba a tardar en incumplir su promesa de no echar a nadie.

—¿Qué es lo que quieren?

—Lo mismo que hemos querido desde el principio: hablar con alguien que pueda responder a nuestras preguntas —repitió Sebastian con serenidad—. Pero, al parecer, eso no es posible. Vamos, Vanja.

Se dirigió a la puerta, pensando que, a medio camino, Carl Henrik lo detendría. Se equivocó. Lo detuvo a los dos pasos.

—Esperen, esperen. Voy a ver si puede hacerles un hueco —dijo, y abandonó la sala a toda prisa.

Vanja sonrió a Sebastian y levantó la mano.

—¡Choca esos cinco!

Menos de cinco minutos después, a Sebastian y a Vanja los conducían a una sala aún más lujosa, si eso era posible. La sala de juntas, supuso Sebastian.

Dominada por una mesa de roble alargada y resplandeciente sobre la que se habían dispuesto varias jarras de cristal llenas de agua. Las paredes revestidas de madera oscura estaban repletas de pinturas que daban la impresión de ser valiosas, aunque no lo fueran. Un anciano vestido con un traje oscuro de raya diplomática y zapatos relucientes los esperaba al fondo de la sala. Era bajito y rechoncho, pero sus rasgos duros, su mirada fija y su pelo gris perfectamente peinado lo hacían parecer mucho más alto. No hizo ademán de levantarse a recibirlos. Se limitó a observarlos con sus gélidos ojos grises. No pareció impresionarlo en absoluto lo que vio. Carl Henrik hizo las presentaciones.

—Éste es Adrian Cole, presidente de FilboCorp Europe —dijo en un tono convenientemente servil—. Acaba de interrumpir una importante reunión para recibirlos.

—Así que ustedes son las personas que han venido aquí lanzando acusaciones completamente infundadas —sentenció Cole con marcado acento inglés—. Solemos mantener una colaboración cordial con las autoridades, pero, claro, eso depende de la voluntad de dichas autoridades de colaborar con nosotros.

—Buscamos respuesta a algunas preguntas relacionadas con la investigación de unos asesinatos —replicó Vanja.

Cole se volvió hacia Carl Henrik.

—Puedes retirarte. Ya me encargo yo.

Esperó a que su subordinado abandonara la sala, luego se dirigió a Vanja.

—No tenemos inconveniente en responder a sus preguntas. Nos enfrentamos a dificultades constantemente. ¿Hay cobre debajo de esa montaña? ¿Merece la pena extraer torio? ¿Podrá impedirnoslo el Tribunal Medioambiental? Estamos acostumbrados a las preguntas. Y a las acusaciones. ¿Les apetece un poco de agua?

Señaló las jarras. Sebastian negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Pero no nos gusta que nos amenacen —prosiguió Cole—. Si vamos a facilitarles respuestas, deben imbuirse de un espíritu de entendimiento mutuo. De lo contrario, tendrán que arreglárselas con nuestro equipo legal.

—¿A qué se refiere exactamente con «entendimiento mutuo»? —preguntó Sebastian enfadado.

—Lo que les digamos será confidencial y no sobrepasará los límites de la investigación policial. No aparecerá en los medios. En resumen, se

comportarán con profesionalidad. Igual que nosotros.

—De acuerdo, pero, en ese caso, queremos respuestas, no bobadas corporativas —dijo Vanja con firmeza—. No nos ha hecho gracia que intentaran librarse de nosotros con ese bufón al que acabamos de conocer.

—Sin bobadas, se lo prometo. Aunque eso no implica que vaya a gustarles lo que diga. En realidad, por lo general, a nadie le apetece saber la verdad.

—¿Conoce la zona de los alrededores de Storbråten, en Torsby? —inquirió Vanja.

Cole sonrió.

—Sí. Es uno de los mayores filones del norte de Värmland. Vale miles de millones.

—¿Por eso le pidió a su abogado que llamase a Maria Carlsten y le ofreciera comprarle su parcela?

—Se refiere a Rickard Häger, de Lex Legali.

—Eso es.

—Lo cierto es que no lo sé. Es competencia de Lex Legali estar al corriente de los posibles cambios de titularidad de las zonas en las que tenemos interés. Así es como funcionamos.

—¿Y no le parece poco ético ponerse en contacto con una mujer que está de luto a los pocos días de que su hermana y toda la familia de ésta fueran asesinadas? —preguntó Sebastian en tono acusador.

Cole lo miró fijamente.

—Posiblemente. Pero ¿sabe usted cuántas veces esas conversaciones terminan en una venta? La mayoría de las personas con las que hablamos se sienten como si les hubiera tocado la lotería. Aceptan encantados nuestra oferta; es mucho dinero. Pero, si la señora Carlsten se disgustó, le pido disculpas. Claro que tampoco tengo por qué pedírselas a usted, ¿no? La parcela no es suya.

—¿Es necesario ser completamente inmoral para trabajar aquí? ¿Forma parte de los requisitos del puesto? —inquirió Sebastian.

Cole le sonrió.

—¿Quiere que hablemos de moralidad? ¿Tiene idea de qué porcentaje del presupuesto de asistencia social de Suecia procede de las montañas? Una cantidad inmensa, se lo aseguro. Eso es lo que ha levantado este país, pero la gente no quiere verlo. Quieren vivir en una sociedad moderna y tener de todo, y una reserva natural virgen al mismo tiempo. La idea es muy bonita. Suena

bien en el sofá de una tertulia televisiva. Pero no pienso disculparme por extraer minerales y sacarles partido. —Se volvió hacia Vanja—. ¿Alguna otra cosa?

—Sí. Hay otros propietarios que se habrían beneficiado mucho si los Carlsten hubieran vendido, ¿no es así?

—Por supuesto. Los Carlsten fueron los únicos que dijeron que no.

—¿Alguno de ellos ha seguido en contacto con ustedes? ¿Ha continuado preguntando y mostrando interés?

—Si alguien se ha comportado de forma sospechosa, en otras palabras.

—Sí. —Cole hizo memoria—. La única persona que ha vuelto a llamarnos varias veces para preguntarnos si queríamos comprarle su parcela es el propietario de la zona que está justo al sur de la finca de los Carlsten.

—¿Thomas Nordgren? —dijo Vanja enseguida.

Cole asintió con la cabeza.

—Así es. Lo hemos visto especialmente interesado en los últimos dos años.

—¿Le han prometido algo? ¿Han llegado a algún acuerdo con él? —preguntó Vanja con interés.

—Siempre le hemos respondido lo mismo: que queremos comprar todas las parcelas o ninguna.

Vanja no dijo nada. Thomas Nordgren era ahora aún más sospechoso.

—¿Creen que es él? —preguntó Cole interpretando correctamente su silencio.

—¿A usted qué le parece?

—No tengo ni idea. Pero, por dinero, la gente es capaz de todo tipo de cosas, eso lo tengo muy claro. Nosotros también, pero no asesinamos a nadie. No nos hace falta. Esas parcelas son demasiado valiosas. Algún día nos haremos con ellas.

Billy y Jennifer estaban sentados en un despacho por lo demás vacío de la segunda planta de la comisaría de Kiruna, un edificio de ladrillo, cuadrado, grande, sin ningún otro distintivo. Podían haber sido las oficinas del consistorio, una escuela, una cárcel, un antiguo hospital psiquiátrico, un bloque de pisos, un almacén, cualquier cosa. Era anodino y carecía de personalidad. Cuando Billy metió el coche en el aparcamiento y lo vio, confió sinceramente en que la comisaría no fuese uno de esos edificios que se disponían a desmontar con cuidado y reconstruir en el nuevo centro de la ciudad; debían demolerlo. Sus compañeros merecían algo mejor. El único punto a su favor: que era más grande de lo que esperaba.

Le habían explicado el motivo de su presencia al agente que se encontraba de servicio en el mostrador de la planta baja: querían hablar con el responsable de la investigación de la desaparición de Matti Pejok, o con alguien que conociera el caso. Habían hecho falta una serie de llamadas telefónicas, redirecciones y más llamadas, pero, por fin, los habían llevado hasta aquella oficina y les habían pedido que esperaran.

Y allí estaban, esperando.

Llevaban esperando bastante rato.

Billy estaba a punto de bajar a recepción a preguntar si se habían olvidado de ellos cuando se abrió la puerta y entró una mujer de unos cincuenta años y unos ciento cincuenta kilos cargada con una gruesa carpeta. Iba de uniforme, y tenía el pelo, negro como el carbón, por los hombros, unos peculiares ojos azules y una boca que era una raya de intenso carmín. Una mujer a la que le gustaba llamar la atención, o al menos no quería pasar inadvertida. Se presentó como Renate Stålnacke y se sentó enfrente de ellos.

—Estamos interesados en la desaparición de Matti Pejok —comentó Billy.

—Ah, sí, los hermanos Pejok —respondió Renate con un suspiro, dejando claro que había oído hablar lo bastante de esos dos para el resto de su vida.

Billy empezó a entender por qué cuando ella pasó los siguientes veinte minutos repasando su trato con ellos antes y después de que FilboCorp empezase a operar en Kurravaara.

—¿Puedo preguntar a qué se debe el interés de Riksmord en ellos? —

dijo como remate de la charla, mirando alternativamente a Billy y a Jennifer.

—El nombre de FilboCorp ha surgido en otro caso y pensamos que la desaparición de Matti Pejok podría estar relacionada —contestó Billy con sinceridad.

—¿Ha desaparecido alguien más?

—No, han asesinado a una familia entera —le explicó Jennifer, dando continuidad a la política de franqueza.

—Y piensan que la compañía está implicada.

—Estamos investigando todas las vías posibles —dijo Billy—. La compañía minera es una de ellas.

—No entiendo por qué todo el mundo se empeña en retratarlos como los malos —repuso Renate inclinándose hacia delante—. Yo pienso que deberíamos aumentar la producción. Necesitamos el metal, en eso estamos todos de acuerdo, y seguramente es preferible que extraigamos nosotros el mineral a que enviemos a nuestros hijos a hacerlo a algún lugar de Sudamérica y que suelten los residuos donde les dé la gana. Al menos aquí tenemos normativas y legislación para proteger el medio ambiente, y unas condiciones de trabajo decentes.

Ni a Billy ni a Jennifer les apetecía discutir los pros y los contras de la minería, de modo que Billy retomó de inmediato el motivo de su visita.

—¿Tiene una copia del contrato que firmó Matti?

Renate abrió la carpeta y por fin sacó un documento que dejó en la mesa, delante de sus invitados, que se inclinaron a la vez para estudiarlo.

—Su hermano asegura que no es la firma de Matti —dijo Billy señalando la parte inferior de la última página.

—Lo sé, lo hemos investigado.

Renate sacó de la carpeta otros dos documentos y los dejó encima de la mesa: un contrato de alquiler de coche y una copia del pasaporte de Matti. Suspiraron los dos.

—No son idénticas —dijo Jennifer después de que ambos miraran los tres documentos alternativamente varias veces.

—¿Su firma es siempre exactamente igual?

La cara de escepticismo de Renate hizo que Jennifer cayese en la cuenta de que no era la primera vez que le presentaban ese argumento.

—Más o menos —respondió ella convencida.

—Bueno, pues a nosotros no nos pareció que la diferencia fuese lo bastante significativa para garantizar la sospecha de que se había cometido un

delito.

—¿Se les ocurrió pensar que hubiera firmado porque lo estaban torturando?

Hasta Billy se quedó atónito. A esas alturas, ya conocía a Jennifer muy bien y era perfectamente consciente de que ansiaba que el trabajo policial constara sólo de días repletos de acción y emoción. Quería perseguir villanos; y cuanto más listos y más astutos, mejor. Quería medirse con los partidarios del mal. La vida en Sigtuna estaba muy lejos de ser su ideal de la profesión que había elegido, un ideal que, a juicio de Billy, probablemente había sacado de las películas norteamericanas.

Aun sabiendo todo eso, seguía sorprendiéndolo su vaga esperanza de que a Matti lo hubiesen torturado para obligarlo a firmar el contrato.

—Eso explicaría por qué la letra del contrato es algo irregular —prosiguió, sin duda interpretando la expresión de su compañero como un aliciente.

—También pudo ser que le costase tomar la decisión. O que el documento estuviese encima de algo que no era del todo liso —señaló Renate a la vez que recogía los papeles y volvía a guardarlos en la carpeta—. Los hermanos Pejok han robado a este cuerpo más horas extra que todos los demás residentes de Kiruna juntos, y debo confesar que ha habido momentos en los que estaba tan harta que me han dado ganas de enterrar cualquier cosa que tuviese que ver con ellos, pero investigamos exhaustivamente la desaparición de Matti, varias veces, y nada parece indicar que se cometiese ningún delito.

Renate se recostó en la silla, casi sin aliento después del discurso. Billy y Jennifer se miraron un instante. Renate Stålnacke parecía más que competente y, por lo que habían visto y oído, no había motivo alguno para dudar de sus conclusiones.

—¿Podría facilitarme una copia de las notas del caso? —preguntó Billy.

—Les he dejado una copia digital en recepción.

—¿Han hecho un seguimiento del dinero? —quiso saber Billy mientras se levantaba.

—El dinero fue a parar a una cuenta a nombre de Matti Pejok. Estaba todo allí. Permaneció intacto durante varios meses. Lo comprobábamos cada cierto tiempo.

—¿Lo han comprobado hoy?

Por la cara que puso, supo lo que necesitaba saber.

Que no.

Otro despacho. Otra espera.

Esa vez en el banco que había en la misma calle que la comisaría. De camino, Billy había llamado a Torkel para informarlo, pese a que no había mucho que contar. Per Pejok seguía convencido de que la desaparición de su hermano era sospechosa. La policía local no estaba de acuerdo. No había tenido tiempo de repasar aún las notas del caso, pero parecía que le habían dedicado muchas horas y habían hecho un buen trabajo. No obstante, se le había ocurrido algo que quería comprobar y se proponía ponerse en contacto con Malin Åkerblad.

Torkel lo interrumpió.

Malin Åkerblad ya no era la fiscal a cargo de la investigación preliminar; de hecho, Torkel estaba intentando que la detuvieran. Tendría que hablar con su sucesor, Emilio Torres. Un segundo. Antes de que Billy pudiera procesar lo que le acababan de decir, oyó al teléfono una voz con algo de acento. Emilio Torres se presentó y le preguntó en qué podía ayudarlo.

Billy se explicó.

Emilio prometió hacer todo lo posible.

Cinco minutos después, Billy y Jennifer habían llegado a Sparkbanken Nord. Se habían presentado, indicado el motivo de su visita y solicitado el número del fax. Luego los habían conducido al despacho donde se encontraban en esos momentos. De vez en cuando pasaba alguna persona por delante de la ventana, pero habría sido una exageración decir que Lars Janssonsgata era un hervidero de actividad esa tarde. Al menos en la parte de la calle donde estaban ellos.

Se abrió la puerta y entró un hombre que sonreía como si le hubiese tocado el mayor premio de toda su vida. Se presentó como Anton Beringer, director de la sucursal de Kiruna, con un acento que revelaba que no había nacido ni se había criado en la zona. Su alegre disposición se extendió incluso a su enérgico apretón de manos.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Habría recibido un fax de la oficina del fiscal de Karlstad —empezó a explicar Billy, y Anton asintió con la cabeza.

—Sí... Quieren acceso a las cuentas de uno de nuestros clientes.

—Existe la posibilidad de que no sea cliente suyo, pero, en ese caso, me

gustaría saber adónde ha ido a parar el dinero.

—Por supuesto, sin problema. ¿Cómo se llama el cliente? —preguntó Anton con los dedos suspendidos sobre el teclado.

Billy le dio el nombre, el número del carnet de identidad y el número de cuenta que había sacado del contrato que Matti Pejok había firmado con FilboCorp. Anton introdujo rápidamente los datos, luego pulsó Enter con un ademán ostentoso.

—Sí, aún es cliente y la cuenta sigue activa. —Anton deslizó la página hacia abajo—. Vaya, qué montón de dinero —dijo girando el monitor para que Billy y Jennifer pudieran verlo mientras les aclaraba lo que mostraba la pantalla—. No hay mucho movimiento. Se abonó una cantidad sustanciosa hace poco más de cinco años, aquí. —Señaló la pantalla—. Luego ha habido algunas operaciones menores, pero nada durante casi un año.

—Fue entonces cuando denunciaron su desaparición —observó Jennifer al ver la fecha de la última transacción en la pantalla.

—Ha habido una transferencia mensual de veinticinco mil coronas durante los últimos cuatro años —observó Anton señalando esa vez una sucesión de cifras. Un número de cuenta.

—¿Podría darnos los datos del titular de esa cuenta? —preguntó Billy a la vez que hacía anotaciones.

—Supongo que sí —contestó Anton con alegría mientras giraba de nuevo la pantalla hacia sí y empezaba a teclear.

—Desaparece, no toca el dinero en doce meses, luego empieza a hacer reintegros periódicos —resumió Billy para sí.

—Veinticinco mil al mes son trescientos mil al año —señaló Jennifer—. A ese ritmo, el dinero le duraría unos cincuenta años.

—¿Como una especie de sueldo, quieres decir?

—Tiene sentido, ¿no?

—Veinticinco mil coronas dan bastante de sí...

—La cuenta es de Scotiabank, en Costa Rica —anunció Anton con una sonrisa aún mayor si cabe.

—Allí veinticinco mil coronas dan aún más de sí —comentó Jennifer.

Google y un par de llamadas telefónicas habían dado resultados. Había sido más fácil de lo que creía. Por lo visto, Riksmord y la Junta de Gobierno del Cuerpo Nacional de Policía solían trabajar con un criminólogo llamado Sebastian Bergman. No había mucho de él en internet, pero tenía una entrada en la Wikipedia. Sebastian Jacob Bergman se había formado en la Universidad de Estocolmo y en Estados Unidos. Estaba especializado en asesinatos en serie y era uno de los principales criminólogos de Suecia. También había una fotografía. Ya era antigua, pero le valió para reconocer al hombre alto con el pelo revuelto que había visto en la cueva y en el hospital.

Había cinco Sebastian Bergman en Estocolmo, pero sólo uno cuyo segundo nombre fuese Jacob. Sebastian Jacob Bergman vivía en el número 18 de Grev Magnigatan, de modo que ahí era donde debía ir.

Era complicado aparcar y tuvo que dar varias vueltas antes de encontrar un sitio desde el que tuviera una visual decente del edificio de apartamentos. Era un bloque bastante grande de piedra amarilla con ventanales y un imponente portal en el centro. Parecía bastante selecto. Echó el asiento hacia atrás y se puso cómodo. Ojalá hubiese cogido más víveres que una botella de medio litro de Coca-Cola, pero ahora que estaba ahí no quería bajar del vehículo. Al menos hasta que hubiese decidido cuál era la siguiente fase de su plan.

De momento era sencillo: esperar a que Sebastian Bergman saliera del apartamento y seguirlo. Con un poco de suerte, lo conduciría hasta la niña. El plan presentaba algunos puntos débiles, pero de momento era lo mejor que tenía. Volvió a levantar la vista al edificio.

La vida no era justa, se dijo.

En absoluto. Eso lo había descubierto recientemente.

Los que se preocupaban y eran cautos sufrían.

Tenían que morir niños que sencillamente no lo merecían.

La vida no era justa, pero uno hace lo que debe hacer.

Así eran las cosas.

Había traspasado la línea con los primeros disparos, y ya no había vuelta atrás. Todo lo que estaba ocurriendo no era otra cosa que la secuela de esos primeros disparos, nada más. Sólo quedaba un testigo. Pronto terminaría todo. Al menos, por un tiempo.

Miró el reloj. Le dio un sorbo a la bebida azucarada y volvió a enroscar el tapón. Debía racionársela; probablemente tuviese que pasar mucho tiempo allí. Sólo habían transcurrido cinco minutos desde que había aparcado. El tiempo pasaba increíblemente despacio. Se dio cuenta de que debía hacer algo. A lo mejor le convenía bajarse del coche después de todo, acercarse al portal. No tenía ni idea de en qué piso vivía Sebastian. No le hacía falta saberlo, pero así se entretenía. Quizá pudiese colarse en el portal y mirar los nombres de los inquilinos. Nunca estaba de más tener una visión de conjunto.

Para curarse en salud, puso el estuche negro en el suelo del asiento del copiloto y lo empujó hacia el fondo todo lo que pudo para que no se viera fácilmente desde fuera. Aunque pareciese una tontería, no podía arriesgarse a que algún transeúnte reparara en él y le rompiera la ventanilla para robárselo. Nada debía salir mal.

Estaba a punto de abrir la puerta del vehículo cuando vio movimiento en una de las ventanas de la tercera planta. Una carita que se asomaba. Le recordó la fotografía granulada del *Expressen*, la del edificio de apartamentos de Farsta.

Pero esa vez la imagen era en color y la tenía justo delante.

Ya no debía averiguar en qué piso vivía Sebastian Bergman.

Era el tercero, y la niña estaba con él.

Vanja había informado a Torkel de la reunión con FilboCorp y él le había contado que había empezado a interrogar a Malin Åkerblad, pero, de momento, no había llegado a ninguna parte. Acababa de emitir una orden nacional de busca y captura de Thomas Nordgren y esperaba tener noticias pronto. Prometieron ponerse en contacto el uno con el otro en cuanto hubiese alguna novedad.

Hacía un hermoso día de primavera y las calles de Estocolmo estaban llenas de gente paseando, disfrutando del sol. Vanja y Sebastian avanzaban por Kungsgatan camino de Stureplan. Él aún parecía irritable y malhumorado; ella encontraba muy tierno que no lograra olvidarse de la reunión con Adrian Cole.

Le daba la sensación de que alojar a Nicole en su casa estaba teniendo un efecto profundo en él. La niña parecía despertarle una sensibilidad que a Vanja le era desconocida. Le agradaba bastante. Era capaz de preocuparse por otras personas. Lo hacía más humano, y le gustaba cuando se mostraba humano. Ésos eran sus mejores momentos.

—Cena conmigo. Con nosotros, quiero decir —le propuso—. A Stefan Andrén no lo veremos hasta dentro de unas horas.

—Llamaré cuando llegue a Estocolmo.

—Por eso... Vente a cenar con nosotros.

—Vale. Suena bien —dijo ella.

En ese momento lo vio. Al hombre al que llevaba meses evitando. Estaba a la puerta de la librería Hedengren, mirando el escaparate. A lo mejor había decidido inconscientemente ir por Stureplan en lugar de seguir por el otro lado de la calle, a lo mejor las viejas costumbres la habían llevado allí. Iban a menudo a Hedengren, Vanja y el hombre al que solía llamar papá.

Valdemar.

Él la vio unos segundos después, con lo que ella no pudo obedecer a su primer impulso, que fue volver la cabeza y pasar por delante sin decir nada.

—¿Vanja? —dijo él con un hilo de voz, apenas un eco de lo que solía ser.

«Papá», estuvo a punto de responder ella, pero logró evitarlo a tiempo.

—Valdemar.

Se detuvo a unos pasos de él.

Sebastian no parecía saber qué hacer. ¿Se quedaba o se iba? ¿Cuál era el grado de intimidad de la situación? Se apartó un poco para darle espacio, pero asegurándose de que ella sabía que seguía allí. Valdemar se acercó tímidamente a ella.

—¿Cómo estás? —preguntó él, aunque le habría dicho mucho más.

—Bien. Trabajando mucho, como siempre —respondió ella en un tono lo más neutro posible. No quería verse envuelta en un intercambio demasiado emotivo—. Ya conoces a Sebastian, ¿verdad? —prosiguió señalando a su compañero.

—Por supuesto. Hola —dijo Valdemar con mayor amabilidad de la estrictamente necesaria.

Sebastian lo saludó con la cabeza.

—Valdemar.

Vanja se alegró de que Sebastian estuviera allí. De lo contrario, Valdemar le habría montado un numerito, lo veía claro. Había envejecido. Tenía la piel más flácida y más pálida, y arrugas donde no había ninguna hacía sólo seis meses. Pero eran sus ojos lo que más había cambiado: estaban apagados. Toda su fortaleza había desaparecido y a esa expresión que solía hacerla tan feliz la había sustituido una de resignada tristeza.

Era un hombre penoso, deshecho.

—Te he echado de menos —le dijo él, de corazón.

Debía reconocer que la satisfacía en cierto modo su infelicidad. Al menos no era la única que había sentido el dolor de su traición, no era la única que había sufrido.

No supo qué más decir.

—He tenido mucho jaleo —logró articular por fin. Era verdad y mentira a la vez—. Y quería que me dejaran en paz.

Eso sí que era cierto y era lo máximo que estaba dispuesta a reconocer, decidió. Era él quien la había defraudado. Ella no había hecho nada malo.

—Lo entiendo —contestó él apesadumbrado.

Se miraron en silencio, el uno ansiando decir muchas cosas, la otra desesperada por marcharse lo más rápido posible. Estaba claro quién iba a salir ganando.

—Debo irme —indicó ella, y todo su cuerpo transmitió ese mismo mensaje.

—Tengo entendido... —empezó a explicar Valdemar, e hizo una pausa como si necesitase reunir fuerzas para seguir—. Tengo entendido que mamá

y tú fuisteis al cementerio.

—Así es.

Brilló en los ojos de Valdemar un leve destello. «Ahora ya sabes la verdad —parecían decir—. Ya podemos encontrar una forma de seguir adelante. Un modo de recuperarnos el uno al otro.»

—No la creí ni por un segundo —añadió Vanja con firmeza, decidida a aplastar aquel leve destello.

Valdemar asintió casi imperceptiblemente con la cabeza. Le dio la impresión de que se esforzaba en vano por decir algo más. Algo que lo cambiara todo e impidiese que ella se fuera. Pero no le salió nada. Vanja lo miró fijamente, luego se inclinó hacia delante, casi a modo de confidencia, aunque su voz sonó fría.

—Una disculpa habría sido un buen comienzo, para tu información.

Él volvió a asentir. Lo entendía.

—Lo siento. Hay tantas cosas que querría explicarte...

La expresión de Vanja dejó claro que eso era muy poco, muy tarde, y se fue. Sebastian la siguió y avanzaron en silencio hacia Riddargatan.

—Parece que lo lleváis bastante mal —dijo al fin.

Vanja asintió con tristeza. Cuanto más se alejaba de Valdemar, más le costaba mantener la serenidad.

—Son las mentiras lo que me mata —contestó, consciente de que sus emociones se estaban apoderando de ella—. Toda una vida de mentiras.

—Está claro que él piensa que tenía un buen motivo —señaló Sebastian con delicadeza.

—Seguro que lo tenía. Pero era mi padre. Se supone que los padres no mienten.

Sebastian la miró pensativo. El encuentro también lo había afectado a él.

—No, pero a lo mejor a veces lo hacen sin querer.

—Eso no es excusa.

Siguió mirándola. También él parecía que quería decir algo, pero no encontraba las palabras adecuadas.

Billy paseaba nervioso por su habitación del hotel. A quien hubiera decorado aquella estancia —algo que había sucedido sin duda hacía al menos cincuenta años— le gustaban los revestimientos de pino, eso estaba claro. Parecía un chalet rústico de montaña de los años cincuenta. Según la publicidad, ése era el hotel más antiguo de Kiruna y, por lo que veía alrededor, no le costaba creerlo. Se había conectado a internet y le había hablado a Gunilla de TripAdvisor, para que la próxima vez que hiciera una reserva pudiese evitar los establecimientos con la puntuación más baja. Jennifer y él ya habían terminado lo que habían ido a hacer, pero no había vuelo de vuelta esa noche, por lo que tendrían que pasarla allí.

Las últimas horas habían sido intensas.

Después de su visita al banco, Billy había llamado a Torkel, que le había prometido mover algunos hilos. Media hora más tarde, lo había llamado Ingrid Ericsson, de la Unidad de Delitos Financieros, para preguntarle en qué podía ayudarlo. Reconoció el nombre y pensó que tenía alguna relación con Vanja, pero lo dejó correr y le explicó que necesitaban saber quién era el titular de una cuenta del Scotiabank en Costa Rica y si dicha cuenta estaba activa. Ingrid le dijo que podía ser un asunto delicado, por la legislación de Costa Rica. Él le preguntó si sería más fácil si el Scotiabank les confirmaba un nombre que ya tenían. Posiblemente. No podía prometer nada, pero haría todo lo posible.

Tres horas más tarde, mientras Jennifer y él disfrutaban de una cena temprana y puntuaban películas de superhéroes, Ingrid había vuelto a llamar. Habían tenido suerte. Como sólo pedían la confirmación de un nombre, las autoridades costarricenses habían sido inusualmente amables. Sí, el señor Pejok era el titular de la cuenta, la cuenta estaba activa y estaba vinculada a una tarjeta Visa. La última operación se había llevado a cabo hacía dos días, pero no sabía dónde, y el banco se negaba a facilitarle la dirección o el número de teléfono del señor Pejok. Había enviado al banco la fotografía de carnet de Matti que la policía había encontrado en su casa tras su desaparición, y el director de la sucursal había confirmado que, en efecto, ése era el señor Pejok.

Billy le dio las gracias y colgó. Las piezas del puzle empezaban a encajar poco a poco e iban revelando la imagen que había esperado desde que

habían hablado con Anton Beringer.

Matti se había rendido.

Había accedido a que le comprasen su parcela.

Todo, cosas o personas, tiene un precio.

Por lo visto, el de Matti era de un poco más de quince millones de coronas.

Lo único que Billy no entendía era cómo había llegado a Costa Rica sin pasaporte si la policía de Kiruna lo había encontrado después de su desaparición. Había una copia entre las notas del caso, en la mesa de su habitación del hotel. Válido hasta noviembre de 2014.

Otra llamada, esa vez a Renate, que le prometió estudiar enseguida el asunto. Poco después, justo cuando Jennifer lo estaba convenciendo para que fuesen a jugar a los bolos, lo llamó Renate, bastante avergonzada. Matti Pejok había denunciado el robo de su pasaporte y había solicitado y recibido uno nuevo antes de desaparecer. Cuando la policía había encontrado el pasaporte en su casa, había dado por supuesto que no se había ido al extranjero. Renate reconoció abiertamente que habían cometido un error al no comprobar si ese pasaporte era de hecho el mismo cuyo robo se había denunciado y que se había cancelado. Dejó claro que estaba furiosa, en parte porque eso daba muy mala imagen de ella ante Riksmord, pero, sobre todo, porque si lo hubieran comprobado enseguida, habría habido más pruebas de que Matti había desaparecido por voluntad propia, y eso le habría ahorrado un montón de trabajo innecesario.

En cuanto Billy y Jennifer supieron exactamente lo que tenían entre manos, volvieron a ver a Per Pejok.

Lo hablaron antes. Jennifer no tenía claro si debían contarle la verdad. Era evidente que tenía idealizado a su hermano. ¿Tenían derecho a destrozarse esa imagen? Aun así, Billy era de la opinión de que tenía que ser mejor saber la verdad que pasarse el resto de su vida pensando que Matti estaba muerto y enterrado en alguna parte, y no poder pasar página.

Prevaleció el criterio de Billy.

También esa vez salió a recibirlos y no hizo ademán de invitarlos a entrar en su casa, donde los perros seguían ladrando. Les preguntó por qué habían vuelto y ambos lo vieron palidecer cuando Billy le contó lo que habían averiguado desde su visita anterior. Negó con la cabeza una y otra vez como si no creyera ni por un segundo el escenario que le pintaba. Se aferraba al hecho de que no habían hablado con Matti en persona. No sabían con

certeza si estaba en Costa Rica; podía ser otra persona. No se le ocurría quién, ¿alguien de FilboCorp?

Billy le dijo que el banco costarricense había identificado a Matti por la foto.

Pese a todo, Per se negaba a aceptarlo. Matti había sido un paradigma de oposición a la mina.

Precisamente por eso, le había dicho Billy. Habiéndose empeñado tanto en evitar la apertura de la concesión, le habría resultado casi imposible quedarse por allí después de vender su parcela, así que había «desaparecido».

Se había escapado a Costa Rica.

Sí, lo sabían con certeza.

No había mucho más que decir. Billy y Jennifer volvían al coche cuando Per los detuvo.

—¿Cuánto le dieron por traicionarnos a todos?

Billy se lo dijo. Poco más de quince mil millones. Per cabeceó afirmativamente y volvió a su casa.

Ya de vuelta en el hotel, Billy pensó que Jennifer había estado en lo cierto: habría sido preferible que Per no lo supiera.

Unas horas muy intensas, sin lugar a dudas.

Sonó el móvil de Billy. Pensó en ignorarlo; estaba harto de móviles. Pero, por supuesto, atendió la llamada y se alegró al ver que era Jennifer.

—Hay una pista de tiro en el sótano de la comisaría. ¿Vienes?

Seguramente, la policía tendría protegida a la niña. La duda era cuál sería el alcance de esa protección. ¿Sólo tendrían efectivos dentro, o habría también alguien fuera? Escudriñó los vehículos aparcados cerca, pero parecían vacíos. De todas formas, no le alcanzaba la vista muy lejos. Era difícil tener una visión de conjunto desde el asiento de su coche. Frustrado, decidió explorar la zona a pie. Se expondría muchísimo más, pero no se le ocurría otra alternativa.

Debía saber qué aspecto tenía su oponente.

Abrió la puerta y bajó, procurando que todos sus movimientos fuesen lo más normales y corrientes posible. No debía sobresalir ni llamar la atención de ningún modo. Echó un vistazo a los vehículos aparcados a ambos lados de la calle en busca de alguna silueta, de algún movimiento.

Nada, de momento.

Cerró la puerta del coche y se estiró. Lo agradeció; le dolía la espalda de estar sentado tanto rato. A escasa distancia, al otro lado de la calle, vio una furgoneta negra. No llevaba ningún distintivo, aparte de una S en las puertas traseras, y era el vehículo en el que parecía más probable que hubiera efectivos policiales vigilando el edificio. Necesitaba verlo de cerca. Se puso en marcha, saboreando esos primeros pasos. Decidió continuar, recorrer la misma acera hasta Storgatan, luego cruzar la calle. Pasaría por delante de la furgoneta negra al volver. Después, la idea era seguir hasta Riddargatan, cruzar otra vez y volver a su coche. Se centraría en los coches aparcados en la calle y en las ventanas de los edificios situados frente al número 18. Si a él le hubieran encargado proteger a la niña, habría elegido el sitio desde donde tuviese la mejor visual del apartamento.

Avanzó despacio hacia Storgatan. No quería tener que hacerlo demasiadas veces, así que prefería hacerlo despacio. Una anciana dobló la esquina un poco más adelante y enfiló la calle en dirección a él. Lo complació ver que todos los coches aparcados estaban vacíos, y de cuando en cuando echaba un ojo a los edificios de la izquierda. Costaba ver más allá de la superficie reflectante de los oscuros ventanales, y cayó en la cuenta de que no podía estar seguro de que no hubiera nadie vigilando.

Pasó por delante de la anciana y se atrevió a saludarla educadamente con un leve movimiento de cabeza. Ella le respondió con una sonrisa que lo

animó. Qué tontería. Llegó a Storgatan, cruzó y volvió por la otra acera, centrándose en la furgoneta negra. Tenía un parabrisas grande con las lunas tintadas que le impedía ver el interior. Decidió cambiar de plan: volvería a cruzar la calle justo delante de la furgoneta, lo que le permitiría mirar dentro con toda naturalidad. No había tráfico, pero de pronto giró un taxi desde Riddargatan y enfiló la calle en su dirección. Perfecto. Apretó el paso, bajó de la acera justo delante de la furgoneta y giró la cabeza como para asegurarse de que no venía el taxi antes de cruzar. Eso le proporcionó un buen ángulo para asomar la mirada al interior de la furgoneta; parecía vacía. Satisfecho, volvió a su coche antes de continuar por Riddargatan. Fue entonces cuando los vio.

Al hombre al que había estado buscando y a la joven que era policía.

Acababan de girar hacia Grev Magnigatan. Por suerte, estaban en la acera contraria y él los había visto primero. Se escondió detrás de un coche, los observó a través del cristal sucio de atrás. Era evidente que se dirigían al edificio de apartamentos. A lo mejor ellos eran la solución, se dijo al verlos abrir el portal y entrar. Decidió esperar. Había empezado a vislumbrar el germen de un nuevo plan. Pero antes tenía que estar seguro.

—¡Maria! ¡Soy yo! —gritó Sebastian desde el vestíbulo.

Vanja lo siguió, aún un poco agitada después del encuentro con Valdemar. No hubo respuesta, y eso preocupó a Sebastian. Corrió a la cocina, donde la encontró sentada en silencio al lado de Nicole, pálida y demacrada.

—¿Ha ocurrido algo? —dijo en cuanto las vio.

—Ha estado dibujando otra vez —contestó Maria en voz baja y angustiada, mirándolo a los ojos.

—¿Puedo verlo? —preguntó él, y cogió la lámina que había boca abajo en la mesa.

La escena era tan devastadora como la anterior. Nicole seguía retrocediendo en el tiempo. Esa vez estaba en una cocina y, en el suelo, delante de ella, había un niño muy bien dibujado. Tenía uno de los brazos casi arrancado de cuajo por el hombro y se encontraba tendido en un ángulo poco natural. Sangre por todas partes. Había usado tanto el rotulador rojo que los últimos trazos de la pared apenas se veían, como si se le hubiera gastado. Maria tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es Georg, ¿verdad?

Sebastian asintió despacio.

—Anoche hizo otro dibujo que aún no te he enseñado.

—¿Por qué?

—Era un dibujo de tu hermana.

Maria estaba destrozada.

—¿Era igual de espantoso?

Sebastian se acercó y le puso una mano en el hombro.

—A lo mejor me equivoqué, pero quería protegerte —le dijo en voz baja.

—No quiero verlo. —Un instante después, Maria se giró hacia su hija muda e inmóvil, sentada allí, tan pequeña y pálida—. ¿Cuándo va a terminar? ¿Cuánto tiempo tendrá que habitar ese terrible mundo? Es insoportable.

—Si te soy sincero, no lo sé —respondió Sebastian acariciándole el hombro con suavidad.

Vanja entró en la cocina y cogió el dibujo. Una vez más la sorprendió la memoria visual de Nicole. No había omitido ninguno de los detalles fundamentales. Hasta las huellas de sus pies ensangrentados estaban allí.

—He estado pensando que deberíamos usar esto como prueba —le dijo a Sebastian agitando la lámina de dibujo.

—Por supuesto.

—Con lo que voy a tener que llevarme los dibujos de Nicole.

—Sin problema.

Sebastian le soltó el hombro a Maria y se volvió hacia la niña.

—Venga, vamos a pensar en otra cosa un rato. —La cogió en brazos y se la llevó al salón—. ¿Quieres que veamos qué hay en la tele? —le preguntó abrazándola.

Vanja los vio marchar, a Nicole colgada de su cuello, devolviéndole el abrazo.

Quizá porque acababa de encontrárselo, o por cómo se colgaba Nicole de Sebastian, pensó en Valdemar, el hombre del que ella en su día se había colgado exactamente igual.

La pista de tiro era más pequeña que en la que solían verse en Estocolmo, pero ¿qué otra cosa se podía esperar allí arriba? Cinco cabinas en fila, cinco blancos a doce metros de distancia. La sala entera estaba revestida de madera clara y recordaba a una enorme sauna, con luces fluorescentes encastradas en el techo. La puerta metálica se cerró a su espalda en cuanto el agente los informó de los procedimientos y la normativa de seguridad y les facilitó el equipo necesario.

—¿Hacemos esto un poco más emocionante? —le dijo Jennifer cuando se acercó a por unas orejeras—. Tres cargadores. El que haga el peor tiro pierde.

—¿Qué apostamos? —preguntó Billy con una sonrisa.

—Cien.

Jennifer volvió y le pasó unas orejeras amarillas.

—Hecho.

Billy entró en la cabina y cogió el arma, luego le insertó uno de los cargadores que tenía en una cajita a la derecha. Sintió una punzada de placer por todo el cuerpo cuando oyó el chasquido que indicaba que el cargador había encajado, y amartilló el arma.

Sostenía un arma cargada.

Un arma letal.

Ella ya había empezado a disparar. Oía el ruido sordo de un disparo tras otro, a un ritmo regular. Todas y cada una de las balas se encajaban en el círculo central, pero bastaba con perder la concentración un segundo. Una bala en el sitio equivocado y habías perdido.

Se colocó en posición, levantó su .40 S&W e hizo el primer disparo. En el mismísimo centro. Repitió el procedimiento y disparó rápidamente las once balas restantes.

Bajó el arma, retiró el cargador vacío y volvió a cargarla.

Se colocó en posición, levantó el arma.

Tras el cuarto disparo, notó que su mente había empezado a dispersarse. No es que hubiera perdido la concentración, más bien al contrario. Fue como si algo lo llevara hacia delante, lo acercara al blanco. Lo veía más nítido, como si de pronto estuviese en alta definición, claro como el agua mientras se transformaba ante sus ojos.

Charles Cederkvist, iluminado por los reflectores del helicóptero suspendido en el aire.

Cubierto de sangre y desorientado después de que se estrellara su coche.

Billy disparó.

El primer disparo alcanzó a Cederkvist en el pecho. Una mancha redonda de sangre en la camisa que no tardó en extenderse y deformarse. La segunda, justo en el centro de la mancha roja. Más sangre. Pero Charles Cederkvist seguía en pie. La bala que le había atravesado el corazón debía haberlo matado, pero seguía en pie. Billy disparó otra vez. Seis balas más le entraron en el tórax, y la camisa de Cederkvist estaba ya tan empapada de sangre que ésta chorreaba al suelo.

Por fin se derrumbó.

Billy bajó el arma.

Sin aliento. Los sentidos agudizados.

De nuevo en la cabina. La distancia al blanco volvía a ser de doce metros. Inspiró hondo por la nariz, luego exhaló despacio por la boca, y su pulso, poco a poco, volvió a la normalidad. Repitió el ejercicio, notó que se le descolgaban los hombros, luego cambió el cargador con destreza.

Se colocó en posición, levantó el arma.

Esa vez, el blanco cambió mientras apuntaba. Un ser humano. Su imaginación solía alternar entre Cederkvist y Edward Hinde, el hombre al que de verdad había matado, pero en ese caso era alguien distinto. No sabía quién.

Le daba igual.

Disparó.

Le pareció oír cómo la bala penetraba en la persona que tenía delante. La vio astillar el hueso y desgarrar los tejidos a su paso por el cuerpo antes de atravesar la columna con un estallido, salpicando sangre por toda la pared que tenía a su espalda. Volvió a disparar. Bala tras bala, en el centro mismo del pecho blanco. Nueve, diez, once... Inspiró, contuvo la respiración, levantó el arma un poco y le alojó la última bala en plena frente. El impacto hizo que la cabeza se sacudiese hacia atrás, que las rodillas cedieran. La persona que tenía delante se desplomó al suelo sin hacer ruido.

—Esa última te va a costar los cien.

Debía de estar gritándole: la oía alto y claro pese a las orejeras. Se volvió y se las quitó. Jennifer estaba apoyada en la pared con los brazos cruzados y una sonrisa victoriosa en los labios. Billy soltó el arma y se acercó

a ella. Sin mediar palabra, la agarró por la cintura y le plantó un beso en la boca.

Ella hizo un ruidito de sorpresa y él notó que se agarrotaba antes de devolverle el beso. Se abrazó a él y, abriendo la boca, dejó que sus lenguas se encontraran. Billy se arrimó más, sin importarle que ella notase su erección en el vientre. La lengua de ella se adentró en la boca de él. La agarró de la nuca y se la arrimó aún más al tiempo que le deslizaba la otra mano por la espalda y por debajo del suéter, donde encontró su piel desnuda. Jennifer gimió en voz baja. Su respiración era ya más agitada. Se desocupó las manos y empezó a desabrocharle la camisa sin que sus bocas perdieran el contacto ni un segundo. Él notó en el pecho sus manos calientes, que luego descendieron por su estómago y empezaron a desabrocharle el cinturón de los vaqueros.

Jennifer dejó de besarlo y apoyó la mejilla en la suya, respirándole su aliento caliente y entrecortado en la oreja. Completamente pegados el uno al otro. Billy abrió los ojos. Fue como si algo hubiese ocurrido cuando sus labios habían dejado de tocarse. Apartó las manos de su piel y retrocedió.

—Lo siento —le dijo alejándose todo lo que pudo dentro del limitado espacio de la pequeña cabina.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con desconcierto—. ¿Qué he hecho?

—Nada... Es que no puedo.

Billy empezó a abotonarse la camisa para no tener que mirarla a los ojos.

—Has sido tú quien ha empezado a besarme...

—Lo sé, pero no puedo. Lo siento.

Jennifer se mordió el labio inferior y se acercó un poco a él.

—Ya sabes lo que dicen: lo que pasa en Kiruna se queda en Kiruna.

—Las cosas no son así...

Billy levantó las manos como para protegerse, y la miró con una mezcla de vergüenza y verdadero remordimiento.

—Vale.

Ella retrocedió.

—Lo que pasa es que... me voy a casar —dijo Billy en voz baja para romper el incómodo silencio que se hizo después.

—Lo sé.

—Si no estuviera My y no fuéramos a casarnos...

—Lo sé, no hace falta que... Lo entiendo.

Otro silencio, tan intenso que, por primera vez, Jennifer pudo oír los

ventiladores y el leve rumor de las luces fluorescentes. Se aclaró la garganta y cruzó de nuevo los brazos.

—Es... —Se interrumpió para recuperar la voz—. Ha sido... Divertido no es la palabra, pero me gusta saber que no soy la única que se siente así.

—No, no lo eres. Pero no puedo.

La mirada de Billy era más convincente que las palabras que salían de su boca.

—Lo sé. No pasa nada.

Silencio de nuevo, aunque esa vez algo menos incómodo. Era un poco triste pensar que algo que los dos habían querido que pasara se había perdido para siempre.

—Sigues debiéndome cien —dijo ella con una tímida sonrisa.

Billy asintió con la cabeza. Podría haber propuesto un doble o nada, intentar devolver la relación a su estado normal, a lo que era antes de que se besaran, pero ya había tenido armas de sobra por esa noche.

Sebastian había conseguido encontrar por fin el canal infantil y estaba sentado en el sofá con Nicole, viendo la televisión. Vanja jamás había pensado que lo vería disfrutar con los dibujos animados. Maria se había recompuesto y estaba preparando la cena. Vanja no tenía mucha hambre, pero la estaba ayudando con los espaguetis con salsa boloñesa. La situación era rara, como si hubiera conocido a la nueva novia de Sebastian, se dijo. Una agradable charla de mujeres en la cocina. No tardarían en sentarse a comer, beber una copa de vino y hablar de sus planes para el verano o algo igual de trivial. Típico de Sebastian Bergman: había convertido la necesidad de un lugar seguro para una testigo y su madre en una agradable cena familiar.

—¿Hace mucho que conoces a Sebastian? —preguntó Maria mientras troceaba los tomates para la salsa.

Vanja se volvió hacia ella.

—No, la verdad es que no. Algo más de un año.

—Pero no es policía, ¿verdad?

—No, es criminólogo.

—Eso me ha dicho. Nunca he conocido a nadie como él. —Vanja se limitó a asentir, algo incómoda con el rumbo que estaba tomando la conversación—. Me parece fantástico —siguió Maria—. No sé qué habríamos hecho sin su ayuda. La forma en que Nicole se ha encariñado con él... es increíble.

—Sí, tiene don de gentes —comentó Vanja muy seria, confiando en que la otra captase el sarcasmo, pero no hubo suerte.

—Y es tan generoso... Dejar que nos alojemos aquí...

—Suerte que tiene un cuarto de invitados.

—No estamos usando el cuarto de invitados —dijo Maria tímidamente, mirándola con el rabillo del ojo.

—¿No?

—Estamos en su dormitorio. Nicole duerme mejor entre los dos —le aclaró.

Vanja la miró fijamente. ¿Qué insinuaba aquella mujer?, ¿que compartían cama? Fue como si Maria de pronto se diese cuenta de cómo había sonado. Se ruborizó.

—No ha pasado nada, sólo dormimos en la misma cama. Por el bien de

Nicole.

—No es asunto mío —espetó Vanja.

—Nunca he conocido a nadie como él —repitió Maria, esa vez en un tono visiblemente afectuoso.

Vanja forzó una sonrisa.

—No, supongo que no. Perdóname, tengo que hablar con él. Necesito comentarle una cosa. Del caso.

Salió de la cocina y dejó a Maria mirándola perpleja.

—¿Sebastian? ¿Podemos hablar un momento?

Lo arrastró al despacho y cerró la puerta. Él vio que estaba enfadada, que algo iba mal.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué coño estás haciendo? —le susurró furiosa.

—¿Perdona?

—Con esas dos de ahí fuera. Las dos personas de las que eres responsable. ¡Estáis durmiendo los tres en la misma cama, joder!

Aquello no era lo que él esperaba de la agradable charla que estaban teniendo las dos en la cocina. No estaba preparado para hablar de eso. Más le valía poner fin a la conversación lo antes posible.

—No es de tu incumbencia —le dijo para que quedase claro que el asunto no era negociable.

—Claro que sí. —Vanja no tenía la menor intención de dejar que se fuera de rositas—. Es de lo más inmoral. Se supone que tienes una relación profesional con la testigo y con su madre.

—Yo rescaté a Nicole —espetó Sebastian abriendo los brazos y subiendo la voz—. ¡La niña se siente unida a mí! ¡La estoy ayudando!

—No lo haces por consideración. Lo haces por ti. Por satisfacer tus necesidades. —Vanja se acercó y bajó un poco la voz—. Te he visto acariciarle la cabeza a la niña cuando nos íbamos. Te he oído llamar a la madre cuando hemos llegado. Me has invitado a cenar con «vosotros». Como si ellas fueran tu familia.

—No podrías estar más equivocada —objetó Sebastian.

—¿En serio? ¡Duermes con ellas!

Sebastian estaba empezando a perder la paciencia. Ya se estaba enfadando.

—Lo estás pagando conmigo porque te has encontrado con tu padre y no eres capaz de...

—Esto no tiene nada que ver conmigo —espetó ella. No iba a permitirle que mezclase sus asuntos personales en todo aquello. Ella no era como él; sabía separar su vida privada del trabajo—. El problema es que no tienes límite. No ves la diferencia entre el trabajo y tu vida personal, entre tus necesidades y tus sentimientos y los de las demás personas. Por eso te acuestas con todo lo que se menea. Por eso, de pronto, te has buscado una familia. Tú debes ser un apoyo, Sebastian. Otro ser humano. No aprovecharte de ellas cuando son más vulnerables. ¡Eso es enfermizo!

Él se la quedó mirando sin más. Podían pasarse el resto del día gritándose, y no quería eso. No tenía energías. El súbito arrebató se disipó y lo sustituyó el cansancio.

—No me estoy aprovechando de ellas —dijo en voz baja pero clara—. Las estoy ayudando y, si no eres capaz de verlo, no es problema mío.

Vanja inspiró hondo. También ella estaba cansada. Eran como dos boxeadores al final de un asalto.

—Vale. Supongamos que lo estás haciendo por ellas. Que sólo quieres ayudar. ¿Le has contado a Maria que perdiste a tu hija? ¿Que Nicole tiene más o menos la misma edad que ella tendría ahora?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no viene a cuento. No lo hago por eso. No es por Sabine...

Se desplomó en su silla de despacho. Sabine lo hizo derrumbarse, lo dejó indefenso. Vanja vio cuánta razón tenía. Procuró suavizar el tono; quería que comprendiera, no sólo reprenderlo.

—Perdiste a tu familia de la forma más terrible. Lo que eres, todo lo que haces, se tiene que ver afectado de algún modo por ese momento. Si no ves que esto es por Sabine, es que estás ciego. Y no lo estás, Sebastian. Eso lo sé. —Él estuvo un rato sin decir nada, se limitó a mirarla fijamente—. Si de verdad les tienes cariño a esas dos mujeres, sé profesional. En todos los sentidos. Necesitan tu ayuda. Tienes que estar a su disposición. No ellas a la tuya. ¿Lo comprendes? Nicole no es Sabine.

Tras un breve silencio, Sebastian se irguió y soltó un largo suspiro.

—Lo comprendo. Comprendo que te equivoques.

Se levantó de la silla y salió del despacho. Ella lo vio marchar. Estaba a punto de seguirlo cuando le sonó el móvil. Era Stefan Andrén. Podía reunirse

con ella inmediatamente, salvo que estuviera haciendo algo importante.
No era el caso, desde luego.

Se abrió el portal y el hombre del coche se irguió en su asiento. Le dolían las lumbares. No quería ni pensar en el tiempo que llevaba allí sentado, vigilando el sitio.

Uno hace lo que debe hacer.

Era ella, Vanja.

Sola, alejándose decidida del edificio. ¿Qué significaba eso? ¿Era Sebastian Bergman la única persona que estaba en el apartamento con la niña y su madre?

Necesitaba desesperadamente hacer pis.

Habían llegado juntos, Vanja y Sebastian, pero no a relevar a otros policías, por lo que había podido ver. Había salido gente del edificio desde que ellos habían llegado, pero nadie que a él le hubiera parecido un policía.

¿Podría ser que el apartamento no estuviese vigilado?

A lo mejor no era tan improbable, después de todo. Se habían llevado a la niña de Torsby a un piso franco de Estocolmo que había resultado ser cualquier cosa menos secreto. El *Expressen* la había encontrado, luego, después de que se hiciera público en portada, su madre y ella se habían trasladado al domicilio de Sebastian Bergman. No a otro piso franco. ¿Sería porque no confiaban del todo en sus propios compañeros? ¿Los preocupaba que hubiese filtraciones?

Dios, tenía que hacer pis.

Pero se resistía a salir del coche. No tenía ni idea de dónde podía haber un baño público por allí y tampoco podía hacer pis en cualquier portal. De repente reparó en la botella vacía de CocaCola que tenía al lado del estuche negro, en el asiento del copiloto.

Vanja llegó a Strandvägen y giró a la derecha. El Radisson Blu Strand Hotel, donde Stefan Andrén se había registrado ya y en cuyo vestíbulo la esperaba, estaba al otro lado de Nybroviken, a menos de diez minutos andando del apartamento de Sebastian.

Pasó por Svenskt Tenn y echó un vistazo al escaparate. No poseía nada de lo que había allí. Casi todo lo que vendían estaba por encima de sus posibilidades. Anna y Valdemar tenían una bandeja de elefantes de Josef Frank que siempre habían usado para llevarle el desayuno a la cama cuando era pequeña y dos lámparas de cristal, también con motivos de Josef Frank en la pantalla. Quizá algo más, no lo sabía, y lo cierto era que le fastidiaba estar pensando en ellos en ese momento. ¿No había tenido bastante tropezándose con Valdemar hacía unas horas? ¿No podía pasar siquiera por delante de una tienda sin acordarse de los mentirosos de sus padres? Estaba a punto de cruzar la calle y los raíles del tranvía para poder caminar por el lado de la calle en el que no había tiendas cuando le sonó el teléfono. Era Torkel.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, creo. Voy camino del hotel de Stefan Andrén para hablar con él.

—Estupendo, porque hemos vuelto, más o menos, a la casilla de salida.

—La decepción de Torkel era patente—. Hemos arrestado a Thomas Nordgren.

—¿Dónde estaba?

—Lo habían retenido en la aduana de Kastруп y, al pasar sus datos por el ordenador, han visto que lo buscábamos y nos han llamado.

—¿Y qué hacía en Kastруп?

—Volvía de Turquía. Con exceso de equipaje en forma de cannabis.

—¿Para uso personal o para venta?

—Un poco de cada, parece ser. Sus finanzas no se encuentran en muy buen estado, como ya sabemos, así que creo que iba a vender una parte y a fumarse el resto con la esperanza de olvidar que está de mierda hasta arriba. —Hizo una breve pausa—. Pero no te he llamado por eso. —Vanja no abrió la boca. Tenía bastante claro lo que le iba a decir. Si habían vuelto a la casilla de salida, sólo podía ser por una cosa—. Nordgren voló a Turquía el martes anterior a los asesinatos —indicó Torkel confirmando sus sospechas.

—Así que no es él.

—No es él.

Vanja se detuvo y suspiró hondo.

—¿Significa eso que hay que soltar también a Malin Åkerblad?

—Ya lo he hecho.

Esas cuatro palabras le dejaron claro que ésa era una de las cosas que más le dolía de los últimos acontecimientos. Vanja suspiró de nuevo. De vuelta a la casilla de salida era decir poco. Estaban en una situación aún peor. Tendrían que esforzarse mucho para llegar a la casilla de salida.

—Te llamo cuando haya hablado con Andrés —le dijo ella.

Colgó y siguió andando. Más le valía a Stefan Andrés tener algo útil que aportar.

Se volvió y dejó la botella llena del líquido amarillo oscuro en el asiento de atrás. Lo había sorprendido lo indigno que se había sentido orinando en una botella, en un coche, y no quería que nada se lo recordara.

En su lugar, retomó la especulación sobre el edificio de apartamentos que estaba vigilando.

Si la policía no confiaba en su propia organización, seguramente querían que el menor número de personas supiera dónde estaba la niña.

Dos agentes en un turno de ocho horas en el apartamento. Seis agentes al día. No las mismas personas todos los días, por diversas razones. Eso significaba diez o doce personas, todas ellas podían contarle Dios sabe a cuántos más que estaban protegiendo a la pequeña que había sido testigo de aquellos terribles asesinatos en Torsby.

Cuanta más gente lo supiera, mayor sería el peligro de filtraciones.

¿Se iban a arriesgar a que alguien, deliberadamente o no, revelara el escondite?

A fin de cuentas, ya había intentado matarla dos veces. No estaba seguro de si sabían lo de la cueva del Oso, pero, desde luego, estaban al tanto del incidente del hospital.

Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba.

No había seguridad adicional dentro del edificio. Ningún policía armado que los protegiera. Y ahora que Vanja se había ido, sólo había tres personas en el apartamento.

El criminólogo, la madre, la niña.

Desarmados, seguramente.

Era hora de hacer lo que debía hacerse.

Se inclinó hacia delante, cogió el estuche negro y lo puso en el asiento de al lado. Con un rápido vistazo alrededor, vio que la calle estaba desierta. Abrió la cremallera del estuche y sacó la Serbu Super-Shorty, luego se guardó algo de munición extra en el bolsillo. El arma ya iba cargada con cuatro cartuchos, pero nunca se sabía. No quería arriesgarse a no poder completar la misión por falta de proyectiles.

Dio otro vistazo a la calle desierta, se enganchó el arma al forro del abrigo y bajó del coche. Echó el seguro y cruzó la calle, procurando parecer lo más natural posible. Se recolocó el abrigo mientras caminaba hacia el

portal. Un hombre anónimo que hacía una visita a un apartamento de Östermalm. Nada inusual, nada que llamara la atención. Podía hacerlo, se dijo al tiempo que llegaba a la puerta y tiraba hacia abajo del picaporte. No se movió. Empujó de nuevo y pensó que a lo mejor se abría hacia fuera, así que tiró. Nada.

Claro. Un código de entrada.

Putos cabrones de Estocolmo.

Miró la pequeña botonera de la pared con sus teclas resplandecientes. No había telefonillo. Necesitaba un código, y no lo tenía.

La alternativa era persuadir a alguien de que lo dejase entrar.

No podía hacer otra cosa que esperar. Otra vez.

Stefan Andrén estaba sentado en uno de los sofás marrones que había junto a los ventanales del vestíbulo cuando Vanja llegó. Se levantó nada más verla, y se estrecharon la mano. Vaqueros, camisa y chaqueta. Pelo corto bien cortado, afeitado apurado. De no haber sabido su edad, habría pensado que tenía menos de sus cuarenta y cinco años reales. Había una cerveza en la mesa que tenía delante y, cuando se sentaron, le preguntó si le apetecía tomar algo. Vanja pensó en una copa de vino, pero estaba de servicio y no había comido desde el almuerzo, así que declinó la oferta.

—Se trata de la parcela que posee en Värmland —empezó a explicar, decidida a abreviar cuanto le fuera posible.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Cuánto hace que no va por allí?

Stefan se encogió de hombros y agarró la cerveza.

—Nunca voy por allí. Eso es todo... bosque.

—Hace unos años, una compañía minera propuso una explotación en esa zona... —prosiguió Vanja, pero se interrumpió al ver que Stefan soltaba una carcajada y casi se atragantaba con la cerveza.

Tragó, tosió y dejó el vaso en la mesa con una sonrisa difícil de interpretar.

—Sí, lo sé. La condenada mina. Debo decir que me satisfizo mucho que ese proyecto se fuese a pique.

—¿A qué se refiere? Usted accedió a vender su parcela.

—La parcela que yo había abandonado, sí. —Vanja guardó silencio para que quedara claro que quería saber más—. Frank vino a mí, hará unos siete u ocho años, con la intención de comprármela.

—¿Frank? ¿Frank Hedén?

Stefan asintió.

—Yo heredé esa parcela. Como no me interesaba, se la vendí a él.

—¿Por cuánto?

—Por bastante. Me pagó una suma sustanciosa, pero también me estafó.

—¿En qué sentido?

—Nueve meses después, apareció la compañía minera y empezó a examinar la zona. Se habló de adquisiciones a un precio muy superior a lo que Frank me había pagado a mí. El hombre habría hecho una fortuna.

Vanja trató de procesar lo que acababa de oír, casándolo con lo que ya sabía de lo ocurrido en relación con la mina de Torsby. Por su cara, Stefan supo que, en realidad, no lo había entendido.

—Debía de conocer los planes de la mina —le aclaró—. ¿Por qué, si no, habría querido comprarme la parcela tan de repente?

—Discúlpeme un momento. —Vanja se levantó y salió del vestíbulo, sacó el móvil mientras avanzaba. Torkel respondió enseguida—. ¿Hemos auditado las finanzas de Frank Hedén?

—Sí... ¿Por qué?

Vanja le contó lo que acababan de contarle a ella. Lo oyó hurgar entre sus papeles. Recordó la sensación que había tenido en la casa de Frank cuando habían hablado de la escopeta de Jan Ceder, la sensación de que había algo raro. No le había dado importancia; tal vez tendría que haberlo hecho. Haber dado crédito a esa corazonada.

—Está hasta las cejas de deudas —dijo Torkel—. Hace ocho años pidió prestado más de lo que valen la casa y las tierras.

—Para comprarle a Stefan Andrén su parcela —afirmó, no preguntó.

—Sí, pero ha hipotecado esa parcela aún más con los años —prosiguió Torkel.

A Vanja le dio la impresión de que iba leyendo las notas del caso según hablaba con ella.

—¿Y qué pasará cuando Frank muera? Tiene cáncer...

—No habrá otra cosa que deudas. El banco se lo quedará casi todo.

—Nos dijo que sus amigos venderían la parcela cuando él ya no estuviera, que eso garantizaría el cuidado futuro de su hijo. Dijo que habría dinero de sobra.

—No lo habrá —señaló Torkel muy serio—. A menos que FilboCorp la compre con una prima.

—Y, para que eso pudiera suceder, los Carlsten tenían que desaparecer.

Vanja pensó en lo que había visto garabateado en la pizarra blanca de la salita de Torsby. Hombre, más de treinta, residente de la zona, relación personal con los Carlsten, inteligente, planificó los asesinatos, creía que lo habían obligado a hacerlo.

—Encaja en todos los puntos con el perfil que hizo Sebastian —dijo sin poder ocultar la emoción.

—Vamos a detenerlo.

—Se ha ido a Västerås —recordó Vanja. El siguiente comentario le salió

sin pensarlo siquiera—. O eso fue lo que nos dijo.

¿Cuánto tiempo llevaba a la puerta de aquel condenado edificio?

Habían pasado por allí un montón de personas y le daba la sensación de que todas lo miraban con creciente recelo.

¿Era raro que estuviese allí esperando?

¿Estaría llamando la atención?

Seguramente no. Podía haber quedado con algún amigo que casualmente viviera allí. No había nada de extraño en eso. ¿O es que en Estocolmo la gente no esperaba en la calle?

Frank miró la hora. ¿Cuántas personas vivían en aquella parte del edificio? No había entrado ni salido nadie en los últimos veinte minutos. La puerta seguía firmemente cerrada.

Notó que empezaba a enfurecerse.

Era una puerta.

Había lidiado con cosas mucho peores hasta entonces.

¿Iba a ser su perdición una puerta corriente de doble hoja con tres paneles de vidrio en cada lado? Por un momento, acarició la idea de romper el panel central. Sería rápido. Un golpe seco con el codo, meter la mano, girar la cerradura y abrir la puerta. Diez segundos. Pero no se atrevió. Alguien podía oírlo. El ruido de un vidrio roto podía ser peor que la alarma de un coche en ese barrio tan exquisito. Los curiosos se asomarían a las ventanas en cuanto cayese al suelo el primer trozo de cristal.

Pero no podía quedarse allí.

Cuanto más incómodo estaba, más poco natural parecía. Un breve paseo podía ser una buena idea, pero no debía irse muy lejos. ¿Y si salía alguien del portal cuando estuviera a treinta, cuarenta o cincuenta metros de distancia? ¿Qué haría entonces? ¿Correr por la calle como un loco y pedirles que le aguantaran la puerta como cuando se les escapaba el ascensor en las películas norteamericanas? Eso sí que parecería raro, y lo recordarían.

En cualquier caso, no podía quedarse allí. Su rabia seguía en aumento. Eso no era bueno. Cuando se actuaba enfadado, era fácil cometer errores. Había llegado el momento de moverse. De deshacerse de la impaciencia y de la irritación. No podía permitirse cometer ningún error. Enfiló la calle despacio en dirección a Storgatan, luego dobló la esquina y siguió caminando. Decidió que daría la vuelta entera a la manzana y, si nadie le

abría la puerta a los cinco minutos de su regreso, rompería el cristal.
Ya se sentía mejor.
Tenía un plan.

Torkel estaba en el centro de la salita, contemplando la pizarra blanca de la pared. Había puesto la foto de Frank Hedén en el medio y la estudiaba detenidamente. Era de antes de que el cáncer hiciera presa de él. Se lo veía fuerte y decidido. Ojos despiertos bajo el pelo acerado, muy corto, que lo hacía parecer un soldado de élite. Una barba incipiente en el mentón firme y bien definido. Si Frank resultaba ser el culpable y la fotografía se hacía pública, cualquiera que la viese diría que era letal.

Y, en esos momentos, todo parecía indicar que Frank era su hombre.

Y lo más importante: tenía un móvil. El dinero, por supuesto, que combinado con el poco tiempo que le quedaba, era aún mayor. Debía poner en orden sus cosas, salvaguardar el futuro de su hijo, asegurarse de que sus lamentables decisiones financieras no eran lo único que le dejaba. No obstante, las otras piezas del puzle ya habían encajado.

Conocía a Jan Ceder. No disponían de los pormenores de la relación entre los dos hombres, pero Frank había admitido que sus caminos se habían cruzado ocasionalmente. No hacía falta mucha imaginación para suponer que había hecho la vista gorda al incumplimiento de la normativa de caza por parte del otro a cambio de que le prestase una escopeta.

Frank había sido, además, quien había acudido a la policía para decirles que había visto un coche en el bosque, cerca de la cueva del Oso, un Mercedes. Ahora era fácil entender por qué: había querido ofrecer una explicación perfectamente lógica de por qué estaba en la zona, por si alguien más se presentaba en la comisaría y decía que había visto su coche en el bosque. El seguimiento de esa pista había supuesto tiempo y recursos que podían haberse empleado en acorralar a Frank en lugar de perseguir un coche inexistente.

Torkel ignoraba qué número calzaba Frank, pero apostaba a que era el cuarenta y cuatro. Pronto lo sabrían. Después de la llamada de Vanja, había enviado a Fabian a llevar a cabo un registro del domicilio del sospechoso que iba a hacer que los del día anterior pareciesen una merienda campestre.

¿Qué más tenían?

Torkel pensó un momento, pero no se le ocurrió nada. En cualquier caso, Erik conocía a Frank. Quizá no lo bastante como para saber qué número de pie calzaba, pero seguro que podía aportar algo.

Abandonó la sala y se dirigió al despacho de Erik, que acababa de colgar el teléfono cuando entró Torkel.

—Frank no se ha registrado en el Best Western de Västerås —dijo Erik.

—Así que no ha ido allí.

—Seguramente no.

—¿En serio sospecha de Frank?

Torkel se volvió y vio a Pia sentada a uno de los otros escritorios. Miró a Erik, extrañado.

—Me está esperando. Nos vamos a casa juntos —respondió Erik a su pregunta no verbalizada.

—¿En serio sospecha de Frank? —repitió Pia.

—Algunas de las circunstancias que rodean a Frank Hedén son motivo de inquietud —contestó Torkel volviéndose a mirarla—. El que no esté donde dijo que estaría es una de ellas.

—Probablemente tenga una explicación sencilla. ¿Lo ha llamado?

—Aún no.

—¿Quiere que lo haga yo? —Torkel la miró con una expresión de absoluta perplejidad—. Nos conocemos desde hace muchísimo tiempo —se explicó ella.

—Frank ocupaba el puesto de Pia —terció Erik—. Ha sido una especie de mentor para ella.

—Si quiere, puedo pedirle que venga a aclarar todo esto. Es evidente que se trata de un malentendido. —Torkel no respondió enseguida. A Pia no la sorprendió—. ¿Cuál es el problema?

—No sé si quiero alertarlo —contestó él con sinceridad—. Si se entera de que lo buscamos, a lo mejor escapa.

—Tiene sesenta años, un cáncer terminal y un hijo discapacitado en casa —dijo Pia con mordacidad—. Además, es inocente.

Torkel no estaba del todo de acuerdo con su última afirmación, pero el resto tenía sentido. Un hombre mayor bajo pena de muerte con un hijo completamente dependiente de él no era precisamente el mejor candidato para la huida. Accedió.

—De acuerdo, pero quiero oír toda la conversación.

—Pongo el manos libres —prometió Pia a la vez que sacaba el móvil.

—Dígale sólo que queremos hablar con él, no le diga por qué —insistió Torkel, y notó que se tensaba cuando el teléfono empezó a sonar.

Por una vez había tenido suerte.

Estaba sólo a unos metros del portal cuando se abrió la puerta y salió una pareja joven con un cochecito de bebé. Frank dio unas zancadas y asió la puerta justo antes de que se cerrara. Sonrió y saludó con la cabeza a la pareja para que creyeran que vivía allí, pero los jóvenes no mostraron interés alguno en él. Una vez en el vestíbulo, miró alrededor. Vio el interruptor de la luz y lo pulsó, luego repasó la lista de los inquilinos para asegurarse de que no se equivocaba.

No se equivocaba.

Bergman, tercera planta.

Deslizó la mano por debajo del abrigo y palpó el arma con las yemas de los dedos. ¿Ascensor o escalera? Optó por la escalera. Así dispondría de un poco más de tiempo para prepararse. ¿Tocaba el timbre? ¿Le abrirían si lo hacía? Llegó a la primera planta y vio que casi todos los apartamentos tenían mirilla. Sebastian Bergman no lo había visto nunca y dudaba mucho que le abriese la puerta a un desconocido, teniendo en cuenta quién estaba en el apartamento con él. Se sintió de pronto agotado. Iba a tener que buscar el modo de colarse de nuevo. La última vez le había llevado casi media hora, y lo había conseguido de pura casualidad. ¿Cómo iba a resolverlo?

Le sonó el teléfono.

Frank dio un respingo y se hurgó en el bolsillo, confiando en que el súbito ruido no atrajese a un montón de ojos curiosos a todas y cada una de las mirillas del edificio.

Sacó el móvil y miró la pantalla.

Era Pia.

Titubeó. No podía haber sido más inoportuna y, de haberse tratado de otra persona, habría rechazado la llamada sin pensarlo. Pero era Pia. La mujer, la persona a la que consideraba su mejor amiga. Llevaban muchísimos años juntos, tanto en el ámbito político como en el personal. Siempre habían estado el uno a disposición del otro; habían pasado muchas cosas juntos. Quizá fuese una señal, el hecho de que lo llamase en esos momentos. Aceptó la llamada.

—Hola —dijo lo más bajo que pudo.

Dio media vuelta y descendió la escalera. Hablaría más tranquilo en el

vestíbulo, donde no había puertas ni personas acechando detrás de ellas.

—Hola, ¿cómo estás? —le preguntó Pia en un tono de voz de lo más normal, algo que se le hizo raro, dado lo que estaba a punto de hacer.

—Bien... Oye, ahora no puedo hablar.

—¿Dónde estás?

Frank pensó deprisa. Erik sabía que iba a ir a Västerås. No imaginaba a los Flodin comentando sus planes por las noches, pero cabía la posibilidad de que su viaje hubiese surgido en la conversación, de modo que lo más fácil era atenerse a la historia.

—Estoy en Västerås.

En la comisaría de Torsby, Pia miró a su marido y a Torkel, al que le pareció ver una sombra de duda en su rostro. Le hizo una seña de asentimiento con la cabeza.

—Yo estoy en la comisaría —le dijo—. Con Erik, y con el inspector de Riksmord. Quieren que vengas a hablar con ellos.

Silencio.

—¿Frank?

—¿Qué...? —Un largo silencio. Torkel se preguntó si se había cortado la llamada—. ¿De qué? —preguntó Frank por fin.

Pia volvió a mirar a Torkel. Otra cabezada de asentimiento.

—De los Carlsten y de todo ese asunto de la mina...

Silencio. A Torkel le pareció oír un suspiro hondo al otro lado de la línea. Un suspiro de hastío y resignación.

—Ven a hablar con ellos, Frank —le rogó su amiga.

—Me parece que es demasiado tarde para eso.

—¿Qué quieres decir con que es «demasiado tarde»?

—Creo que lo sabes.

Si Pia tenía alguna duda, Torkel vio que se había disipado y estaba ya convencida de que Frank era culpable. Toda la fuerza que solía emanar de ella desapareció en un segundo. Se derrumbó en el asiento, esforzándose por contener las lágrimas.

En Estocolmo, Frank hizo casi lo mismo, aunque él dejó que su pesado cuerpo se desplomase en los fríos escalones y no se molestó en disimular que lloraba.

—Lo he hecho por Hampus —dijo en voz baja.

—Pues piensa en él ahora —repuso ella.

Frank no dijo nada. No pensaba en otra cosa que en Hampus. Todo lo

que había hecho lo había hecho por su hijo. Todo. Por Hampus había cruzado líneas que ni en sus sueños más disparatados habría imaginado que cruzaría.

Que jamás había pensado que podría cruzar.

Pero había podido. No había más que verlo. Hacía unos minutos estaba completamente decidido a matar a tres personas más, una de las cuales era una niña.

Porque pensaba en Hampus.

Porque iba a tener que dejarlo demasiado pronto, y porque nadie más iba a cuidarlo igual. Salvo que les pagaran. El dinero era lo que importaba. Todo se podía comprar, uno tenía aquello por lo que pagaba, y él no tenía intención de conformarse con menos que lo mejor en lo relativo al cuidado futuro de su hijo. Pero, cuando se enteró de que sus días estaban contados, ya no había dinero, porque no iba a haber mina. Porque los Carlsten se negaban a vender.

Así que había que eliminar a los Carlsten.

Por Hampus.

Uno hace lo que debe hacer. La vida no era justa.

—Piensa en tu hijo —volvió a decirle Pia, y a Frank lo sorprendió lo cariñosa que sonaba. Eso no era propio de ella—. Piensa en lo que podría ocurrirle. Y haz lo correcto. —Él ni se molestó en responder. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué podía decirle que cambiara o mejorase la situación en la que se encontraba? Nada—. Frank, sabes lo que puedo hacer —le dijo ella con una mezcla de seguridad en sí misma y desesperación—. Puedo ayudarte. —De pronto, lo invadió una intensa sensación de vacío y dejó caer la mano con la que sostenía el teléfono—. ¿Entiendes lo que te digo, Frank? —la oyó decir a lo lejos.

Sí, lo entendía. Lo entendía perfectamente.

La chiquilla valiente y su madre vivirían.

Él ya había tenido bastante. Se acabó.

El alivio de no tener que encontrar un modo de abrir esa puerta de la tercera planta. De no tener que cobrarse más vidas.

De no tener que robarles la vida a otros.

Se llevó la mano al forro del abrigo y desenganchó el arma.

El disparo que resonó por toda la escalera de piedra ciertamente atrajo a un montón de ojos curiosos a todas y cada una de las mirillas del edificio.

Fue Maria quien quiso asistir al funeral de Torsby y, en un momento de debilidad, Sebastian se había ofrecido a comprarle un vestido a Nicole. Había ido a los únicos grandes almacenes que conocía: NK, en Hamngatan. Según el directorio que había junto a la escalera mecánica, la ropa infantil estaba en la cuarta planta. Aún era temprano, así que no había muchos clientes y el establecimiento parecía vacío.

Al principio, Maria había pensado en ir con él, pero Nicole aún estaba afectada por el incidente de la escalera, y habían decidido que el funeral ya sería suficiente desafío para ella. Por lo demás, parecía ir mejorando día a día, aunque aún no hablaba, algo que lo complacía y preocupaba por igual. Sebastian había intentado persuadirlas de que no asistieran al servicio, pero Pia Flodin había logrado convencer a Maria de que sería una oportunidad de aliviar su dolor todos juntos. Según la presidenta del concejo, sería una celebración solemne y tranquila, presidida por el obispo de Karlstad y ella misma, con miles de velas.

Pia había sido muy persuasiva, y Sebastian entendió por qué los socialdemócratas la consideraban un buen fichaje. Era comprometida, agradable y persistente, pero sabía bien cuándo recular y adoptar una actitud más tierna y emotiva. No le cabía duda de que habría podido encargarse de ella, pero había decidido no hacerlo, pese a que tenía la sensación de que a Nicole le convenía más la paz y la tranquilidad. Tenía cosas más importantes en las que pensar que esa porquería seudosentimental de Värmland.

Había empezado a preocuparse por lo que ocurriría después.

Frank Hedén había muerto. Maria podía decidir volver a su casa en cualquier momento ahora que la seguridad de Nicole ya no se veía amenazada y el caso estaba cerrado. ¿Cuánto tiempo podría seguir insistiendo en que su hija lo necesitaba, desde un punto de vista puramente terapéutico? ¿Qué pasaría cuando la niña tuviese que volver a su vida normal? ¿Cuándo tuviera que regresar al colegio? ¿Cuándo empezara a hablar? ¿Qué pasaría entonces? Sólo imaginar el apartamento sin Nicole y Maria lo aterraba.

Vanja tenía razón, pero también se equivocaba. Él no jugaba a las familias, ni hablar. Nicole y Maria eran su familia. Habían intimado en muy poco tiempo. Maria le había permitido participar de todos los aspectos de sus vidas.

Bien o mal. Un disparate o algo de lo más normal.

Sentimentalmente, eran su familia. Ésa era la verdad.

Frank lo había hecho todo por su hijo. Todas esas cosas horribles, todas esas muertes, en un extraño empeño por proteger y cuidar a la persona a la que más quería. Por mal que estuviera, Sebastian comprendía en cierta medida el móvil y lo que lo había impulsado a actuar así.

Un ser humano puede hacer muchas cosas por sus seres queridos.

Muchas.

Él hasta se había reprimido de seducir a Maria. Unas cuantas veces había estado a punto de recaer en sus viejos hábitos, y ella había empezado a acercarse en los últimos días, pero él se había controlado. No era que no quisiera acostarse con ella —muy al contrario—, sino que tenía la sensación de que el sexo podía estropear lo que estaban construyendo poco a poco. Que podría hacerle pensar que aquello no era lo que él quería de verdad, a largo plazo.

Maria le había dado un beso en la mejilla antes de que se fuera de compras.

Nicole le había dado un abrazo.

Sin embargo, a veces lo asaltaba la idea de que aquello era sólo una fantasía. Un juego, como le había insinuado Vanja. Un sucedáneo de Sabine. A él no se lo parecía; los sentimientos no mentían así. Pero debía mantener el cambio. No podía limitarse a tomar lo que quisiera, como solía hacer. También debía dar, estar pendiente de alguien más que no fuese él mismo.

Ser mejor persona.

Nicole y Maria lo hacían mejor persona.

Vagó sin rumbo entre las ropas infantiles. Había montones de marcas y diseñadores distintos. Casi todo le parecía demasiado elaborado y complicado, y le llevó un rato encontrar un sencillo vestido negro con encaje blanco. Estaba puesto en un maniquí, escondido en un rincón. Sería perfecto para Nicole. Buscó la talla correcta: la diez, le había dicho Maria. Se dio cuenta de que estaba disfrutando. Comprando un vestido para una niña pequeña. Tenía algo especial sostenerlo en alto, imaginar cómo le quedaría. No le costaba imaginar que ésa sería una de esas cosas que los papás suelen hacer por sus hijos.

Pagó y bajó la escalera mecánica. No tenía mucho tiempo. Pia no tardaría en pasar a recogerlos. Estaba en la capital por algún asunto relacionado con los socialdemócratas y se había ofrecido a acercarlos a

Torsby.

Se preguntó si debía informar al resto del equipo de que tenía previsto asistir al funeral como parte de la familia, pero rechazó enseguida la idea. Ninguno de ellos lo entendería. Quizá algún día, cuando vieran que Maria y Nicole eran parte esencial de su vida, pero aún faltaba mucho para ese día. A él le daba igual. Con todos sus respetos, le importaba un pimiento lo que pensarán los demás.

Siempre había sido así.

Siempre sería así.

Aquél era su viaje, de nadie más, y se proponía disfrutar de cada instante.

Decidió sorprender a Maria con una joya bonita. Algo más bien caro, de Georg Jensen, tal vez. Algo que le demostrase lo importante que era para él.

Llevaba mucho tiempo sin comprar un regalo a una mujer. Ni siquiera recordaba cuándo, aunque debía de hacer muchísimos años.

A Lily, probablemente.

Pero había llegado el momento de pasar página.

Vanja estaba sentada a su escritorio, organizando la documentación del caso. Casi todo se archivaría, pero había algunos duplicados que podían tirarse. Ya tenía una pila considerable, y eso que Billy y Torkel aún no se lo habían pasado todo.

Erik Flodin acababa de enviarle un informe definitivo sobre el registro de la finca de Frank Hedén, que se había llevado a cabo poco después de que Frank se pegase un tiro. A Hampus lo habían ingresado en la institución sanitaria donde ya había pasado algunos períodos cada cierto tiempo y los servicios sociales estaban considerando la posibilidad de trasladarlo. Posiblemente, nunca volviera a ver la casa de su infancia. Vanja no pudo evitar preguntarse si Hampus sabría lo lejos que había llegado su padre enfermo por aliviarle la existencia, cuántas vidas había destruido para asegurarse de que estaría bien cuando él faltara. Confiaba en que su discapacidad le impidiera experimentar el sentimiento de culpa con el que, de otro modo, tendría que vivir el resto de sus días. El informe estaba bien redactado. Erik y Fabian parecían haber llevado a cabo un registro exhaustivo de la casa y los alrededores. A escasa distancia, en una zanja, habían encontrado los restos carbonizados de una bota Graninge. Algunas partes de la suela aún se veían, y Fabian había podido confirmar que se trataba de un cuarenta y cuatro. El historial de navegación por internet del ordenador de Frank revelaba que había invertido mucho tiempo en el seguimiento de la investigación y que había estado conectado casi cuatro horas al día siguiente de la masacre de los Carlsten. Había sido meticuloso. Un asesino a sangre fría que había seguido todos los movimientos de la policía y se había servido hábilmente de toda la información que habían hecho pública. Si Vanja no se hubiese reunido con Stefan Andrén, Nicole probablemente estaría muerta. Maria y Sebastian también. Tan poco había faltado.

Miró el escritorio que había estado usando Sebastian. No lo había visto desde que había salido de su apartamento para reunirse con Andrén, y no se habían despedido precisamente de buenas maneras. Pero, si hubiese muerto esa noche, lo habría echado de menos.

Muchísimo.

Más que a cualquier otro miembro del equipo.

Probablemente más que a cualquier otra persona del mundo.

Sebastian Bergman no tenía muchos amigos, y ella lo sabía. La gente entraba y salía de su vida, nadie se quedaba mucho tiempo. Todos eran prescindibles.

Salvo ella.

Llevaban cerca de un año trabajando juntos y, en contra de todo pronóstico, habían sido buenos amigos, por un tiempo al menos. Para la gente normal, un año no era nada, pero, tratándose de Sebastian, era casi una eternidad. Y, pese a que, en esos momentos, no estaban de buenas, tenía clara una cosa: encontrarían el modo de arreglarlo.

Así funcionaba su relación, porque a ella le caía bien. Cuando era sincero. Cuando no se metía en líos. Cuando no hacía el idiota.

Que era precisamente lo que estaba haciendo en esos momentos, por desgracia.

Los dibujos de Nicole, que Vanja se había llevado del apartamento de Sebastian, estaban en lo alto de una de las pilas que aún debía organizar. Los cogió. Eran tan poderosos y emotivos que la afectaban muchísimo cada vez que los miraba. La vulnerabilidad atrapada, captada en unos cuantos sencillos trazos de rotulador. Puede que Nicole no hablara, pero desde luego sabía expresarse. No le pareció apropiado archivarlos: eran personales y terapéuticos, no algo que debiese guardarse durante años. Se los devolvería a Sebastian, que decidiera qué hacer con ellos. A fin de cuentas, había sido él quien había ayudado a Nicole a retrotraerse hasta la casa. Era muy bueno en lo suyo, pero no tenía ni idea de dónde estaba el límite, el punto en el que terminaba su papel de criminólogo y empezaba su vida personal. Ése era su principal problema: la falta de límites.

Necesitaba ayuda, Vanja lo veía claro. Ella era su amiga. A veces, los amigos debían hacer cosas que, a simple vista, podían parecer crueles. Pero, era por su bien. Y por el de Nicole y Maria.

Se guardó los dibujos en el bolso. Se los devolvería en persona, y aprovecharía para soltarle cuatro verdades.

Nicole estaba sentada en el dormitorio, envuelta en dos toallas grandes y suaves. Maria le había dado un baño y le había lavado el pelo. Pia iba a pasar a recogerlas y empezaba a preocuparla si estarían listas a tiempo. Habría sido preferible que eligieran uno de los vestidos que Nicole ya tenía, en lugar de que Sebastian saliera corriendo a comprarle algo nuevo, pero él había insistido y ella agradecía el detalle.

La niña olía fenomenal, a una mezcla de baño de espuma y champú. Maria empezó a secarle el pelo. Le encantaba cuidar de su pequeña. Hacer cosas cotidianas con ella le resultaba liberador.

Tareas sencillas que le recordaban a otra época.

Antes de que todo hubiera ocurrido.

—Te quiero, Nicole —sintió de pronto la necesidad de decir. Seguramente fueran las palabras que más había repetido desde que había recuperado a su hija, las únicas que le servían de puente entre el antes y el después—. Mamá te quiere, no lo olvides nunca —añadió.

Nicole asintió con la cabeza y levantó los ojos para mirarla. Era tan inocente, tan joven..., aunque su mirada había envejecido, se había vuelto intranquila, más adulta. No era de extrañar: la niña había visto morir a sus seres queridos. Aunque no pudiese expresarlo con palabras de momento, percibía el mundo de otro modo ahora que sabía lo frágil y fugaz que era la vida.

Se inclinó y le besó la frente con ternura. Su piel era tan suave, tan tersa... Olía a vida, a futuro. Maria quería quedarse exactamente donde estaba, con la firme esperanza de que todo fuera a salir bien.

Todo saldría bien. Lo tenía decidido. Iba a poner en orden su vida, a cambiar de trabajo y a pasar más tiempo en casa. No sólo por Nicole, sino por sí misma. Cuando nació Nicole, no estaba preparada para tener hijos, y había intentado arreglárselas con el trabajo, sus compromisos con los países subdesarrollados y sus difíciles relaciones a la vez que ejercía de madre soltera. No creía que hubiera sido una mala madre, desde luego que no, pero podía haber estado en casa mucho más tiempo. Podría haber cambiado sus prioridades.

Y eso era lo que iba a hacer ahora.

Quizá Sebastian fuera parte de su futuro. No era como los otros hombres

a los que había conocido. Era serio. Decente. Y lo más importante, quizá, era sincero.

Era maravilloso cómo había cuidado de Nicole. Ninguno de sus novios había sido tan cariñoso con su hija. Resultaba difícil no dejarse conmover por algo así. Sebastian era mayor que ella, sí, pero María encontraba atractiva su virilidad. Además, era inteligente y divertido. Y confiaba en él. El día en que se habían conocido, ella estaba destrozada y él le había sido de inmensa ayuda, sin intentar aprovecharse de la situación en modo alguno. Pero habían intimado, habían empezado a acariciarse.

A cogerse de la mano. Una caricia por aquí, un abrazo por allá.

Le gustaba. Se imaginaba yendo más lejos. Sonrió para sí. ¿Y si algo duradero, algo bueno saliese de aquella tragedia?

No era imposible. Estaba cansada de estar sola y de ir detrás de hombres raros, deshonestos y difíciles. Solían estar casados, y terminaba teniendo que mendigar, sin dejar de ser una segundona. Sebastian era distinto. Siempre tenía tiempo y le exigía muy poco. Hacía mucho que no se sentía tan segura con nadie.

Hacía mucho que no confiaba absolutamente en alguien.

Le pasó a Nicole una camiseta azul y unos pantalones de felpa. Sebastian no tardaría en llegar con el vestido nuevo.

Llevó las toallas húmedas al baño y las colgó. Sonó el timbre. Se agarrotó. Sebastian tenía llaves, claro, y nunca tocaba el timbre. Entraba sin más y las llamaba a voces.

No se oyó ninguna llave en la cerradura. El timbre sonó de nuevo. Notó que se le aceleraba el pulso, aunque, lógicamente, sabía que no pasaba nada. Frank Hedén estaba muerto. La vida de su hija ya no corría peligro.

Inspiró hondo, se dirigió con sigilo al vestíbulo y miró por la mirilla.

Era Vanja, la compañera de Sebastian.

Abrió la puerta e intentó parecer complacida, pese a que le parecía que se había comportado de forma muy extraña la última vez que se habían visto. Vanja le sonrió.

—Hola.

—Sebastian no está en casa —dijo María.

—No importa, en realidad, he venido a verte a ti.

María la miró sorprendida.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Si te parece bien.

Maria asintió y la dejó entrar. Cerró la puerta. Se miraron unos instantes.
—No sé bien por dónde empezar —le dijo Vanja.

Torkel aparcó junto al bordillo y apagó el motor.

Se inclinó hacia delante y alzó la vista a la fachada que tan bien conocía. ¿Sería mala idea? Probablemente. ¿Qué esperaba conseguir con la visita? ¿Qué podían decirse que no se hubieran dicho ya? Echó un vistazo a la bolsa que llevaba en el asiento del copiloto; contenía dos raciones de sushi. Podía comerse una en el despacho y tirar la otra. Pero, no, si no seguía adelante, lo lamentaría. Lo había tenido en mente, de algún modo, desde que había dejado a su hija mayor en casa la noche anterior.

Ahora iba a Johanneshov; era universitaria y estudiaba Catering y Nutrición en la Escuela de Hostelería de Estocolmo. Había decidido que quería ser chef, o más bien su colegio habían tomado la decisión por ella. Había empezado un curso en la escuela John Bauer, donde se ofertaba «algo relacionado con el turismo», pero el sitio había quebrado. Treinta y seis escuelas habían cerrado de la noche a la mañana, y casi once mil alumnos se habían visto obligados a buscar otros centros. La Escuela de Hostelería se había ofrecido a resolver el problema y había aceptado a muchos de los alumnos de la antigua escuela de Elin. No había podido entrar en la especialidad de hostelería y turismo como quería, y se había tenido que conformar con Catering y Nutrición. Sin embargo, según Yvonne, su hija no había mostrado tanto interés en los estudios desde el traslado. Prácticamente se había mudado a la cocina, y hacía la cena por lo menos cuatro noches a la semana.

Los alumnos llevaban un restaurante en la escuela, y el día anterior Torkel había ido allí a disfrutar de una comida de tres platos. Elin había participado en la preparación. Antes de que sirvieran la comida, lo había preocupado tener que pensar en comentarios lo suficientemente elogiosos —a fin de cuentas, no eran más que chicos de diecisiete años los que llevaban la cocina—, pero lo habían sorprendido gratamente. Todo estaba delicioso.

Después había llevado a Elin a casa y le había agradecido la velada una vez más. Antes de bajarse del coche, la joven se volvió hacia él como si acabara de acordarse de algo.

—¿Te han dicho que se casan?

—¿Quién? —Torkel tardó un segundo en caer en la cuenta de a quién se

refería—. ¿Mamá y Christoffer? —Elin asintió—. ¿Cuándo?

—No lo sé, pero están prometidos.

—¿Cuándo se prometieron?

—El Sábado de Pascua. Les hice una cena especial para celebrar el compromiso.

Torkel se limitó a cabecear afirmativamente, esperando a ver qué sentimientos le inspiraba la noticia. ¿Se sentiría decepcionado? No porque Yvonne estuviera prometida, sino porque no se le hubiera informado, ni antes ni después.

¿Sentiría la pérdida? ¿Celos?

Ninguna de esas cosas. Sólo se alegró por Yvonne. Además, tanto a Elin como a Vilma parecía caerles bien Christoffer, así que seguramente se alegraba por ellas también.

Sí, se alegraba, pero Elin interpretó su silencio como indicio de abatimiento.

—¿Te has disgustado? Le dije que te lo tenía que decir ella...

—No, no. No me he disgustado en absoluto. Sabes que no hay nada que desee más que vuestra felicidad, la de las tres. —Elin asintió con la cabeza. Torkel le puso una mano en el brazo, decidido a convencerla—. Deséale a mamá lo mejor de mi parte y felicítalos a los dos.

—Lo haré. Gracias por venir, papá.

Se acercó y lo besó en la mejilla, luego bajó del coche y se dirigió a la puerta. Torkel la vio marchar. Estaba muy alta. Era casi una adulta. Casi a punto de vivir su propia vida, una vida de la que confiaba en seguir formando parte.

Elin se volvió y se despidió con la mano, luego desapareció. Él esperó un momento antes de arrancar el coche. De verdad se alegraba por Yvonne y las niñas.

Pero la alegría no dura siempre. Una vieja amiga esperaba para ocupar su lugar.

La soledad.

Más tangible cuando los demás encontraban su camino.

Seguía ahí cuando había despertado esa mañana. Cuando había ido al trabajo en coche. No había desaparecido a pesar de todo lo que había que hacer después del suicidio de Frank Hedén, ni de los cabos sueltos del caso que había que atar en Torsby. Estaba además la pila habitual de papeleo que había descuidado durante su ausencia y que ahora requería su atención.

Pero tenía que comer igualmente.

Y Ursula también.

Ella no lo esperaba, pero no iba a echarlo a patadas, ¿no?

Cogió la bolsa de sushi y bajó del coche.

Parecía muy contenta de verlo, y lo invitó a pasar. Cuando le preguntó si molestaba, ella le contestó que lo más emocionante que había hecho en las últimas semanas había sido ver a quién echaban de los cuartos de final de «Mira quién baila», así que era más que bien recibido.

Extendieron el almuerzo en el salón y él le habló del caso, aunque ella ya lo sabía casi todo. Ursula le agradeció que la hubiera mantenido informada todo el tiempo. Había impedido que se volviera completamente loca.

No podía dejar de mirarla.

El ojo nuevo le quedaba estupendo.

Ella estaba estupenda.

Todo había cambiado. No se cansaba de ella.

No quería irse. Quería quedarse allí todo el día. Quería que abrieran una botella de vino y quería que, cuando le dijese que iba a dejar el coche allí e iba a volver a casa en taxi, ella le comentara que tenía una idea mejor, que por qué no se quedaba a dormir.

Pero el almuerzo había terminado. Él tenía trabajo. Su siguiente compromiso era una reunión con la Junta de Gobierno del Cuerpo Nacional de Policía a las tres en punto. A Torkel se le habían ocurrido algunas propuestas para ahorrar en Riksmord. Pasaba lo mismo en todos los departamentos. El año anterior, la junta había excedido su presupuesto en más de ciento setenta millones de coronas.

—¿En qué piensas?

Torkel dio un respingo. Ursula le sonreía y lo miraba intrigada. No iba a contestar «en el presupuesto del departamento», aunque fuese la verdad.

La miró fijamente.

Estaba tan guapa, y la quería tanto... Recordó por qué había ido a verla. El vacío. La soledad. Con la que seguramente le costaría menos convivir sabiendo que no lo habían rechazado. Reemplazado. Descartado como a un segundón.

Tenía que oírsele decir.

—Hay algo que me pregunto desde hace tiempo... —empezó a decir.

—Qué hacía en el apartamento de Sebastian esa noche —lo interrumpió ella. Él la miró sorprendido y asintió con la cabeza—. Cenábamos —dijo sin más, como si hubiese estado deseando decírselo desde que había llegado, o incluso desde antes.

—¿Sólo cenabais?

—Cenábamos, y luego me dispararon antes de que pudiera tomarme el café.

—Lo siento.

Ursula se inclinó y le cogió la mano.

—El hecho de que tú y yo no estemos juntos no tiene nada que ver con Sebastian. Tiene que ver conmigo.

—Pero estabas allí porque lo prefieres a mí —se oyó decir Torkel, y le sonó a niño enfurruñado, celoso y amargado.

Ursula le dedicó una sonrisa tierna y negó con la cabeza.

—Estaba allí porque todo es más fácil con Sebastian. Sé que parece increíble, pero, en algunos aspectos, todo es muchísimo más sencillo con él.

—Él sólo quiere una cosa.

—Eso es cierto, pero para mí es... —Hizo una pausa, se mordió el labio, eligió con cuidado las palabras—. No voy a casarme contigo para que vivamos felices y comamos perdices, Torkel, pero porque no creo que pueda vivir feliz y comer perdices con nadie. No soy capaz de darle a nadie lo que exige una relación.

—Eso tendré que decirlo yo, ¿no?

—Tampoco nadie me da a mí lo que necesito.

Torkel cabeceó afirmativamente. Eso ya era más difícil de rebatir. Podía decirle que estaba dispuesto a hacer lo que fuera. La relación podía acomodarse por completo a las condiciones que ella impusiera, siempre que hubiese una posibilidad, por pequeña que fuera, de que cambiara de opinión en algún momento. Pero sabía que ella no se iba a tomar bien ese servilismo, así que se calló y se levantó.

—¿Tienes que volver al trabajo?

—Tengo una reunión de presupuesto con la Junta de Gobierno a las tres.

—Me da la sensación de que no hemos terminado de hablar.

—Puedo posponer la reunión sin problema —dijo él enseguida, y sacó el móvil.

Uno debía tener siempre claras sus prioridades.

Sebastian estaba un poco estresado cuando llegó a casa. Había tardado más de lo que pensaba en elegir la joya para Maria. Enseguida supo que algo iba mal: el equipaje de Maria esperaba en el vestíbulo.

Vanja estaba sentada en la cocina.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó furioso y agobiado al ver a su compañera—. ¿Dónde está Maria?

Vanja miró hacia el dormitorio.

—Llamando a Pia para preguntarle si puede venir un poco antes —respondió ella después de un breve silencio.

—¿Por qué?

—Me parece que Nicole y ella van a ir al funeral sin ti...

No entendía lo que le estaba diciendo, pero la furia empezaba a superar al agobio en esos momentos. Fuera lo que fuese, no era bueno. Levantó la voz.

—No tienes derecho a venir aquí a interferir en mi vida...

—Claro que lo tengo. Maria y Nicole son víctimas de un crimen. Son responsabilidad de Riksmord.

Sebastian no sabía qué decir. ¿Hablaba en serio? Se esforzó por encontrar las palabras adecuadas, pero no debía haberse molestado.

—No te enfades con ella —le dijo una voz a su espalda. Al volverse, vio a Maria en el umbral de la puerta, con cara de absoluta decepción y pena—. ¿Cuándo pensabas contármelo? —preguntó sin ánimo.

—¿Contarte el qué?

—La verdad.

—No sé de qué me hablas —dijo él abriendo los brazos, desconcertado.

Maria se acercó.

—¿Cuándo ibas a contarme que mi hija es una especie de sustituta de la niña que perdiste?

Por un instante, Sebastian no supo qué decir.

—¿Es eso lo que te ha dicho Vanja? —fue lo mejor que se le ocurrió.

—¿Lo somos? ¿Una especie de... familia sustitutiva?

Maria parecía más disgustada que enfadada.

—No, no, en absoluto. Nicole significa mucho para mí, ya lo sabes. Y tú...

Ella lo miraba fijamente, sin rastro de ternura en su semblante.

—Te lo pregunté.

—Lo sé.

—Si tenías hijos.

—Lo sé.

—Si habías estado casado.

—Lo sé.

—Me mentiste.

—Lo sé.

Maria enmudeció. Sebastian se dio cuenta de que era él quien debía decir algo.

—Te lo iba a contar, pero no es lo primero que uno comparte con alguien. Sobre todo, con lo que estaba ocurriendo —dijo suplicante.

—No hacía falta que me lo contaras, bastaba con que hubieras contestado a mis preguntas. Te lo pregunté, y me mentiste. —¿Qué se suponía que debía responder a eso?—. Pensaba que eras sincero. Confiaba en ti.

—Puedes confiar en mí. Nicole y tú significáis mucho para mí —dijo con la voz casi quebrada.

Maria aún lo miraba fijamente, con cara de pena y decepción.

—Ya no te creo. Me han contado muchas cosas de ti. Cosas terribles.

Soltó un sollozo. Sebastian miró a Vanja, que parecía prácticamente impasible, teniendo en cuenta lo que había hecho. ¿Qué demonios le había contado de él? Se acercó un par de pasos a Maria, desesperado por hacerla comprender.

—Sea lo que sea lo que te han contado, no tiene nada que ver con nosotros. He estado pendiente de Nicole, al cien por cien. Y lo sabes.

Maria asintió con tristeza, limpiándose las lágrimas.

—Sí, es cierto, pero ¿por qué? ¿Por ti o por ella?

Otra vez, ¿qué podía decir? Sintió que todo se le escapaba entre los dedos. Quería explicarse. Decirle lo que sentía. Lo que significaban para él. En parte era por Sabine y Lily, sí, pero no en la mayor parte. No eran un factor esencial. Aquello era algo más, algo de verdad. Tenía que decirle todo eso, pero no le salían las palabras.

—Te agradezco todo lo que has hecho por Nicole, pero ahora nos gustaría irnos tranquilas.

Dio media vuelta y se fue.

Recogió a Nicole en el salón.

Cogió las bolsas del vestíbulo.

Antes de que salieran por la puerta, Sebastian buscó la mirada de Nicole. La encontró tan fácilmente como siempre. Por unos segundos, la miró a los ojos.

La siguió.

No le quedaba elección.

No podía perderla.

Pia esperaba en la calle.

Contempló la puerta marrón del número 18 de Grev Magnigatan con sentimientos encontrados. La sensación predominante, a la que quería aferrarse y no olvidar jamás, era de alegría, porque la reunión con la ejecutiva del partido había ido exactamente como esperaba. Mejor, de hecho. Cuando salía del edificio marrón de seis plantas de Sveavägen, le habían dado la bienvenida a bordo, y eso sólo podía significar que tenían intención de ofrecerle un puesto en el comité ejecutivo.

A continuación, iba a volver a casa y asegurarse de que el funeral y la manifestación contra la violencia del día siguiente eran un éxito. Trabajaría incansablemente por el bien de Torsby, aunque los viajes a Estocolmo fueran más frecuentes en el futuro y los problemas locales le parecieran triviales ahora que de pronto tenía una influencia directa en las políticas socialdemócratas a nivel nacional y en las prioridades del partido.

Había tenido sus dudas cuando había salido de casa el día anterior. Se había dado muchísima publicidad a los sucesos relacionados con Frank Hedén, el asesino en masa que se había pegado un tiro en la escalera, a un paso del apartamento donde vivía uno de los investigadores y donde se alojaba un testigo esencial. Había sido un auténtico desastre. El hecho de que hubiera habido otro tiroteo en el mismo edificio hacía sólo unos meses, en el que había resultado herida de gravedad una agente de policía no mejoraba precisamente las cosas. La prensa sensacionalista se había puesto las botas. Haber mantenido una relación estrecha e importante con un asesino en masa desde luego no era bueno para Pia y su carrera profesional, que acababa de despegar de verdad.

Pero había salido airosa de todo eso.

Como era de esperar, la prensa la había llamado para saber lo estrecha que había sido en realidad su relación con Frank, si de verdad no había sospechado nada y si era cierto que Frank había hablado con ella justo antes de pegarse un tiro. Ella se había negado a contestar a ninguna de sus preguntas y, en su lugar, había redactado una nota de prensa en la que se distanciaba de Frank al tiempo que concedía el debido reconocimiento a su viejo amigo y mentor. Sí, había asesinado a una familia entera, algo terrible e indefendible, pero no debía olvidarse que había dedicado su vida a la política

local, y el recuerdo de su persona como pilar del municipio seguía siendo válido. De modo que, a pesar de los recientes acontecimientos, que se habían debido a un estado de enajenación transitoria, aún se le apreciaba, y uno no traicionaba a sus viejos amigos y compañeros, independientemente de lo que hubieran hecho. Y menos aún para subir peldaños en Estocolmo. Eso no estaría bien visto. Se trataba de un malabarismo delicado: distanciarse de Frank y de sus actos sin hablar mal de él. Condenar el crimen pero no a su autor, ésa había sido su estrategia en los últimos días, y le había funcionado perfectamente durante su visita a Sveavägen.

Por lo demás, ni siquiera pensaba en Frank ni en lo que habían hecho juntos. Simplemente se alegraba de haber salido bien parada y de que él no la hubiera arrastrado consigo.

Se abrió el portal y salió una mujer con su pequeña. Maria y Nicole Carlsten, seguramente. Pia no conocía a ninguna de las dos, pero eran importantes para la manifestación del día siguiente, y le venía bien disponer de unas horas con ellas en el coche para poder hacer su discurso más personal, dar una imagen de verdadero compromiso a sus seres más queridos. Se acercó a ellas con una sonrisa cordial y la mano tendida. Antes de que llegase a donde estaban, volvió a abrirse la puerta y salió un hombre al que nunca había visto. Sebastian Bergman, probablemente. Erik se había quejado de él en varias ocasiones: antipático, arrogante y grosero, por lo visto. Decidió ignorarlo por completo.

—Pia Flodin. Encantada de conocerla —dijo centrándose en Maria—. Mis más sinceras condolencias por su pérdida —prosiguió con voz suave, al tiempo que le daba un apretón extra a la mano de la mujer.

Maria se lo agradeció con una inclinación de cabeza y le presentó a su hija. Pia sonrió a la niña, cuya única respuesta fue esconderse detrás de su madre y mirarla con recelo. Había oído decir que la niña no hablaba debido a lo que había presenciado. Se irguió y miró por encima del hombro de Maria al hombre que se hallaba junto a la puerta.

—Deduzco que ése es mi tercer pasajero —declaró.

No tenía intención de revelar que sabía su nombre. No quería concederle ninguna importancia.

—Sí, ése es Sebastian, pero no viene con nosotras —contestó Maria en un tono visiblemente frío.

—¿No?

—No. Así que ya podemos irnos.

—Tengo el coche allí mismo —indicó Pia señalando el vehículo, un poco más adelante en esa misma calle.

—Maria... —la llamó Sebastian sin hacer ademán de acercarse a ellos.

—Mandaré a alguien a por el resto de nuestras cosas —comunicó ella de tal forma que a Pia le quedó claro que allí había algo más que el viaje a Torsby.

—¿Ni siquiera me vas a dar la oportunidad de explicarme? ¿Te vas a limitar a escuchar a Vanja y a creer todo lo que te diga?

—Sí.

Maria cogió a Nicole de la mano y emprendió la marcha hacia el coche de Pia.

Lo único que Sebastian podía hacer era verlas marchar. Correr tras ellas e intentar detener a Maria y que lo escuchara no funcionaría, y tampoco quería montar una escena delante de Nicole. Lo único que le faltaba a la pobre niña era ver a las dos personas en las que confiaba enzarzadas en una discusión.

—¡Piensa en Nicole! —le gritó de todas formas en un último intento desesperado por retenerlas, o al menos que lo dejaran viajar con ellas.

Maria no respondió; siguió caminando.

Abandonándolo.

—Tengo el coche ahí, es difícil encontrar aparcamiento —dijo Pia señalando un Volvo rojo al otro lado de la calle.

Sebastian se quedó donde estaba. Cada paso que daban era como un puñetazo para él. Vio a Nicole detenerse cuando estaban a punto de cruzar la calle; se volvió y lo miró. Como siempre, era complicado interpretar su expresión, pero le pareció ver en ella una sensación de pérdida y desesperación. Se convenció cuando la niña alargó el brazo y le tendió la mano de la que la llevaba cogida su madre. Si hubiese sido un adulto, el gesto habría parecido exagerado y teatral, pero el que Nicole tratase de salvar esa súbita distancia entre ellos con la mano tendida resultó sencillamente desgarrador. Intentó deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta.

Maria tiró de su hija para cruzar la calle. Nicole no le quitaba los ojos de encima a Sebastian y, cuanto más lejos estaban, más suplicante y desesperada parecía. Sebastian tuvo que apartar la mirada un instante.

Cuando volvió a mirar, ya estaban las tres sentadas en el coche rojo. Pia arrancó el motor y salió a la carretera. Vio el perfil de Maria por encima de la

pegatina azul y blanca con el logo municipal de Torsby. Nicole estaba sentada al otro lado de su madre, que la tapaba por completo.

Se había ido. Se habían ido.

Las había perdido.

Y el motivo estaba sentado en su cocina.

Sebastian entró en el vestíbulo y se quitó los zapatos de una patada. Vio movimiento con el rabillo del ojo y alzó la mirada. Vanja salió de la cocina y se apoyó en la pared con los brazos cruzados, como si pensara que debía protegerse de su furia.

Él se limitó a lanzarle una mirada asesina.

Confiaba en que la frialdad de sus ojos le dijera todo lo que necesitaba saber.

Pasó de largo y entró en el salón, luego se detuvo delante de la puerta. Durante muchos años, no había sido más que una estancia, que casualmente se encontraba en el apartamento en el que él vivía. Jamás la había usado, nunca había tenido ninguna conexión con ella. Su recuerdo más vivo de aquel salón, paradójicamente, era el de cuando había consolado allí a Vanja e intentado acercarla a él después de que acusaran a Valdemar de fraude y malversación de fondos.

Ahora ya sabía para qué servía esa habitación grande. Ésa y el resto de la casa. Le habían dado una idea de cómo podría ser su vida.

El nudo de la garganta se había desplazado y se le había instalado en las proximidades del diafragma. Nicole no había vivido con él mucho tiempo, pero sí el suficiente para que esa sensación corrosiva y persistente arraigara. Conocía bien el sentimiento; había convivido con él muchísimos años. Era donde se alojaba la sensación de pérdida cuando lo visitaba.

Inspiró hondo y se acercó a la mesa de centro. Lápices de colores y rotuladores, papel, un vaso con el poso de un chocolate caliente en el fondo, un plato con las cortezas de un sándwich. Nicole debía de haberse tomado un tentempié delante del televisor mientras él no estaba. Empezó a recogerlo todo. A muchas personas las paralizaba la pérdida de alguien, pero a Sebastian no. Siempre se le había dado bien encontrar la energía para deshacerse del rastro físico de las personas a las que había perdido. Después del tsunami, había vendido de inmediato el piso de Colonia, había regalado los muebles, los electrodomésticos y la ropa, o se había deshecho de ellos de

algún otro modo, y se había quedado sólo con algunas cosas. En cuestión de semanas, había puesto fin a la vida de los tres en Alemania y había vuelto a Suecia.

El hecho de que hubiera sido incapaz de pasar página, una vez resueltas todas las cuestiones prácticas, era otro asunto.

Presintió más que ver a Vanja en el umbral de la puerta.

—Siento haberte disgustado, pero sabes que tengo razón —le dijo bajito. Sebastian no contestó.

—No estaba bien, y lo sabes —prosiguió en el mismo tono tranquilizador que recordaba a Sebastian a cuando uno le dice a un niño que el hámster se ha muerto pero que ha ido a un sitio mejor—. Por favor, eres psicólogo, tú mejor que nadie debes saber que era un disparate.

Él siguió recogiendo con calma, metódicamente, los rotuladores y guardándolos en la caja por orden, de los más oscuros a los más claros.

—Me haces el vacío. Muy maduro.

Con el rabillo del ojo, vio que Vanja avanzaba y se sentaba en uno de los sillones. Quería gritarle, echarla de su casa, a la fuerza, si era necesario, pero al mismo tiempo debía controlarse. No podía permitir que aquello destruyese para siempre su incipiente amistad. Cualquiera otra mujer que hubiese hecho lo que había hecho ella no habría vuelto a poner un pie en su apartamento, pero, por enfadado y disgustado que estuviese en esos momentos, no podía ocultar que muy muy en el fondo agradecía el hecho de que ella se mantuviera en sus trece. Le encantaba que se acurrucara en el sofá y esperara a que se calmase. A su hija no la acobardaba una pelea.

Se irguió y la miró por primera vez desde que había entrado en el salón.

—No tenías derecho a interferir en mi vida.

—No lo he hecho. He interferido en la de Maria y Nicole —replicó Vanja con una serenidad inusitada—. Lo he visto como un deber, más que como un derecho.

—Sé que piensas que sólo... —No terminó la frase, negó con la cabeza, sin más. No quería repetirse, hablar de nuevo de la familia sustituta, de Lily, de Sabine..., no en esos momentos—. Pero estaba haciendo mi trabajo, he ayudado a Nicole. —Repasó las láminas que había recogido y sacó el dibujo más reciente de la niña. No, su último dibujo—. Ha dibujado, hemos hablado, el muro que había levantado para protegerse empezaba a derrumbarse, se estaba abriendo. No con palabras, aún no, pero habríamos llegado a eso. Si hubiéramos tenido un poco más de tiempo.

Consiguió que la última frase sonara tan acusatoria como pretendía mientras le pasaba el dibujo a Vanja. Ella ignoró la indirecta y miró la lámina. Reconoció la habitación que había visto en las fotografías de la escena del crimen, la que había después de la cocina en la casa de los Carlsten.

—¿Qué es esto?

—Nicole y su primo viendo la televisión juntos justo antes de los asesinatos.

Ella lo miró desconcertada.

—Pensaba que habías dicho que sólo dibujaba lo que había ocurrido después de los asesinatos.

—No, dije que dibujaba cosas relacionadas con los asesinatos.

—Entonces ¿por qué ha dibujado esto? —preguntó Vanja señalando la lámina con la cabeza—. Aquí todo parece completamente normal.

Sebastian suspiró. Aquello no estaba tomando el rumbo que él esperaba. Le había enseñado el dibujo para que comprendiera que su trabajo no había terminado, que, aunque Maria y Nicole se hubieran mudado a su casa, él seguía ayudando a la niña a procesar las vivencias que había tenido. Los actos de Vanja habían puesto fin a esa importante tarea. Quería presionarla, obligarla a reconocer que se había equivocado y que él tenía razón. Al mismo tiempo, no podía evitar sentirse complacido, quizá incluso encantado, de que ella se hubiera quedado y se hubiese puesto cómoda.

En su apartamento. Su hija.

—No lo sé —contestó él algo irritado tanto con ella como consigo mismo—. Para ella debe de tener alguna relación con los terribles sucesos de después.

Vanja estudió el dibujo más detenidamente.

—Frank Hedén tenía una furgoneta Ford de color azul y los Carlsten un híbrido blanco.

—¿Y?

No tenía ni idea de por qué Vanja de pronto mostraba tanto interés en los coches.

—Nicole ha dibujado un coche rojo. Se ve por la ventana.

Sebastian reaccionó de inmediato: le arrebató el dibujo a Vanja y lo miró fijamente. Tenía razón. Al otro lado de la ventana cuadrada con las cortinas blancas descorridas, se veía perfectamente un coche rojo. ¿Cómo podía haberlo pasado por alto?

—Si todo lo que dibuja está relacionado con los asesinatos... ¿Usaría Frank un coche distinto? —dijo Vanja pensando en voz alta—. ¿O había más de una persona implicada?

Sebastian no la estaba escuchando realmente. Como con todo lo que había dibujado Nicole, había detalles en el coche rojo. Una pegatina azul y blanca en la ventanilla de atrás.

Miraba el dibujo fijamente como si confiara en que le proporcionase la respuesta a todos los interrogantes del universo, pero la cabeza le iba a mil y le decía que ya sabía la respuesta a la pregunta más importante.

Vio a Nicole allí mismo, delante de él, lo aterrada y desesperada que le había parecido mientras cruzaba la calle. Pero no era porque lo dejara a él, entendió de pronto, sino por el sitio al que la arrastraban.

El coche.

El coche rojo.

Eran dos otra vez.

Otra vez eran dos personas diferentes.

Por fuera y por dentro.

Por fuera, estaba sentada, completamente inmóvil.

No podía hacer mucho más. Su madre estaba a su lado. Igual que Fred la primera vez que había visto el coche rojo.

Ahora Fred estaba muerto.

La primera vez había podido esconderse, pero esa vez no. Su madre la abrazaba y charlaba con la mujer que conducía. Ella seguía registrando el mundo de fuera del coche. No tenía nada que ver con ella. Ya no era parte de él. Podía haberlo sido, estaba a punto de conseguirlo, pero entonces habían terminado allí.

En ese coche.

Así que había reculado.

Por dentro, también estaba inmóvil.

De vuelta en ese sitio que no era un sitio, ni una habitación. Había regresado allí y seguía vacío.

Vacío y silencioso.

Sebastian había hablado con ella. Sus palabras habían hecho que los muros que no eran muros empezaran a derrumbarse. Todo había comenzado en la cueva. Una parte minúscula de su súplica de confianza había conseguido colarse en ese espacio frío y estrecho, y ella se había aferrado a eso. No había tenido que lamentar su decisión.

La sensación de seguridad había aumentado, lenta pero firme.

A veces, cuando Sebastian le hablaba, cuando estaba con él, le parecía que podría incluso sentirse a salvo al otro lado de esos muros.

Quizá el horror no volviera si crecía y salía de ese sitio que no era un sitio.

Quizá incluso pudiese hablar sin que pasara nada.

Pero eso era entonces.

Por fuera, estaba sentada, inmóvil, y miraba por la ventanilla del coche como haría cualquier niña de diez años, con el cinturón de seguridad cruzado por el pecho y el brazo de su madre por los hombros, voces de adultos que hablaban, música en la radio.

Por fuera, no tenía forma de proteger lo de dentro.

Claro que tampoco le hacía falta.

El coche rojo la había hecho volver bruscamente al pasado.

A los estallidos, los gritos, el terror.

Suyos y de todos los demás.

Por dentro, volvió a hacerse cada vez más pequeña, y los muros que la rodeaban la cercaron por completo, más gruesos que nunca.

Vanja y Sebastian bajaron volando la escalera. Ella acababa de llamar a Torkel para contarle lo del dibujo de Nicole y sus repentinas sospechas respecto a Pia.

La respuesta de Torkel no la hizo sentir mejor.

Él acababa de hablar con Adrian Cole, de FilboCorp. Cuando estaba repasando el último informe del caso, algo relacionado con el móvil de Frank lo había preocupado, algo sobre la compra de la parcela de Stefan Andrén. No era el hecho de que Frank la hubiese comprado —el móvil económico estaba muy claro—, sino que las fechas no coincidían. El acuerdo se había firmado mucho antes de que se hubieran hecho públicos los planes de la compañía. Nueve meses antes, de hecho. Y, aun así, Frank había confiado lo suficiente como para pedir prestada una suma importante de dinero. Adrian Cole le había dicho a Torkel algo que, combinado con la llamada de Vanja de unos segundos después, había hecho que todo encajara.

Según Cole, la única persona que conocía los planes de FilboCorp antes de su presentación oficial era la presidenta del concejo, Pia Flodin. La misma persona que acababa de recoger a sus únicos testigos. A lo mejor, Frank no había actuado solo, después de todo.

Vanja había encontrado aparcamiento algo lejos de Storgatan, y les llevó un rato llegar allí, incluso a la carrera.

—Torkel va a llamar al centro de control y les va a pedir que nos proporcionen soporte completo —le dijo a Sebastian mientras se subían al coche.

—Bien, vamos a necesitar toda la ayuda que nos puedan prestar.

Sebastian respiraba con dificultad; parecía estresado.

Ella arrancó el coche.

—Suponiendo que vaya directa a Torsby, hay dos caminos: la E-18 al norte de Mälaren y la E-4 al sur. —Lo miró inquisitiva—. ¿Tienes idea de cuál iba a coger? —Él negó con la cabeza y sacó el móvil—. Vale, en ese caso, habrá que arriesgarse. El sur nos queda más cerca de aquí.

Activó la sirena azul y salió disparada.

—¿Puedes llamar a control para pedir un helicóptero?

—Ya estoy en ello —respondió Sebastian.

Vanja giró por Styrmansgatan y salió a Strandvägen. Era mediodía y no

había demasiado tráfico. Lamentablemente, porque les habría venido bien que Pia hubiera pillado un atasco. Los coches de delante se apartaron y, al poco, Vanja ya estaba en el túnel de Norrlandsgatan. Sebastian contactó con control y dio el nombre y el número de Vanja. Les habló del Volvo V70 de color rojo a nombre de Pia o Erik Flodin. No, no sabía la matrícula, pero llevaba una pegatina azul y blanca con el logo municipal de Torsby en una de las ventanillas traseras.

Vanja lo miró. Ya no estaba tan segura de haber hecho lo correcto. No era culpa suya que Maria y Nicole estuvieran en el Volvo en esos momentos, pero sí que Sebastian no fuese con ellas.

Sintió la necesidad de decir algo.

—Siento haberla cagado, pero lo he hecho por ti y por ellas.

Él la miró de reajo, con el teléfono pegado a la oreja, mientras esperaba respuesta de control. Al principio, le pareció que le iba a echar una bronca, pero no: volvió la cabeza y miró por la ventanilla.

—La verdad es que no entiendo qué tenía que ver contigo.

Ella asintió con la cabeza. No respondió. Pisó a fondo el acelerador como si la velocidad pudiese deshacer lo que ya estaba hecho.

Maria iba sentada atrás, con Nicole. El coche estaba limpio y era impersonal: no había nada en el suelo, ni una mota de polvo en el espacio que separaba los dos asientos delanteros. No se parecía en nada a los coches en los que ella solía viajar, siempre llenos de juguetitos viejos del McDonald's, envoltorios de toda clase de porquerías... Pia había puesto la radio, la P1; un programa científico sobre las nuevas rutas de navegación que se estaban abriendo en el mar de Barents debido al cambio climático. Maria no estaba prestando atención. Nicole estaba acurrucada a su lado. No se habían movido desde que habían salido de Grev Magnigatan. Se había pegado todo lo posible a su madre y, al cabo de un rato, había enterrado la cara en el pliegue de su brazo. Como si quisiera desaparecer de la faz de la Tierra. Ella la abrazó, con la esperanza de tranquilizarla.

—No pasa nada, cariño —le susurró—. Todo va a salir bien.

Nicole ni se inmutó.

Lamentaba sus actos. Había sido una estupidez encararse con Sebastian delante de la niña. Tendría que haberlo pensado mejor, haberla protegido de la ruptura. Guardarse algunas cosas para sí, no haber dramatizado tanto. Pero

estaba furiosa, no pensaba con claridad. Se sentía muy traicionada. Lo había dejado entrar en su vida, por eso había reaccionado así a sus mentiras y a las revelaciones posteriores. No le extrañaba en absoluto, pero no era bueno para Nicole, que se había encariñado aún más de Sebastian. Siguió susurrándole a su hija, procurando conectar con ella.

Pia la miró intrigada por el retrovisor.

—¿Ha ocurrido algo?

Maria negó con la cabeza.

—No, sólo está un poco angustiada.

No había motivo para contarle nada de Sebastian a Pia Flodin. No necesitaba que más personas le dieran consejo o intentaran ayudarla. Desde ese momento, resolvería ella sola sus problemas.

—Pero ¿aún no habla? —insistió Pia esforzándose en vano por sonar natural.

Maria lo entendía. El mutismo de Nicole era seguramente una de las cosas por las que todo el mundo le preguntaría una y otra vez en un futuro próximo.

—No, por desgracia no —contestó mirándola a los ojos.

—Seguro que todo se arregla con el tiempo —replicó Pia tranquilizadora a la vez que pisaba a fondo el acelerador.

A Maria le pareció que iba demasiado rápido, pero no dijo nada. ¿Tanta prisa tenían por llegar allí?

De pronto, el funeral le pareció mala idea. Nicole necesitaba paz y tranquilidad, sobre todo ahora que ella había apartado a Sebastian de su lado tan bruscamente. La seguridad que la niña había sentido junto a él sería difícil de reemplazar y desde luego no la iba a encontrar en medio de una multitud de desconocidos empeñados en manifestar su dolor en la plaza de un pueblo. Incluso puede que recordarle las cosas horribles que habían pasado fuese pernicioso para la niña.

Era ella quien necesitaba el funeral, ella la que quería pasar página. No Nicole. Su hija aún no había llegado a esa fase. Debía pensar en la pequeña, no en sí misma. Se sintió avergonzada. Todo lo que había hecho desde que había salido airada del apartamento de Sebastian había sido por sí misma.

—No sé si esto es buena idea —dijo.

Pia la miró de nuevo por el retrovisor.

—¿Perdón? ¿Qué es lo que no es buena idea?

—El funeral. Dudo que ayude mucho a Nicole. No creo que esté

preparada.

Pia asintió, como si lo entendiese perfectamente.

—Va a ser bonito; tranquilo, solemne, nada intrusivo —le dijo cariñosa —. Le sorprenderá la sensación de apoyo y comunión.

—No sé. Seguro que será precioso, pero... —prosiguió Maria dubitativa. Pia le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Le diré lo que vamos a hacer: iremos hasta allí y, si luego no le apetece, no asista. Le prometo que no insistiré, pero al menos así puede tomar la decisión in situ.

Maria accedió. Quizá se encontrara mejor cuando estuviesen allí, no lo sabía. Como en tantas otras ocasiones de su vida, no se sentía dueña de los acontecimientos, de modo que calló y dejó que la llevaran a Torsby.

A lo mejor fue porque quería encajar, encontrar su sitio.

A lo mejor fue porque no quería volver a su piso, reanudar su rutina diaria.

A lo mejor fue porque le parecía que el funeral sería una buena forma de empezar de cero. No estaba segura.

Le sonó el teléfono: Sebastian. Rechazó la llamada de inmediato.

Al menos sí era dueña de su móvil.

Estaban en el Centralbron, el puente que conectaba los distritos norte y sur. La luz azul de la sirena aún parpadeaba.

El tráfico estaba empeorando y Vanja tuvo que aminorar un poco la marcha de forma que a los vehículos que llevaba delante les diera tiempo a apartarse. Subió el volumen de la radio policial para que no se le escapara nada. Acababa de emitirse un aviso a todas las unidades pidiendo que estuvieran al tanto de un Volvo V70 rojo, matrícula Sierra Golf Mike 054 con una pegatina azul y blanca en una de las ventanillas traseras. Además, desde control habían desviado un helicóptero de tráfico desde Nacka; sobrevolaría Söder dentro de unos minutos. Sebastian miró frustrado el móvil.

—Maria no contesta. Sigue rechazando mis llamadas.

Vanja puso cara de escepticismo.

—¿Crees que es buena idea llamarla?

—Iba a advertirla.

—No lo hagas. ¿Crees que podrá mantener las apariencias si le dices lo de Pia?

—Igual no —tuvo que reconocer él.

—Pia se pondría nerviosa, y lleva a Nicole y a su madre en el coche. — Procuró calmar a Sebastian—. Jugamos con ventaja: ella no sabe que lo sabemos. Debemos aprovechar esa ventaja mientras podamos.

Sebastian asintió con la cabeza. Vanja tenía razón, por supuesto, pero eso no lo hacía sentirse mejor.

—Qué imbécil soy. Le he notado a Nicole que algo iba mal. La he visto...

Vanja lo interrumpió.

—Tú no podías saberlo. Ni ninguno de nosotros.

Él no respondió, pero ella vio que sus palabras no habían hecho mella en Sebastian. Sonó de nuevo la radio.

—Unidad 318. Volvo V70 rojo, Sierra Golf Mike 054 localizado al sur de Hornstull —dijo una voz de hombre.

Vanja agarró el micro.

—Repite, por favor. ¿Ubicación exacta?

La respuesta fue inmediata.

—Cruzando el puente de Liljeholmen. Vamos en la dirección contraria y tardaremos un poco en dar la vuelta.

—De acuerdo, dad la vuelta, pero manteneos a distancia. No os acerquéis —dijo Vanja, luego le tiró el micro a Sebastian—. Intenta contactar con el helicóptero. Mándalo hacia la E-4, al acceso del Liljeholmen.

Sebastian afirmó con la cabeza y cogió el micro.

—¿Al sur de Mälärstrand o a Gullmarsplan y la ruta del enlace sur? — preguntó Vanja sin apartar la vista de la carretera que tenía delante y del tráfico de detrás.

—A mí no me preguntes, yo no me muevo por aquí —contestó él, intentando aún contactar con el helicóptero.

—Creo que por el sur de Mälärstrand será lo más rápido.

Viró a toda velocidad, cruzando dos carriles y haciendo frenar bruscamente a varios coches. Maniobró hábilmente para enfiar el túnel y salieron junto al lago. Uno de los carriles estaba cortado por la reconstrucción de los alrededores de Slussen y se toparon con una larga fila de vehículos. Vanja salió al carril contrario, pasó a toda velocidad por delante de los coches que esperaban a que el semáforo se pusiera en verde y se incorporó en el último momento. Era una excelente conductora, pero, a pesar de la velocidad a la que iban, parecía que aún quedaba muchísimo para Hornstull.

Sebastian consiguió hablar con el piloto: buenas noticias. Había estado escuchando la radio policial y ya había llegado a Liljeholmen.

—Hemos localizado el vehículo. Va por el carril de la izquierda de la E-4, dirección sur. Acaba de pasar la salida de Västertorp.

—Excelente —dijo Sebastian mirando a Vanja—. ¿Algo más que deba saber?

—Pregúntale a qué velocidad va el coche.

Sebastian accedió. Unos segundos después tenía la respuesta.

—A unos ciento cincuenta kilómetros por hora en estos momentos.

—El límite son noventa en esa zona. Eso nos da un motivo para detenerla. Dile al helicóptero que no se aparte de ella, luego llama a la unidad 318 y pídeles que se queden un poco rezagados para que ella no los vea.

—De acuerdo. ¿Y nosotros qué vamos a hacer?

Vanja lo miró con una sonrisa traviesa en los labios.

—Le vamos a dar a Pia una sorpresita.

Se pegó aún más a su madre.

El coche iba muy rápido. Como esa atracción que tanto miedo le había dado el año anterior en Gröna Lund. También entonces iba atada.

No podía pararla, ni bajarse de un salto.

La otra vez que había visto el coche se movía mucho más despacio.

Se había detenido a la puerta de la casa.

Ella no le había prestado mucha atención.

Sería alguna visita.

Algún amigo de tía Karin.

Pero no.

El coche había traído gritos y muerte.

Los estallidos más fuertes que ella había oído en toda su vida.

Más fuertes que los truenos. Más fuertes que nada.

Hacían pedazos los cuerpos.

Esparcían sangre por las paredes.

Y de pronto estaba sentada en el coche que había traído la muerte.

Se arrimó todavía más. Para advertir a su madre.

Apretó mucho los ojos.

Quería avisarla. Pero era imposible.

No podía hacerlo. No quería hacerlo.

Por fuera, era visible y vulnerable.

Por dentro, los muros la protegían.

Mientras fuera pequeña.

Y estuviese callada.

Fue Sebastian quien vio el Volvo primero. Aún iba por el carril de la izquierda, adelantando uno tras otro a los coches del carril de la derecha.

—Allí —dijo señalando.

Vanja asintió. Había quitado la sirena hacía un par de minutos para que Pia no los viera. Sebastian miró el indicador de velocidad: ciento veinticinco kilómetros por hora.

—Va muy rápido —dijo angustiado.

—Procuraré mantenerme a distancia.

Volvió a coger el micro y llamó al controlador de la policía de tráfico de Salem. Ya había hablado con un equipo de la dirección de tráfico de Södertälje y el plan era hacer parar a Pia para lo que en apariencia sería una comprobación rutinaria, hacerla bajar del vehículo, apartarla de Maria y Nicole, y retenerla hasta que llegaran Vanja y Sebastian. Con un poco de suerte, ya estarían allí y habrían empezado a parar coches. Ella había prometido llamarlos si tenía visual del Volvo para que se hicieran a la idea de cuánto iba a tardar Pia en llegar hasta al control.

—Ya la veo. La tendréis allí dentro de menos de seis minutos.

—Estamos listos —se oyó de inmediato.

Vanja se volvió hacia Sebastian, un poco más tranquila ahora que podía ver de verdad el vehículo al que seguían.

—Confiemos en que los de Tráfico hagan bien su trabajo —le dijo.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntó él.

—Espero que nada. Llegar y llevarnos a Pia —contestó con un gesto de comprensión. Hacía tiempo que no le veía esa cara—. Todo va a salir bien, Sebastian.

Sebastian asintió, miró por la ventanilla y vio pasar a toda velocidad las casas de las afueras del sur de la capital.

—Eres puñetera de cojones, pero muy buena policía —le dijo al rato.

—Tú sólo eres puñetero de cojones.

Él soltó una carcajada.

—¿Por qué siempre tengo que joderlo todo?

La pregunta pretendía ser jocosa y retórica, pero, para su sorpresa, Sebastian detectó un claro matiz de autocompasión en sus propias palabras.

—Ya deberías saberlo.

—No.

—Porque eres arrogante, cínico, te importan un pimiento los demás, mientes, engañas, eres condescendiente... ¿Sigo?

—No, no hace falta.

Miró a Vanja en silencio un momento, luego volvió a mirar al coche rojo.

Vanja tenía razón. Nunca, jamás, había creído que nadie pudiera quererlo por lo que realmente era. Ni sus padres, ni sus compañeros de universidad, ni casi ninguna de las mujeres que había conocido.

Lily había sido la primera y, hasta la fecha, la única. Sabine y Nicole, claro, porque eran niñas.

Y Vanja. Al menos tenía el valor de plantarle cara, de seguir a su lado. Pero nadie más. Había jugado tanto, convivido con tantas mentiras y medias verdades durante tanto tiempo que se había convertido en esas mentiras. Nada más.

—Cuatro minutos —comentó Vanja completamente centrada en el Volvo que tenía delante.

Sebastian no dijo nada. Intentaba distinguir a Nicole en el asiento de atrás. Veía la silueta oscura de las cabezas de Pia y Maria por la ventana trasera, pero ni rastro de Nicole.

Probablemente estuviera escondida en el asiento.

La niña a la que había perdido.

Mami.

No había pensado en nada durante un rato, un buen rato.

Se había vaciado por completo. Se había hecho un ovillo por dentro, cada vez más pequeña.

Con la esperanza de desaparecer del todo.

Entonces había llegado.

El único pensamiento. La única palabra.

Mami. En peligro.

No había podido salvar a Fred.

Pero él no sabía nada. Y ella tampoco.

Entonces.

Pero ahora sí lo sabía.

Tenía que decírselo a mami.

Igual que había abierto la puerta de su refugio para ayudar al hombre que la había salvado, debía decírselo a mami ahora.

Aunque tuviera que derribar los muros. Y quedara desprotegida. Expuesta a todo lo malo y lo horrible.

Debía decírselo a mami.

Por fuera, retiró despacio la mano de la chaqueta calentita de mami. Alzó la mirada.

Mami parecía complacida. Sorprendida. Sonreía.

Por fuera, subió la mano. A la cara de mami, que la acercó a la suya.

Por dentro, encontró la voz. Fue más fácil de lo que pensaba, como si hubiera estado tirada en un rincón, esperando a que tuviese el valor de usarla.

—Fue ella, mami —le susurró—. Fue ella.

Maria miró fijamente a su hija.

La voz de Nicole era débil, pero extrañamente firme. Había imaginado que esas primeras palabras le alegrarían el alma, que querría gritar de pura felicidad. Pero no. Quería gritar de puro miedo.

—¿Cómo has dicho? —le susurró ella acercándose más.

Había oído lo que la niña había dicho, pero no lo entendía. ¿Qué tenía que ver con la mujer con cuya mirada curiosa se encontró en el retrovisor?

—Ella estaba allí —continuó Nicole, y su voz fue recuperándose con cada sílaba—. Cuando murieron.

Maria siguió la mirada de su hija. La expresión de Pia había cambiado. Había desaparecido todo rastro de curiosidad, habían desaparecido la cordialidad y la compasión. Lo único que veía ya era rabia mezclada con determinación y energía.

De pronto, lo entendió.

Los ojos del retrovisor le dijeron lo que, en realidad, no quería saber: la verdad.

Pia dio un volantazo y el coche viró bruscamente. Los neumáticos chirriaron; Maria y Nicole volcaron hacia la izquierda y, de no haber llevado puestos los cinturones de seguridad, habrían salido despedidas al otro lado del asiento trasero.

El Volvo derrapó delante de ellos. Un humo azul salió de los neumáticos cuando el coche cruzó de un patinazo la E-4 y zigzagueó hasta la salida de Vårby. Por un segundo, Vanja pensó que iba a continuar recto y a salirse de la calzada, pero Pia recuperó el control en el último momento y enfiló Vårby Allé hacia el semáforo, aún demasiado rápido.

Instintivamente, Vanja giró también a la derecha. Tenía mejor ángulo que Pia y el derrape no fue tan fuerte, pero estuvo a punto de perder el control.

—¡Ha ocurrido algo! —gritó al micro de la radio conduciendo con una mano—. ¡El objetivo ha girado en dirección a Vårby Allé! ¡Solicito refuerzos inmediatos!

Vieron que el Volvo adelantaba a un coche que esperaba en el semáforo

subiéndose al césped del bordillo. Le arañó el costado al otro coche, pero no desaceleró, siguió adelante y no tardó en desaparecer de su vista.

Al ver que continuaba la persecución, Sebastian se agarró a la correa de encima de la puerta. Miró al frente, pero no había rastro del Volvo. De pronto, vio una enorme furgoneta blanca que iba hacia ellos, tocando el claxon frenéticamente según se iba acercando. Vanja pisó el freno. Sebastian estaba convencido de que iban a chocar, pero ella consiguió parar en el último segundo. La furgoneta pasó volando por su lado; el conductor gesticulaba furioso. Buscaron los dos el Volvo, pero el viaducto suspendido sobre la autopista les impedía ver. Vanja activó la sirena de nuevo y pisó a fondo el acelerador. De todas formas, ya no había factor sorpresa. Ya no tenía tan claro que todo fuera a salir bien. De pronto, podía pasar cualquier cosa. Incluido lo peor.

Sebastian estaba blanco como un papel, buscando desesperadamente algún rastro del coche rojo. De repente, se oyó al piloto del helicóptero por la radio, sereno y autoritario, en absoluto desconcertado por lo ocurrido.

—Lo tengo, va por Vårby Allé en dirección a Botkyrkaleden, a toda velocidad.

La tranquilidad con que lo dijo los calmó a los dos. No habían perdido a Pia; aún tenían una oportunidad. Llegaron a la recta y vieron el coche rojo más adelante, dando bandazos, de forma alarmante, de un lado a otro. Parecía que Pia hubiera perdido el control. Se salió de la carretera y cruzó el césped de la derecha, descendiendo a toda velocidad hacia el lago. Rezaron para que recuperara el control y parara antes de que fuese demasiado tarde, pero las luces de freno no se encendieron. En lugar de aminorar la marcha, parecía que el coche aceleraba, como si cogiera impulso al acercarse a la orilla para salir volando varios metros por encima del lago Mälaren. Sebastian soltó un alarido de pánico mientras Vanja se dirigía al lago.

Al mismo tiempo, el piloto del helicóptero hizo una breve afirmación:

—El vehículo ha caído al lago. Repito: el vehículo ha caído al lago. Vårby Allé, justo al lado del restaurante Max.

Su voz sonaba igual de firme y autoritaria que antes.

Nada parecía afectarle.

Seguramente así era como uno veía el mundo desde tan arriba.

Fue una sensación extraña. Por una milésima de segundo se sintió ingrávida. No había resistencia, nada la retenía salvo el cinturón de seguridad, y notó que Nicole y ella salían catapultadas hacia el techo. Instintivamente agarró con firmeza a Nicole y la estrechó entre sus brazos, preparándose para el inevitable impacto. El agua azul verdoso estaba cada vez más cerca, oscura e impenetrable como una pared silenciosa, esperándolas sin más. Observó que Pia había abierto la puerta del conductor, que el motor seguía en marcha, pero las ruedas no tocaban la calzada.

Eso fue lo más extraño de todo.

El silencio.

Pese a lo rápido que avanzaban.

El silencio hizo que, cuando llegó el estruendo, resultara aún más ensordecedor. La superficie del agua parecía dura, cruel. Un instante estaba en calma y, al siguiente, blanca, espumosa y absorbente. Engulló el coche y se abrieron los airbags con una explosión sorda. Maria se golpeó la frente con el reposacabezas del asiento de delante. Le dolió la cara entera, pero no soltó a Nicole. El vehículo había entrado en el agua de cabeza, pero de pronto también la parte posterior estaba sumergida y el agua empezaba a colarse por debajo de las puertas. Vio que Pia intentaba escapar del airbag, que la tenía más o menos clavada al asiento. Se hundían rápido según iba entrando el agua por la puerta abierta del conductor. Supo que debía hacer algo. Soltó rápidamente el cinturón de Nicole. La niña estaba pálida, pero parecía más confundida que asustada. En la parte delantera del coche, Pia había conseguido apartar el airbag y empezaba a escabullirse. Hasta entonces, ni siquiera había echado un vistazo a sus pasajeras, como si no estuvieran allí, como si hubieran dejado de existir. Eso llenó a Maria de una energía rabiosa. Aquella mujer había arrasado con casi toda su familia, pero esa vez no se saldría con la suya. Nicole y ella sobrevivirían.

Intentó soltarse el cinturón, pero Nicole estaba en medio y no llegaba al botón del enganche. Pia ya había salido del coche y huía a nado. El agua estaba gélida; Maria ya estaba helada.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo a Nicole, impresionada por lo serena que consiguió sonar—. Confía en mí.

Intentó abrir la puerta a empujones, pero era como si estuviera soldada a

la carrocería, como si todo el lago Mälaren empujara desde el otro lado. Volvió a probar suerte con el cinturón, levantando incluso a Nicole con un brazo, pero no conseguía encontrar el enganche. Empezó a entrarle el pánico mientras toqueteaba a su alrededor. El agua le llegaba ya por el vientre y pronto tendría que levantar a la niña para mantenerla por encima de la superficie. Para eso, iba a necesitar las dos manos, con lo que no tendría oportunidad de soltarse el cinturón. El agua le subió hasta el pecho. El coche se llenaría en cuestión de segundos. Vio la cara de pánico cada vez mayor de su hija y notó que respiraba con dificultad.

Tenía que pensar. Concentrarse. ¿Qué había oído? ¿O leído? «¡Piensa!» La presión en el interior del coche lleno de agua era la misma que fuera, lo que significaba que podría abrir la puerta. Eso estaba bien, ¿no? Aunque daba igual, no le quedaba otra.

Pulsó el botón para bajar la ventanilla y, para sorpresa suya, funcionó. Entró un torrente de agua y ella le levantó la cabeza a su hija. La niña temblaba tanto de frío como de miedo. Maria la miró fijamente a los ojos.

—Vas a tener que nadar, cariño. Como hiciste el verano pasado. Nada hasta la orilla. Prométemelo. —Nicole se la quedó mirando visiblemente aterrada—. Yo también voy, te lo prometo. —Le dio un beso rápido en la frente—. Coge aire, mi vida. Coge mucho aire.

Nicole hizo lo que le decían y Maria buscó a tientas la manilla de la puerta. La encontró, abrió la puerta y empujó a su hija fuera con toda la fuerza de que fue capaz. Fue una sensación terrible, soltarla y sentir que aquel cuerpecito desaparecía. Intentó localizarla con la vista, pero el remolino borroso de agua se lo impidió.

Se estiró todo lo que pudo y consiguió que su cara accediera a la diminuta bolsa de aire que había justo debajo del techo. Se llenó los pulmones una vez más y volvió a sumergirse en busca del enganche del cinturón.

Vanja se había salido de la carretera, atravesando un matorral, y había conseguido parar el coche a apenas un metro de la orilla del lago. El Volvo ya se estaba hundiendo. Sólo se veía el techo, y estaba rodeado de burbujas, del poco aire que quedaba por expulsar.

Alguien nadaba hacia ellos. Pia Flodin.

No había nadie más alrededor del coche o en el agua. Sebastian se quitó

la chaqueta y los zapatos, y se tiró al agua sin pensárselo dos veces.

Ya había pasado por eso.

Entonces, el agua estaba más caliente y una fuerte corriente lo zarandeaba, pero, en realidad, era lo mismo.

Ya había pasado por eso.

Por el hecho de que el agua le arrebatara a sus seres queridos.

Nadó hasta el automóvil lo más rápido que pudo. Vanja estaba al teléfono, llamando a una ambulancia. Un policía en moto acababa de llegar y corría hacia el lago, hacia Pia. Sebastian se centró en el coche. Aún podía ver la parte superior del techo, luego desapareció. Ni rastro de vida. Se zambulló, pero el agua estaba oscura y borrosa, y apenas se veía su propia mano delante de los ojos. Emergió y vio que alguien más salía a la superficie al mismo tiempo. Era Maria, que empezó a gritar enseguida.

—¡Nicole!

Miró a su alrededor, histérica, presa del pánico.

—¿Sigue en el coche? —le preguntó Sebastian.

Ella miró hacia donde él estaba. Jamás había visto tanto terror en unos ojos.

—No, la he empujado fuera. ¡La he sacado primero!

Volvió a sumergirse y él hizo lo mismo. Seguía oscuro, era imposible ver nada. Pero tocó el coche. Se agarró al borde del techo por encima de la ventanilla abierta y se impulsó hacia abajo. No palpó nada salvo el frío metal y sus angulosas formas industriales.

Nada vivo.

Ni Nicole.

Se quedó allí abajo todo lo que pudo hasta que tuvo que subir a coger aire. Maria estaba allí también; tenía un aspecto terrible. Estaba temblando de frío y de conmoción.

—¡Nicole! —gritó, con menos fuerza esa vez.

No aguantaría mucho más. Sebastian cogió aire y se zambulló otra vez.

Brazadas fuertes, patadas poderosas. La iba a encontrar.

El dolor de pulmones era casi insoportable y el frío empezaba a pasarle factura. Le dolían los oídos, por lo que procuró igualar la presión. Tocó con las manos algo blando y pegajoso. El fango del fondo del lago volvía el agua marrón, lo que dificultaba aún más la visión. Palpó alrededor. Le dolía el cuerpo entero y no podía pensar con claridad, pero siguió buscando, pese a que los pulmones le pedían aire a gritos.

Volvió a la superficie. Había aparecido una barca y el hombre que iba sentado en ella les gritaba a Sebastian y a Maria. Cada vez llegaba más gente a la orilla, sobre todo policías con chalecos reflectantes. Procuró recuperar el aliento, luego le gritó a Maria, que parecía haber agotado sus recursos.

—¡Nada hasta la barca!

No esperó una respuesta. Cogió aire de nuevo y volvió a zambullirse. Seguía sin poder orientarse bajo el agua, pero esa vez intentó bucear un poco más lejos del coche. Ya no tenía ni idea de dónde estaba él ni dónde estaba el coche; todo era agua, sólo agua. Pero tenía una cosa clara: cada vez que se sumergía duraba menos debajo del agua. Se estaba quedando sin fuelle; pronto no podría bucear. Volvió a subir. Intentó inhalar más aire, llenarse los pulmones con pura fuerza de voluntad. Bajó de nuevo. A la oscuridad y al frío.

De pronto, palpó algo con la mano derecha. Algo pasó por delante de él medio segundo. No era duro ni metálico; era otra cosa. Buceó hacia la derecha con todas las fuerzas que le quedaban y estiró la mano lo máximo que pudo, buscando frenéticamente.

Le dio otra vez. Tocó algo blando con las yemas de los dedos.

De repente, estaba otra vez en las aguas de Khao Lak.

Sostenía una mano y la había soltado.

Le estaba ocurriendo lo mismo.

Se le escapó, desapareció en la penumbra, igual que la otra vez.

Pero era una mano, sin duda. La mano de ella.

Volvió a la superficie, cogió el poco aire del que pudo hacer acopio y se zambulló. Ya no sentía el frío; no pensaba en lo mucho que le dolían el cuerpo y los pulmones. No tenía otra cosa en la cabeza que la mano.

Buscó, alargó el brazo, palpó alrededor.

Nada.

Había vuelto a perderla.

El sol debía de haberse abierto paso entre las nubes porque algunos haces de luz iluminaron el lago. Todo lo que lo rodeaba era más brillante, y vio partículas de tierra y de fango girando alrededor. Entonces vislumbró la silueta de su cuerpecito a escasa distancia de donde estaba. La tenía cerca, a medio metro. Le agarró la mano, la cía. Intentó tirar de ella hacia arriba, pero pesaba más de lo que esperaba. Consiguió rodearle la cintura con el brazo. Estaba agotado, pero no la soltaría nunca. Jamás. Prefería morir con ella a rendirse.

Como tantas veces había deseado haber hecho aquel día de diciembre en Tailandia. Desaparecer con su hija.

Dio unas cuantas patadas, reuniendo sus últimas fuerzas. Arriba, arriba, hacia la luz del sol. Hacia la salvación. El tiempo se agotaba; era como si el agua quisiera retenerlos.

Pero no la soltó. No la soltó.

Esa vez no. Una patada más y notó el sol en su rostro. Se oyó toser, coger aire atropelladamente.

Quiso pedir ayuda a gritos, pero no pudo. Vio el rostro pálido e inerte de Nicole por encima del agua. Los mechones de pelo pegados a la cara. Se esforzó por mantenerla allí, dando patadas, sosteniéndola en alto.

Vio que se acercaba una barca, con Maria inclinada sobre la borda.

—¡Nicole! —la oyó gritar.

Sebastian no aguantaba más. Se hundía en el agua; cada vez le costaba más sostenerla en alto. El hombre de la barca le tendió la mano, pero él no quiso cogerla. No podía. No podía soltar a Nicole. Volvieron a hundirse los dos por debajo de la superficie, como si algo los arrastrara al fondo.

Entonces notó a alguien a su lado. Alguien fuerte. Alguien que lo levantaba.

Vanja.

—La tengo —le gritó al oído mientras le cogía a la niña.

Él la dejó hacerlo. Consiguió agarrarse a la borda con una mano y vio a Vanja nadar de espaldas con la cara de Nicole por encima del agua, agarrada del pecho. Las vio llegar a la orilla.

La pequeña seguía sin moverse, pero los sanitarios sí.

Iniciaron de inmediato la reanimación cardiopulmonar.

Sebastian se soltó de la barca y nadó a la orilla. Avanzaba despacio, pero no se rindió. Gateó entre el barro y la hierba, arrastrándose hasta llegar a Nicole. Le cogió la mano y se derrumbó.

El equipo médico aún estaba con ella. Él temblaba de frío.

De pronto, la niña tosió, y soltó un chorro de agua por la boca. Sebastian apenas podía moverse, ni veía, después de tanto esfuerzo, pero la oyó.

Estaba viva.

—Ya puedes soltarla, Sebastian —le dijo la voz que lo había salvado.

Vanja.

—No puedo. No puedo volver a soltarla —expresó sin energía.

—Tienes que hacerlo. Se la llevan en la ambulancia. Tienes que soltarla.

Se pondrá bien.

—No quiero.

—Tienes que hacerlo.

Vanja y uno de los sanitarios le soltaron la mano sin dificultad; apenas le quedaban fuerzas.

Subieron a la niña a una camilla y salieron corriendo. Él se tumbó boca arriba y miró al sol. Aún temblaba, pero había ganado. El agua había perdido esa vez. Alguien le dio una manta, otra persona lo incorporó. Vanja estaba allí; lo ayudó a levantarse. Le dieron ganas de echarse a llorar, de apoyarse en aquella mujer que era su hija y quizá su única amiga, y sincerarse con ella.

Pero no pudo.

—Te espera una ambulancia a ti también —le dijo ella con ternura.

Él asintió con la cabeza. Vio cómo sus pies mojados se arrastraban por la hierba.

Vio a Pia esposada, vio a Nicole con una mascarilla de oxígeno, en una de las ambulancias.

Cerraron las puertas.

Arrancaron. Y entonces lo supo.

Supo que sería la última vez que la vería.

En toda su vida.

—Yo no sabía que quería matarlos.

Pia Flodin bebió un sorbo de agua, dejó el vaso en la mesa y miró con una expresión sincera dibujada en el rostro a Torkel y a Vanja, sentados enfrente de ella. Era la segunda vez que repetía esas mismas seis palabras, pero Vanja no la creyó más que la primera. Torkel tampoco, estaba convencida.

Habían llevado a Pia directamente a la central de policía de Kungsholmen. Le habían dado ropa seca y algo de comer. Un médico la había examinado y les había comunicado que estaba en condiciones de que la interrogaran.

Luego hicieron unas llamadas.

Torkel informó a Emilio Torres de que habían detenido a Pia Flodin, que había rehusado el derecho a llamar a su abogado, y que le enviarían una copia de la transcripción del interrogatorio. A Emilio le pareció bien.

Por cortesía, Vanja había llamado a Erik y le había contado que habían detenido a su mujer como sospechosa de implicación en el asesinato de los Carlsten, y por poner en peligro la vida de Maria y Nicole Carlsten con posible tentativa de homicidio. Como era de esperar, Erik no podía creer lo que le estaba contando. De hecho, hasta sintió lástima por él cuando lo remitió a Emilio Torres y le aconsejó que no contestara al teléfono por un tiempo a menos que conociese el número. En cuanto se supiera lo ocurrido, la noticia despertaría mucho interés mediático. Muchas personas habían presenciado el accidente del vehículo y el posterior rescate, y a los periodistas se les daba de maravilla recabar información. Cuando colgó, le remordió la conciencia. No tenía nada en contra de Erik y, pese a que era preferible que se lo dijera ella a que lo leyera en internet o se lo oyera a algún desconocido, sabía que su llamada les había cambiado la vida, a él y a su hija, para siempre.

A propósito de cambiarle la vida a alguien, después de pensárselo mucho, había llamado a Sebastian para pedirle que estuviese presente como observador en el interrogatorio de Pia. No lo había visto muy convencido, así que le había dicho que agradecería mucho su presencia. Una forma de hacer las paces. Que había funcionado.

Lo habían esperado en el pasillo, a la puerta de la sala de interrogatorios.

—Pensaba que ibas a quedarte en el hospital... —le había dicho Torkel al verlo aparecer con paso lánguido.

—Maria me ha pedido que me fuera. Quería estar a solas con Nicole. ¿Empezamos?

Antes de que pudieran contestarle, abrió la puerta y entró en la sala con uno de esos ventanales que parecían un espejo desde un lado, pero permitían verlo todo desde el otro. Vio entrar a Vanja y a Torkel y sentarse sin decir nada a Pia. Torkel encendió la grabadora y dijo la fecha, el motivo del interrogatorio y los nombres de los presentes, mientras Vanja se ponía el auricular para que Sebastian pudiera comunicarse con ella.

—Yo no sabía que quería matarlos —dijo Pia en cuanto Torkel le pidió que les hablara del día de los asesinatos—. Tienen que creerme —añadió con la voz rota por la emoción y la desesperación escrita en la cara.

Vanja recordó que Pia vivía de la política. Estaba acostumbrada a mentir.

—Pero ¿llevó allí a Frank? —le preguntó sin dar muestras de si la creía o no.

—Sí.

—En su coche.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué hacía usted allí?

Pia se irguió inconscientemente, como si le hubieran hecho una pregunta para la que sí tenía respuesta.

—Torsby necesita esa mina. Generará empleo, además de ingresos fiscales que nos permitirán invertir en sanidad, educación y...

—Ahórrese el discurso electoral y responda a la pregunta —la interrumpió Vanja.

Pia le lanzó una mirada asesina. Dedicándose a la política, probablemente estuviese acostumbrada a que la interrumpieran, pero era obvio que no le había gustado. Decidió que no iba a rebajarse a hablar con Vanja y se dirigió a Torkel en su lugar.

—Le pedí a Frank que viniera conmigo a ver a los Carlsten para que pudiese presentarles una perspectiva más humana. —Se inclinó hacia delante con los ojos clavados en Torkel—. La generación de empleo y los ingresos fiscales no son más que política aburrida para la mayoría, pero Frank estaba enfermo. Se moría. Quería asegurarse de que su hijo vivía bien cuando él ya no estuviera. Valores humanos, algo con lo que todo el mundo se siente

identificado. Quería que los Carlsten vieran ese aspecto de la explotación minera, que se trataba también de ayudar a otros seres humanos.

Se recostó en el asiento e hizo un pequeño movimiento asertivo con la cabeza, como si acabase de ofrecer un emotivo discurso a la nación.

—Pero no fue eso lo que ocurrió —dijo Torkel visiblemente impasible.

—No. Frank... —Pia se encogió de hombros y buscó, en apariencia, las palabras adecuadas—. Frank se... se volvió loco, supongo. —Cogió el vaso—. Yo no sabía que quería matarlos —dijo, bebió un sorbo de agua, dejó el vaso en la mesa y miró a Torkel y a Vanja con una expresión franca y sincera.

—Un momento. —Vanja oyó la voz de Sebastian por el auricular—. Si el plan era que Frank se sentara a llorarles a los Carlsten delante de una taza de café para que se sintieran como unos cabrones sin corazón, ¿por qué llevaba la escopeta encima?

Vanja se estaba preguntando lo mismo. Asintió con la cabeza para que Sebastian supiera que lo había oído.

—Frank llevaba un arma encima —aseguró.

—Sí.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros nuevamente.

—Era guarda forestal. Eso es lo que era. Un hombre armado.

—Pregúntale qué pensaba ella que iba a pasar —le dijo Sebastian, convencido de que iban por buen camino.

—¿No es un poco raro que se presentase con una escopeta si lo que pretendía era suscitar compasión?

—No era más que un arma —respondió Pia como si no comprendiera el problema—. La usaba para trabajar. Puedo entender que a alguien de Estocolmo le extrañase, pero, para nosotros, no es más raro que un carpintero lleve encima un martillo.

—¿No le pareció ni remotamente extraño que bajara del coche con una escopeta?

—No.

—Entonces ¿no se proponía entrar en la casa y amenazar a la familia?

Pia parecía hartísima; soltó un fuerte suspiro que dejó claro que dudaba de que Vanja tuviese un cociente intelectual normal.

—Como ya he dicho, iba a explicarles por qué esperaba que dijese que sí a la mina. El hecho de que uno lleve un arma encima no significa que tenga

pensado matar a nadie.

Miró a Vanja con cara de «¿Lo entiendes ya? ¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo?» y, de pronto, Vanja lo tuvo claro.

Pia lo sabía.

Había sabido perfectamente desde el principio lo que Frank pretendía hacer.

Ella lo tenía claro, pero quedaba un pequeño detalle: las pruebas.

—Pongamos que la creemos. ¿Qué ocurrió?

—Llamamos al timbre, abrió Karin y, antes de que pudiera explicarle a qué habíamos ido, Frank levantó la escopeta y le disparó.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Grité, creo. Lo agarré del brazo, pero se zafó de mí y entró.

Vanja abrió la carpeta que tenía en la mesa y sacó una serie de fotografías, que fue extendiendo delante de Pia. Sebastian vio que eran fotos de los niños.

Los niños a los que habían disparado.

A los que habían matado a tiros.

Observó a Pia, que había enmudecido y parecía no saber adónde mirar.

—Continúe —la instó Vanja—. ¿Qué hizo usted después?

—Volví corriendo al coche.

—¿Lo esperó allí?

—No, me fui de inmediato. ¿Por qué me enseña esto? —preguntó Pia señalando irritada las fotos.

—¿Qué pasó luego? —dijo Vanja como si no hubiera oído la pregunta.

—Conduje sin más, estaba aterrada. Todo había salido mal. Me sentía conmocionada, necesitaba tiempo para procesar lo que acababa de ver... Me adentré en el bosque, luego paré y... me quedé allí.

—Y decidió no contárselo a la policía —señaló Torkel.

—No podía. Ya sabe quién soy, a qué me dedico. No podía verme involucrada. —Vanja seguía esparciendo las fotografías por la mesa—. ¿Por qué me enseña esto?

—Antes de la última campaña electoral, prometió dinero y trabajo para el municipio —prosiguió Torkel ignorando también la pregunta.

—Sí.

—Que supuestamente generaría la mina.

—Sí.

—Y vuelve a ser época de elecciones. Hay que cumplir.

Pia abrió mucho los brazos e inspiró hondo, como para controlar su irritación. Bien, se dijo Sebastian. Una persona enfadada cometía errores más fácilmente.

—Me proponía convencer a los Carlsten, no voy a negarlo —dijo obligándose a hablar con calma—. Por eso me llevé a Frank.

—Y a su escopeta —terció Vanja.

Pia hizo como si no existiera.

—Él iba a ayudarme a convencerlos. Yo no sabía que quería matarlos.

Vanja miró de reojo a Torkel y vio que él había observado lo mismo que ella: el argumento de Pia empezaba a parecer cada vez más una historia bien ensayada que un relato espontáneo de la realidad.

—Le entró el pánico cuando se enteró de que había un testigo y le pidió a Erik que fuese a ver a Frank, que lo involucrara en la investigación, con la esperanza de que él encontrara antes a Nicole —afirmó, no preguntó, Torkel.

—No.

—Oí su conversación con Frank al teléfono. «Sabes lo que puedo hacer», le dijo. Le pidió que pensara en su hijo. Entonces no se me ocurrió, pero suena a amenaza. Le estaba recordando lo vulnerable que sería su hijo si no hacía lo que debía hacer y se aseguraba de que se iban de rositas.

Eso tampoco era una pregunta.

—No. Pensé que podía ayudarlo, también me oyó decirle eso.

—Sí, después de una pausa larguísima.

—Pero lo dije.

—¿Por qué se salió de la carretera? —le preguntó Vanja de repente.

—Perdí el control del coche.

—Maria dice que, justo antes de que Pia se saliera de la calzada, Nicole la reconoció, recordó haberla visto en la casa de los Carlsten —le dijo Sebastian.

Era mentira. No sabía lo que había ocurrido en el Volvo rojo, pero le parecía una situación creíble.

—Según Maria, fue porque Nicole recordó que la había visto en el escenario de la masacre —repitió Vanja.

—Eso no es cierto.

Vanja se estaba cansando de procurar mantener un tono profesional.

—Nicole sigue viva. Fred y Georg... —Se inclinó hacia delante, señalando las fotografías de los niños muertos. Pia no pudo evitar mirarlas—. Fred y Georg están muertos. Puede que Frank Hedén apretase el gatillo, pero

usted es igual de culpable.

—Yo no sabía que quería matarlos —aseguró Pia una vez más, aunque esa vez con menos convicción.

—No conseguirá que sea cierto por más que lo repita —le dijo Vanja.

La presidenta la miró a los ojos; la joven ni se inmutó, ni un ápice. Al final, Pia se vio obligada a apartar la mirada, pero se negó a reconocer su derrota. En su lugar, concluyó como era de esperar:

—Quiero un abogado.

—Lo va a necesitar.

Estaba haciendo un mes de mayo espléndido.

Desde un cielo completamente azul, brillaba el sol sobre el hotel de extensos y hermosos jardines que conducían al lago en el que iba a celebrarse la boda. Luego habría un descanso de varias horas antes del convite, que se ofrecería en uno de los salones más grandes del establecimiento. Se había propuesto a los invitados que pasaran la noche allí y asistieran a un *brunch* al día siguiente para comentar las vivencias del evento antes de partir en distintas direcciones.

Dos días de celebración en nombre del amor, como rezaban las invitaciones.

Sebastian se había instalado en su habitación y luego había salido al jardín tranquilamente. La ceremonia daría comienzo dentro de menos de quince minutos. Vestía traje y corbata, y en cuanto salió al sol supo lo mucho que iba a sudar durante la celebración. Miró alrededor en busca de algún conocido. Torkel y Ursula estaban a escasa distancia, hablando animadamente, y no lo vieron. No iba a poder evitarlos todo el día, pero no tenía prisa por hablar con ellos. En especial con Ursula; lo cierto era que estaba un poco nervioso de volver a verla.

La joven policía que había colaborado con ellos en el caso, en Jämtland, Jennifer no sé cuántos, hablaba con varias personas a las que él no conocía. Tampoco le servía. Siguió mirando alrededor.

Entonces la vio, y lo dejó un poco desconcertado.

Vanja, con zapatos de tacón y un vestido amarillo que le llegaba justo por debajo de la rodilla. Nunca la había visto con otra cosa que pantalones y camisas, o blusas, o como las llamaran cuando eran de mujer. Por desgracia. Tendría que llevar vestidos más a menudo, se dijo. Le otorgaba una ligereza, una lozanía que resultaba enormemente atractiva, una juventud que reflejaba su edad.

Se acercó y le dio un abrazo.

—Estás preciosa —le dijo.

—No te emociones —respondió ella con una sonrisa, aunque había un ápice de seriedad en su tono.

Sebastian le devolvió la sonrisa y levantó las manos como defendiéndose.

—Te he dicho que estás preciosa, nada más. Ese vestido te queda de maravilla.

—Y yo sólo digo que eres de los que van a las bodas a ver lo que pillan.

—Vale, en ese caso, tenemos razón los dos.

Brian y Wilma, los maestros de ceremonias, tocaron una campana y pidieron a todo el mundo que ocupara su lugar. Vanja enhebró el brazo de Sebastian y se dirigieron los dos a las sillas plegables que se habían dispuesto en filas a ambos lados de un pasillo temporal cubierto de fina arena blanca y sembrado de pétalos de rosa, que desembocaba en una pérgola forrada de lirios blancos y rosas rojas.

Vanja había temido que su implicación en lo sucedido con Maria y Nicole la distanciara para siempre de Sebastian, pero la persecución conjunta de Pia y el satisfactorio rescate de Nicole por parte de Sebastian de las aguas del lago Mälaren parecían haberlo ayudado de algún modo a pasar página y, para sorpresa de ella, su relación era de pronto mejor de lo que había sido en mucho tiempo. Como si tampoco él quisiera perderla.

En cuanto se sentaron, empezó a sonar la música por los altavoces ocultos y aparecieron los novios. Billy con un chaqué ajustado, chaleco verde y corbata, parecía casi turbado mientras recorría el pasillo al lado de My, sonriendo a los invitados. La novia estaba radiante, con su palabra de honor blanco que resaltaba todas las curvas de su cuerpo hasta la cadera y luego se abría en una falda acampanada rematada de espléndidos bordados en seda por un lateral.

—Es de Vera Wang —le susurró Vanja a Sebastian cuando los novios pasaron por su lado.

Sebastian asintió. Ignoraba quién era Vera Wang o a qué se dedicaba, pero seguramente tenía algo que ver con el vestido. Se estaba preguntando cómo sabía Vanja de diseñadores de vestidos de novia cuando la celebrante empezó a hablar. Se recostó en el asiento y agradeció inmensamente que no fuera una boda por la Iglesia. La mujer parecía conocer bien a Billy y a My, y la ceremonia fue agradable, personal, bonita y corta.

Cuando Billy besó a su esposa, estallaron los aplausos.

Estaba celebrando su boda. Billy debía repetirse esas palabras para interiorizar el hecho de que sucedía de verdad.

Su boda.

Se había notado nervioso todo el día. A pesar de que todo estaba increíblemente bien organizado, más como una operación militar que como una fiesta, había habido, como era lógico, algunos pequeños contratiempos. En cualquier caso, My lo tenía todo bajo control y sus meticulosos preparativos habían dado fruto.

Por lo visto, todo el mundo lo estaba pasando bien. La colocación de los invitados había sido un éxito. Paseó la mirada por las mesas y se detuvo en Jennifer, sentada al lado del novio del hermano de My. Daba la impresión de estar disfrutando. A la vuelta de Kiruna, se había planteado si habría algún modo de impedir que Jennifer asistiera a la boda, pero no se le había ocurrido cómo hacerlo sin despertar las sospechas de My. Por un momento, había confiado en que su amiga pensara que la situación iba a ser demasiado incómoda y declinara la invitación, pero no había habido suerte.

Se había acercado a ellos después de la ceremonia. Billy no la había visto antes y lo había sorprendido lo guapa que estaba con aquel vestido rojo y el pelo recogido. Jennifer se había presentado a My y la había felicitado. Había elogiado a Billy hasta hacerlo sonrojar, luego lo había abrazado y se había ido a otro lado. Con naturalidad, relajada, como si lo de Kiruna no hubiera sucedido.

My, desde luego, había pensado en todo. En absolutamente todo. Una fotógrafa llamada Disa se había reunido con ellos a primera hora de la mañana y los había seguido todo el día. Al principio, él se había sentido agarrotado e incómodo, pero no había tardado en olvidar que había una cámara, y ya ni pensaba en que iba detrás de ellos adonde fueran.

Por si no bastara con semejante grado de documentación, My había dejado cámaras de fotos desechables en todas las mesas. La mantelería y la vajilla eran luminosas y coloridas, y los adornos se habían hecho con hojas, bayas y frutas en lugar de flores.

Original y bien planificado.

El aperitivo se había servido en las mesas, pero el plato principal era un bufet al que uno podía acercarse desde distintos puntos, de modo que, pese a que había más de cien invitados, todo iba fluido y nadie había tenido que esperar demasiado.

Además, My había escrito un discurso muy aplaudido, otro toque muy personal con el que exponía el motivo por el que había seleccionado cada plato.

También el postre se sirvió en las mesas, abundó el vino y el ambiente

fue estupendo.

Hubo muchos discursos, sobre todo de amigos de My. No era de extrañar, dado que un setenta por ciento de los invitados eran de su parte. Estaban allí los padres de Billy, unos cuantos parientes mayores y algunos amigos íntimos del colegio, del servicio militar y de la academia de policía. Y de Riksmord, por supuesto. Tanto Torkel como Ursula habían pronunciado discursos, y a Billy le había costado contener las lágrimas durante el de Ursula.

Debía admitir que lo había decepcionado un poco que Vanja no hubiera preparado algo. De Sebastian no esperaba nada, pero pensaba que ella podía haberse esforzado un poco.

Aun así, en conjunto, no pudo evitar sentirse tan feliz como impresionado al echar un vistazo al salón donde la comida llegaba a su fin. Al mismo tiempo, de vez en cuando, combatía la sensación de ser un invitado más en su propia boda.

Algo que era fallo suyo por completo.

Había delegado en My todas las decisiones de principio a fin, con lo que no podía culparla por sentirse un poco... ajeno. Y no pensaba permitir que semejante nimiedad le estropease esa velada mágica. Alzó la copa en su honor.

—*Skål*, mi amor. Te quiero —le dijo brindando con ella y apurando la copa de un trago.

Después de la cena, a los invitados más jóvenes y a los más pequeños se los condujo al salón contiguo, donde se habían dispuesto para ellos montones de juegos y se habían repartido cuencos de chuches, mientras en el salón principal los camareros recogían las mesas y la banda se preparaba para tocar.

Para cualquiera que tuviese más de diez años, era una oportunidad de respirar un poco de aire fresco.

Torkel cogió su copa y salió tranquilamente a la cálida noche de mayo. Vio que Sebastian estaba solo y se acercó a él. Sebastian lo miró de reojo y siguió contemplando el lago que tenían a sus pies.

—¿Qué te ha parecido mi discurso? —le preguntó Torkel sorbiendo su coñac tres estrellas.

—El de Ursula ha estado mejor —respondió Sebastian con sinceridad.

—Estoy de acuerdo, pero eso no implica que el mío haya estado mal.

—No, no implica eso —coincidió el otro en un tono que, de algún modo, contradecía sus palabras.

—Vale, ya lo pilló. No te ha gustado.

—No te lo tomes como algo personal... Es que no me gustan los discursos.

—¿Ninguno? ¿Ni siquiera los que hablan de ti?

—Nadie me ha dedicado jamás un discurso —señaló Sebastian sin amargura alguna.

—¿Ni siquiera en tu boda?

Sebastian dio un respingo. ¿A qué venía eso? ¿Cómo lo sabía Torkel? Pero luego se acordó de que, cuando se conocieron en Västerås, la primera vez que trabajaba de nuevo para Riksmord después de un lapso de tiempo considerable, le había contado a Torkel que había estado casado. Un error por su parte, pero a lo hecho, pecho. Desde luego no tenía intención de ahondar en el asunto allí y en ese momento.

—¿Qué tal ha ido con Pia? —le preguntó en cambio.

—La hemos detenido e irá a juicio, aunque no sé... Intentamos relacionarla con los asesinatos, pero no hay ninguna prueba de que supiese lo que iba a ocurrir, ni de que estuviera en el interior de la casa.

—¿Y qué me dices de lo del coche y el lago?

—Lo mismo: no podemos demostrar que no perdió el control sin más.

—Entonces ¿qué va a pasar?

Torkel se encogió de hombros.

—De momento, podemos acusarla de causar daños físicos reales, de obstruir una investigación, de proteger a sabiendas a un delincuente...

—Nada, vamos.

—Dudo mucho que la reelijan, y su carrera de altos vuelos con el Partido Socialdemócrata se ha terminado... Imagino que le resultará difícil seguir viviendo en Torsby. Supongo que eso también es una especie de castigo —dijo Torkel.

Guardaron silencio los dos. Todo el mundo a su alrededor estaba pasándose en grande. Torkel le dio otro sorbo a su coñac.

—Ha vendido la casa —anunció al cabo de un rato, como si hablara al aire.

Por primera vez, Sebastian se volvió a mirar a su compañero, verdaderamente interesado.

—¿Quién, Maria? ¿A FilboCorp? —Torkel asintió con la cabeza,

mirando aún al infinito—. ¿Significa eso que el proyecto de la mina seguirá adelante?

—Eso parece.

—Entonces, el hijo de Frank... ¿Cómo se llamaba...?

—Hampus.

—¿Hampus tendrá su dinero?

—Sí. Hereda la casa y las tierras independientemente de lo que hiciera su padre.

Sebastian meneó la cabeza.

—Me sorprende que Maria haya vendido.

—No la unía nada a esa casa —le explicó Torkel—. Para empezar, su hermana le compró su parte por una razón, y desde luego no habría podido vivir en ella después de lo ocurrido. Nadie le ofrecía tanto dinero como FilboCorp.

—Deduzco que estás en contacto con ella —dijo Sebastian confiando en que su tono sonara neutro.

Torkel lo miró un instante antes de contestar. En realidad, no sabía lo que había habido entre Maria y él, sólo que no había terminado bien. Ella le había hecho prometer que no hablaría de sus cosas con Sebastian, pero, a fin de cuentas, era parte del equipo y de la investigación, y tenía derecho a que lo informara. Sólo debía procurar no extralimitarse.

—De vez en cuando, sí. Necesito saber si Nicole decide contar algo más sobre lo que ocurrió en la casa.

—¿Algo más? —Esa vez el tono de Sebastian fue una mezcla de sorpresa y felicidad—. ¿Ya habla?

—Desde hace una semana más o menos.

Sebastian sintió que el afecto le inundaba el pecho. Con todo lo que la pequeña había sufrido... Era la niña más fuerte y más valiente que había conocido. La echaba de menos. Ojalá pudiera volver a verla. Sólo una vez. Había rondado su apartamento, pero no había nadie allí.

—¿Dónde están ahora? —quiso saber.

—No lo sé —mintió Torkel. Ésa era una línea que no estaba dispuesto a cruzar.

—No tengo madera de acosador, ¿sabes? —dijo Sebastian para que Torkel supiera que lo había calado—. Únicamente quiero asegurarme de que están bien. Que Nicole sale adelante, que mejora. Le prometí llevarla de la mano hasta que ella quisiera soltarse.

—De verdad que no lo sé —insistió Torkel—. Pero la niña ya se ha soltado de ti, eso sí lo sé —añadió pasándole un brazo por los hombros y, para sorpresa de ambos, Sebastian no se apartó.

—Bueno, ya es hora de que dejemos de hablar de trabajo.

Como si Torkel formara parte de la maquinaria bien engrasada de la celebración, Brian apareció en el patio, hizo sonar la campanilla e informó a todo el mundo de que había llegado el momento del baile de los novios.

Aquella era la única cosa de la boda que a Billy no le hacía ilusión. My había insistido en que no quería un baile nupcial tradicional. En su lugar, iban a aprender los dos a bailar salsa. Habían visto algunos vídeos en YouTube y recibido cinco clases particulares en una escuela de baile de Östermalm. En general, no era un gran bailarín y sabía que aún le quedaba mucho para poder decir que dominaba la salsa, pero allí estaban, dirigiéndose al centro de la espaciosa pista y colocándose en posición. Se topó casualmente con la mirada de Jennifer, que le dirigió una sonrisa alentadora al tiempo que cogía una de las cámaras desechables de su mesa.

My también había insistido en que la pista de baile tuviese un tamaño decente, como mínimo de sesenta metros cuadrados. Billy había mostrado sus reservas sobre la música en vivo. Lo cierto era que ella había contratado a una banda en condiciones con un buen cantante, no al típico conjunto de feria, pero aun así le parecía algo... anticuado. No obstante, ella le había dicho que también debían pensar en los invitados mayores, de modo que habían acordado que habría banda el setenta por ciento de la noche y DJ el resto del tiempo.

El líder de la banda les hizo una seña y empezó la música. Billy se quedó atónito. Estaban tocando una de sus canciones favoritas, *Forgot about Dre*, pero a ritmo de salsa. Miró a My, que sonreía satisfecha.

—Te quiero —le dijo él sólo con los labios.

Ella le tiró un beso y empezaron a bailar. Todos los animaron y la pista entera se llenó de invitados usando las cámaras de sus móviles. Salió mejor de lo que Billy esperaba. My lo hizo perfecto, claro. Hasta se había cambiado de zapatos para que no se le cansaran demasiado los pies durante la celebración.

Era perfecta y la quería.

Se lo dijo.

—Te quiero.

Lo decía en serio. Era feliz.

Más tarde, cuando volvió la banda después de un descanso de media hora, Torkel sacó a bailar a Ursula. Salieron despacio a la pista y ninguno de los dos dijo nada. Él por lo menos disfrutaba de la intimidad, notando el calor del cuerpo de ella. Ursula se arrimó más y apoyó la cabeza en su hombro.

Entonces, Torkel notó algo en el otro hombro. Una palmadita. Se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Me permites? —preguntó Sebastian señalando a Ursula con la cabeza.

Torkel la miró inquisitivo. Ella asintió y Sebastian ocupó su lugar. A Ursula no le costó ver que Torkel era bastante mejor bailarín que Sebastian y, desde su posición de espectador, Torkel vio que ella no apoyaba la cabeza en el hombro de su nueva pareja. «Algo es algo», pensó mientras apuraba la copa.

—Te he echado de menos —le dijo Sebastian al cabo de unos segundos.

—Me cuesta creerlo.

—Lo siento. —Fue casi un susurro. Se aclaró la garganta y la miró fijamente a los ojos—. Todo. Siento que te dispararan. Siento no haber ido a verte.

—Bien. Y no es para menos.

Ursula no tenía intención de ponérselo fácil.

—No he podido.

—¿Por qué no?

—Porque no. Me resultaba imposible. Lo he pensado varias veces, pero... He tardado toda la noche en reunir valor para pedirte que bailaras conmigo.

Ursula no respondió. No era ella quien debía llevar esa conversación. En su lugar, retiró enseguida el pie izquierdo, y salvó el meñique de un pisotón.

—Estábamos empezando algo cuando... cuando ocurrió —continuó Sebastian después de un silencio tan largo que ella pensó que no iba a decir nada más.

—Puede, pero ese tren ya pasó hace mucho tiempo.

Él asintió. Ursula inspiró hondo y dejó de bailar al verse de pronto asaltada por una mezcla de rabia y compasión. No quería experimentar

ninguna de esas dos emociones esa noche.

—Con todo lo que ha pasado... ¿Por eso querías bailar conmigo? ¿Para ver si podías llevarme a la cama?

Sebastian no contestó, pero miró al suelo, y con eso le dijo a Ursula todo lo que necesitaba saber. La rabia superó a la compasión.

—Gracias por el baile.

Quiso marcharse, pero Sebastian la retuvo.

—La música no ha terminado.

—Lo sé, pero Torkel baila mejor que tú.

—Pero es lo único en lo que me supera.

—Adiós, Sebastian.

Ursula se zafó de él, lo dejó plantado y volvió con Torkel, que charlaba con otros invitados. Sebastian la vio tocarle el brazo. Torkel esbozó una enorme sonrisa y siguieron bailando los dos, ella con la cabeza apoyada en su hombro de nuevo.

Demasiado tarde. Siempre demasiado tarde.

Si hubiera sido bebedor, aquélla habría sido la ocasión perfecta para ponerse como una cuba, pero ni siquiera era capaz de eso. ¿Sería demasiado tarde para encontrar un entretenimiento fácil? Probablemente. Además, casi todas eran demasiado jóvenes para él. La madre de My era viuda, pero no había intercambiado ni una palabra con ella en toda la noche. Además, ahora era la suegra de Billy. ¡Qué poco sexi!

La banda empezó a tocar otra canción: *Only the Lonely*.

Menuda ironía... Se dirigió a una mesa repleta de tartas. Si no podía beber ni follar, al menos podría devorar cantidades ingentes de azúcar.

Billy y My se habían retirado a la suite nupcial a las doce y media de la noche. Algunas de las invitadas más jóvenes le habían preguntado a My si iba a lanzar el ramo, pero ella se había limitado a mirarlas estupefacta. No era una tradición sueca y ni siquiera se lo había planteado, igual que tampoco se había planteado que alguien la llevara hasta el altar. Como si no pudiese apañárselas ni un segundo sin un hombre a su lado. Su padre llevaba muerto muchos años, pero, aunque hubiera vivido, no le habría permitido hacerlo. Así que tampoco habría lanzamiento de ramo.

En cambio, sí hubo sexo.

No tan planificado ni cuidadosamente organizado como todo lo demás a lo largo de la velada, gracias a Dios. Fue espontáneo, libidinoso y creativo.

Y abundante.

Más de lo que Billy se creía capaz de aguantar. Puede que tan sólo faltara media hora para el amanecer cuando por fin pararon y My se hizo un ovillo con la cabeza alojada bajo la barbilla de él.

—Te quiero —le dijo, y se durmió de inmediato.

Billy pensó que a él le pasaría igual, pero se quedó allí tumbado, con los ojos abiertos como platos, extrañamente insatisfecho.

Se zafó con cuidado de My y salió de la cama. Con sigilo, sacó unos pantalones de deporte de la bolsa de viaje y se puso una camiseta.

Una vez fuera, inspiró hondo. El aire era limpiísimo y todo estaba en silencio, como sólo sucede en las mañanas de finales de primavera, cuando la luz empieza a asomar por el horizonte.

Salió del edificio principal y cruzó el césped cubierto de rocío en dirección al límite del bosque y al viejo establo que había allí. Necesitaba hacer pis. Cuando hubo hecho lo que tenía que hacer contra una pared, apareció un gato y se enroscó en sus piernas. Maullaba, buscando mimos, y el sonido se mezcló con el tintineo del cascabel que llevaba en el collar. Se metió la mano en el bolsillo y sacó los guantes. No recordaba haberlos metido ahí, pero de algún modo había intuido que terminaría allí. O confiado en terminar allí.

Se agachó y cogió al gato. Le rascó detrás de las orejas y lo oyó ronronear al arrimarle la cabeza a su cuerpo.

Deslizó la mano por la cabeza hacia el cuello, luego apretó. El gato

enseguida supo lo que estaba pasando y profirió un silbido furioso. Con la otra mano, Billy le agarró como pudo las patas delanteras. Una o dos veces, el animal se sacudió y logró clavarle las uñas, pero los guantes lo protegieron. En Torsby no los llevaba y se había llenado de arañazos. Por suerte, como había estado en el bosque con la partida de búsqueda todo el día, había podido justificar las heridas fácilmente.

Levantó al gato y le estrujó la garganta todo lo que pudo con la mano izquierda. Le daba igual que se asfixiara o se le partiera el cuello.

Era el instante de la muerte lo que buscaba.

El instante mágico en que la vida se extinguía.

El instante en que experimentaba una embriagadora sensación de poder que ninguna otra cosa le había producido nunca.

Los movimientos del gato se hicieron más lentos, empezaron a debilitarse. Billy se lo acercó más, mirándolo febril a los ojos, respirando entrecortadamente. La vida no tardaría en desaparecer. Los ojos verdes se cubrirían de una fina película y el cuerpo quedaría lacio en sus manos.

Simplicidad. Pureza. Claridad.

El gato dejó de agitarse y un reguero de sangre le cayó del hocico. Billy se quedó allí y cerró los ojos mientras recuperaba despacio el aliento.

—¿También a ti te ha encantado?

Billy se volvió enseguida y vio a Sebastian junto a la esquina del establo. Un solo pensamiento se le pasó por la cabeza como un rayo: «¡Mátalo!».

Pero lo desechó instantáneamente.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le preguntó en cambio, dejando caer al suelo al gato muerto.

—Lo suficiente.

Sebastian no podía dormir. Se sentía algo revuelto de todo lo que había comido, y lamentaba lo mal que había ido su encuentro con Ursula. Al final se había dado por vencido y se había levantado de la cama. Había ido a la habitación de Ursula, pero, cuando estaba a punto de llamar a la puerta con los nudillos, había oído una voz grave que definitivamente no era la de ella. Aunque sí la risa que la había seguido. Había deducido que era la voz de Torkel y se había marchado.

Demasiado tarde. Había perdido su oportunidad.

Así que había salido a dar un paseo. Había visto a Billy en la parte de atrás de los establos, oído ruidos que no lograba identificar y ahora sabía que había hecho bien acercándose a curiosear.

Muy pocas personas, ninguna, de hecho, podían matar a dos semejantes sin que les afectase en absoluto. A Sebastian siempre lo había extrañado la ausencia de duelo en Billy. Se preguntaba qué hacía el joven para lidiar con las emociones que le hubieran surgido.

Ya lo sabía.

Y no le gustaba. No le gustaba en absoluto.

—¿Qué sientes cuando lo haces? —le preguntó con cautela, perfectamente consciente de que la adrenalina y las endorfinas corrían en esos momentos por el cuerpo musculoso de Billy.

—¿Cómo sabes que lo he hecho antes?

Se acercó a Sebastian.

—Te lo noto. —Sebastian no se movió—. ¿Quieres hablar de ello?

Billy se detuvo. Sebastian vio que intentaba controlar sus emociones. Poder, sexo, placer. Emociones que, en realidad, no comprendía; no podía expresarlas con palabras, pero eran tan intensas que tenía que experimentarlas de nuevo. Todo lo demás, sobre todo el sexo, que supuestamente debía cumplir la misma función y proporcionar una satisfacción total, parecía gris y aburrido en comparación. Asintió para indicarle que lo comprendía, pero no le quedó claro si Billy lo había visto.

—Es el acto supremo en muchos sentidos. Hay poder en lo más prohibido —dijo Sebastian, adelantándose un poco. El otro ya parecía más sereno, más equilibrado—. Llegará un momento en que no te basten los animales para satisfacer tus necesidades. Te has embarcado en un viaje peligroso que sólo puede terminar de un modo —añadió con genuina angustia y preocupación.

—Sé dónde trazar la línea.

—De momento.

—No estoy loco.

—Sí, lo estás... un poco. Tocado, digamos. ¿No quieres que te ayude?

Billy negó rotundamente con la cabeza. Se le aceleró de nuevo la respiración y empezó a ponerse nervioso.

—Yo también sé cosas de ti —replicó amenazándolo con el dedo.

—¿Como qué?

—Sé que eres el padre de Vanja.

Si Billy no lo hubiera tenido claro cuando había recibido los resultados de la prueba de ADN la semana anterior, la reacción de Sebastian habría resuelto definitivamente sus dudas.

—¿De dónde has sacado semejante idea? —preguntó Sebastian intentando en vano evitar lo inevitable.

—Me llevé algo de vuestras habitaciones, en Torsby, y lo envié a un laboratorio de ADN, uno de esos que hace pruebas de paternidad anónimas.

—El recepcionista me contó que habías estado en mi habitación...

—Se lo contaré a Vanja si sigues adelante con esto —lo amenazó Billy señalando al gato con la cabeza.

—¿Así que o me olvido de todo o le irás con el cuento a Vanja?

—Y tú no quieres eso, ¿a que no?

—No, no lo quiero.

—Pues ahí lo tienes.

—Por supuesto.

No había mucho más que decir. Billy dio media vuelta y se fue en dirección al edificio principal. Sebastian esperó hasta que dejó de oír sus pasos, se acercó al gato y lo lanzó de una patada a los setos que había junto a la pared del establo. Cuando lo encontraran, si lo encontraban, pensarían que se había caído por una ventana o del tejado y se había partido el cuello.

O que había comido veneno para ratas. En cualquier caso, dudaba que alguien pudiera imaginar que el novio había salido a hurtadillas a primera hora de la mañana y lo había asesinado.

Pero así había sido, y ése era el problema. Billy era un problema. En parte porque asociaba claramente la muerte con el placer. Sebastian no había podido evitar percatarse de la erección que se ocultaba bajo esos pantalones tan finos.

Y en parte porque sabía lo de Vanja.

Ya no podía hacer gran cosa respecto a lo primero. Con terapia y asesoramiento, se podía eliminar la asociación enfermiza que se había producido, pero llevaría tiempo, y primero Billy debía reconocer que tenía un problema y querer hacer algo al respecto.

Ése no era precisamente el caso, porque Billy se había servido de lo que sabía sobre Vanja y Sebastian para callarle la boca.

El chantaje sólo funcionaba si una persona tenía ventaja sobre la otra. Si esa ventaja desaparecía, ya no había posibilidad de chantaje.

Sencillo en teoría, más complicado en la realidad.

Pero ¿cuándo había sido sencilla su vida?

Sebastian miró el reloj.

Aún era pronto, pero quería quitárselo de en medio cuanto antes.

Llamó a la puerta. No abrió nadie. Volvió a llamar, más fuerte esa vez.

—¡Venga, abre la puerta! —susurró él furioso, apretando los dientes.

Le pareció oír pasos que se acercaban desde dentro. Oyó el tintineo de la cadena de seguridad, y se abrió la puerta.

—Sebastian..., ¿qué pasa?

—Hay algo que tengo que contarte.

—¿Ahora? ¿No puede esperar hasta mañana?

—No. De hecho, ya he esperado demasiado —replicó él colándose en la habitación sin que lo invitaran a entrar.

Vanja suspiró hastiada y cerró la puerta.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todo el personal de Norstedts y Norstedts Agency, que no sólo invierte tiempo y energía en publicar todo lo que escribimos, sino que, además, siempre parecen contentísimos de hacerlo. Eso significa mucho para nosotros.

Gracias en especial a Susanna Romanus, Peter Karlsson y Linda Altrov Berg, con quienes trabajamos más estrecha y frecuentemente. Tan serenos, tan positivos, tan buenos, tan importantes.

Una vez más, quisiéramos dar las gracias a todas las editoriales de otros países, que trabajan sin pausa para lograr que Sebastian Bergman llegue a un público internacional más amplio. Gracias en particular a Rowohlt, en Alemania, y a Nina Grabe, que no sólo se ocupan de Sebastian y de Riksmord, sino que además cuidan de nosotros de la mejor forma posible en nuestras visitas por suerte cada vez más frecuentes.

Gracias también a todas las librerías, ferias del libro, festivales literarios y bibliotecas que tan generosamente nos invitan a hablar de nuestros libros y nuestra escritura. Vuestro compromiso es estupendo y valiosísimo.

MICKE:

Como de costumbre, hay muchísimas personas a las que quisiera agradecer su inspiración, su ayuda y sus buenos consejos. A Rolf Lassgård, que siempre ha formado parte de Sebastian Bergman. A nuestros compañeros de Tre Vänner y Svensk Filmindustri, sobre todo a Jonas Fors, Fredrik Wilström, Jon Nohrstedt, Thomas Tivemark, Jenny Stjernströmer Björk, Johan Kindblom y William Diskay. Jamás ponen en duda el tiempo y el esfuerzo que dedico a los libros y siempre dan la cara cuando las cosas se ponen feas. Por encima de todo, quiero dar las gracias a mi maravillosa familia, que ha estado ahí en las duras y en las maduras. Astrid, Vanessa, William y Caesar, ¡sois absolutamente fantásticos! Aguantáis que llegue tarde a casa y toleráis mi ausencia, tanto física como mental, cuando pienso más en

mis personajes de ficción que en las personas a las que tengo más cerca. Sin vosotros, nada de esto habría sido posible.

Mil besos y abrazos. ¡Sois los mejores!

HANS:

Como siempre, mi mayor agradecimiento es para Lotta, Sixten, Alice y Ebba. Sois las más listas, las más divertidas y, en todos los sentidos posibles, la mejor familia que se puede tener. Sin vosotras, nada.

Silencios inconfesables (Serie Bergman 4)

Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Den stumma flickan*

Título de la traducción al inglés: *The Silent Girl*

© de la fotografía de cubierta, Daniel Grizelj - Getty Images

© Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2014

Publicado de acuerdo con Salomonsson Agency

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17696-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!



Table of Contents

[Sinopsis](#)

[No sabe qué día es](#)

[Ahora eran dos](#)

[Anna Eriksson esperaba...](#)

[Ya puede entrar, señor...](#)

[Como de costumbre...](#)

[Vanja no se había planteado...](#)

[Erik Flodin aparcó a la puerta...](#)

[Sebastian bajó el libro...](#)

[A Erik lo informaron de...](#)

[Nunca le había costado mirarla](#)

[Se dirigían al oeste...](#)

[Ya casi era de noche...](#)

[Sebastian abrió la ventana...](#)

[Billy estaba sentado...](#)

[Por fuera, temblaba](#)

[El sueño](#)

[A lo mejor no era la sala...](#)

[La policía obesa...](#)

[¿Lo habéis dejado marchar?](#)

[Sebastian estaba en el umbral...](#)

[A Ursula empezaba a...](#)

[Fabian había sacado...](#)

[Billy aparcó el todoterreno...](#)

[Lo había conseguido](#)

[Nicole Carlsten...](#)

[Sebastian estaba sentado...](#)

[«Está mayor»...](#)

[Hacía frío](#)

[Sebastian salió del baño...](#)

[Él no quería ser...](#)

[Billy dejó a un lado...](#)

[No fue el sueño...](#)

[No tenía ni idea de qué hora era](#)

Se levantó minutos antes...
Casi ciento sesenta personas...
Despertó de pronto
El hospital de Torsby era...
Torkel se acercó al atril...
La cabeza le daba vueltas...
Había desaparecido muy deprisa...
Sebastian envió a Dennis...
¿Con quién hablabas?...
El bosque estaba oscuro...
Sebastian nunca había conducido...
Torkel había incrementado...
Erik Flodin estaba en la cocina...
Sebastian estaba sentado...
Torkel abrió su portátil...
Ocupaba el resto de la página...
¡Guau, esto es enorme!
Ove Hanson era un hombre inmenso
Había llegado el momento...
La salita de la comisaría...
No llamó a My hasta que...
Durante el resto del día...
Torkel tocó el timbre...
Maria estaba bañando...
Erik lo llamó justo cuando...
Billy y Jennifer salieron...
No reconoció la habitación enseguida
Sebastian se levantó...
A Vanja le fastidiaba...
Torkel estaba junto a...
Le había llevado un tiempo...
Después de un almuerzo ligero...
El despacho del presidente...
Billy y Jennifer estaban sentados...
Google y un par de llamadas...
Vanja había informado...
Billy paseaba nervioso...

[Seguramente, la policía...](#)
[La pista de tiro era más pequeña...](#)
[Sebastian había conseguido...](#)
[Se abrió el portal...](#)
[Vanja llegó a Strandvägen...](#)
[Se volvió y dejó la botella...](#)
[Stefan Andrén estaba sentado...](#)
[¿Cuánto tiempo llevaba...](#)
[Torkel estaba en el centro...](#)
[Por una vez había tenido suerte](#)
[Fue Maria quien quiso...](#)
[Vanja estaba sentada...](#)
[Nicole estaba sentada...](#)
[Sebastian estaba un poco...](#)
[Pia esperaba en la calle](#)
[Eran dos otra vez](#)
[Vanja y Sebastian bajaron...](#)
[Se pegó aún más a su madre](#)
[Fue Sebastian quien vio...](#)
[Sebastian asintió...](#)
[Mami](#)
[Maria miró fijamente a su hija](#)
[Fue una sensación extraña...](#)
[Yo no sabía que quería matarlos](#)
[Estaba haciendo un mes...](#)
[Billy y My se habían retirado...](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)
[Créditos](#)
[Encuentra aquí tu próxima lectura](#)